Comentarios de Martín Lutero

1º y 2º de Pedro, Judas y 1º de Juan

VOLUMEN VI

COMENTARIOS DE
M A R T Í N L U T E R O

PRIMERA Y SEGUNDA DE PEDRO, JUDAS
Y PRIMERA DE JUAN

COMENTARIOS DE MARTÍN LUTERO

PRIMERA Y SEGUNDA DE PEDRO, JUDAS Y PRIMERA DE JUAN

Traducción de
ROSA ROGER I MORENO

Revisado por
ALFONSO ROPERO

Calidad en Literatura Evangélica
editorial clie

Editorial CLIE

Galvani, 113

08224 TERRASSA (Barcelona)

E-mail: libros@clie.es

http://www.clie.es

COMENTARIOS DE MARTÍN LUTERO

Primera y segunda de Pedro, Judas y primera de Juan

Traducción al castellano: Rosa Roger i Moreno

Revisión de Alfonso Ropero

© 2001 por Editorial CLIE

Depósito legal: B-47760-2001

ISBN: 84-8267-197-9

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,

E.R. nº 2.910 SE –Polígono Industrial Can Trias,

c/Ramon Llull, 5-7– 08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Clasifíquese: 275 COMENTARIOS DEL N.T.: Epístolas de Pedro

C.T.C. 01-02-0275-02

Referencia: 22.43.36

ÍNDICE

Prólogo a la presente edición del M.R.D. Carlos López 7

Introducción de los editores 9

Sermones sobre la Primera Epístola de Pedro 15

Sermones sobre la Segunda Epístola de Pedro 169

Sermones sobre la Epístola de Judas 235

Sermones sobre la Primera Epístola de Juan 251

Notas 379

PRÓLOGO

Los Comentarios de Martín Lutero presentan un panorama muy completo de la doctrina reformada en la vida y la cultura alemana de hace más de cuatrocientos años. Al mismo tiempo, su lectura resulta fresca y actual para el teólogo moderno, y sus aportaciones son fundamentales para entender la historia de la Teología.

El lector podrá descubrir en ellos el frescor de una teología nacida de la reflexión sobre las Sagradas Escrituras. Estos comentarios tienen «un valor añadido para todas las iglesias que están involucradas en el diálogo interprotestante, especialmente luteranos episcopales escandinavos, e iglesias anglicanas europeas, que recientemente han firmado los *Acuerdos de Porvoo* de intercomunión entre ambas, así como para las iglesias luteranas, episcopales y reformadas de los Estados Unidos, las cuales están en el proceso de firmar un acuerdo de intercomunión semejante».

Estos libros de Lutero ofrecen una base común para el diálogo interprotestante, que permitirá posteriormente unirse en estos procesos a otras iglesias que en este momento no están involucradas.

Agradezco de todo corazón a la Editorial CLIE el esfuerzo que está realizando al publicar las obras más importantes del reformador Lutero. Con ello está haciendo un gran servicio al protestantismo de habla española, así como a toda la Iglesia en general.

Permita Dios que esta obra pueda llegar a todos los hogares cristianos de España y Latinoamérica, y contribuir al estudio y mayor conocimiento de las Sagradas Escrituras y del pensamiento protestante.

Fdo. Carlos López Lozano
Obispo de la Iglesia Española Reformada Episcopal
Comunión Anglicana

INTRODUCCIÓN

La década de los años 20 son los más productivos de la carrera literaria y reformista de Lutero; son los primeros años de su aventura en solitario frente a Roma, encarando los problemas anexos, no ya a la predicación del Evangelio solamente, sino a la formación de una iglesia conforme a la Palabra de Dios, que está en el mundo pero no es del mundo; que es santa y pecadora a la vez. El optimismo de los primeros años se ha desvanecido. En los mismos círculos reformados han ido apareciendo espíritus erráticos que amenazan con echar por tierra la obra tan esforzadamente construida por Lutero. Se contesta a la autoridad eclesial del papa y de los príncipes, y del mismo reformador de Wittenberg. El pueblo, el campesinado en particular, sigue aferrado a su viejo paganismo. Los nuevos cristianos no dan más señales de amor a Dios y su Palabra que los viejos. Lo que al principio parecía una disputa teológica con el papado se había convertido en una revuelta de todos contra todos –campesinos, nobles, humanistas, disidentes religiosos, iluminados–, en la que Lutero se mantiene firme a solas con su Dios, la Escritura, la fe que justifica al impío y el Espíritu que vivifica el viejo roble podrido y produce frutos celestiales en abundancia. Lutero interpreta los ataques a su obra reformadora como una acción del diablo, empeñado en destruir lo que Dios construye, o incluso lo que es peor, imitar la obra de Dios con una mezcla de verdad y mentira para impedir la renovación verdadera del espíritu mediante la fe en Cristo.

En medio de múltiples ocupaciones, asaltos, tentaciones y angustias, Lutero se dedicó a combatir los males morales y las desviaciones doctrinales con la palabra y con la pluma. Sus sermones son todo un ejemplo de predicaciones expositivas de la Escritura, aplicadas directamente a la situación concreta del intérprete y de los oyentes. A ese tiempo pertenecen sus predicaciones expositivas sobre 1ª y 2ª de Pedro; 1ª de Juan y Judas. La primera serie de sermones es, sin duda, la más relevante, y hay que situarla a continuación de su comentario a Romanos. Difícilmente se puede tener una idea cabal de Lutero sin conocer su interpretación de 1ª de Pedro. El resto, aun siendo importantes, obedecen más a una intención pastoral, que repite y enfatiza lo hasta entonces enseñado.

La fecha más probable para sus exposiciones de 1ª Pedro es el año 1522. La fecha de impresión de estos sermones corresponde a 1523, publicados en Wittenberg. Le siguió 2ª Pedro y Judas, sobre las que predicó en 1523. A la exposición de Juan habría que asignarle el 1527, el mismo año de la plaga que asoló la ciudad del reformador y acabó con la vida de algunos seres queridos. Lutero, fiel a su concepto del pastor ideal, que no huye ni cuando asoma las orejas el lobo de la peste, permaneció junto a los suyos entregado a la cura de almas y a la enseñanza. Estos sermones fueron publicados por vez primera en 1708.

La preocupación constante de Lutero, el núcleo de su obra reformadora, es devolver al Evangelio su carácter de buena noticia, de mensaje de alegría fundamentado en la gracia gratuita, oscurecido desde los primeros años de la Iglesia por una corriente legalista, cuando una lamentable desviación, dictada por necesidades apologéticas contra el judaísmo, llevó a equiparar a Cristo a un segundo Moisés o legislador de la voluntad de Dios; y el Evangelio, relato de salvación, a Ley o código de mandamientos, ordenanzas y consejos. El Evangelio perdió su carácter de mensaje gozoso de salvación, para convertirse en una nueva ley tan exigente y condenatoria como la anterior.

Tal fue el legado de las segundas generaciones de cristianos metidos a moralistas, cuyo error ha perdurado hasta nuestros días. Los Evangelios escritos por Mateo, Marcos, Lucas y Juan, principalmente los tres primeros, se convertían por obra y gracia de esta alquimia doctrinal en el nuevo Decálogo del cristianismo, con insistencia en aquellos pasajes donde se habla de renuncia, camino estrecho, puerta angosta, menosprecio del yo y de los bienes materiales, renuncia, oración, ayuno y juicio final de todos y cada uno de los pensamientos, obras y dichos de cada individuo. Del resto de los escritos del Nuevo Testamento apenas si se sabía nada. Pablo era ignorado por completo, en el sentido de no comprender su mensaje de gracia. Algún que otro teólogo cristiano, a modo de una pequeña isla en medio de un inmenso océano de legalismo ascético, vislumbraba la carga explosiva del evangelio de Pablo, la gracia y la justicia inmerecidas. Precisamente era como si Pablo no tuviese nada que decir sobre el Evangelio entendido como esfuerzo por ganar la vida eterna. De Salvador Cristo no conservaba nada, sino la imagen terrible de un juez sentado sobre la esfera terrestre dispuesto a vengar los agravios de los pobres mortales pecadores.

El Evangelio, tal como era entendido por la mayoría de la cristiandad y se grababa en la conciencia del pueblo, era única y exclusivamente el relato de los evangelistas concernientes a Cristo, su vida y milagros y sus exigencias morales, llevadas hasta el límite de lo imposible, que los teólogos habían distinguido entre «consejos» y «mandamientos», con dos tipos de seguidores de Cristo, la élite de los verdaderamente religiosos, los que abandonaban todo para entregarse a una vida de mortificación, y la gran masa, que dependía de los primeros para recibir gracias y favores. Esto, dicho en términos generales y extremos.

Lutero, cuya imagen justiciera de Cristo le desvela y tortura, no descansa hasta comprender, Biblia en mano, la justificación salvífica y gratuita de Dios. Entonces, a partir de su experiencia, pues es en su experiencia de la gracia de Dios donde hay que colocar el inicio de su revolución reformista, devuelve al Evangelio su sentido primario de buena noticia centrada en la persona y obra de Jesucristo, como acto de amor sacrificial que da vida al mundo. Sólo hay un Evangelio, del cual los llamados cuatro Evangelios, junto al resto de escritos del Nuevo Testamento, son visiones complementarias tendentes a resaltar los diversos aspectos del uno y único Evangelio de Jesucristo.

«Es costumbre general –escribe Lutero– nombrar y contar los evangelios por los libros diciendo: Hay cuatro evangelios. A esto se debe que no se sepa lo que Pablo y Pedro dicen en sus cartas y que su doctrina en cierto modo se consideren aditamento a la enseñanza de los evangelios, como también se manifiesta en un prólogo de Jerónimo. Además hay una costumbre que es aún peor: los evangelios y cartas se tienen en cierta manera por códigos por los cuales se ha de aprender qué debemos hacer, y en ellos las obras de Cristo se nos ponen ante los ojos como si fuesen sólo un modelo. Ahora bien, donde estas dos opiniones erróneas quedan en el corazón, ni los evangelios, ni cartas pueden leerse de manera provechosa y cristiana, sino quedamos meros paganos como anteriormente.

»Por ello, hay que saber que existe solamente *un* Evangelio; pero que está expuesto por muchos apóstoles. Toda carta de Pablo y Pedro, además los Hechos de los Apóstoles por Lucas, son Evangelio, aunque no relaten las obras y palabras de Cristo, sino un libro las contenga en forma más breve y en número más reducido que el otro. Tampoco entre los cuatro evangelios grandes hay alguno que incluya todas las palabras

y hechos de Cristo. Esto no es necesario tampoco. “Evangelio” no es ni debe ser otra cosa que un mensaje o una narración sobre Cristo... Para reducirlo a su forma más breve, el Evangelio es un discurso sobre Cristo; anuncia que es Hijo de Dios y se hizo hombre por nosotros, murió y resucitó. Así Pablo en sus cartas lo propone y lo explica... Por ello, donde está hablando de Cristo, su enseñanza no es otra cosa que Evangelio verdadero, puro y auténtico, como si lo hubiesen relatado Lucas o Mateo...

»La parte principal y la base del Evangelio es aceptar a Cristo antes de tomarlo por dechado [modelo]. Debes conocerlo como un don y obsequio que te está dado por Dios y que te pertenece. De tal manera cuando lo miras y escuchas que Él hace o padece algo, no debes dudar de que Él mismo, Cristo, con tal obra y padecimiento sea tuyo; que puedes confiar en esto no menos como si tú lo hubieras hecho, hasta como si tú fueras el mismo Cristo...

»Por tanto, ves que el Evangelio en verdad no es un libro de leyes y mandamientos que existe para que nosotros obremos, sino es un libro de promesas divinas, en el cual Él nos promete, ofrece y da toda su bondad y su favor en Cristo.»[1]

Cualquiera que sea nuestra opinión de Lutero, no podemos menos de admirar su gran contribución al esclarecimiento del mensaje cristiano centrado en la gracia de Dios, la gratuidad de la justicia y la fe sola que se apropia de la misma, que hace de él no sólo un reformador del cristianismo, sino un verdadero creador del mismo en el espíritu de Cristo. Se puede decir que a él, tanto como a los escritos fundamentales del cristianismo, se debe un concepto de ser cristiano, difícil de concebir sin su peculiar y original contribución.

Lutero se goza con la carta de Pedro, pues descubre en ella, desde sus primeras líneas, el mensaje de salvación por fe en Cristo, su sangre derramada por el perdón de los pecados y su resurrección gloriosa. Nadie como él prestó tanta atención a este último punto, que sólo ha sido retomado en nuestros días. La resurrección no es el apéndice de la cruz, es parte intrínseca de su misterio salvífico. Quien ha definido la teología de Lutero como una «teología *crucis*» no ha contemplado toda la verdad, pues con idéntica propiedad habría que hablar de una «teología *resurrectio*» luterana. En la resurrección de Cristo la humanidad de Jesús nació a la gloria divina que, como Hijo de Dios poseía eternamente. Desde entonces ya no existe más en Él la semejanza de carne de pecado,

en todos y cada uno de sus elementos está lleno y rebosante del Espíritu Santo, que va a derramar sobre su Iglesia, consumando así la obra de redención. Sellados por el Espíritu de la promesa, cada creyente participa personalmente por medio de la fe de la resurrección de Cristo, de su vuelta al Padre, para sentarse en tronos celestiales.

Durante siglos, los contradictores de Lutero han mantenido que éste enseñó un concepto *forense* y *extrínseco* de la salvación, sin referencia a la *regeneración objetiva* del pecador y su resultado consecuente: una vida de buenas obras y santificación. Nada más lejos de la verdad. Para comprobarlo basta con leer los sermones de Lutero sobre 1ª de Pedro, y el resto de sus escritos. De nuevo, una vez más, el desconocimiento de lo que se critica se convierte en un muro de separación que ensancha las diferencias en lugar de acercarlas.

«La gracia, a pesar de su infinita eficacia transformadora, no renueva la naturaleza corrompida», escribe Gómez-Heras, sobre la teología luterana. La justificación, continúa este autor, «sólo aporta una cobertura exterior del pecador y de su culpa, una sentencia absolutoria, abandonándole, no obstante, a su estado de corrupción. El carácter forense de la justificación excluye una realidad infusa que transforme ónticamente al hombre. Su realidad no es otra que la justicia de Dios en Jesucristo existente fuera de nosotros y aplicada al pecador por el juicio benigno de Dios. *El hombre deviene así jurídicamente justo, permaneciendo ónticamente pecador*».[2] Este increíble y lamentable malentendido, o prejuicio eclesial, obedece a tomar aisladamente algunos axiomas o presupuestos teológicos de Lutero sin atender a su continuidad lógica y formal. El pecador que tiene fe en Cristo nace de nuevo y nace verdaderamente, es decir, se hace partícipe de la naturaleza divina, Cristo viene a ser suyo y él de Cristo. Pero esto no afecta a su justificación, sino a su resultado. Es una bendición, no un logro del hombre. Lutero es tan claro y sencillo al respecto que todavía asombra que fuera tan criticado por enseñar lo contrario: la nulidad de las buenas obras y la experiencia del renacimiento espiritual. Para aclararnos un poco tenemos el paralelismo histórico de Pablo. «¿Y por qué no decir (como se nos calumnia... y afirman que nosotros decimos): Hagamos males para que vengan bienes?» (Ro. 3:8).

Como buen teólogo de la gracia, Lutero no quiere que se vuelva a caer en la trampa del legalismo judaizante. «¿Habiendo comenzado por

el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?» (Gá. 3:3). Para ello distingue nítidamente entre justificación –obra de gracia exclusiva de Dios– y santificación –subsecuente a la misma, en la que el hombre coopera–, pues la santidad es resultado de la bendición divina y no del esfuerzo humano. «Siempre hemos enseñado que todo debe atribuirse a la fe y que ella sola justifica y santifica a los ojos de Dios, pero, *si la fe se halla presente, un resultado necesario de la misma son las buenas obras* dado que *no puede existir una fe ociosa* sin el concurso de aquellas.»

«¿Para qué fin debemos llevar una vida de buenas obras?», se pregunta Lutero. ¿Para salvarnos? «No, sino con el propósito de servir a nuestro prójimo», responde con una originalidad tal que confiere a toda la vida cristiana un sentido y un carácter peculiares, guiados por el amor, la rectitud y la justicia con el prójimo. En este sentido, es bien cierto que Lutero opera aquí un giro antropológico –y secularizante– al colocar en el hombre el valor, la utilidad e inutilidad de las buenas obras. En el día final el hombre será juzgado por el amor al prójimo.

Este juicio no determinará la salvación del pecador, que es obra de Dios que «justifica al impío» (Ro. 4:5), sin el concurso del mismo, pues sería menospreciar el valor del sacrificio de Cristo, cuya sangre, que no tiene precio, es suficiente para cubrir todos los pecados del mundo, sino para determinar el grado de bendición y recompensa de los fieles, como Lutero desarrolla en sus sermones. «En este sentido concedemos que los cristianos tienen mérito y merecen una recompensa por parte de Dios, pero ello no sirve para convertirlos en hijos de Dios y herederos de su vida eterna. Más bien tiende a consolar a los creyentes que ya lo poseen, en el sentido de asegurarles de que no dejarán de recibir la recompensa por todo cuanto sufren aquí por Cristo y que gracias a tanto sufrimiento y trabajos, los adornará el día final mucho más gloriosamente que a los demás, como las estrellas destacadas que son mayores que las otras.»

Alfonso Ropero

Sermones sobre la Primera Epístola de Pedro

PREFACIO

Antes de empezar con la epístola de san Pedro, son precisas algunas palabras a modo de instrucción. Hay que saber cómo considerar esta epístola a la vez que obtener una adecuada comprensión de la misma.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que todos los apóstoles enseñan siempre una y la misma doctrina y que es incorrecto hablar de cuatro evangelistas y cuatro evangelios. Todo cuanto escribieron los apóstoles no es más que un solo Evangelio, no significando la palabra «Evangelio» otra cosa que sermón o narración relativa a la gracia y misericordia de Dios merecida y adquirida a través de la muerte del Señor Jesucristo. De hecho, el Evangelio no es aquello que encontramos en los libros ni lo escrito con las letras del alfabeto, sino un sermón oral y una Palabra viva, una voz que resuena a través del mundo y proclamada públicamente a fin de ser oída en todas partes. Por tanto, no es un código de leyes relativas a enseñanzas sanas tal como se consideró en el pasado. No nos dice que realicemos buenas obras para ser piadosos, sino que nos anuncia la gracia de Dios concedida gratuitamente y sin intervención de ningún mérito por nuestra parte, afirma que Cristo se puso en nuestro lugar para dar satisfacción por nuestros pecados, que los suprimió y que sólo Él nos hace piadosos y nos salva a través de su obra.

Por tanto, quien predique estas verdades y escriba acerca de ellas, enseña el verdadero Evangelio tal como hicieron los apóstoles, en especial san Pablo y san Pedro en sus respectivas epístolas. De ahí que lo que se predique acerca de Cristo es uno y el único Evangelio aunque cada redactor le aplique su propio estilo literario. La discusión puede ser larga o corta, presentarse de forma breve o prolongada, pero siempre que se hable de Cristo como nuestro Salvador y se establezca que somos justificados y salvados por la fe en Él sin intervención de nuestras obras,

constituirá una sola Palabra y un único Evangelio, del mismo modo que hay una sola fe y un único bautismo (Ef. 4:5) en toda la cristiandad.

Así, un apóstol registra lo mismo que aparece en los escritos del otro, sin embargo, los que afirman con mayor frecuencia y por encima de todo que nada sino la fe en Cristo justifica, son los mejores evangelistas. De ahí que las epístolas de san Pablo constituyan el Evangelio en mayor grado que los escritos de Mateo, Marcos y Lucas. En especial este último que se limita a relatar la historia de los hechos y milagros de Cristo. Sin embargo, ninguno de ellos hace hincapié tan esforzadamente en la gracia que tenemos a través de Cristo como san Pablo, en especial en su Epístola a los Romanos. Pero dado que se atribuye un mayor valor a las palabras de Cristo que a sus obras y hechos –y si hemos de inclinarnos a favor de unas o de otros, sería mejor prescindir de las obras y la historia que de las palabras y de la doctrina–, en conciencia, deben ser tenidos en mayor estima los libros que se centran en las palabras y enseñanzas de Cristo. Incluso aunque no se hubieran producido sus milagros o no supiéramos nada acerca de ellos, sus palabras serían suficientes para nosotros. Sin ellas no tendríamos vida.

Por ello, esta epístola de san Pedro es uno de los libros más nobles del Nuevo Testamento, comunica el auténtico y puro Evangelio. San Pedro hace lo mismo que san Pablo y todos los evangelistas: enseñar la verdadera fe y afirmar que Cristo nos fue dado para eliminar nuestros pecados y salvarnos.

Esta base os dará la capacidad de discernir entre todos los libros y doctrinas, lo que es o no es el Evangelio. De ahí que todo cuanto se escriba o se predique desacorde con esta condición, libremente podréis juzgarlo como falso no importa cuán atractiva sea su imagen. Todos los cristianos poseen el poder de juzgar, no únicamente los papas o los concilios que se atribuyen en exclusiva ser sólo ellos los que determinen sobre la doctrina. Sea esto suficiente como prefacio, oigamos la epístola.

Capítulo uno

1:1-2
Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión esparcidos en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracias y paz os sean multiplicadas.

Esta es la proclamación y la firma. De inmediato percibimos que tenemos ante nosotros el mismo Evangelio. San Pedro manifiesta que es un apóstol, esto es, un mensajero. No es, sin embargo, un mensajero portador de ninguna carta, sino un emisario que lleva y cuida de un asunto mediante la palabra. En latín a tales personajes se les llama *oratores*. Por ello, san Pedro quiere decirnos: «Soy un apóstol de Jesucristo, es decir, Jesucristo me ha encargado predicar acerca de Él». Fijaos en que de inmediato quedan excluidos todos los que predican doctrinas humanas. El que lleva a cabo lo que Cristo le ha encomendado, es un mensajero de Jesucristo. Si, por el contrario, predica otra cosa, no es su mensajero y por tanto no debemos escucharle.[3] Al predicar lo que Cristo le encomendó, es como si oyéramos a Cristo en persona.[4]

A los expatriados, esparcidos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia. San Pedro dirige su epístola a los países citados. Antiguamente en ellos habitaban cristianos, pero en la actualidad se hallan bajo el dominio de los turcos. Sin embargo, quizá aún quede algún cristiano. El Ponto es una tierra vasta y grande situada cerca del mar, Capadocia casi al lado y Galacia detrás. Asia y Bitinia bordean el mar. Todos son países vastos situados hacia oriente. Pablo también predicó en Asia y en Galacia, ignoro si llegó a Bitinia y no estuvo en los dos últimos países citados. Los exiliados son la gente que nosotros llamamos extran-

jeros. San Pedro aplica el nombre de exiliados a los paganos. Sorprende que san Pedro que fue un apóstol de los judíos, se dirija aquí a los paganos. Los judíos les llamaban prosélitos, es decir, conversos al judaísmo y a su ley pero no pertenecientes a la casa y estirpe de Abraham. En este caso, escribe a los que habiendo sido paganos, se habían convertido ya a la fe uniéndose a los judíos creyentes y les llama extranjeros elegidos, seguramente cristianos. Les escribe sólo a ellos. Como veremos, éste es un punto importante.

Elegidos según la presciencia de Dios Padre. San Pedro declara que son elegidos. ¿Cómo? No por mérito propio, sino por el consejo o designio divino. De ahí que seamos incapaces de ensalzarnos a los cielos, ni de crear la fe en nuestro interior sólo a base de nuestras propias fuerzas. Dios no admitirá a todo el mundo en los cielos, contará muy exactamente a los suyos, de ahí que la doctrina humana del libre albedrío y de la voluntad propia deja de tener validez. Nuestra voluntad no importa, la de Dios es selectiva y decisiva.[5]

En santificación del Espíritu. Dios nos ha predestinado a ser santos, y de tal modo que nos volvemos espiritualmente santos.[6] Los predicadores de panza prominente han pervertido las preciosas palabras de «santo» y «espiritual» adjudicándolas a sus estados sacerdotales y monásticos y abusando vergonzosamente de tan nobles apelativos. Han hecho lo mismo con el nombre de «iglesia» al declarar que el papa y los obispos son la iglesia y afirmando que ésta así lo ordena cuando hacen sólo aquello que les place. La santidad no consiste en ser monje, sacerdote o monja, ni en llevar tonsuras o cogullas. Es una palabra espiritual que afirma que internamente somos sinceramente santos en el espíritu ante Dios. El motivo que lo impulsó a declararlo fue señalar que nada es santo, sino la santidad que Dios obra en nosotros. En aquel tiempo, los judíos ostentaban una gran santidad externa que distaba mucho de ser verdadera. Por tanto san Pedro quiere decir: Dios os ha elegido para ser auténticamente santos. Así en Efesios 4:24 también se habla de mantenerse «en la justicia y santidad», esto es, en una buena santidad auténtica y completa. De ahí que la santidad externa de los judíos careciera de validez ante Dios.

Si somos creyentes, las Escrituras nos llaman santos aun viviendo en la tierra. Los papistas nos han despojado de este apelativo y dicen: «No podemos ser santos, sólo son los santos que están en los cielos». Por tanto, hemos de recuperar el noble nombre de santo. Debéis ser santos pero también debéis estar preparados para no creer que lo sois por la excelencia de vuestros méritos. Debéis serlo porque poseéis la Palabra de Dios, porque los cielos son vuestros, y porque os habéis hecho auténticamente piadosos y santos a través de Cristo. Debéis admitirlo si deseáis ser buenos cristianos ya que sería la mayor de las calumnias y blasfemar del nombre de Cristo si negáramos que la sangre de Cristo lava nuestros pecados o rechazáramos que su sangre nos santifica. De ahí que debáis creer y confesar que sois santos, pero por su sangre y no en razón de vuestra propia piedad. Por tanto, debéis estar prestos a entregar vida y posesiones en defensa de ello y a aceptar cualquier lote que os pudiera corresponder por ello.

Para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo. Con estas palabras san Pedro afirma que si obedecemos y creemos en la Palabra de Cristo y somos rociados con su sangre, nos convertimos en santos. Se expresa de forma distinta a san Pablo, pero el significado es idéntico a la declaración de Pablo de que somos salvados a través de la fe en Cristo. La fe nos torna obedientes y sujetos a Cristo y a su Palabra. De ahí que debamos mostrarnos sumisos a la Palabra de Dios y de Cristo y que ser rociados con su sangre es lo mismo que creer. Es difícil para la naturaleza someterse completamente a Cristo y desistir de todos sus aspectos, despreciarlos, y considerarlos como pecado; lucha contra ello y se tortura en el proceso. Sin embargo, debe rendirse.

El salmo *Miserere* también habla de este rociado. «Purifícame con hisopo» dice «y seré limpio» (Sal. 51:7). Alude a la ley de Moisés de la que san Pedro tomó la expresión para revelarnos a Moisés (2 Co. 3:14) y sumergirnos en las Escrituras. Según Éxodo 24:6, 8, cuando Moisés construyó el Tabernáculo, tomó la sangre de unos becerros y roció con ella la construcción y a la gente (He. 9:19). Pero el rociamiento no santifica al espíritu, no es más que una santificación externa. Por consiguiente debe haber una purificación espiritual (He. 9:13-14). La primera fue una santidad externa y carnal, inútil ante Dios. Por tanto, con este

rociamiento Dios tipificaba el rociamiento espiritual. Según esto, dice Pedro, los judíos son externamente santos; a los ojos del pueblo son piadosos y llevan una vida respetable, mientras que a vosotros os consideran perversos. Pero vosotros tenéis un rociamiento mejor, el del espíritu a fin de poder ser santos internamente. Los judíos se rociaban por fuera con la sangre de los becerros, nosotros, sin embargo, somos rociados por dentro en nuestra conciencia, de manera que el corazón quede limpio y sin mácula.

Así los paganos dejan de ser paganos y los judíos piadosos, con su rociamiento, dejan de serlo. Ahora la situación se ha invertido. Ha de haber un rociamiento que nos convierta y nos espiritualice; este rociamiento significa predicar que Cristo vertió su sangre y que intercede por nosotros ante el Padre diciendo: «Amado Padre, aquí tienes mi sangre que he vertido por los pecadores». Si creéis esto, estaréis rociados y conoceréis la vía acertada para predicar. Si todos los papas, monjes y sacerdotes juntaran en un montón todo cuanto hacen y dicen, no lograrían enseñar ni conseguir lo que logra san Pedro con unas pocas palabras.

Esta es la firma que san Pedro estampa en este capítulo en el cual nos presenta cuál es su tarea y qué es lo que predica: sólo el Evangelio. Todo lo que no concuerde con ello merece que se le pisotee; debéis abjurar de todos esos libros de hermosos títulos que alaban las obras, oraciones e indulgencias, volúmenes que no enseñan el Evangelio ni evidentemente se han basado en él. Todos los libros papistas no contienen ni una letra acerca de esta obediencia, ni de su sangre, ni del rociamiento.

A continuación viene el saludo a los que Pedro está escribiendo.

Gracia y paz os sean multiplicadas. Este saludo de Pedro se parece mucho al utilizado por el apóstol Pablo. Significa: Poseéis la paz y la gracia pero aún no en su perfecta medida. De ahí que debáis crecer constantemente hasta que el viejo Adán muera por completo. La gracia es la buena voluntad de Dios. Comienza en nosotros en este momento, pero debe continuar activamente y crecer de forma constante hasta el día de la muerte. Quien advierta y crea que posee un Dios benevolente, le tiene a Él. En su corazón crece la paz y no teme ni al mundo ni al diablo porque sabe que Dios, que es omnipotente, es su amigo y le rescatará de la muerte, del infierno y de toda adversidad.[7] Por tanto, en su conciencia

reinan la paz y la alegría. Este auténtico saludo cristiano, contiene lo que san Pedro desea para los creyentes. Todos los cristianos deberían saludarse entre sí de este modo.

A continuación san Pedro introduce la epístola y dice:

> *1:3-9*
> *Bendito el Dios y padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero. En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas.*

De lo que antecede, se evidencia un discurso auténticamente apostólico y una introducción al tema. Confirma lo que dije anteriormente, es decir, que la epístola constituye un modelo de excelencia. San Pedro empieza a decirnos sin mas lo que es Cristo y lo que hemos adquirido a través de Él. Dice que por la misericordia de Dios «hemos nacido de nuevo a una esperanza viva a través de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos». Asimismo, afirma que todo se nos ha sido dado por el Padre por pura misericordia de éste y sin mérito alguno por nuestra parte.

Éstas son palabras genuinamente evangélicas que deben proclamarse. ¡Dios nos valga, qué poca predicación de este tipo hallamos en los libros, incluso entre los considerados mejores, como por ejemplo los escritos de san Jerónimo y san Agustín! ¡Qué poco en común tienen con estas palabras! Por tanto, hay que predicar que Jesucristo murió y se levantó de entre los muertos y que sucedió así a fin de que la gente alcance la fe a través de este conocimiento y se salve por ella. A esto se refiere el apóstol cuando habla de predicar el auténtico Evangelio. Cualquier predicación de otro género, sea lo que sea, no es el Evangelio.

Todo ello puede resumirse diciendo que a través de su resurrección, Cristo nos conduce al Padre. San Pedro desea conducirnos al Padre a través del Señor Jesucristo, estableciéndole como Mediador entre Dios y nosotros. Hasta ahora, hemos oído a los predicadores diciendo que hemos de acudir a los santos para que intercedan por nosotros ante Dios. Por lo mismo, nos apresuramos a acudir a nuestra Señora como mediadora nuestra, dejando a Cristo el triste papel de un juez severo. Las Escrituras no dicen nada de esto sino que insisten en llegar a la verdad y alaban a Jesucristo como nuestro Mediador a través del cual hemos de llegar al Padre. En verdad, a través de Cristo, nos ha sido dada una bendición inestimable. Nos capacita para presentarnos ante el Padre y reclamar la herencia de la que san Pedro habla aquí.

Estas palabras apuntan a lo que el apóstol tenía en mente al empezar a alabar al Padre con tal devoción y pidiéndonos que lo alabemos y lo bendigamos por las inestimables riquezas que nos confiere a través de nuestro renacimiento y mucho antes de que lo imagináramos o esperáramos. Lo único que podemos alabar es su profunda misericordia. Por tanto no podemos alardear de ninguna obra, sino que nos vemos obligados a confesar que todo cuanto es nuestro lo es por su misericordia. La ira de la ley de Dios ya no nos aterroriza como ocurrió con los judíos que tuvieron que huir sin atreverse a acercarse a la montaña (Éx. 19:16; 20:19). Dios ya no nos amenaza ni nos castiga, sino que nos renueva y nos trata de la manera más afable posible. No nos concede la capacidad de llevar a cabo una o dos obras, sino que por Él nos convertimos en algo muy distinto de lo que éramos anteriormente, cuando sólo éramos hijos de Adán. Significa que nos ha pasado de la herencia de Adán a la

herencia de Dios, de modo que Dios es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos y, por ello, los herederos de todas sus bendiciones.[8] Nótese con cuánta profundidad tratan las Escrituras este aspecto. Todo es vivo. No hay ni una palabra innecesaria. Desde el momento en que hemos nacido de nuevo y somos hijos de Dios y sus herederos, somos iguales en gloria que san Pablo, san Pedro, nuestra Señora y todos los santos, y poseemos el tesoro de todas las bendiciones de Dios con tanta plenitud como ellos; como nosotros, ellos nacieron de nuevo. Por tanto, no tienen más de lo que poseen los cristianos.

Una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de los muertos. El único motivo de nuestra vida en la tierra es ayudar a los demás. Si no fuera así, sería mejor que Dios nos eliminara y permitiera que muriéramos tan pronto como fuéramos bautizados y hubiéramos empezado a creer. Sin embargo, nos permite vivir aquí a fin de que podamos llevar a otros la fe como Él nos la donó a nosotros. De ahí, que mientras vivamos en la tierra, hemos de vivir con fe. Y aunque estamos seguros de que poseemos todas las bendiciones de Dios a través de la fe –dado que acompaña al nuevo nacimiento, la relación filial y la herencia– somos incapaces de percibirlo por completo. Es algo que hemos de esperar y aún algo remoto, imposible de verlo con nuestros propios ojos. San Pedro llama a esto la esperanza de vida, una forma hebrea de hablar como si dijera en latín *homo peccati*, «un hombre de pecado». Hablamos de esperanza viva, esto es, una esperanza en la que podemos esperar con plena certeza y estar seguros de la existencia de la vida eterna. Sin embargo, esto último, sigue estando oculto, cubierto con un velo, no puede verse; en este momento sólo puede captarse a través del corazón y de la fe, tal como dice san Juan en 1 Juan 3:2: «Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser, pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él porque le veremos tal cual él es». Esta vida y la que ha de venir son excluyentes y no pueden existir conjuntamente de tal forma que comamos, bebamos, durmamos, nos despertemos y llevemos a cabo todos los aspectos de esta vida natural y la de los cielos al mismo tiempo. No podemos entrar en la vida eterna a menos que hayamos muerto y esta vida haya desaparecido. Por ello, mientras estemos aquí hemos de vivir esperanzados hasta que Dios quiera que veamos las bendiciones que ya poseemos.

Sin embargo ¿cómo conseguir la esperanza viva? Pedro afirma que lo logramos «a través de la resurrección de Cristo de entre los muertos». Con frecuencia, he dicho que nadie debe creer en Dios sin emplear unos medios. Por tanto, no podemos tratar con Dios según nuestra propia iniciativa porque todos somos hijos de la ira (Ef. 2:3). Necesitamos alguien más a través del cual podamos llegar ante Dios, alguien que nos represente y nos reconcilie con Él. Y no hay otro Mediador que Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. Por tanto la fe de los judíos y de los turcos es falsa. Dicen: «Creemos que Dios creó el cielo y la tierra». El diablo cree lo mismo (Stg. 2:19) y no le ayuda en nada. Judíos y turcos tienen la audacia de presentarse ante Dios sin Cristo el Mediador.

San Pablo declara en Romanos 5:2: «Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios», es decir en la «esperanza a través de Cristo». Por tanto hemos de llevar a Cristo, ir en su compañía, pagar a Dios con Él, y efectuar todos nuestros tratos con Dios a través de Él y con Él. A esto se refiere san Pedro cuando quiere decir: Esperamos la verdadera vida aunque aún nos hallemos en la tierra, pero lo debemos todo a la resurrección de Cristo de entre los muertos, a su ascensión a los cielos y al hecho de que está sentado a la diestra de Dios Padre. Ascendió a los cielos para otorgarnos su Espíritu, para donarnos un nuevo nacimiento y prestarnos el coraje de presentarnos ante el Padre y decir: «Señor, me presento ante ti para rogar, pero no en función del valor de mi oración, sino porque el Señor Jesucristo me representa y es mi intercesor». Éstas son palabras de fuego para un corazón creyente. De otro modo, todo es frío y no llega al corazón.

A partir de lo dicho, es posible juzgar la naturaleza de la verdadera doctrina cristiana y de su predicación. Cuando se desee predicar el Evangelio, únicamente hay que tratar de la resurrección de Cristo. Quien no lo predica, no es un apóstol. Se trata de nuestro principal artículo de fe y, como ya se ha mencionado, los libros que lo enseñan y hacen hincapié en ello son los más nobles. Esto nos capacita para observar que la epístola de Santiago no es una epístola auténticamente apostólica ya que no contiene una sola palabra acerca de este tema.[9] El mayor poder de la fe está intrínseco en este artículo, ya que si no hubiera resurrección no habría ni consuelo ni esperanza y todo cuanto Cristo hizo y sufrió, hubiera sido en vano (1 Co. 15:17).

Por tanto, hay que enseñar como sigue: «¡Fíjate, Cristo murió por ti! Tomó el pecado, la muerte y el infierno sobre sí mismo y se sometió a sí mismo; pero nada pudo vencerlo porque era demasiado fuerte. Se levantó de entre los muertos completamente victorioso y todo lo sometió bajo su poder. Lo hizo a fin de que pudierais ser libres y señorear sobre el pecado y la condenación. Si lo creéis, lo poseeréis. No podemos lograrlo con nuestras propias fuerzas, por consiguiente ha de hacerlo Cristo. De otro modo, no hubiera necesitado bajar de los cielos». Si centramos la predicación únicamente en nuestras obras, es imposible aceptar y comprender este mensaje. ¡Cuán conscientes hemos de ser los cristianos de esta verdad! ¡Qué clara ha de ser esta epístola para nosotros!

Para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible. Es decir, no esperamos ninguna bendición o herencia que no existen. Por el contrario, vivimos en la esperanza de una herencia que existe y es incorruptible, incontaminada e inmarcesible. Esta esperanza es nuestra y eterna aun cuando ahora no lo percibamos así. Palabras poderosas y sólidas. Estoy convencido de que quien sepa lo que significan, no se preocupará por las ventajas y placeres temporales. Creyendo en ellas, es imposible prestar la menor atención a las esperanzas y placeres perecederos.

Si se comparan las ventajas mundanales con éstas, veremos cómo pasan de inmediato y apenas duran un segundo. Sólo aquellas permanecen para siempre y no se consumen. Por otra parte, las mundanales son inmundas y nos manchan ya que nadie es lo bastante puro como para que no lo ensucien los beneficios temporales. La herencia mencionada aquí es pura, nadie que la posea será jamás manchado; no perece, ni se contamina, ni se pudre. Todo en la tierra es susceptible de cambio aunque sea tan duro como el hierro o la piedra. Carece de permanencia. Al envejecer, un ser humano se vuelve feo. Pero esta herencia no cambia, es fresca y verde eternamente. En la tierra no existe placer alguno que con el tiempo no se marchite. Comprobamos que todo perece, pero esta bendición es distinta, es toda nuestra en Cristo por la misericordia de Dios. Si creemos, se nos dona gratuitamente. Por tanto ¿cómo podríamos nosotros, pobre gente, alcanzar tamaña bendición sólo con nuestras obras? Ninguna inteligencia o razón humana puede concebirlo.

Reservada en los cielos para vosotros. Esta herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible es indudablemente nuestra aunque ahora se halle oculta durante el corto tiempo que falta para que cerremos los ojos y seamos enterrados. Si creemos, la encontraremos y la veremos con certeza.

Que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación. San Pedro declara que esperamos la preciosa herencia por la esperanza en la que hemos entrado a través de la fe. Esta es la secuencia: la fe sigue a la Palabra, el nuevo nacimiento sigue a la fe y de este nacimiento entramos en la esperanza cierta de la bendición. San Pedro establece de forma auténticamente cristiana que debemos pasar a través de la fe y no de nuestras obras.

Pero en realidad san Pedro dice: «Estáis guardados para la salvación por el poder de Dios». Hay mucha gente que cuando oye el Evangelio según el cual sólo la fe sin ninguna obra hace santo, exclaman: «¡Sí, yo también creo!», pero en realidad confunden sus propias invenciones con la fe. Hemos enseñado en base a las Escrituras que somos incapaces de llevar a cabo la menor de las obras sin el Espíritu de Dios, en cuyo caso, ¿cómo podríamos, contando sólo con nuestras propias fuerzas, realizar la obra mayor, la de creer? Por tanto, tales nociones no son más que un sueño y una ficción. Ha de estar presente el poder de Dios y en nosotros la fe, tal como Pablo dice en Efesios 1:17-19 : «Para que el Dios.... os dé espíritu de sabiduría... en el conocimiento... y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos conforme a la eficacia de su fuerza». No se trata sólo de la voluntad de Dios, sino también de su poder, ya que cuando Dios crea la fe en el hombre, esta es una obra mayor que si Él procediera a una nueva creación de los cielos y la tierra.

Por tanto, esos necios no saben lo que dicen cuando afirman: «¿Cómo puede hacer eso la fe sola? Al fin y al cabo, muchos de los que no llevan a cabo ni una sola buena obra, creen». Ellos suponen que sus propios sueños son la fe y que ésta puede existir sin buenas obras. Nosotros, sin embargo, declaramos con Pedro que la fe es el poder de Dios. Donde Dios produce la fe, el hombre renace y se convierte en una nueva criatura. Las buenas obras deben seguir a la fe como cosa lógica,[10] lo que no se puede hacer es decirle a un cristiano: «¡Haz esta obra o la otra!» porque

las realizaría de forma automática y sin comprometerse en ellas. También hay que enseñarle a no dejarse engañar por una fe falsa e imaginaria. Por ello no han de prestar atención a los charlatanes que hablan sin ton ni son y sólo dicen tonterías. De éstos Pablo dice en 1 Corintios 4:19-20: «Pero iré pronto a vosotros... y conoceré no las palabras, sino el poder de los que andan envanecidos. Porque el reino de Dios no consiste en palabras sino en creer». Y donde no exista el poder de Dios, no puede haber fe auténtica ni buenas obras. Por tanto, esa gente que alardea de ser cristianos y de estar en posesión de la fe y sin embargo llevan unas vidas maléficas, mienten. Si en ellos hubiera el poder de Dios, serían distintos.

Pero ¿a qué se refiere san Pedro cuando dice que estáis guardados para la salvación por el poder de Dios? Se refiere a que la fe que obra en nosotros el poder de Dios –que mora en nosotros y del que estamos llenos– es algo tan tierno y precioso que nos aporta una comprensión auténtica y clara de todo cuanto pertenece a la salvación de forma que nos capacita para juzgar todo cuanto se halla en la tierra y poder decir: «Esta doctrina es cierta, esta es falsa. Esta vida es la adecuada, esta no. Esta obra es buena y bien hecha, esta otra es diabólica». La conclusión a la que llegue dicha persona, es cierta y verdadera ya que al estar preservado y protegido, no puede equivocarse y deviene el juez de toda doctrina.

Por otra parte, donde no hubiera esta fe y este poder de Dios, no reina otra cosa que error y ceguera. Entonces, la razón anda errante de acá para allá, de una obra a otra; quisiera ir a los cielos por medio de sus obras y siempre piensa que con esta o aquella obra lo conseguirá y se salvará. Este es el motivo de existir por el mundo tantos edificios, conventos, altares, sacerdotes, monjas y frailes. Dios permite que los no creyentes caigan en semejante ceguera, pero reserva la comprensión para los creyentes a fin de salvarnos y preservarnos de la condenación eterna.

Para alcanzar la salvación que está preparada para ser revelada en el último tiempo.

Es decir, la herencia para la cual estáis destinados y que fue adquirida y preparada hace largo tiempo, incluso desde el principio de los tiempos. Sin embargo, está oculta, aún velada, cerrada y sellada. Pero, en un corto lapso de tiempo se nos revelará y expondrá ante nuestros ojos.

En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco tiempo, si es necesario seáis afligidos en diversas tentaciones.

Si sois cristianos y esperáis la herencia o la salvación, debéis aferraros a este objetivo, despreciar todo lo terrenal y reconocer que toda razón, sabiduría y sacralidad terrenales no son nada. Pero el mundo no lo tolerará y por tanto, debéis estar preparados a ser condenados y perseguidos. De esta forma, san Pedro reúne en un haz la fe, la esperanza y la cruz santa, una sigue a la otra.

Asimismo, nos aporta consuelo cuando sufrimos y somos perseguidos. Vuestros lamentos durarán poco y os alegraréis porque vuestra salvación ya está preparada. Por tanto, sed pacientes en vuestro sufrimiento. Este es el auténtico consuelo cristiano, muy distinto del que enseñan los hombres que no buscan otra cosa que ayuda para una desgracia externa. San Pedro dice: No estoy hablando de consuelo físico; el hecho de ser externamente desgraciados no daña; caminad hacia adelante con valor y manteneos firmes. No creáis que se os liberará de la desgracia y pensad como sigue: «Mi herencia ya está preparada y se halla a mi alcance, mis sufrimientos serán de corta duración y cesarán». De ahí que haya que dejar de lado el consuelo temporal oponiéndolo al consuelo eterno que tenemos en Dios.

Por otra parte, hay que notar lo que dice el apóstol: «Tenéis que sufrir». Más tarde, en el tercer capítulo añade: «Si ésta es la voluntad de Dios» (v. 17). Muchos desean entrar en el cielo de golpe y de inmediato y se fabrican el tipo de cruz que mejor les parece. Después de todo, la razón se basa sólo en sus propias obras. No es esto lo que Dios desea. No debemos elegir nuestras propias obras, sino esperar a ver lo que Dios nos imponga o nos envíe, a fin de poder seguirle a donde nos conduzca. Por tanto, no debéis preocuparos por vosotros mismos. Si ha de ser así, si hay que sufrir porque Dios lo dispone, aceptadlo, y consolaos con la bendición que es eterna, no temporal.

Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo. Es el propósito de la cruz y de las adversidades de todo tipo, capacitarnos para diferenciar entre la fe falsa y la verdadera. Dios nos aflige de esta

forma para que nuestra fe pueda ser probada y manifestada ante el mundo, con el resultado de que otros se sienten atraídos hacia ella y seamos alabados y elogiados. Porque Dios nos alabará, elogiará y honrará del mismo modo que le alabamos nosotros. Así los falsos hipócritas, que no se acercan a la cruz ni a las adversidades, serán necesariamente avergonzados.

Toda la Escritura compara la tentación con el fuego.[11] Aquí, Pedro menciona el oro que es probado con el fuego comparándolo con la prueba de la fe a manos de la tentación y el sufrimiento. El fuego no daña la naturaleza del oro, sino que lo purifica al destruir la ganga que lo acompaña. Así Dios también ha impuesto la cruz a todos los cristianos para purificarnos y purgarnos a fin de que la fe permanezca pura, como la Palabra, a la cual uno se adhiere sin confiar en nada más. En verdad que, a causa del viejo Adán, necesitamos a diario dicha purgación y aflicción.

La característica de la vida cristiana es hacerse cada día más pura y mejorar constantemente. Cuando llegamos a la fe a través de la predicación del Evangelio, somos piadosos y empezamos a ser puros. Pero mientras permanezcamos en la carne, nunca lo seremos completamente. Por esta razón, Dios nos lanza al fuego, es decir, al sufrimiento, a la desgracia y a la mala fortuna. De este modo, nos purgaremos cada vez más hasta el día de la muerte. Ninguna obra puede hacerlo por nosotros porque ninguna obra externa puede limpiar lo que reside internamente. Cuando la fe es sometida a prueba de este modo, toda inmundicia y toda falsedad desaparece de inmediato. Así, cuando Cristo se revele, seguirán los honores más espléndidos, las alabanzas y la gloria. Por tanto, Pedro continua:

A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso, obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas. San Pedro habla de gozo inefable y glorioso que redundará en honor y gloria. La alegría del mundo no produce otra cosa que deshonor, del cual hemos de avergonzarnos. Aquí san Pedro habla claramente de la alegría que está por venir; apenas hay otro versículo en las Escrituras que hable como éste del gozo futuro. Sin embargo, Pedro no puede expresarlo.

Esta es una parte del prefacio en la que el apóstol apunta a la naturaleza de la fe en Cristo y el modo de probarla y purificarse a través de las adversidades y sufrimientos que Dios nos envía. Y ahora oímos que esta fe viene registrada y prometida en las Escrituras.

> *1:10-12*
> *Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos.*
> *A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles.*

Aquí san Pedro nos dirige a las Sagradas Escrituras para que comprobemos cómo Dios mantiene su promesa, no por ningún mérito de nuestra parte, sino por pura gracia, siendo el propósito de todas las Escrituras alejarnos de nuestras obras y conducirnos hacia la fe. Para ello y para profesarla con certeza, es necesario estudiarlas. Así san Pablo también nos conduce a ellas cuando dice en Romanos 1:2 que Dios prometió el Evangelio «antes por medio de sus profetas en las santas Escrituras». Y en Romanos 3:21 afirma que la ley y los profetas han testificado la fe a través de la cual somos justificados.

En Hechos 17:2 y ss., leemos que san Pablo predicaba la fe a los tesalonicenses basándose en las Escrituras y que a diario aquellos escudriñaban las mismas para comprobar que sus enseñanzas estuvieran de acuerdo con ellas (v. 11). De ahí que nosotros debamos hacer lo mismo. Hemos de volver al Antiguo Testamento y aprender a probar que el Nuevo procede de aquél. Hallaremos la promesa relativa a Cristo, como Jesús mismo declara en Juan 5:39: «Escudriñad las Escrituras..., ellas

son las que dan testimonio de mí». De forma similar: «Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí porque de mí escribió él» (v. 46).

Por ello hemos de ignorar a los charlatanes ociosos que desprecian el Antiguo Testamento y afirman que ya no es necesario;[12] al contrario, hemos de obtener de él la base de nuestra fe. Dios envió los profetas a los judíos como testigos de la próxima venida de Cristo. Por tanto, no les resultó difícil a los apóstoles convencer y demostrarlo a los judíos en base a sus propias Escrituras.

De ahí que los libros de Moisés y de los profetas también formen parte del Evangelio ya que proclamaron y describieron de antemano lo que los apóstoles predicaron o escribieron más tarde acerca de Cristo. Sin embargo, existe una diferencia. Dado que ambos han sido puestos sobre papel, palabra a palabra, en verdad, el Evangelio o el Nuevo Testamento no deberían redactarse por escrito, sino propagarlos de viva voz de manera que resuene y sea oída por doquier. La escritura, en este caso, resulta superflua. Pero el Antiguo Testamento sólo se conserva por escrito, por eso se le llama «carta». Los apóstoles lo llaman Escrituras porque fue por escrito que se anunció la venida de Cristo. Pero en realidad, el Evangelio es un sermón vivo sobre el Cristo que ha venido.

Por otra parte, existe una diferencia entre los libros del Antiguo Testamento. En primer lugar, los cinco libros de Moisés conforman la parte principal de las Escrituras. Constituyen lo que actualmente se conoce como el Antiguo Testamento, a continuación vienen relatos y libros históricos con toda clase de ejemplos sobre los que cumplieron la ley de Moisés o dejaron de hacerlo. En tercer lugar, tenemos los profetas que se basaron en Moisés y explicaron y ampliaron más claramente los escritos mosaicos. Hay que tener en cuenta que Moisés y todos los profetas tenían un único objetivo.

El aserto según el cual el Antiguo Testamento ha sido abolido y dejado de lado, ha de comprenderse como sigue: en primer lugar, como ya hemos dicho, la diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento es que el primero anunciaba la venida de Cristo y el segundo aporta lo prometido y anunciado en aquel. Por tanto, puede decirse que ya cumplió con su objetivo; ya que ha cumplido y llevado a cabo lo prometido. De ahí que no deba hacerse ninguna distinción relativa al alimento, la

ropa, el lugar o el tiempo. En Cristo, a quien todo se dirigió, se resume todo. Los judíos no fueron salvados por medio del Antiguo Testamento, ya que no les fue dado para obtener la santidad, sino para anunciarles la venida de Cristo.

Además, en el Antiguo Testamento, Dios desempeñaba un tipo de gobierno doble: el interno y el externo. Determinó gobernar Él mismo a su pueblo, internamente en sus corazones y externamente en sus cuerpos y posesiones. Esto explica que les diera un conjunto tan detallado de leyes. Así, por ejemplo, era un caso de gobierno externo que un marido entregara a su esposa una carta de divorcio y la despidiera de su casa porque no le agradaba (Dt. 24:1), pero el mandamiento que dice: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv. 19:18) forma parte del gobierno espiritual. Ahora bien, Dios reina sólo espiritualmente a través de Cristo. Ejecuta le ley externa y física a través del gobierno civil, que con la venida de Cristo quedó abolida. Dios ya ha dejado de asignar personas, tiempos y lugares, gobierna espiritualmente por medio de la Palabra, de modo que somos dueños de lo tocante a todo lo externo y no estamos obligados a nada físico. Sin embargo, todo cuanto se refiere al gobierno espiritual no se ha abolido, sino que continúa con toda su fuerza como por ejemplo, las leyes de Moisés relativas al amor a Dios y al prójimo. Dios sigue queriendo la observancia de estas leyes y con ellas condenará a los no creyentes.

Además, el sentido espiritual permanece, es decir, el significado establecido por medio de representaciones externas aunque externamente se hubieran abolido. Así, el hecho de que un esposo se divorcie de su esposa por causa de adulterio, posee un significado ahora con un contenido espiritual. De este modo, Dios rechazó a los judíos y eligió a los paganos porque los primeros se negaron a creer en Cristo. En la actualidad hace lo mismo. Si una persona se niega a la fe, es expulsado de la congregación cristiana a fin de que pueda cambiar y mejorar.

Lo mismo se aplica a la ley según la cual a la muerte de su marido, la esposa debe tomar al hermano del esposo, tener hijos con él, éste ha de guardar el nombre del hermano fallecido y pasar a ser el dueño de sus propiedades (Dt. 25:5-6). Aunque ahora ya no se obliga a nadie en casos como éste o por lo menos, es optativo a fin de que cada uno puede deci-

dir sin el riesgo de pecar, es una figura de la persona de Cristo al ser nuestro hermano que murió por nosotros, ascendió a los cielos y nos ordenó preñar nuestras almas con los frutos del Evangelio. De este modo guardamos su nombre, le sucedimos y entramos a poseer su hacienda. Por tanto, no debo presumir de ser yo quien convenza a la gente, sino adscribirlo a los méritos de Nuestro Señor Jesucristo. Esto se aplica a los demás casos del Antiguo Testamento que sería muy largo enumerar.[13]

Por ello, en el Antiguo Testamento, pervive todo cuanto no es externo, me refiero a todo cuanto los profetas dijeron acerca de la fe y del amor. De ahí que Cristo también lo confirme en Mateo 7:12: «Así que todo cuanto queráis que los hombres os hagan a vosotros, así también hacedlo vosotros a ellos; porque ésta es la ley de los profetas». Por otra parte, Moisés y los profetas son testigos de que el Cristo ha de venir. Si, por ejemplo, yo quiero predicar que Cristo es el único Salvador y que todo el mundo debe salvarse a través de Él, puedo elegir la declaración del Génesis 22:18: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra», la transformaré en viva voz y diré: «A través de Cristo, que es de la simiente de Abraham, serán benditos todos los hombres». De ellos se desprende que todos fuimos maldecidos y condenados en Adán. Por ello, si deseamos escapar a la condena, debemos creer en la Simiente. Hemos de basar nuestra fe en estos asertos y mantenernos firmes a fin de percibir en ellos el testimonio de Cristo para lograr el fortalecimiento de la fe. Esto es lo que san Pedro quiere decir cuando afirma:

Los profetas que profetizaron acerca de la gracia destinada a vosotros. Así habla también Pablo en Romanos 16:25-26: «Según la revelación del misterio que ha sido mantenido en silencio desde tiempos eternos», y dice: «pero que ha sido manifestado ahora y que mediante las Escrituras de los profetas... se ha dado a conocer». Así en el Nuevo Testamento se hallan numerosas citas tomadas de los profetas mediante las cuales, los apóstoles demuestran que las cosas sucedieron como aquellos anunciaron. El mismo Cristo lo demuestra citando al profeta Isaías cuando dice en Mateo 11:5: «Los ciegos ven, los cojos andan, etc.» como si dijera: «Tal como se escribió, así ocurre» (Is. 35:5-6). También leemos en Hechos 9:22 acerca de Pablo y en Hechos 18:28 acerca de Apolos cuando acorraló a los judíos y les probó con las Escrituras que se

trataba de Cristo. Todo cuanto los profetas proclamaron, se hizo realidad en la persona de Cristo. Y en Hechos 15:14 y ss., los apóstoles demuestran la necesidad de predicar el Evangelio a fin de que los paganos puedan creer. Todo ello se llevó a cabo y se cumplió de tal manera que los judíos se convencieron y tuvieron que admitir que todo estaba sucediendo según se había profetizado.

Escudriñando qué tiempo y qué persona indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos. San Pedro quiere decir: Aunque los profetas no tuvieran conocimiento de un tiempo determinado, indicaron en general todas las circunstancias de tiempo y lugar, como por ejemplo, el sufrimiento de Cristo, su muerte y que los paganos creerían en él. Así, por los signos se sabía que el tiempo había llegado. El profeta Daniel se acercó mucho aunque dejó unas indicaciones vagas sobre el momento en que se produciría el sufrimiento y muerte de Cristo o cuándo tendría lugar esto o aquello (Dn. 9:25-27). Asimismo, los judíos contaban con una profecía muy clara según la cual antes de la venida de Cristo, su reino cesaría, aunque tampoco especificaba el día y el tiempo en concreto. Sin embargo, les bastaba para saber que llegado el tiempo, Cristo no estaría muy lejos. El profeta Joel también anunció el momento de la llegada del Espíritu Santo cuando dijo: «Y después de esto derramaré mi Espíritu por toda carne» (2:28). San Pedro menciona este versículo en Hechos 2:17 y demuestra que Joel da un tiempo y unas personas determinadas.

Todo esto evidencia la laboriosidad con que los apóstoles establecían las pruebas y las bases de su predicación y de sus enseñanzas. Hoy día, en cambio, los concilios y el papa pretenden convencernos sin ayuda de las Escrituras. Nos ordenan creerlos con la excusa de que debemos obediencia a la iglesia y nos amenazan con la excomunión si nos negamos a creer. Los apóstoles estaban llenos del Espíritu Santo y tenían la certeza de haber sido enviados por Cristo y de que predicaban el auténtico Evangelio. Sin embargo, eran en tal medida humildes que no deseaban ser creídos a menos que probaran por entero a través de las Escrituras la certidumbre de sus asertos. Asimismo, su objetivo era reducir al silencio a los no creyentes para impedir que alegaran algo en contra de lo que predicaban. En cambio, nosotros, hemos de creer a un montón de gente

estúpida e ignorante que nunca predica una Palabra de Dios, y no hace otra cosa que exclamar de forma incesante: «Los padres no pueden equivocarse. Así se estableció hace mucho tiempo. Por tanto, no hay que discutirlo». Nosotros, en cambio, podemos probar a partir de las Escrituras que nadie se salva si no cree en Cristo, contra lo cual carecen de argumentos ya que les es imposible aducir ningún pasaje de las Escrituras que apoye tonterías como que quien no ayuna en este o aquel día será condenado. Por tanto, no les creeremos ni estamos obligados a hacerlo. San Pedro continúa:

El espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. Puede entenderse que se refiere tanto a los sufrimientos de Cristo como a los nuestros. San Pablo también denomina sufrimientos de Cristo a los sufrimientos de los cristianos (Col. 1:24). Por fe, el nombre, la Palabra y la obra de Cristo son mías en razón de mi creencia en Él, de forma que sus sufrimientos son también míos porque yo sufro por su causa. Así, los cristianos realizan los sufrimientos de Cristo a diario y así será hasta el día del fin del mundo.

Sin embargo, a pesar de nuestros sufrimientos, nosotros tenemos el consuelo de que los tenemos en común con Cristo y que Él los considera como suyos, así como la certeza de que la gloria sucederá de inmediato al sufrimiento. Hemos de ser conscientes de que, del mismo modo que Cristo no entró en la gloria hasta después de su sufrimiento, también nosotros debemos cargar la cruz con Él y con ello disfrutaremos del gozo de su compañía.

San Pedro afirma que todo cuanto predicamos hoy día ya fue proclamado y anunciado por los profetas con toda claridad porque el Espíritu Santo se lo reveló. El hecho de que en la actualidad nuestra comprensión de los profetas sea tan escasa, es el resultado de la incapacidad por comprender su lenguaje. En cualquier caso, hablaron con suficiente claridad. De ahí que todos los que están familiarizados con su lenguaje y poseen el Espíritu de Dios, como todos los creyentes, lo comprenden sin dificultad alguna, además de conocer el objetivo de las Escrituras. Pero si no se comprende este lenguaje y se carece del Espíritu del discernimiento cristiano, los profetas no les parecen otra cosa que seres embria-

gados rebosantes de vino. Sin embargo, si se carece de uno de los aspectos, el Espíritu sin el lenguaje es mejor que el lenguaje sin el Espíritu. Los profetas tienen una forma especial de hablar, pero quieren decir exactamente lo mismo que predican los apóstoles ya que ambos han hablado abundantemente del sufrimiento y de la gloria de Cristo y de quienes creen en Él. Así David dice de Cristo en Salmos 22:6: «Mas yo soy gusano, y no hombre». Con estas palabras muestra la profundidad y la abyecta humillación de sus sufrimientos; también escribe acerca de las aflicciones de su pueblo y las de los cristianos en Salmos 44:22: «Somos contados como ovejas para el matadero».

A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo. Es decir, era un conocimiento suficiente para los profetas y al comunicarlo para nuestro beneficio se convirtieron en nuestros servidores, sirviéndonos con él de forma que pudiéramos asistir a su escuela y aprendiéramos de ellos. Con esta base nuestra fe se torna más fuerte y con ella podemos armarnos y defendernos contra la falsa doctrina.

Cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles. A través del Espíritu Santo que descendió de los cielos, los apóstoles proclamaron las grandes cosas que los ángeles anhelan mirar. San Pedro nos ordena cerrar los ojos y ver la naturaleza del Evangelio, hacedor de alegría y gozo. Aun cuando no podamos verlo con nuestros ojos físicos, hemos de creer que compartimos la rectitud, la verdad, la bienaventuranza y todo cuanto tiene Dios de bueno, ya que desde que nos dio a Cristo, su Unigénito, el Bien más preciado, a través de Él también nos da todos sus bienes, riquezas y tesoros de los que los ángeles obtienen todo placer y gozo en los cielos. Todo esto se nos ofrece en el Evangelio y si creemos, indefectiblemente obtendremos la alegría y el gozo mencionados. Sin embargo, mientras vivamos en la tierra, nuestro gozo no puede ser tan perfecto como el de los ángeles aunque percibamos algo a través de la fe. En los cielos, empero, es tan grande que ningún ser humano puede imaginarlo, sólo se hará realidad cuando lleguemos a Él.

Vemos, por tanto, cómo san Pedro nos enseña a vestirnos y equiparnos con ayuda de las Escrituras. Hasta aquí, ha estado describiendo lo

que significa predicar el Evangelio y cómo los profetas proclamaron de antemano que sucedería y así lo proclamaron. En este capítulo nos exhorta a adherirnos a esta proclamación del Evangelio por la fe y a seguirlo con todo nuestro amor. Dice:

> *1:13-16*
> *Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.*

Se trata de una exhortación a la fe. Significa: Dado que aquello en lo que los ángeles se alegran y con lo cual se deleitan, ha sido proclamado y se nos ha dado a través del Evangelio, adheríos y poned vuestra confianza en él de forma que la fe sea auténtica y no una ilusión y un sueño ficticio de colores.

Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento. Aquí san Pedro habla de una preparación aguda de la mente con la misma solidez con que la espada se ciñe a los lomos de alguien. Cristo también tocó este aspecto cuando dijo: «Estén ceñidos vuestros lomos» (Lc. 12:35). En varios apartados de las Escrituras los lomos son sinónimo de falta de castidad,[14] sin embargo, aquí san Pedro se refiere a los lomos espirituales. En un sentido físico, las Escrituras llama a los lomos la fuente del origen natural a partir del padre. Así leemos en Génesis 49:10 que Cristo procede de los lomos de Judá.[15] Así, el ceñido de los lomos no significa otra cosa que la castidad como establece Isaías 11:5: «Y será la justicia cinturón de sus lomos y la fidelidad ceñidor de sus riñones». Esto es, se suprime y se vence a la lascivia diabólica sólo a través de la fe.

Pero el ceñido espiritual, del que aquí está hablando el apóstol, tiene lugar como sigue: Del mismo modo que una virgen es físicamente pura

y sin mancha, así el alma es espiritualmente sin mancha gracias a la fe a través de la cual se convierte en la prometida de Cristo. Pero si se abandona la fe y se cae en la falsa doctrina, todo se arruina. Por esta razón las Escrituras constantemente lo denominan idolatría, adulterio y prostitución, esto es, cuando el alma se entrega a las enseñanzas de los hombres abandonando así la fe Cristo.[16] San Pedro lo prohíbe cuando nos dice que ciñamos los lomos de la mente. Es como si dijera: Ya habéis oído el Evangelio y obtenido la fe, por tanto procurad manteneros en ella y no caigáis en falsas doctrinas de manera que las obras no os desvíen yendo sin rumbo de acá para allá.

Aquí san Pedro adopta una expresión peculiar, distinta de la de san Pablo, cuando habla de «los lomos de vuestra mente». Usa la palabra «mente» en el mismo sentido que la empleamos nosotros cuando nos referimos a «consciente de algo», como si yo dijera: «Considero esto acertado» o como san Pablo expresa: «concluimos», esto es, «somos conscientes de ello» (Ro. 3:28). Se refiere a la fe y quiere decir: « habéis llegado a la justa comprensión, es decir, que uno sólo queda justificado por la fe. No la abandonéis. Ceñíos con ella. Sujetadla con firmeza y no permitáis que nadie os la arrebate. Aparecerán numerosos falsos doctores armados con doctrinas humanas para arrebataros este conocimiento y aflojar el ceñidor de la fe. Por tanto, sed precavidos y reflexionad». Los hipócritas que confían en sus obras y llevan una buena vida moral, están convencidos de que gracias a aquellas, Dios los llevará consigo a los cielos. Como el fariseo de Lucas 18:11-12, no ceden en sus opiniones y conceptos. María los cita en el *Magnificat* donde usa la misma palabra que san Pedro emplea aquí. Dice: «Desbarató a los arrogantes en el pensamiento del corazón de ellos» (Lc. 1:51), esto es, en sus conceptos.

Sed sobrios. La sobriedad sirve al cuerpo externamente y es la obra principal de la fe. Aunque el hombre haya conseguido ser justo, aún no se ha desprendido del todo de la diabólica concupiscencia. La fe ha conseguido someter la carne pero ésta continúa agitándose y anhelando toda suerte de lascivias que sólo buscan dominarle y hacer su voluntad. De ahí que el espíritu deba esforzarse a diario en dominar la carne y luchar incesantemente con ella a brazo partido cuidando de que no rechace la fe. Muchos de los que dicen que tienen fe, piensan que con eso basta y

viven como les place con lo que únicamente consiguen engañarse a sí mismos. Cuando la fe es auténtica, debe atacar y controlar el cuerpo para que éste no se comporte según su voluntad. Por esta razón, san Pedro dice que debemos ser sobrios.

Sin embargo, no quiere destruir o debilitar demasiado al cuerpo. Este es el caso de muchos que han ayunado hasta volverse locos y se han torturado hasta la muerte. Incluso san Bernardo, que fue un hombre santo, también sufrió en un tiempo de este tipo de locura; abandonó su cuerpo de tal modo que su aliento hedía y no podía acercarse a la gente.[17] 'Más tarde, recuperó la sensatez y aconsejó a sus hermanos que no castigaran el cuerpo en demasía; se había dado cuenta de que en semejante estado no podía servir a sus hermanos. San Pedro sólo aconseja que seamos sobrios, es decir, domar al cuerpo sólo cuando advertimos que sigue siendo demasiado lascivo. No prescribe ningún lapso prolongado de ayuno como hace el papa, sino que deja a la discreción de cada uno ayunar de modo que se mantenga sobrio para no cargar el cuerpo con el peso de la glotonería. Debe ser razonable y sensible y advertir hasta qué punto es necesario mortificar el cuerpo. No es bueno en absoluto imponer ordenanzas en este campo sobre una multitud o una comunidad ya que cada uno de nosotros somos distintos. Hay quien tiene un cuerpo fuerte y otro débil con lo que una persona puede exigirse mucho y otra menos, por lo que ha de hacerse de forma que el cuerpo no pierda la salud y el bienestar.

Sin embargo, también se equivocan los que alegan la conveniencia de no ayunar y consumir carne libremente.[18] Como esta gente, como la otra, no entienden el Evangelio, carecen de importancia. Desdeñan las órdenes del papa pero también dejan de ceñir la mente como advierte san Pedro; le permiten al cuerpo todos sus caprichos con el resultado de dejarse dominar por la indolencia y la concupiscencia. Es bueno ayunar, pero hacerlo de la forma adecuada, sin darle al cuerpo más comida que la necesaria para conservar la salud y para trabajar y velar, procurando que el asno no sea demasiado imprudente si va a patinar, no se rompa una pierna, que mantenga la brida corta y que siga al espíritu. No debe imitar a los que, cuando ayunan, se llenan de pescado y del mejor vino, delatándolos sus vientres prominentes.

Esto es lo que san Pedro entiende por sobriedad. Continúa:

Y esperad por completo en la gracia que se os traerá. La fe cristiana descansa por completo en la Palabra de Dios con confianza y coraje, y entonces seguir así con gozo. Por ello, san Pedro dice: entonces los lomos de vuestra mente están ceñidos y vuestra fe es genuina; si poseéis este coraje, no importan las posesiones, el honor, el cuerpo o la vida. Con estas palabras nos brinda una excelente descripción de lo que es una verdadera y genuina fe, no indolente o adormecida o sólo sueño. Debe ser viva y activa de modo que el hombre descanse en ella con toda confianza y se adhiera a la Palabra sin importar lo que ocurra, de modo que podamos avanzar a través de la fortuna y de la desgracia. Así, cuando muera confiaré plenamente en Cristo, le ofreceré todo mi ser y confiaré en la Palabra de Dios que no puede mentirme. Así la fe debe seguir su camino, firmemente, sin permitir que nada la desvíe e ignorar cuanto se vea, oiga o sienta. Esta es la clase de fe que san Pedro exige, una fe que consiste en poder, no en pensamientos o palabras.

En segundo lugar, san Pedro dice: Depositad vuestra confianza en la fe que se os ofrece. Significa que no hay que ganarla, sino que os es ofrecida sin coste alguno. El Evangelio que proclama la gracia no es invento ni fabricación nuestra. El Espíritu Santo lo dejó caer a la tierra desde los cielos, pero ¿qué nos ofreció? Lo que hemos oído anteriormente, es decir, que quien cree en Cristo y asume la Palabra, le posee a Él con todos sus beneficios, de modo que le convierten en el Señor del pecado, la muerte, el diablo y el infierno y goza de la seguridad de la vida eterna. Este tesoro nos lo traen a nuestra puerta y nos lo depositan en el regazo sin nuestra cooperación ni mérito, inesperadamente y sin nuestro conocimiento o intención. Es decir, el apóstol desea que depositemos una alegre esperanza en esta gracia porque el Dios que nos la ofrece en verdad no nos mentirá.

En la revelación de Jesucristo. Dios no permite que su gracia se ofrezca de otro modo que a través de Cristo. De ahí que ningún hombre puede pretender acercarse a Él sin la presencia del Mediador, tal como hemos manifestado anteriormente. Dios no escuchará a nadie que acuda sin Cristo, su amado Hijo. La mirada de Dios está sólo en el Hijo pero, por éste, también se fija en los que no se apartan de Él. Desea que reco-

nozcamos que estamos reconciliados con el Padre a través de la sangre del Hijo y por esta razón no hemos de temer acudir a su presencia. El Señor Jesucristo bajó, se encarnó y se unió a nosotros con el propósito de procurarnos dicha gracia para nosotros ante el Padre. Así, todos los patriarcas y profetas, a través de esta fe en Cristo, fueron preservados y se salvaron porque todos creyeron en las palabras de Dios a Abraham: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra» (Gn. 22:18). Por tanto, como hemos dicho, la fe de los judíos, los turcos y los que confían en sus propias obras para ir a los cielos, no es válida. Pedro dice: «La gracia se os ofrece» pero en la revelación de Jesucristo, o para decirlo con mayor claridad, porque Jesucristo se os ha revelado.

En el Evangelio se nos dice quién es Cristo, a fin de que sepamos que es nuestro Salvador que nos libra del pecado y la muerte, nos ayuda en nuestras desgracias y nos reconcilia con el Padre, haciéndonos santos y salvos sin la intercesión de nuestras obras. El que no aprende a conocer a Cristo de este modo, se equivoca. Porque aunque sepas que es el Hijo de Dios, que murió y resucitó y que está sentado a la diestra de Dios Padre, este conocimiento no os bastará para saber quién es en realidad Cristo y no os ayudará. También debéis saber y creer que Él lo hizo todo por vosotros, para ayudaros. En consecuencia, todo cuanto se ha enseñado y predicado hasta ahora en las escuelas de enseñanza superior, no vale más que un montón de basura. No lo comprenden y nunca han ido más allá del pensamiento de que Cristo sufrió intensamente y que ahora se halla sentado en los cielos gozándose en Él mismo; sus corazones cerrados y la fe no vive en ellos. No hay que aislar a Nuestro Señor Jesucristo como un ser existente por sí mismo, sino predicar que también nos pertenece a nosotros. De otro modo, ¿de qué hubiera servido bajar a la tierra y verter su sangre? Pero dado que, como dice en Juan 3:17, fue enviado al mundo para que éste fuera salvado a través de Él, debía cumplir aquello para lo que el Padre le envió. Su envío y venida por parte del Padre no debe entenderse como concordante sólo con su naturaleza divina, sino también con la humana y sus obras. Así que fue bautizado, empezó a llevar a cabo aquello para lo que había sido enviado, es decir, cumplir y proclamar la verdad y anunciarnos que todo aquel que crea en Él será salvado. Así se reveló y se manifestó a Él mismo y nos ofreció su gracia.

Como hijos obedientes. Esto es, conducíos como hijos obedientes. En las Escrituras, a la fe se la llama obediencia.[19] El papa, en sus claustros y escuelas superiores, también nos ha aplicado abusivamente este concepto y ha aprovechado para sus estúpidas mentiras lo que dicen las Escrituras acerca de la obediencia, por ejemplo lo que se lee en 1 Samuel 15:22: «Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios».[20] Dado que pueden comprobar que las Escrituras alaban en gran medida la obediencia, lo aprovechan para cegar al pueblo y dar la impresión de que dicha obediencia es la misma que ellos predican. De esta manera, aceptando sus mentiras y obedeciendo al diablo nos alejan de la Palabra de Dios. Quien escucha el Evangelio y la Palabra de Dios y cree en ello, es un hijo obediente de Dios, por tanto despreciad y no hagáis caso de todo cuanto no sea ésto.

No os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia. Es decir, no os comportéis como hacíais antes, que nadie os vea como erais. Antes erais idólatras, vivíais en la lujuria, glotonería, ebriedad, envidia, vanidad, ira, codicia y odio. Era una vida diabólica y pagana. No erais creyentes. Caminabais por este tipo de vida como los ciegos. No sabíais lo que hacíais. Desistid de estos vicios diabólicos. Aquí comprobáis que san Pedro demuestra que son las sendas por donde transitan la desgracia y la ignorancia. Donde hay ausencia del conocimiento y de fe en Cristo, no quedan más que el error y la ceguera, de manera que nadie sabe dónde está el bien o el mal y la gente cae en toda clase de vicios.

Esto es lo que ha ocurrido hasta ahora. Con Cristo desvanecido y eclipsado, empezó el error y todo el mundo empezó a preguntarse cómo podían salvarse. Sólo esto último, ya es una muestra de ceguera o ignorancia, demuestra que ha desaparecido la adecuada comprensión de la fe y que ya no hay nadie que sepa nada. Por esta razón el mundo se halla tan lleno de sectas de todo tipo, reina la división y todos se empeña en inventarse su propio camino hacia los cielos. A partir de la desgracia nos hundiremos cada vez más en la ceguera, nos hallaremos inermes. Por ello, dice san Pedro: Ya habéis sido suficientemente locos, ahora que ya conocéis y comprendéis, poned fin a todo esto.

Sino que así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; pues escrito está: Sed santos, porque yo soy santo. Aquí san Pedro cita un versículo del Antiguo Testamento, de Levítico 19:2 donde Dios dice: «Santos seréis porque santo soy yo Jehová vuestro Dios». Como yo soy vuestro Señor y Dios y vosotros sois mi pueblo, debéis ser como yo. Un verdadero señor hace que su pueblo sea como él, obediente y guiado por su voluntad. Y en este caso, como Dios nuestro Señor es santo, su pueblo también es santo y seremos santos si tenemos fe. Las Escrituras no dice gran cosa de los santos fallecidos, sólo habla de los vivos en la tierra. Así, el profeta David glorifica en Salmos 86:2: «Guarda mi alma porque soy piadoso».

Pero aquí nuestros sabios de nuevo han mal interpretado el versículo. Afirman que el profeta se llamó santo a sí mismo por medio de una revelación especial. De este modo, ellos mismos admiten que carecen de fe y que no poseen la revelación de Cristo. De otro modo, no lo asegurarían. Un cristiano siente la revelación en sí mismo y los que no la sienten no son cristianos. Un cristiano entra con el Señor Jesucristo a compartir todos sus bienes; dado que Cristo es santo, él también ha de ser santo o negará que Cristo lo es. Si habéis sido bautizados, como dice san Pablo (Gá. 3:27), contáis con la vestidura sagrada que es Cristo.

La palabra «santo» designa lo que es propio de Dios y sólo le pertenece a Él. En alemán usamos la palabra *geweihet*. Así, Pedro dice: Ahora se os ha dado al mismo Dios, por ello procurad no caer de nuevo en los mismos vicios mundanales. Dejad que sólo Dios reine, viva y obre en vosotros. Entonces seréis santos como Él mismo es santo.

Hasta ahora el apóstol ha descrito la gracia que nos es ofrecida a través del Evangelio y la predicación acerca de Jesucristo y nos ha enseñado la actitud que debemos mostrar respecto a ello, es decir, que debemos conservar un sentido puro e inalterable respecto a la fe, de tal forma que sabemos que no hay obra que podamos hacer o manifestar que nos beneficie en nada. Pero al predicarlo, la razón acude de inmediato y dice: «¡Ah, si es así, no necesito hacer ninguna buena obra!» Estas estúpidas mentes se centran en esta idea y cambian la vida cristiana por la libertad carnal. Creen que pueden hacer lo que les plazca. San Pedro se enfronta y se anticipa a ellos y les enseña que la libertad cristiana sólo

debe practicarse aparte de Dios. Aquí únicamente es necesaria la fe, honrar a Dios debidamente y considerarlo mi Dios, todo verdad, justicia y misericordia. Esta fe nos libera del pecado y de toda maldad. Cuando honro a Dios, sea como sea que viva mi vida, la vivo para mi prójimo, para servirle y ayudarle. La mayor obra que trae la fe es que yo confiese a Cristo y si es preciso, que lo testimonie con mi sangre y arriesgando mi vida. Sin embargo, Dios no necesita esta obra pero debo hacerlo para probar y confesar mi fe a fin de que otros sean atraídos a ella. Las demás obras vendrán por su propio pie y todas deben tender a servir a mi prójimo. Esta es la obra que Dios produce en nosotros. Por tanto, hemos de convencernos de la necesidad de no llevar una vida carnal ni de hacer lo que nos plazca. Por este motivo dice san Pedro:

> *1:17-21*
> *Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles como oro y plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios.*

Así dice san Pedro: Por la fe sois ahora hijos de Dios y Él es vuestro Padre; habéis adquirido una herencia imperecedera en los cielos (como ya hemos citado anteriormente), por tanto, ya sólo queda quitar el velo y que lo que ahora está oculto sea revelado. Tenéis que esperar. Ahora es posible dirigiros confiadamente a Dios como Padre, pero aunque lo sea, es justo que dé a cada uno según sus actos y no por su persona. De ahí, que aun cuando poseáis la gran distinción de ser llamados cristianos e

hijos de Dios, no os atreváis a pensar que Dios os ahorrará nada si vivís sin temor e imagináis que basta con alardear de tal distinción. El mundo juzga según la persona y no castiga a todos del mismo modo. Favorece a los amigos, ricos, atractivos, instruidos, sabios y poderosos, pero Dios no lo hace así. No le importa lo grande que sea una persona. Así en Egipto mató al hijo del faraón tan rápidamente como podía hacerlo con el hijo de un molinero.

El apóstol desea que esperemos un juicio de Dios así y que vivamos en temor a fin de no alardear de ser cristianos y depender de ello como si Dios tuviera que ser más indulgente con nosotros que con los demás a cuenta de este estado. Antiguamente, también los judíos se engañaron a sí mismos presumiendo de pertenecer a la simiente de Abraham y al pueblo elegido de Dios. Las Escrituras no hacen ninguna diferencia respecto a la carne, sino al espíritu. Es cierto que Dios prometió que Cristo nacería de la simiente de Abraham y que un pueblo santo procedería de él, pero no significa que todos los nacidos de Abraham sean hijos de Dios. Dios también prometió la salvación de los paganos pero no dijo que los salvara a todos.

Sin embargo, aquí se suscita una cuestión. Dado que decimos que Dios nos salva únicamente por la fe y sin tener nada que ver con las obras, ¿por qué dice san Pedro que Dios no juzga según la persona, sino según las obras? Respuesta: nosotros hemos enseñado que sólo es indudablemente cierto que la fe justifica ante Dios, dado que se expresa con tanta claridad en las Escrituras que es imposible negarlo. Sin embargo, también es cierto lo que dice aquí el apóstol en el sentido de que también Dios juzga según las obras. Pero hay que dar por verdad que donde no hay fe, tampoco puede haber buenas obras y, por otra parte, no puede haber fe donde no hay buenas obras. Con ello, enlaza la fe con las buenas obras de tal manera que ellas componen la suma total de la vida cristiana. Tal como vivas tal recompensa obtendrás. Dios te juzgará respecto a ello. Por tanto, aunque Dios nos juzgue de acuerdo a las obras, sigue siendo cierto que las obras sólo son el fruto de la fe. Son la evidencia de nuestra creencia o incredulidad. Así que Dios os juzgará y condenará en base a vuestras obras; son la muestra de si habéis creído o no, del mismo modo que sólo puede juzgarse o condenar a un mentiroso úni-

camente a partir de sus palabras, aunque es evidente que las palabras no lo han convertido en mentiroso, sino que ya era un mentiroso antes de decir mentiras, ya que éstas llegan a la boca procedentes del corazón. Por tanto, el único modo de comprenderlo es el más sencillo: que las obras sean los frutos y signos de la fe y que Dios juzgue a la gente según estos frutos que ciertamente se han de dar a fin de poder comprobar públicamente la creencia o incredulidad del corazón. Dios no os juzgará en razón de si sois llamados cristianos o habéis sido bautizados. No. Os preguntará: «Si eres cristiano, dime ¿dónde están los frutos con los cuales puedes mostrarme tu fe?»

De ahí que, ahora, diga san Pedro: Ya que tenéis la clase de Padre que no juzga según la persona, durante todo el tiempo que dure este peregrinar, conducíos con temor. Esto es, no temáis al Padre en razón de la pena o el castigo como los no cristianos y según el miedo al mal, sino que temed para que Él no os abandone y quite su mano de encima vuestro, tal como un hijo piadoso teme la ira del padre al hacer algo que no le plazca. Ésta es la especie de temor que Dios desea que tengamos a fin de que podamos guardarnos de los pecados y servir a nuestro prójimo mientras habitamos en esta tierra.

Como ya hemos oído, un sincero creyente cristiano goza de todas las posesiones de Dios y es hijo de Él. Sin embargo, el tiempo de esta vida no es sino un peregrinar aunque a través de la fe, el espíritu ya more en los cielos y esto le convierta señor de todas las cosas. Pero Dios le permite permanecer vivo en la carne y dejar que su cuerpo camine por la tierra a fin de que pueda ayudar a los demás y llevarles hacia el cielo. Por tanto, debemos usar todo cuanto hay en la tierra a la manera de un huésped que viaja por el país, entra en una posada donde ha de pasar la noche y no toma otra cosa del posadero que comida y albergue. No se le ocurre decir que las posesiones del posadero son suyas. Así nosotros debemos considerar los bienes temporales como si no nos pertenecieran, limitar nuestro goce de ellos a sólo lo necesario para la conservación de nuestros cuerpos y usar el resto para ayudar a nuestro prójimo. Así la vida cristiana sólo es una noche de alojamiento; «porque no tenemos aquí una ciudad permanente» (He. 13:14), sino que hemos de morar donde está el Padre, es decir, en los cielos. Por tanto, no debemos caer en la rebeldía sino como dice san Pedro, debemos conducirnos en temor.

Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata sino con la sangre preciosa de Cristo. El apóstol se refiere a que esto debe conduciros al temor de Dios y al que debéis ajustar vuestra conducta en función de lo que ha costado vuestra redención. Antes erais ciudadanos del mundo y sujetos al diablo, pero ahora Dios ha transformado vuestra forma de vida y os ha colocado en otra posición de manera que seáis ciudadanos del cielo y extranjeros y huéspedes en la tierra. Así veis cuánto ha gastado Dios en vosotros y cuán rico es el tesoro con el cual fuisteis redimidos y hechos hijos de Dios. Por tanto, conducíos con temor y tomad conciencia de no despreciar y perder un tesoro tan noble y precioso.

Pero ¿cuál es el tesoro con el que hemos sido redimidos? No son ni el oro ni la plata perecederos, sino la sangre preciosa de Cristo, el Hijo de Dios. Un tesoro tan costoso y noble que la mente y la razón humanas no pueden comprenderlo. Sólo una gota de esta sangre inocente hubiera sido más que suficiente para eliminar el pecado del mundo entero.[21] Sin embargo, el Padre quiso derramarnos su gracia con tanta abundancia y gastar tanto en nosotros que envió a su propio Hijo, Cristo, a verter toda su sangre y a donarnos el tesoro entero, por tanto no desea que minimicemos la importancia de semejante gracia, sino que nos sintamos inducidos a conducirnos con temor para que no nos arrebaten el tesoro.

Marcos como san Pedro dice: «Fuisteis rescatados de la mala manera de vivir de vuestros padres». De esta forma elimina las excusas que defienden la corrección de nuestras posturas con el argumento de que existen desde tiempo inmemorial y que todos nuestros antepasados entre los cuales hubo gente sabia y piadosa, eran de la misma opinión. Por ello san Pedro dice: todo cuanto vuestros padres instituyeron y dijeron es malo y lo que aprendisteis de ellos relativo a orar a Dios también es malo, hasta el punto de haber costado al Hijo de Dios toda su sangre para redimiros. Ahora, todo cuanto no ha sido lavado con esta sangre, está envenenado y condenado por causa de la carne. De esto se sigue que cuanto más el hombre presume de piedad sin Cristo, más se empecina en su propio camino, y más profundamente se hunde en la ceguera y la maldad y se hace culpable de profanar la sangre preciosa (1 Co. 11:27).

Los pecados graves externos son poca cosa comparados con la doctrina que defiende que uno puede ser piadoso a través de sus obras y orar a Dios según la propia razón. Esto deshonra y blasfema más que nada la sangre inocente. Los paganos cometieron un pecado mucho mayor rezando al sol y a la luna considerando que oraban a Dios, que pecando de cualquier otro modo. Por tanto, la piedad humana es una gran blasfemia contra Dios y el mayor pecado que puede cometer un hombre. Así, los modos corrientes hoy día en el mundo –los considerados piadosos y culto a Dios– son peores a los ojos de Dios que cualquier otro pecado. Esto también se aplica a los sacerdotes y a los monjes y a todo cuanto parece bueno a los ojos del mundo pero que carece de fe. Por tanto, aquel que no quiera obtener la gracia de Dios a través de la sangre, es mejor que no intente comparecer ante sus ojos ya que al hacerlo, sólo consigue provocar en grado sumo la ira de la Majestad.

Como de un cordero sin mancha y sin contaminación. Aquí, san Pedro acude a las Escrituras. A despecho de su brevedad, ésta es una epístola eficaz y henchida de contenido. Así, al hablar de «la mala manera de vivir transmitida por los padres» concuerda con numerosas manifestaciones de los profetas, como por ejemplo con Jeremías 16:19 cuando leemos: «A ti vendrán naciones desde los extremos de la tierra y dirán: “Ciertamente mentira fue la herencia etc.”». Es como si san Pedro dijera: «Los profetas también proclamaron que deberíais libraros de las malas maneras de vuestros padres».

Y vuelve a dirigirse a las Escrituras cuando dice: «Fuisteis rescatados... con la preciosa sangre de Cristo como de un cordero sin mancha ni contaminación» y explica que son palabras de los profetas y de Moisés. Por ejemplo, leemos en Isaías 53:7: «Como un cordero que es llevado al matadero». Es similar a la figura del cordero pascual de Éxodo 12:3 y ss., san Pedro explica todo esto y dice: El cordero es Cristo y como el anterior ha de ser sin mancha por lo que su sangre que fue vertida por nuestros pecados, también es inocente y sin mancha.

Ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros. Es decir, no lo merecemos y nunca pedimos a Dios que la preciosa sangre de Cristo fuera vertida por nosotros. Por tanto, no hemos de alardear de nada. La

gloria no pertenece a nadie sino a Dios. Él nos la prometió sin ningún mérito por nuestra parte y reveló que lo había ordenado y decretado desde la eternidad, antes de la creación del mundo. También fue prometido a los profetas pero de una manera velada, no abiertamente. Ahora, sin embargo, después de la resurrección de Cristo y el envío del Espíritu Santo, se ha predicado públicamente y ha resonado por el mundo entero.

San Pedro llama a la era en que vivimos en este momento, el periodo que transcurrirá desde la ascensión de Cristo hasta el día del Juicio final, «el final de los tiempos». También los apóstoles, los profetas y el mismo Cristo lo llaman la última hora.[22] Esto no significa que el día del Juicio Final haya de venir inmediatamente después de la ascensión de Cristo a los cielos, sino que la razón es que después de la proclamación del Evangelio referido a Cristo, no habrá ninguna otra revelación mejor que las del pasado. Por ello, se habían producido tantas en el pasado. De ahí que Dios diga en Éxodo 6:3: «Mas en mi nombre Jehová no me di a conocer a ellos». De ello se deduce que los patriarcas conocían a Dios, sin embargo y al mismo tiempo, no disponían de una proclamación clara como la realizada más tarde a Moisés y los profetas. Ahora, sin embargo, no ha habido una proclamación más gloriosa y más clara que el Evangelio. Por tanto, ésta es la última. El tiempo ha venido y se ha ido, pero ahora el Evangelio nos ha sido revelado por última vez.

En segundo lugar, en lo que al tiempo se refiere, el final del mundo no está muy lejos. San Pedro lo explica en 2 Pedro 3:8 cuando dice: «Con el Señor un día es como mil años y mil años como un día». Esta medición del tiempo nos la comunica como guía a fin de que comprendamos el punto de vista de Dios, es decir, que «el fin de los tiempos» está a la vuelta de la esquina. El hecho de que aún quede tiempo no significa nada a los ojos de Dios. La salvación ya ha sido revelada y completada, aunque Dios permita que el mundo continúe en orden para honrar y alabar más ampliamente su nombre, incluso aunque a sus ojos, la revelación ya se haya cumplido con la mayor de las perfecciones.

Y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios. Afirma que el Evangelio ha sido revelado para nosotros ya que ni Dios ni Jesucristo lo necesitaban; lo hicieron en beneficio nuestro para que

pudiéramos creer en Él, no a través de nosotros mismos sino, de Cristo que intercede por nosotros ante el Padre. Él, a quien el Padre elevó de entre los muertos para que pudiera gobernar sobre todas las cosas. Así quien cree en Él tiene todas sus bendiciones y asciende al Padre a través de Él. Así, tenemos fe en Dios y a través de la fe, esperanza. La fe sola no nos salva. Debe ser fe en Dios. Si Dios no ayuda, no tendréis ayuda ninguna. De ahí que aun cuando gocéis de la amistad de todos los hombres, no os bastará. También debéis poseer la amistad de Dios a fin de que podáis hablar orgullosamente ante Él como a vuestro Padre e hijo suyo, teniendo plena confianza en que os ayudará en todas vuestras aflicciones y en las de vuestro padre y madre físicos. Pero todo esto únicamente a través del único Mediador y Salvador, el Señor Jesucristo. Esta fe, afirma, no procede de ninguna capacidad humana. Dios la creó en nosotros porque Cristo la mereció con su sangre; Cristo a quien dio la gloria y a quien colocó a su diestra para crear la fe en nosotros a través del poder de Dios.

Hasta aquí hemos oído a san Pedro exhortarnos a ceñir nuestras mentes a fin de permanecer puros y vivos en la fe; por tanto, ya que ha costado tanto, «conduzcámonos en el temor» y no confiemos en el hecho de ser llamados cristianos, dado que Dios es un juez imparcial y juzga lo mismo a unos y a otros, independientemente de las personas.

Pedro continúa y acaba con el primer capítulo.

1:22-25

Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.

Porque:

Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca y la flor se cae; pero la palabra del Señor permanece para siempre.

Y ésta es la palabra que por el Evangelio os ha sido anunciada.

En Gálatas 5:22-23, Pablo enumera los frutos que se siguen de la fe. «El fruto del Espíritu», dice, «es amor, alegría, paz, paciencia, dulzura, fe, amabilidad y autocontrol». Aquí san Pedro también habla de los frutos de la fe, es decir, que hemos de purificar nuestras almas mediante la obediencia a la verdad a través del Espíritu. Donde la fe es genuina, el cuerpo se somete y se domina la concupiscencia de la carne. No mata al cuerpo pero le hace obediente al Espíritu dominándolo y sometiéndolo a vigilancia. San Pablo también se refiere a lo mismo cuando habla de los frutos del Espíritu. La gran obra de éste es dominar la carne y atajar la lascivia diabólica innata en nosotros, heredada de nuestro padre y nuestra madre. Ya que sin gracia es imposible para nosotros vivir apropiadamente en matrimonio, somos nacidos fuera de él. Y ¿por qué dice el apóstol que hemos de purificar nuestras almas? Conoce perfectamente que después del bautismo, la concupiscencia de la carne habita entre nosotros hasta la misma muerte. Por ello, no basta abstenerse de las acciones, permanecer casto externamente pero permitir a la diabólica concupiscencia que continúe habitando en nuestro interior. Hay que luchar para purificar el alma a fin de que aquella y el deseo salgan de nuestro corazón, impelidos por la hostilidad del alma que lucha constantemente contra ellos hasta expulsarlos.

San Pedro efectúa una bella adición, es decir, que hay que purificar el alma mediante la obediencia a la verdad en el Espíritu. Se han predicado muchos sermones y se han escrito numerosos libros acerca de la castidad. Han dicho que hay que ayunar durante cierto tiempo, no comer carne, no beber vino, etc., a fin de desprenderse de la aflicción. Aunque en cierto modo estos sistemas han ayudado, no han sido suficientes, no han conseguido subyugar a la concupiscencia. Así, san Jerónimo dice que castigó su cuerpo hasta el extremo de parecer un etíope pero que no le ayudó, porque seguía soñando en cantar y bailar entre las prostitutas de Roma.[23] También san Bernardo castigó y arruinó su cuerpo hasta el extremo de heder, tal como ya he mencionado. Estos hombres sometidos a pruebas extremas intentaban dominarse con medios externos que,

al serlos, se aplicaban sólo en el exterior y no en el interior. Por ello no bastaban para acabar con la concupiscencia.

Sin embargo, aquí san Pedro nos aporta un remedio real: la obediencia a la verdad del Espíritu. Las Escrituras lo repiten en otros pasajes, como por ejemplo, en Isaías 11:5: «La justicia será ceñidor de sus lomos». Ciñe los lomos como un buen emplasto. El diablo debe salir, no entrar; ha crecido en el interior, en la carne y en la sangre, en la médula y las venas, no en la vestimenta ni en los adornos exteriores. Por ello es inútil intentar dominar la concupiscencia con medios externos. Se puede debilitar y mortificar el cuerpo con ayunos y trabajos, pero de este modo no se logrará expulsar la concupiscencia. La fe, sin embargo, es capaz de hacerlo haciendo espacio para que en su lugar habite el Espíritu.

De ahí que el profeta Zacarías en el capítulo 9:17 hable acerca del vino que tiene Cristo. Se lo da a beber a las doncellas y ellas florecen; otros vinos, en cambio, incitan a la concupiscencia diabólica, pero el primero, el Evangelio, la somete y torna castos a los corazones. Dice san Pedro: Asirse a la verdad con todo el corazón y obedecerle en el Espíritu constituye la ayuda adecuada y el remedio más poderoso. De otro modo, no hallaréis nada que pueda calmar a los pensamientos malvados. Cuando la verdad entra en el corazón, las malas inclinaciones no tardan en desaparecer. Dejemos que los hombres lo prueben y no tardarán en comprobar su veracidad, del mismo modo que lo han hecho los que ya lo probaron. Sin embargo, el diablo no suelta de buena gana a nadie que quiera desasirse de él y unirse a la Palabra de Dios ya que conoce perfectamente la fuerza que ésta posee para someter a la concupiscencia y a los pensamientos diabólicos.

De ahí que san Pedro quiera decirnos: Si queréis permanecer castos, debéis obedecer a la verdad en el Espíritu, esto es, no sólo hay que oír y leer la Palabra de Dios, sino introducirla en el propio corazón. Por consiguiente, no basta con predicar o escuchar el Evangelio una vez. Hay que avanzar y progresar constantemente ya que la Palabra posee tal gracia que cuanto más se profundiza en ella, más dulce se torna. Aunque la doctrina de la fe es siempre una y la misma, uno nunca la oye demasiado, a menos de tener el corazón impertinente y endurecido.

El apóstol añade:

Para el amor fraternal no fingido. ¿Para qué fin debemos llevar una vida casta? ¿Para salvarnos? No, sino con el propósito de servir a nuestro prójimo. ¿Qué hay que hacer para tener controlado al pecado? He de practicar la obediencia a la verdad en el Espíritu, es decir, la fe en la Palabra de Dios. ¿Para qué el control? Para capacitarme en el servicio a los demás. Y para empezar, he de subyugar al cuerpo y a la carne a través del Espíritu. Así podré dedicarme al servicio de los demás.

Leemos:

Amaos unos a otros, entrañablemente, de corazón puro. Los apóstoles Pedro y Pablo diferenciaron entre amor fraterno y amor en general.[24] La fraternidad significa que todos los cristianos deben ser como hermanos sin hacer distinción alguna entre ellos puesto que tenemos un Cristo en común, un bautismo, una fe, un tesoro y yo no soy mejor que vosotros, lo que yo tengo, lo tenéis y soy tan rico como vosotros. El tesoro es el mismo, excepto que yo puedo haberlo comprendido mejor que otro y por ello tenerlo envuelto en oro, mientras que otro lo guardará en un simple pedazo de tela. De ahí que aun teniendo la gracia de Cristo y todas las bendiciones espirituales en común, deberíamos tener también en común el cuerpo y la vida, la propiedad y el honor, de modo que sirva al otro en todas las cosas.

Pedro habla claramente de amor fraternal y sincero. Los apóstoles gustan de mencionarlo en lugar preferente. Indudablemente, sabían que nos llamaríamos entre sí hermanos y cristianos pero que sería falso, fingido, puro colorín e hipócrita. Hemos establecido muchas hermandades en el mundo, pero no son más que un profundo embuste y una decepción inventada e implantada por el Diablo. Son lo contrario de la verdadera fe y del auténtico amor fraternal. Cristo me pertenece del mismo modo que a san Bernardo y os pertenece a vosotros como a san Francisco. Si alguien se os acerca y os dice que yo iré a los cielos si soy miembro de esta o de aquella hermandad, decidle: «¡Mentira! Cristo no lo estableció así. Él no desea otra hermandad que la que tenemos en común. Ve con tu locura a fundar tu propia hermandad». Es evidente que yo sancionaría el establecimiento de una hermandad que no se propusiera ayudar al alma, sino que fuera un acuerdo por parte de algunos para contribuir a un fondo el objetivo del cual fuera ayudar a los necesitados.

Nosotros los cristianos nos convertimos en hermandad a través del bautismo. De ahí que ningún santo tenga más que yo o cualquiera de vosotros dado que fuimos comprados al mismo elevado precio que ellos. Dios ha gastado tanto en mí como en el santo más eminente. La única diferencia es que éste puede haber adquirido el tesoro mejor que yo y puede tener una fe más sólida que la mía.

Sin embargo, el amor es mayor que la fraternidad ya que abarca también a los enemigos y en especial, a los que no son dignos de amor. Del mismo modo que la fe es activa donde no hay nada, también el amor se produce de la nada y opera principalmente donde no hay nada digno de ser amado, sino más bien aversión y hostilidad. Donde no haya nada que me guste, por este motivo he de dedicarme a ello. Y, como dice san Pedro, ha de hacerse con fervor y con todo el corazón, del mismo modo que Dios nos amó siendo nosotros indignos de amor. Pedro continúa:

Habiendo nacido de nuevo. En tercer lugar, debe hacerse porque ya no sois lo que erais, dice, sino personas nuevas. Las obras no lo consiguieron, se precisó un nuevo nacimiento. Vosotros no podéis hacer el hombre nuevo, se requiere un nuevo nacimiento. Del mismo modo que un carpintero no puede hacer un árbol, sino que éste ha de crecer plantado en la tierra, y que nosotros no fuimos hechos hijos de Adán, sino que nacimos como tales y heredamos el pecado del padre y de la madre, no podemos ser hijos de Dios por medio de las obras, sino que hemos de nacer de nuevo. De ahí que quiera decir el apóstol: Dado que ya sois criaturas nuevas, también os habéis de conducir de forma distinta y emprender una nueva vida. Del mismo modo que antes vivíais dominados por el odio, ahora debéis profesar el amor en cada uno de sus aspectos. Sin embargo ¿cómo se produce el nuevo nacimiento? Del siguiente modo:

No de simiente corruptible, sino de incorruptible, por medio de la palabra de Dios que vive y permanece para siempre. Hemos nacido nuevos a través de una simiente ya que sabemos que la única manera de crecer es a través de una semilla. Ahora bien, si el antiguo nacimiento se produjo a través de una semilla, el nuevo ha de proceder del mismo origen. Pero ¿qué es una semilla? No es ni carne ni sangre. No es corruptible porque es una Palabra eterna. Lo abarca todo, comida y alimento. Sin embargo, procedemos en particular de la simiente por medio de la cual nacemos de nuevo, tal como dice el apóstol.

Todo ello tiene lugar de la siguiente manera: Dios comunica la Palabra y el Evangelio con lo que la simiente cae en los corazones de los hombres. Cuando se enraíza en un corazón se hace presente el Espíritu Santo y se crea un hombre nuevo con otros pensamientos, otras palabras y otras obras y cambiáis completamente. Si buscáis algo de aquello de lo que os desprendisteis, veréis que ha desaparecido. El nacimiento físico tiene lugar del siguiente modo: Cuando un hombre ha recibido la simiente, ésta cambia y deja de serlo, y sin embargo, permanece eternamente, cambiándome de tal forma que el diablo que habita en mi naturaleza, desaparece por completo. Éste es, pues, un renacimiento extraordinario procedente de una simiente inusual. San Pedro continua:

Porque toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca y la flor se cae, mas la palabra del Señor permanecerá para siempre. Este versículo está tomado de Isaías 40:6-8 donde el profeta dice: «Una voz decía "¡Grita!" y yo respondí: "¿Qué tengo que decir a voces?" Que toda carne es hierba y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca y la flor se marchita... pero la Palabra de nuestro Dios permanecerá para siempre». Pero como ya dije, se trata de una epístola henchida de contenido perfectamente concordante con los pasajes de las Escrituras que dicen que la Palabra de Dios permanecerá para siempre. Lo que es carne y sangre es perecedero como la hierba, aun cuando sea joven y florezca. Pero siendo opulento, poderoso, rico, piadoso y floreciente –todos aspectos de la flor– como ella, se marchitan. Todo cuanto es joven y hermoso se torna viejo y caduco. Lo que es rico se vuelve pobre, etc. Todo ha de perecer a través de la Palabra de Dios, pero esta simiente no perece nunca.

San Pedro acaba:

Y ésta es la Palabra que por el Evangelio os ha sido anunciada. Es como si el apóstol dijera: No te ha de asombrar la llegada de la Palabra de Dios. Ha estado siempre ante ti. Es la Palabra que predicamos. No necesitas ir a buscarla muy lejos. Limítate a allegarte a ella cuando se te predique. Se halla tan cercana que puede oírse claramente, como dice Moisés en Deuteronomio 30:11-14: «Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy, no es demasiado difícil para ti ni está lejos, no está

en el cielo... ni al otro lado del mar... porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón». Se dice y se oye fácilmente, pero cuando entra en el corazón ni muere ni desaparece. Ni deja que tú mueras. Estará en ti mientras tú te adhieras a ella. Así, cuando oigo que Jesucristo murió, que lavó mis pecados, que ganó el cielo para mí y me dio todo cuanto tiene, oigo el Evangelio. La Palabra se pierde una vez predicada, pero si entra en el corazón y la asume la fe, nunca saldrá. Ninguna criatura puede invalidar esta verdad. Las profundidades del infierno no pueden hacer nada contra ella; aun cuando ya me hallara en las fauces del diablo, podría salir y permanecer con la Palabra si la hubiera asumido. Por tanto, san Pedro dice con gran razón que no tenéis que buscar nada más que lo que hemos predicado.

San Pablo también dice en Romanos 1:16: «Porque no me avergüenzo del Evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree». La Palabra es un poder divino y eterno porque aunque la voz o el discurso pronto se desvanece, la esencia permanece, es decir, el significado, la verdad expresada por la voz. Así, cuando llevo una copa de vino a mis labios, bebo el vino aun cuando no introduzca la copa por mi garganta junto con el vino. Así la Palabra transmitida por la voz entra en el corazón y adquiere vida aun cuando la voz se quede en el exterior y se desvanezca. De ahí que sea un poder divino. Es Dios mismo. Por ello dice Dios a Moisés en Éxodo 4:12: «Yo estaré en tu boca», y en Salmos 81:10: «Abre tu boca y yo la llenaré», esto es, «predica tenazmente, habla alto, si estás vacío, yo te llenaré. Yo estaré presente y hablaré extensamente». Así Cristo dice en Juan 14:6: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida». Quien cree esto nace en Dios (1 Jn. 5:1). Por ello, la simiente es Dios mismo. De todo esto se desprende que las obras no pueden ayudarnos. Aunque la Palabra no se imponga y cuanto procede de la boca parece no tener gran importancia, posee un poder tan ilimitado que convierte a sus creyentes en hijos de Dios, tal como dice Juan en 1:12. Es en tan preciosos beneficios que descansa nuestra salvación.

Este es el primer capítulo de esta epístola y en ella podéis advertir la maestría con que Pedro predica la fe y trata de ella, evidenciando con ello que esta epístola es el auténtico Evangelio. Sigue el segundo capítulo. Nos enseñará la manera de conducirnos con nuestro prójimo en lo que se refiere a nuestros actos.

Capítulo dos

2:1-5
Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias y todas las detracciones, desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor.
Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa; vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.

Aquí el apóstol empieza a enseñarnos lo que deben ser las obras y los frutos de una vida cristiana. Ya hemos dicho repetidamente que la vida cristiana se compone de dos partes: fe en Dios y amor al prójimo. De forma parecida, la fe cristiana se nos da de tal manera que numerosas concupiscencias diabólicas siguen permaneciendo en la carne mientras dura nuestra vida, dado que no existe ningún santo que no esté hecho de carne y lo propio de la carne nunca puede ser completamente puro. De ahí que san Pedro diga: Armaos de tal forma que os guardéis de los pecados que siguen adheridos a vosotros y contra los cuales lucháis constantemente. Nuestros peores enemigos están enraizados en nuestra carne y sangre. Se despiertan, duermen y viven con nosotros como un mal huésped que hemos invitado a nuestra casa y no hay modo de que se vaya.

El Señor Jesucristo es enteramente vuestro y habéis recibido la salvación y todas sus bendiciones; en adelante vuestra única preocupación debe ser eliminar toda maldad, toda astucia y todo cuanto sea diabólico.

Significa que nadie debe obrar infiel o falsamente con nadie. Hay un proverbio que dice: «El mundo está lleno de perfidia». Es cierto, pero nosotros, los cristianos, debemos obrar rectamente con la gente, con pureza de corazón y sin perfidia, lo mismo que lo hacemos, recta y honradamente, con Dios de modo que nadie engañe a otro al vender, comprar o prometer.

Del mismo modo, san Pablo también dice en Efesios 4:25: «Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo». Es verdad cuando «sí» significa «sí» y «no» quiere decir «no». Es hipocresía cuando nuestros actos exteriores desmienten nuestros pensamientos. Por ello, es importante actuar de acuerdo con lo que se lleva en el corazón. Un cristiano debe comportarse de modo que todos puedan ver y saber lo que alberga en su alma. No ha de hacer ni pensar otra cosa que en alabar a Dios y servir a su prójimo. No debe temer a nadie. Debe ser sinceramente lo que parecer ser y no debe acudir al disimulo y de este modo confundir a los demás.

Por otra parte, san Pedro afirma que debemos eliminar la envidia y la calumnia. Con ello asesta un golpe contundente a los vicios que prevalecen en los tratos mutuos de la gente. La calumnia es común e imprudente y se cae en ella con tanta facilidad que ni siquiera se percibe su presencia. Dada la facilidad con que la gente cae en ella, pasa casi desapercibida. Por tanto guardaos de ella, recomienda san Pedro, aun cuando seáis de naturaleza espiritual y conozcáis los frutos del Espíritu.

Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada. Aquí el apóstol usa una analogía. Quiere decir: A través de la Palabra de Dios habéis nacido de nuevo, por tanto conducíos como niños recién nacidos que sólo buscan la leche. Del mismo modo que anhelan el pecho y la leche, también vosotros debéis anhelar la Palabra, luchar por ella sin querer nada más a fin de que podáis embeberos en la leche espiritual.

También se trata de un lenguaje figurado ya que es evidente que para el apóstol no existen la leche real ni la necesidad física, dado que no habla de ningún nuevo nacimiento carnal. Se refiere a otra leche, la espiritual, tomada por el alma, la que debe embeber el corazón. No ha de ser adulterada ni el falso sucedáneo que suele venderse. Es auténticamente importante y muy necesaria dar al joven recién nacido leche cris-

tiana pura y sin adulterar. Como ya oímos anteriormente, la leche es en realidad el Evangelio, la auténtica simiente en la cual se nos concibió y nacimos. Asimismo, es el alimento que necesitamos para crecer, la armadura que hemos de vestir y con la cual nos hemos de equipar. En resumen, es todo. La Palabra de Dios se adultera con el añadido de las doctrinas humanas, por consiguiente el Espíritu Santo desea que cada cristiano sea consciente de la leche que bebe y él mismo debe ser capaz de reflexionar sobre las enseñanzas que recibe.

Los pechos que dan la leche que los recién nacidos toman son los predicadores del cristianismo, tal como el novio dice a la novia en Cantares 4:5: «Tus dos pechos como crías gemelas de gacela». Deben ser como un manojito de mirra que reposa entre sus pechos como responde la novia en Cantares 1:13: «Mi amado es un manojito de mirra que reposa entre mis pechos». Significa que siempre hay que predicar a Cristo. El novio ha de permanecer constantemente entre los pechos, de otro modo, las cosas no serían como deben ser. La leche se adultera si se predica otra cosa que no sea Cristo.

Cuando se predica que Cristo murió por nosotros y nos rescató del pecado, la muerte y el infierno, la tarea es agradable y dulce como la leche, pero cuando hay que predicar la cruz, se sufre como hizo Cristo. La pócima y el vino son fuertes. Por ello primero hay que dar a los cristianos lo más suave, es decir, la leche. Para empezar, se obtienen mejores resultados predicando sólo a Cristo. Él no es amargo, sino auténtica dulzura y gracia. En este estadio, no es preciso sufrir ninguna pena, es leche pura, verdadera y sin adulterar.

Nuevamente san Pedro ha excavado extensamente en las Escrituras y en el profundo sentido de sus pasajes. El Antiguo Testamento nos presenta las siguientes palabras en Éxodo 23:19 y Deuteronomio 14:21: «No guisarás el cabrito en la leche de su madre». Nos preguntamos ¿por qué Dios nos impuso este mandamiento? ¿O qué importancia tiene para Él el hecho de no cocer el cabrito cuando todavía mama? Porque quiere establecer la misma reflexión que nos enseña san Pedro: Predicad con suavidad a los cristianos jóvenes y débiles, dejad que se enriquezcan y crezcan saludables en el conocimiento de Cristo. No los abruméis con una doctrina fuerte porque aún son demasiado jóvenes. Pero, más tarde,

cuando se hayan fortalecido, dejad que sean llevados a la cruz y crucificados en ella.

Así también leemos en Deuteronomio 24:5 que a un recién casado no se le permita ir a la guerra durante el primer año para que no le maten. Ha de quedarse en casa feliz con su esposa. Significa que a los que aún son cristianos jóvenes hay que darles tiempo y tratarlos con gentileza. Una vez maduros, Dios los conduce a la cruz santa y los deja morir como a los demás cristianos. Entonces se mata al cabrito.

Y Pedro continúa:

Para que por ella crezcáis para salvación si es que habéis gustado de la benignidad del Señor. No es suficiente oír una vez el Evangelio, hay que estudiarlo constantemente a fin de poder crecer. Sólo cuando la fe es fuerte, es posible alimentar y cuidar a los demás. No ocurre así con los que nunca han oído predicar el Evangelio, no conocen ni la leche ni el vino, por ello añade san Pedro: «habéis gustado la benignidad del Señor». Es como si dijera: No toquéis el corazón de quien no lo ha probado; para él no será dulce. Pero quienes lo han degustado, sin dejar de alimentarse, se afanan en la comprensión de la Palabra. Para ellos, el sabor es auténtico, es dulce.

Haberlo degustado o probado significa que en mi corazón creo que Cristo se me dio a mí y que mi pecado y mi desgracia son suyos y que su vida es ahora mía. Si entra en el corazón, el apetito se potencia. De otro modo, no podría alcanzar ni alegría ni gozo. Es evidente que me alegro si un buen amigo me regala 100 monedas, pero aquel cuyo corazón no ha sido tocado con el don, no puede alegrarse. Por esto, aquellos que se hallan en las agonías de la muerte o les oprime una conciencia culpable, su carga se centuplica. El hambre es el mejor cocinero, dicen. Hace que la comida sepa buena y que el corazón y la conciencia no hallen nada más delicioso. Cuando han caído en desgracia, añoran la comida, huelen el asado de lejos y sin embargo, no pueden satisfacerse. Así María dice en el *Magnificat*: «Colmó de bienes a los hambrientos» (Lc. 1:53). Pero la gente endurecida que sólo vive para sus placeres, confía en sus obras y no advierte el pecado y la desgracia, no saborea nada. Para el hambriento que se sienta a la mesa todo tiene buen gusto, pero quien se ha hartado previamente no disfruta de los sabores, el mejor condimento le

resultará soso. Por ello dice el apóstol: «Vosotros que habéis gustado de la benignidad del Señor». Como si dijera: «Si no lo habéis gustado, predico en vano».

Continúa:

Acercándoos a él, piedra viva. Nuevamente en este caso acude a las Escrituras y cita al profeta Isaías que dice en el capítulo 28:14-16: «Por tanto, vosotros los burladores... oíd la palabra de Jehová. Por cuanto habéis dicho: Tenemos hecho un pacto con la muerte, e hicimos un convenio con el Seol... hemos puesto nuestro refugio en la mentira... por tanto Jehová el Señor dice así: "He aquí que yo pongo en Sión por fundamento una piedra... angular preciosa, de cimiento estable, etc."». También san Pablo cita este versículo (Ro. 9:33). Se trata de un pasaje extraordinariamente importante porque Cristo es la preciosa piedra angular sobre la cual hemos de construir.

Adviértase cómo san Pedro toma estas palabras y las aplica a Cristo. Y cuando Isaías habla de poner la confianza en Él, en una adecuada interpretación de las Escrituras, Pedro dice construir en Él. Los constructores colocan la piedra angular donde se halle segura y firme de modo que pueda soportar la estructura entera. Así, la piedra viva que es Cristo sostiene todo el edificio. Construir significa que todos interaccionamos nuestra confianza y la ponemos en Él.

La piedra que los edificadores desecharon, ha venido a ser la cabeza del ángulo. Aquí el apóstol cita un fragmento del profeta David en Salmos 118:22-23: «La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la piedra principal del ángulo... y es algo maravilloso a nuestros ojos». Cristo también lo cita en Mateo 21:42, y de forma parecida, Pedro en Hechos 4:11 donde dice: «Este Jesús es la piedra desechada por vosotros los constructores». Vosotros sois constructores, les dice, porque enseñaron al pueblo, les impartieron largos sermones y redactaron numerosas leyes, pero sólo produjeron gente hipócrita basada en obras de justicia propia. Así Cristo se adelanta y dice: «¡Serpientes, engendros de víboras!» (Mt. 23:33). Les aplica juicios terribles y los identifica con los pecadores, no con los grandes santos. No pueden soportarlo, incluso le rechazan y dicen: «¡Sois herejes! ¿Prohibisteis al pueblo hacer buenas obras? ¡Sois dignos de morir!» Aquí dice Pedro:

Esta es la piedra angular rechazada por los hombres: la piedra angular en la que debéis edificar a través de la fe. Ante nuestros ojos se presenta maravilloso, tal como declara el profeta (Sal. 118:23). De momento nos parece extraño y si el Espíritu no nos lo enseña, de ningún modo lo comprenderemos. Pedro, sin embargo, dice que la piedra es única y preciosa a los ojos de Dios, selecta y poderosa como para eliminar la muerte, pagar por los pecados, rescatar del infierno y, además, otorgar el reino de los cielos.

Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual. ¿Cómo nos podemos edificar a nosotros mismos? A través del Evangelio y la predicación. Los cristianos que oyen el primero, son construidos y son las piedras que hay que unir a la piedra angular, con lo que depositamos la confianza en Él y nuestros corazones reposan y descansan en Él. Por ello, yo he de estar preparado para conservar la forma de esta piedra; me he colocado en Él a través de la fe y yo, y todos conmigo, hemos de llevar a cabo el tipo de obras que Él hizo y conducir nuestras vidas como Él hizo con la suya. Es fruto de la fe y obra de amor acomodarnos unos a otros y convertirnos en un edificio. San Pablo también habla de ello aunque de otro modo cuando dice en 1 Corintios 3:16: «¿No sabéis que sois templo de Dios?» Su casa no es una morada de madera o piedra. Quiere un edificio espiritual, es decir, la entera congregación cristiana en la cual todos somos iguales en una fe, colocados y ajustados uno con el otro, unidos a través del amor sin malicia, astucia, hipocresía, odio o calumnia, como dijo el apóstol.

Y sacerdocio santo. Aquí elimina el sacerdocio externo, el físico y la iglesia externa que existía en el Antiguo Testamento. Lo desecha y quiere decir: Todos los actos sacerdotales externos han llegado a su fin. Empieza otro sacerdocio y se ofrecen otros sacrificios. Todo es espiritual. Hemos argumentado extensamente que los que ahora se llaman sacerdotes a los ojos de Dios no lo son. Nosotros hemos apoyado lo que aquí afirma Pedro.[25] Por tanto comprendedlo bien y si alguien acude a vosotros para explicaros –tal como han hecho algunos– que Pedro está hablando de un sacerdocio doble, es decir sacerdotes externos y sacerdotes espirituales,[26] aconsejadle que se ponga lentes para ver mejor y eche mano del eléboro para aclararse la cabeza. San Pedro dice: Edifi-

caos en forma de sacerdotes espirituales y santos. Preguntad a esos sacerdotes si ellos también son santos. Su vida demuestra, como es evidente para todos, que la gente malvada está hundida hasta las orejas en la avaricia, la prostitución y en los vicios de todas clases. Es evidente que el sacerdote ha de ser santo y si no lo es, no es sacerdote. Por tanto, san Pedro habla aquí de un solo sacerdocio.

Preguntamos, además, si san Pedro hace alguna diferencia entre aspecto espiritual y secular del mismo modo que en la actualidad se llama sacerdotes a la clerecía[27] y a los demás cristianos, laicos. Deberá admitir en contra de su voluntad que aquí san Pedro se dirige a todos los que son cristianos, es decir, a aquellos que desestiman toda malicia, astucia, hipocresía, odio, etc., que son como recién nacidos y beben una leche sin adulterar. Así la mentira se delata a sí misma. Así que, dado que san Pedro se dirige a todos los que son cristianos, es evidente que aquellos mienten y que no dice nada acerca de su sacerdocio fabricado y aplicado por ellos y para ellos. Por consiguiente, sus leyes, sacrificios, y obras son como su sacerdocio, mientras que nuestros obispos no tienen nada de «obispo de san Nicolás».[28] El de aquellos estaría bien para el Jueves de Carnaval, excepto que bajo la máscara se blasfema el nombre de Dios.

Así, el único sacerdocio espiritual y santo es el formado por los verdaderos cristianos construidos sobre la Piedra. Dado que Cristo es el novio y nosotros la novia, ésta tiene todo cuanto él tiene, incluso su propio cuerpo. Cuando Él se da a sí mismo a la novia, se da enteramente, tal cual es y ella, a su vez, se da toda entera a Él. Cristo es el Sumo Sacerdote ungido por Dios mismo. Sacrificó su propio cuerpo por nosotros que es la más alta función del sacerdocio. Rogó por nosotros en la cruz. En tercer lugar, proclamó el Evangelio y enseñó a todos los hombres a conocer a Dios y a Él mismo. Los tres oficios nos los dio también a nosotros. En consecuencia, dado que Él es el sacerdote y nosotros sus hermanos, todos los cristianos poseen la autoridad, la orden y la obligación de predicar, llegar ante Dios, orar uno por el otro, y ofrecerse ellos mismos como sacrificio a Dios. Sin embargo, nadie debe ponerse a predicar o a impartir la Palabra de Dios a menos que sea sacerdote.

Para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Un sacrificio espiritual no toma la forma de una dona-

ción monetaria al papa. Ni, como en el Antiguo Testamento, no es el sacrificio obligatorio del diezmo. Estos sacrificios carnales y su sacerdocio, ya han cesado de existir. Hoy día todo es nuevo y espiritual. Cristo es el sacerdote, y todos nosotros somos sacerdotes. Como Él sacrificó su cuerpo, así debemos sacrificarnos nosotros. Todo lo anunciado por los sacrificios externos que tuvieron lugar en el Antiguo Testamento, se han cumplido. En suma, todo ello significa que el Evangelio se ha predicado y quien lo predica, practica y lleva a cabo todo esto. Sacrifica al ternero, es decir, a su mente carnal; estrangula el viejo Adán. Con el Evangelio debe hacer morir todo aquello que es carne y sangre. Entonces, permitiremos ser sacrificados y puestos en la cruz. El verdadero oficio sacerdotal se practica cuando sacrificamos a Dios al pícaro villano, al asno perezoso. Si el mundo no lo hace, hemos de hacerlo nosotros ya que hemos de eliminar todo vestigio del viejo Adán, tal como oímos en el primer capítulo de esta carta. Éste es el único sacrificio aceptable y que complace a Dios. En virtud de lo que antecede, podréis daros cuenta de a dónde nos han llevado nuestros locos y ciegos dirigentes y la manera como se ha negligido este texto.

Ahora podríais decir: «¿Qué situación puede originarse si es cierto que todos somos sacerdotes y deberíamos predicar? ¿No habrá distinciones entre la gente y las mujeres también podrán alcanzar el sacerdocio?» Respuesta: En el Nuevo Testamento ningún sacerdote ha de estar tonsurado. En realidad esto no es malo en sí, dado que cualquiera tiene el derecho si quiere de afeitarse la cabeza, pero no debe hacerlo para distinguirse de los cristianos corrientes. La fe no puede tolerarlo. Así, los llamados sacerdotes serían laicos como los otros y sólo unos pocos oficiantes serían elegidos por la congregación para predicar. Así sólo se produce una diferencia externa a causa del oficio para el que la congregación le elige. Ante Dios, sin embargo, no hay distinción alguna aunque sólo unos pocos se seleccionen de entre el grupo para administrar el oficio en provecho de la congregación. Todos tienen este oficio, pero nadie tiene más autoridad que otro. Por tanto, nadie puede tomar la iniciativa de la predicación. Sólo una persona será elegida y nombrada de entre el grupo. Si se desea, puede ser depuesto.

Esta gente ha creado un estado especial y afirman que fue establecido por Dios. Han adquirido tal autonomía que casi entre la cristiandad se producen diferencias mayores que entre los turcos y nosotros. Como dice san Pablo en Gálatas 3:28, no debéis fijaros en las distinciones cuando se trata de cristianos. No debéis decir: «Es un hombre o una mujer, un siervo o un patrón, un viejo o un joven». Todos son iguales en la espiritualidad. Por tanto, todos son sacerdotes. Todos pueden proclamar la Palabra de Dios excepto, según enseña san Pablo en 1 Corintios 14:34, las mujeres, las cuales no deben hablar en la congregación. Deben dejar la predicación a los hombres porque Dios les ordena obedecer a sus maridos. Dios no interfiere en cómo se lleven a cabo las distribuciones y no hace distinciones en materia de autoridad. Sin embargo, si sólo hubiera mujeres presentes y ningún hombre, como en los conventos femeninos, se permitiría predicar a una mujer.

Este es el verdadero sacerdocio. Tal como hemos oído, comprende tres aspectos: ofrecer sacrificios espirituales, orar por la congregación y predicar. Todo ello puede hacerlo un sacerdote, cuya obligación es predicar la Palabra, orar por la congregación y sacrificarse ante Dios. Dejemos que sigan su camino esos que denominan «sacerdocio» al estado espiritual, quienes, al fin y al cabo, no hacen otra cosa que ser ungidos y tonsurados. Si afeitarse la cabeza y ponerle unos óleos los convierte en sacerdotes, yo podría tonsurar y ungir las patas de un asno y convertirlo también en sacerdote.

Finalmente, san Pedro dice que debemos ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios a través de Jesucristo. Dado que Cristo es la piedra angular sobre la cual estamos edificados, todos nuestros tratos con Dios deben realizarse a través de Él tal como ya hemos oído exhaustivamente con anterioridad. De otro modo, Dios no tendría en cuenta mi cruz aunque me torturara hasta la muerte. Se fija en Cristo. Sólo a través de Él mis obras tienen validez ante Dios. Si no es así, nuestras obras no valen lo que una brizna de paja. De ahí que las Escrituras denominen a Cristo la piedra angular que imparte sus virtudes a todos los que son construidos a través de la fe. Así, en el versículo que habla de Cristo como de piedra angular, san Pedro nos enseña lo que es Cristo en una excelente pieza de oratoria mediante la cual comprendemos fácilmente el modo de creer en Cristo. Y continúa el texto:

2:6-10
Por lo cual también contiene la Escritura:
He aquí, pongo en Sión la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él, no será avergonzado.
Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso, pero para los que no creen, la piedra que los edificadores desecharon ha venido a ser la cabeza del ángulo; y: Piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados.
Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misercordia.

Ya he mencionado que san Pedro, como hacen todos los predicadores, mezcla y protege su epístola con pasajes de las Escrituras a fin de que puedan llenarse de la Palabra de Dios. En este caso, el apóstol cita cuatro o cinco versículos consecutivamente. El primero tomado tal cual del profeta Isaías donde se dice que Cristo es una piedra preciosa de sólida fundación (28:16). Se trata del mismo versículo que ya hemos explicado y comentado. Constituye una declaración cardinal de la doctrina de la fe y básica para quien desee predicar donde aún no sepan nada de Cristo. Hay que empezar con el hecho de que Cristo es la piedra sobre la cual se ha de construir y basar la fe.

Pero las palabras que siguen: «el que crea en Él no será avergonzado» muestran que el profeta no habla de una piedra física. Si he de creer en Él, la piedra ha de ser espiritual, de otro modo ¿cómo voy a poner mi fe en una piedra o en un trozo de madera? Además, ha de ser verdadero Dios ya que en el primer mandamiento Dios prohíbe creer en otro que no sea Él. Ya que la piedra se ha colocado como fundación en la cual

hemos de confiar, ha de tratarse del mismo Dios. Por otra parte, no puede ser únicamente Dios, sino que al mismo tiempo ha de ser hombre porque debe formar parte de la construcción y no como parte sino como cabeza. Sin embargo, cuando se lleva a cabo una construcción, una piedra ha de ser como las otras de manera que cada una posea el carácter, naturaleza y forma de la otra. Por tanto, si somos construidos en Cristo. Él debe ser como nosotros, y de la misma naturaleza como las demás que descansan en Él, es decir, un verdadero hombre como lo somos nosotros. Las Escrituras expresan estas verdades sublimes con palabras sencillas y claras, o sea, la suma y substancia de nuestra fe. En estas breves afirmaciones se incluye más de lo que cualquier hombre pueda expresar.

Por tanto, he dejado claro lo que es la edificación: la fe. A través de la fe somos colocados en Cristo, ponemos nuestra confianza en esta piedra y así somos como Él. Y debe hacerse de tal forma que el edificio se ajuste entre sí, con las piedras ajustadas y distribuidas en función de la Piedra. Hablamos del amor, el fruto de la fe.

Pero ¿por qué el profeta la llama «piedra de fundación»? Porque no puede levantarse ningún edificio si no se coloca una primera piedra y a menos que exista, las demás piedras del edificio carecen de estabilidad. Del mismo modo, debemos fundarnos en Cristo y debemos reconocerle como una piedra «de fundación». No podemos alardear de que nos librará de todo, pero es cierto que sólo de Él podemos recibir beneficios. No lo llevamos pero Él nos lleva. Los pecados, la muerte, el infierno y todo, debemos dejarlo a Él a fin de que, seguros por hallarnos basados en la fundación, nada de lo que ocurra pueda perjudicarnos. Y si hemos de estar y confiar en Él, también debemos quedarnos de modo semejante a como las piedras dependen de la piedra base.

Además, el profeta también denomina a Cristo «piedra angular». El Espíritu Santo dice mucho con estas sencillas palabras. Cristo es la piedra angular porque reunió a sus mortales enemigos, judíos y gentiles. Así, sobre ambos, se edificó la iglesia cristiana. El apóstol Pablo habla extensamente de ello (Ef. 2:19-22). Los judíos, glorificándose con la ley de Dios, alardeaban de ser el pueblo elegido y despreciaban a los gentiles. Pero apareció Cristo, privó a los judíos de su gloria y nos con-

vocó a nosotros, los gentiles. Así, a través de la fe unificó a todos y nos trató de tal manera que nos hemos visto obligados a confesar que no tenemos nada de nosotros mismos, sino que no somos otra cosa que pecadores, que hemos de esperar piedad, y la mansión celestial sólo de Él y que, nosotros los gentiles, sabemos que vino a salvarnos igual que a los judíos. Por tanto, Él es la piedra angular que sostiene las paredes unidas, judíos y gentiles, de forma que resulta una sola casa y un único edificio.

El profeta concluye: «Y el que crea en él, no será avergonzado». Al decir que creemos que los que creen en Cristo no serán avergonzados, se da por sentado que el Espíritu Santo ya ha pronunciado juicio y ha decidido que todo el mundo debe ruborizarse y avergonzarse pero con unas cuantas excepciones en medio de la multitud: sólo los que creen en Cristo escaparán a la vergüenza. Así lo explica el mismo Cristo en Marcos 16:16 cuando dice: «El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea será condenado»; unas palabras que concuerdan con lo que dice aquí el profeta. Por tanto, Pedro, con toda lógica, declara en el primer capítulo de su epístola que los profetas «preguntaron y buscaron esta salvación» (1:10) y profetizaron la gracia futura. De ahí que debamos proclamar que fue Cristo quien nos libró de la vergüenza en la que nos hallamos.

Ahora trataremos de los que quieren imponer y alaban el libre albedrío y defienden los poderes del hombre. Si queréis invalidar las obras humanas, sus enseñanzas y todo cuanto tenga origen en las mismas, os bastará este versículo. Lo derriba todo al igual que caen las hojas secas de un árbol. Se ha dicho que quien no se apoye en esta piedra, está perdido. Cualquier deseo de llevar a cabo cualquier cosa basada en las obras, les es intolerable. El Espíritu y la divina Majestad hablan con tanta sencillez que nadie le presta atención y sin embargo son palabras tan poderosas como para derribar cualquier cosa. ¿Quién se atreverá a actuar en contra de esto o quien no se sentirá aterrorizado? De ahí que Dios desee que abandonemos por completo nuestro yo para basarnos únicamente en sus beneficios y edificar sobre la piedra fundacional sobre la cual toda criatura puede confiar. Nadie ha de confiar en su propia piedad, sino sólo en la justicia de Cristo y en todo cuanto éste posee. Sin

embargo ¿qué significa dicha justicia? Únicamente que he de abandonarme a mí mismo y recordar que mi justicia y mi verdad deben desaparecer, y que dependo exclusivamente de la existencia eterna de su justicia, su vida, su verdad y sus favores. Esta es la base en la cual me coloco; todo cuando no sea así, caerá derribado sin remedio y sólo quien confíe en esto, no será avergonzado, permanecerá y ningún poder podrá dañarle. Por tanto, Cristo no sólo ha de ser la piedra fundacional, sino que Dios también desea que lo sea. Todo ello nos ha de consolar, Dios lo ha dicho. Él no miente.

Por otra parte, por sí misma esta piedra no sirve, ha de ser hincada y enterrada en el suelo y quedarse allí sin que nadie la vea. Las otras piedras, las visibles, descansan sobre ella. Por ello, nos ha sido dada a fin de basarnos en Él, confiar en Él y creer que todo lo que tiene es nuestro, que todo cuanto puede hacer, lo ha llevado a cabo en beneficio nuestro de forma que yo pueda decir: «Estas son mis posesiones y tesoros con las que mi conciencia puede consolarse». Ahora san Pedro continua:

Para vosotros, pues, los que creéis es de gran valor; pero para los que no creen, la piedra que los edificadores desecharon ha venido a ser la cabeza del ángulo. Piedra de tropiezo y roca de escándalo pues ellos tropiezan en la palabra, siendo desobedientes a lo cual también fueron destinados. Afirma Pedro que la buena piedra preciosa es preciosa y honorable para algunos. Por otra parte, muchos no la consideran preciosa, sino ofensiva, como una piedra en la cual uno tropieza. ¿Cómo ocurre esto? Las Escrituras explican que ocurre de dos maneras, los que creen en ella y los que no creen. Para los primeros es preciosa y mi corazón se regocija cuando pongo mi confianza y consuelo en ella, de ahí que el apóstol diga: «Para vosotros, pues, los que creéis, es de gran valor». Significa que la tenéis en gran estima. Sin embargo, aun siendo de gran valor y preciosa en sí misma, sólo por eso no me aprovecha ni me ayuda. Por tanto, ha de serlo porque otorga bienes preciosos, al igual que una gema preciosa sin gran valor intrínseco en ella misma, pero que emite su poderosa radiación. Por tanto, poseo todo cuanto ella es.

Los no creyentes, sin embargo, no consideran a Cristo como tal piedra preciosa. Le rechazan y les ofende, por tanto, no les es un consuelo, sino que les resulta dañina y ofensiva, incluso aunque Él sea el consuelo

por excelencia. Esto no sólo ocurre con los pecadores públicos, sino que también ha habido grandes santos que basan sus creencias en el libre albedrío, la piedad y las obras. Por ello tropezarán con la piedra. Dios decreta que los que entren sin obras, serán justos sólo por la fe. Pero los otros no escuchan y, como dice san Pablo en Romanos 10:3, quieren adquirirlo todo a través de su propia piedad.

San Pedro dice que se trata de «la piedra que los edificadores desecharon». Condensa las Escrituras, pero cita el pasaje de Salmos 118:22 al cual se refería anteriormente: «La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser la piedra principal del ángulo». Ya he explicado suficientemente quiénes son los constructores: los que enseñan, predican la ley y los que quieren que el pueblo practique la piedad a través de las obras. Coinciden con Cristo del mismo modo que lo hacen el invierno y el verano. Por consiguiente, los predicadores que predican las obras es lógico que rechacen esta piedra.

El apóstol toma otra declaración, ésta del profeta Isaías que escribió en el capítulo 8:13-14 lo que san Pedro afirma que ocurrirá. Dice: «A él santificad, sea él vuestro temor y sea vuestro miedo. Entonces él será por santuario, pero a las dos casas de Israel, por piedra para tropezar y por peña de escándalo». Quiere decir el profeta: El Señor será un santuario en vuestro interior, es decir, será santificado en vuestros corazones. No necesitáis ninguna otra santidad, excepto que debéis creer. Para los demás, Él será una piedra de tropiezo y escándalo.

Pero ¿qué significa tropiezo y escándalo? Quiere decir: cuando alguien predica a Cristo y dice: «Fijaos, esta piedra se ha colocado como fundación a fin de renunciar por completo a ti mismo y a tu corazón, considerar tus obras y tu piedad como algo condenable, confiar únicamente en Él y creer que la justicia de Cristo es tu justicia». Cuando este tipo de gente lo oye, se echan para atrás, tropiezan y se escandalizan. Exclaman: «¿Cómo? ¿Os atrevéis a afirmar que la castidad, la celebración de la misa y otras buenas obras no valen para nada? Habláis por boca del diablo». No pueden aceptar el pensamiento de que todo cuanto han hecho no es bueno cuando pensaban que complacían a Dios. Incluso pueden citar algunos pasajes de las Escrituras diciendo: «Dios nos ha ordenado la realización de buenas obras» y cuando uno intenta refutar-

lo, exclaman con grandes gritos: «¡Hereje! ¡Hereje! ¡A la hoguera! ¡A la hoguera!» Por tanto, no pueden soportar la piedra y quieren arrojarla, pero tropiezan con ella y no pueden evitar que los aplaste. Dice Cristo en Mateo 21-42, 44: «¿Nunca leísteis en las Escrituras; la piedra que los constructores rechazaron se ha convertido en piedra angular?… Y el que caiga sobre esta piedra, será quebrantado; y sobre quien ella caiga, le desmenuzará». Por tanto, reflexionad, esta piedra no es de broma. Ya ha sido colocada y allí permanecerá. Quien desee tropezar en ella y ser aplastado, se derrumbará.

Este es el tropiezo y el quebranto del que hablan tanto las Escrituras. Así tropezaron en su día los judíos y continuarán del mismo modo hasta el día del Juicio Final en que la piedra caerá y aplastará a los impíos. Por tanto aunque a través de Cristo sea una piedra tan preciosa, de ella se puede decir que es «una piedra de tropiezo y roca de escándalo». Tal como hicieron los judíos, así hacemos hoy; del mismo modo que alardearon del nombre de Dios y de ser su pueblo elegido, así ocurre con nosotros. Se niega a Cristo bajo el nombre de Cristo y de la Iglesia cristiana y se rechaza la piedra preciosa. Ocurre porque deberían rechazar las obras y como no pueden soportarlo, le rechazan a Él.

El apóstol continúa:

Pues ellos tropiezan en la palabra siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados. Cuando decimos que sus obras no son buenas y no tienen validez ante Cristo, se niegan a oírlo. Dios hizo de Cristo la fundación sobre la cual deberían asentarse y a través de la cual se deriva toda bienaventuranza; permitió que Él fuera proclamado por el mundo entero a fin de que a través de la predicación del Evangelio aceptaran fundarse en Él. Sin embargo, se negaron a aceptarlo, le rechazaron y persistieron en su convencimiento del valor de las obras, ya que si aceptaban colocar en Él sus riquezas, honores y poder, todas éstas se derrumbarían como un castillo de naipes y nadie podría volverlas a levantar.

San Pedro sigue:

Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios. Aquí el apóstol san Pedro otorga a los cristianos el título adecuado, tomándolo de la afirmación de Moisés que dijo a los judíos en Deuteronomio 7:6: «Porque tú eres pue-

blo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, entre todos los pueblos que están sobre la tierra». Y en Éxodo 19:5-6 leemos: «Vosotros seréis mi especial tesoro entre todos los pueblos... Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa». La intención de Pedro es clara. Repito lo que dije anteriormente, es decir, que hay que acostumbrarse a la forma en que las Escrituras hablan de los sacerdotes. No nos preocupemos de aquellos a quien la gente llama así. Dejad que se llamen lo que quieran. Vosotros debéis permanecer en la pura Palabra de Dios; sólo a quienes ella llama sacerdotes, aceptadlos como tales. Por nuestra parte, dejaremos este título a los que los obispos y el papa consagran como tales. Pueden llamarse a sí mismos lo que quieran mientras no se titulen «sacerdotes de Dios» ya que no pueden alegar ni una sola línea de las Escrituras en su defensa.

Pero si aducen este versículo y afirman que se refieren a ellos, preguntadles, como he dicho anteriormente, a quién habla Pedro en este caso. Para su vergüenza, no tendrán más remedio que confesar la verdad. Es suficientemente claro y manifiesto que el apóstol se dirige a todos los cristianos cuando dice: «Sois linaje escogido... nación santa». Es evidente que no habla más que de los que se han edificado sobre la piedra y creen. Por tanto, de ello se deriva que quien no cree no es sacerdote. Pero arguyen: «¡Las palabras han de interpretarse como lo hicieron los santos padres!» Debéis responder: «Dejemos que los padres o predicadores, quienquiera que sean, expliquen lo que les parezca. Esto es lo que me ha dicho san Pedro, un testimonio mucho más importante que ellos. Además, es más antiguo, por tanto, estoy de acuerdo con él». Este versículo no requiere más comentario ya que habla explícitamente de los creyentes. Ahora bien, no sólo los ungidos y tonsurados son creyentes. No nos oponemos a que se autodenominen sacerdotes, no nos importan los apodos que adopten. La cuestión es si son llamados sacerdotes en las Escrituras o si Dios les denomina así. Algunos pueden ser seleccionados de entre los oficiales y sirvientes de la congregación y administrar los sacramentos. Pero, como cristianos, todos somos sacerdotes ante Dios y, desde el momento en que nos hemos edificado sobre la Piedra, el Sumo Sacerdote ante Dios, poseemos todo cuanto Él posee.

Me agradaría en grado sumo que la palabra «sacerdote» fuera usada tan comúnmente como la de «cristiano» aplicada a nosotros. Para los sacerdotes, los bautizados y los cristianos son la misma cosa. Del mismo modo que yo me resisto a que los ungidos y tonsurados quieran tener el derecho exclusivo a los términos «cristiano» y «bautizado», tampoco tolero que sólo ellos pretendan ser llamados sacerdotes y sin embargo, han monopolizado el título. Así llaman «la Iglesia» a lo que el papa junto con sus ensombrerados dignatarios, decreta. Pero las Escrituras lo dejan claro. Fijaos bien a fin de que seáis capaces de advertir la diferencia entre aquellos a los que Dios llama sacerdotes y los que se autodenominan así. Debe ser nuestro objetivo restablecer el uso adecuada a la palabra «sacerdote», el mismo que detenta la de «cristiano». Para ser sacerdote no es necesario pertenecer a ninguna dignidad exterior, sino exclusivamente a la especie de oficio que se relaciona con Dios.

Lo mismo ocurre en relación con el hecho de ser todos nosotros reyes. «Sacerdotes» y «reyes» son nombres tan espirituales como «cristianos», «santos» e «iglesia». Y del mimos modo que no se os llama cristianos por poseer una gran cantidad de dinero o propiedades, sino porque habéis sido edificados sobre la piedra y creéis en Cristo, así no se os llama sacerdotes por haber sido tonsurados o llevar una larga vestimenta, sino porque podéis acercaros a Dios. De forma parecida, no sois reyes porque llevéis una corona de oro y seáis el dueño de mucha tierra y de numerosos vasallos, sino porque sois un señor que domina todas las cosas, la muerte, el pecado y el infierno. Si creéis en Cristo, sois reyes del mismo modo que Él lo es. Sin embargo, no es un rey a la manera de los monarcas terrenales, no lleva una corona de oro, no se desplaza con gran pompa en carroza de caballos. No. Es el Rey de reyes, un rey que tiene poder sobre todas la cosas y a cuyos pies ha de postrarse todo el mundo. Como Él es el Señor, yo también lo soy y lo que Él tiene, yo también lo tengo.[29]

Pero alguien puede alegar: «San Pedro nos dice aquí que los cristianos también son reyes, pero es evidente que no todos lo son. Por tanto, este versículo no puede entenderse en un sentido general. Un cristiano, no es ni rey de Francia ni sacerdote de Roma». Sin embargo, yo pregunto si el rey de Francia lo es también a los ojos de Dios. Es rey pero Dios

no lo juzgará de acuerdo a su corona; en realidad es rey en la tierra y ante el mundo, pero cuando llegue la muerte, su gobierno habrá terminado y tendrá que yacer a los pies de los creyentes. Hablamos de un sacerdocio y de un reino eternos en cuyo caso, cada creyente es realmente un rey ante Dios. Todos saben que no todos somos sacerdotes tonsurados y ungidos. El hecho de que haya hombres ungidos no los convierte en sacerdotes ante Dios. Por tanto, tampoco son reyes ante Dios sólo por haber sido coronados. Ambos pertenecen al mundo y han sido nombrados reyes y sacerdotes por el mundo. Por ello, el papa puede nombrar tantos sacerdotes como quiera que no lo son ante Dios, ya que Dios quiere hacerlos Él mismo.

Por tanto, cuando san Pedro dice: «Sois de linaje real» es como si dijera: «Sois cristianos». Si deseáis saber la clase de título, poder y cualidades de los cristianos, os basta ver que sois reyes y sacerdotes y un pueblo elegido. Pero para saber cuál es el oficio sacerdotal tenemos la siguiente respuesta:

Para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. Un sacerdote debe ser el mensajero de Dios y debe tener el encargo de éste para proclamar Su Palabra. Dice Pedro: debéis ejercer la función principal de un sacerdote, esto es, proclamar el maravilloso acto que Dios ha realizado sacándoos de la oscuridad hacia la luz. Vuestra predicación debe llevarse a cabo de tal modo que un hermano proclame este acto maravilloso de Dios a otro, del mismo modo que vosotros habéis sido librados a través de Él del pecado, el infierno, la muerte y la desgracia y habéis sido llamados a la vida eterna. Así, debéis enseñar a los demás que ellos también alcanzarán dicha luz. Debéis poner a contribución todos vuestros esfuerzos para llevar a cabo lo que Dios ha hecho por vosotros. Dejad que vuestro superior lo proclame públicamente y llame a todo el mundo a la luz tal como vosotros habéis sido llamados. Donde halléis gente que lo ignore, debéis instruirlos y enseñarlos tal como ha ocurrido con vosotros, es decir, cómo es posible salvarse a través del poder y la fortaleza de Dios para salir de la oscuridad y llegar a la luz.

Aquí se evidencia que Pedro determina claramente que sólo hay una luz y concluye que toda nuestra razón, no importa su inteligencia, es

absoluta oscuridad. Aunque la razón puede contar uno, dos y tres, sea capaz de discernir entre lo blanco y lo negro, grande y pequeño y pueda juzgar acerca de verdades externas, es incapaz de discernir lo que es la fe. En este aspecto es absolutamente ciega. E incluso, aunque pudiera reunirse la sabiduría de todos los hombres en una sola, sería incapaz de comprender una letra de la sabiduría divina. Por tanto, san Pedro habla aquí de otra luz, una luz maravillosa, y nos dice con toda franqueza que todos quedaremos sumidos en las tinieblas y en la ceguera más absoluta si Dios no nos llama a la luz verdadera.

La experiencia nos enseña lo mismo. Cuando se predica que no podemos presentarnos ante Dios con las obras y que hemos de tener un Mediador que nos lleve y nos reconcilie con Él, la razón debe admitir que no tiene el menor conocimiento de ello. Por tanto, para comprenderlo son necesarios otra luz y otro conocimiento. En consecuencia, todo cuanto no sea la fe y la Palabra de Dios, será oscuridad. Por ello, el caminar a tientas como un ciego, hace que caigamos aquí y allá y no sepamos lo que hacemos. Si intentamos explicar todo esto a los eruditos y sabios del mundo, se niegan a oírnos y empiezan a lanzar denuestos contra ello. Por tanto, san Pedro es un auténtico apóstol. Lo que todo el mundo denomina luz, él lo llama tinieblas.

De ahí que advirtamos que el primero y principal deber de un cristiano debe ser proclamar los actos maravillosos de Dios, pero ¿cuáles son esos?: Son los actos y obras mencionados anteriormente, es decir, que por el poder de Jesucristo, ha engullido a la muerte, devorado al infierno, bebido el pecado hasta las heces y nos ha colocado en la vida eterna. Son tan grandes estos hechos que no podemos comprenderlos, limitémonos a llevarlos a cabo. De ahí que sea completamente inútil predicarnos la doctrina humana a nosotros los cristianos, al contrario, se nos ha de predicar acerca del poder que vence al diablo, al pecado y a la muerte. De nuevo, en este caso, san Pedro acude a numerosos pasajes de las Escrituras de los cuales cita un versículo y otro. Todos los profetas dicen que debe honrarse y alabarse el honor y el nombre de Dios y el poder de su brazo y que realizará un hecho tan maravilloso del que el mundo entero hablará y cantará. Los profetas andan llenos de todo esto y san Pedro aprovecha para citarlos. Por otra parte, los profetas también ha-

blaron de la luz y de la oscuridad. Dijeron que debemos iluminarnos con la luz de Dios con lo que, también ellos, señalan que la razón humana no es más que oscuridad.

San Pedro continúa:

Los que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia. Este versículo se basa en Oseas 2:23 y san Pablo también lo cita en Romanos 9:25 cuando dice: «Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo». Todo esto apunta al hecho de que el supremo Dios escogió especialmente al pueblo de Israel, confiriéndoles un gran honor, les otorgó numerosos profetas y llevó a cabo hechos milagrosos en ellos porque deseaba que Cristo se convirtiera en un hombre surgido de dicha nación. Todo ello tuvo lugar por el Hijo. Por esta razón, las Escrituras lo denominan pueblo de Dios. Pero los profetas ampliaron el sentido y afirmaron que esta promesa también debería referirse y ser conocida por los gentiles.

Por tanto dice san Pedro aquí: «En otro tiempo no erais pueblo, pero ahora sois pueblo de Dios». De ello se deduce claramente que escribió la epístola a los gentiles, no a los judíos. Con estas palabras desea señalar que se ha cumplido el anuncio del profeta, que ahora son una nación sagrada, el propio pueblo de Dios, el sacerdocio y el reino, y que tienen todo cuanto posee Cristo a condición de que crean. Así leemos después en Pedro:

> *2:11-12*
> *Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma, manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras.*

Aquí san Pedro habla con una ligera diferencia respecto a san Pablo. Éste no lo diría así, como ya veremos. Pero cada apóstol, como cada

profeta, tiene su manera de hablar. En cuanto a san Pedro, ha establecido adecuadamente la base de la fe cristiana que es el tema del capítulo. Continúa y versa acerca de la conducta que debemos observar con los demás hombres. Su exposición es perfecta; primero hace hincapié en la fe, su naturaleza y poder, es decir, nos aporta todo cuanto es necesario para la piedad y la salvación y que no puede lograrse nada excepto a través de la fe y que por ella tenemos todo cuanto Dios posee. En cuyo caso, si Dios se ha convertido en posesión nuestra, si tenemos sus bendiciones y todo lo necesario a través de la fe ¿qué nos queda por hacer? ¿Deberemos permanecer ociosos? A decir verdad, en este caso, lo mejor para nosotros sería morir. Todo sería nuestro. Pero dado que aún vivimos, debemos hacer por nuestro prójimo lo que Dios ha hecho por nosotros y darnos a él como Dios se ha dado a nosotros. Ésta es la fe que nos salva. Es por el impulso del amor que nos damos al prójimo, ahora que hemos recibido suficiente. Es decir, la fe recibe de Dios, el amor da al prójimo.[30] Esto que resulta tan breve, puede ser objeto de una extensa predicación y ampliarse como hace san Pedro aquí.

A esto se refiere el apóstol cuando dice: «Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos». Ya que sois uno en Cristo y conformáis una unidad plena, dado que sus bienes son vuestros, que lo que os daña a vosotros le daña a Él, y que Él cuida de todo cuanto os concierne, debéis seguir sus pasos y conduciros de modo como si hubierais dejado de ser ciudadanos del mundo, porque vuestras posesiones ya están en el cielo y no en la tierra. Y aun cuando perdáis todas vuestras posesiones temporales, seguís teniendo a Cristo que vale mucho más que todo. El diablo es el príncipe del mundo, lo gobierna y sus vasallos son la gente que lo puebla. Pero, como ya no pertenecéis al mundo, debéis comportaros como extranjero en una posada en la que no posee nada y se limita a comer y a pagar por ello. Se trata de una pausa en un viaje en el que no podemos detenernos. Debemos seguir. Por ello, hemos de utilizar los bienes temporales sólo para el alimento y el vestido. Partimos hacia otra tierra, somos ciudadanos de los cielos, en la tierra únicamente somos peregrinos y huéspedes.

Os ruego que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma. No es mi propósito averiguar si aquí san Pedro habla de

la indecencia externa a semejanza de san Pablo que llama carnal a todo aquello que hace el hombre físico y carnal sin fe. Pero en mi opinión, san Pedro tiene un modo de hablar ligeramente diferente. No afirmo que Pedro utilice el término «alma» en el sentido de «espíritu» como san Pablo. Más bien creo que san Pedro se atiene al lenguaje común griego en mayor medida que san Pablo. Sin embargo, no tiene gran importancia el hecho de haber elegido esta palabra para indicar toda especie de concupiscencias o sólo la carnal y la indecente. Aquí, sin embargo, san Pedro quiere señalar que ningún santo de la tierra puede ser enteramente perfecto y puro. Las escuelas de enseñanza superior han desdeñado este versículo porque no lo comprenden. Creen que únicamente se refiere a los pecadores ya que los santos han dejado de sufrir la diabólica concupiscencia.[31] Pero quien estudie las Escrituras adecuadamente, ha de ver por fuerza esta distinción ya que los profetas mencionan algunos santos como puros y dignos de todo respeto y a otros sujetos a la lascivia, obligados batallar contra el pecado. Esta gente es incapaz de ajustarse a ambos aspectos. Sin embargo, vosotros habéis de entender que los cristianos están divididos en dos partes: el ser interno que es la fe y el externo que es la carne. Así, cuando se mira a un cristiano según la fe, se le halla puro y completamente limpio, la Palabra de Dios no halla falta de limpieza en él y cuando entra en el corazón, del mismo modo éste se torna limpio. De ahí que, en la fe, todas las cosas sean perfectas. Por ello, somos reyes y sacerdotes y pueblo de Dios como hemos dicho anteriormente. Pero dado que es la carne la que alberga a la fe y que aún estamos atados a la tierra, en ocasiones sentimos malas inclinaciones como la impaciencia, el temor a la muerte, etc. Éstas son, aún, debilidades del hombre viejo a quien la fe todavía no le ha permeado y no posee un dominio completo sobre su carne.

Podéis comprenderlo leyendo la parábola en Lucas 10:34 y ss., acerca de un hombre que bajó de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos malvados que le dieron una paliza y lo dejaron medio muerto. Más adelante, un samaritano lo atendió, curó sus heridas y le cuidó. Es decir, que si se cuida a este hombre, no sólo dejará de estar mortalmente enfermo, sino que no morirá. Sólo una cosa falta: no está completamente bien, tiene vida pero no goza de la salud perfecta porque aún sigue en manos

de los médicos. Debe continuar sometido a sus cuidados. Así nosotros tenemos al Señor Jesucristo y estamos seguros de la vida eterna, pero no gozamos de una salud plena, algo del viejo Adán aún permanece en nuestra carne.

Mateo 13:33 registra una parábola similar donde Cristo dice: «El reino de los cielos es semejante a la levadura que una mujer tomó y la escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado». Cuando se prepara la masa de harina se le introduce toda la levadura, pero ésta no se mezcla completamente con aquella hasta que no ha sido trabajada una y otra vez y ya no se le añade más. Así, a través de la fe también disponéis de todo lo necesario para asimilar la Palabra de Dios. Sin embargo, como ésta no ha penetrado completamente, hay que trabajar hasta llegar a renovarse por completo. Así debéis discernir las Escrituras a fin de no distorsionarlas como hacen los papistas.

Por ello yo digo: cuando uno lee las Escrituras en las que se habla de santos perfectos, debéis comprender que fueron enteramente puros y sin pecado según la fe. Sin embargo, la carne seguía estando presente. No podía ser pura del todo. Por esta razón, los cristianos desean y oran para que el cuerpo, o la carne, se mortifique a fin de poder tornarse pura. Los que enseñan de forma distinta, no lo han comprobado, por eso hablan como piensan y comprenden según su razón. Esto los conduce al error inevitable. Por ello, los grandes santos que enseñaron y escribieron, también tropezaron. Orígenes no menciona ni una sola palabra en sus escritos referente a este tema. Jerónimo nunca lo comprendió. Y si Agustín no se hubiera visto obligado a sostener tantas pendencias con los pelagianos, él también hubiera comprendido poco. Cuando hablan de santos, les abruman con elogios como si fueran distintos o mejor que los demás cristianos, como si los santos no hubieran sentido la carne y no se hubieran lamentado como nosotros.

Por ello san Pedro dice aquí: Sois enteramente puros y en plena posesión de la rectitud, pero luchad sin descanso contra la concupiscencia diabólica. Así, Cristo dice en Juan 13:10: «El que está lavado no necesita sino lavarse los pies». No basta que la cabeza y las manos estén limpias, aun cuando Cristo diga que están enteramente limpias, falta lavarse también los pies.

Pero ¿a qué se refiere san Pedro cuando dice: «Absteneos de los deseos carnales que batallan contra el alma»? Quiere decir: No creáis que lo lograréis si os dedicáis a jugar y dormir. Sabemos que el pecado ha sido eliminado a través de la fe, sin embargo, aún poseéis la carne que es desordenada y presa de la ira. Ved si podéis suprimirla. Necesitaréis fortaleza para domeñar y suprimir la concupiscencia y cuanto mayor sea vuestra fe, más grandes serán las pruebas. Por tanto, habéis de estar preparados y armados y combatirla sin reposo porque no cesará de asaltaros en gran número e intentará venceros para teneros cautivos.

Por esta razón, también san Pablo dice en Romanos 7:22-23: «Porque, según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros que hace guerra contra la ley de mi mente y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros». Es como si dijera: «Lucho contra ella, pero se niega a abandonar; quisiera librarme de ella pero no ocurre así. Mis deseos no ayudan. ¿Qué puedo hacer?» Y más tarde exclama: «¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (v. 24). Todos los santos se exclaman de forma parecida. A los que carecen de fe, el diablo los arrastra de tal forma que no sólo continúan pecando, sino que persisten impenitentes en ello. «Los otros –piensa el diablo– ya los he reducido al cautiverio con mi impiedad. Ahora los dejaré que sigan de tal forma que cometan infinidad de grandes pecados y sufran infinitas pruebas. Así encubriré al obsceno y al desvergonzado.» Por otra parte, los creyentes nunca han dejado de sufrir pruebas contra las que han de luchar constantemente; los que no cuentan con la fe y el Espíritu, no lo experimentan y, caen, huyen y siguen a la concupiscencia diabólica. Pero tan pronto como la fe y el Espíritu entran en el corazón del hombre, éste se nota tan débil que cree que no podrá suprimir los pensamientos más leves ni extinguir las chispas más mínimas. No ve en sí mismo otra cosa que el pecado desde la coronilla de la cabeza hasta los pies. Y sin embargo, antes de creer, seguía su camino sin preocupaciones. Pero en cuanto ha llegado el Espíritu y desea hacerle puro, empieza la batalla. El diablo, el mundo y la carne asaltan a la fe. En todas las Escrituras, los profetas se lamentan de lo mismo.

San Pedro dice que la lucha tiene lugar entre los creyentes, no entre los pecadores, pero les consuela diciendo que podemos defendernos de

la lascivia del diablo con sólo resistirle. Incluso, cuando los malos pensamientos os asalten, no debéis desesperar. Sólo procurad no caer cautivos de ellos. Nuestros maestros se proponían ayudarnos diciendo que la gente debe torturarse hasta que deja de tener malos pensamientos, finalmente acaban locos y enfermos. Si sois cristianos, debéis aprender que también sentiréis toda clase de pruebas y malas inclinaciones en vuestra carne, pero si la fe está presente, experimentaréis cien veces más pruebas y cien veces más malos pensamientos que antes. Pero pensad que sois un hombre y que no debéis consentir caer en cautividad. Resistid constantemente y decid: «¡No quiero! ¡No quiero!» Es semejante a lo que ocurre entre un mal esposo y una mala mujer que constantemente gruñen el uno contra el otro y uno siempre se niega a lo que el otro desea.

La vida del verdadero cristiano nunca descansa. Esto no significa que no deba experimentar ningún pecado, al contrario, sólo que no debe dejarse atrapar por ellos. Se puede ayunar, trabajar y orar para dominar la concupiscencia, pero ello no significa que vayáis a convertiros en santos, según dicen algunos locos. Mientras la sangre y la carne permanezcan, permanecerá aquello. De ahí que sea necesaria una guerra constante. Quien no la experimente, que no se atreva a llamarse cristiano.

Antiguamente, se nos decía que si nos confesábamos o poseíamos una vocación espiritual, nos tornábamos auténticamente puros y dejábamos de tener que luchar contra el pecado. Además, también decían que el bautismo le hacía a uno limpio y puro de manera que el mal abandonaba a la persona. Y pensaban: «Ahora viviré en paz». Y entonces el diablo aparecía y se lanzaba al ataque con mucha mayor ferocidad que antes. Por ello, es preciso que comprendáis que si deseáis acudir a la confesión y ser absueltos, debéis actuar como un soldado que toma posición en la batalla para el comienzo de la guerra. Nadie debe hacer la guerra por afición o por deporte como había venido a ser, ni nadie debe empuñar la espada buscando venganza, sino que ha de mantenerse alerta mientras dure la batalla. Por ello, aunque seáis bautizados, nunca estaréis a salvo del mal ni del pecado y, además, debéis recordar que nunca tendréis paz. Así, tal como dicen las Escrituras, la vida cristiana no es otra cosa que la lucha en un campo de batalla. Por tanto, nuestro Señor

Dios también es el *Dominus sabaoth* (Sal. 24:10), esto es, el Señor de los ejércitos. También el *Dominus potens in proelio*, «el Señor poderoso en batalla» (Sal. 24:8). Muestra su poder dejando a su pueblo que batalle constantemente y dejándole que ocupe su puesto a la llamada de las trompetas. Deben mantenerse alerta y exclamar de continuo: «¡Defended aquí! ¡Defended aquí! ¡Avanzad! ¡Golpead!» Se trata de una batalla infinita y debéis hacer todo cuanto podáis para abatir al mal con la Palabra de Dios. Hay que resistir siempre, acudir a Dios y desesperar de los poderes humanos. Continuamos:

Manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación al considerar vuestras buenas obras. Fijaos en la excelente secuencia que observa san Pedro aquí. Primero nos enseña que debemos dominar nuestra carne junto con la concupiscencia que le acompaña, a continuación nos explica el motivo. ¿Por qué debo dominar mi carne? ¿Para salvarme? No, sino a fin de mantener la buena conducta ante el mundo. La buena conducta no nos hace piadosos, sino que ya debemos serlo y creer antes de observarla. Sin embargo, no ha de practicarse por mi propio interés, sino para que los gentiles enmienden sus costumbres y se sientan atraídos por ella, para que vengan a Cristo a través nuestro, en una auténtica obra de amor. Son injustos con nosotros y nos reprenden considerándonos los peores de entre los malhechores. Por tanto, debemos darles ejemplo con una conducta tan perfecta que tengan que exclamar: «¡No puedo hallar falta en ellos!»

Leemos que cuando reinaban los emperadores y perseguían a los cristianos, no podían encontrar falta alguna en ellos excepto que adoraban a Cristo y que le consideraban un dios. Así Plinio escribe al emperador Trajano diciendo que no encontraba nada culpable en los cristianos excepto que se reunían cada mañana y cantaban himnos de alabanza con los cuales honraban a su Cristo y que compartían el sacramento.[32] No podía encontrar otra falta en ellos.[33] De ahí que ahora san Pedro diga: Debéis soportar que os ataquen y digan que profesáis el error, por tanto, debéis observar una conducta que no perjudique a nadie. De este modo, lograréis que cambien de opinión. «En el día de la visitación», esto es,

debéis soportar su reprensión hasta que sea evidente la injusticia con la que os tratan y glorifiquen a Dios en vosotros.»

Ahora continúa:

> *2:13-17*
> *Por causa del Señor, someteos a toda institución humana, ya sea al rey como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen el bien.*
> *Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo el bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios.*
> *Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey.*

San Pedro procede en el orden debido y nos enseña cómo debemos comportarnos en cada situación. Si hasta ahora sólo había hablado en términos generales y nos había dicho cómo hemos de conducirnos en cada situación de la vida, ahora concreta la conducta respecto al gobierno secular. Si en un principio, ya ha hablado suficiente en lo que se refiere a la actitud ante Dios y ante uno mismo, ahora se centra en la conducta en relación con los demás. Quiere decirnos: En primer lugar y por encima de todo, debéis ajustaros a la fe y disciplinar vuestros cuerpos para que no caigáis en la maligna concupiscencia y que vuestra primera preocupación sea la de obediencia al gobierno.

La palabra griega que en alemán he traducido por *aller menschlicher ordnung*, «en cada situación humana» es κτίσις. La palabra latina es *creatura*. Tampoco nuestros sabios lo comprenden. El idioma alemán expresa exactamente lo que significa la palabra cuando se dice: *Was der Furst schaffet, das soll man hallten*, «Hay que hacer lo que el príncipe ordene». En este sentido lo usa el apóstol. Es como si dijera: «Obedece lo que el gobierno ordene». *Shaffen* significa «ordenar» y *ordnung* es

una criatura humana. Según habla el papa, está claro que esta gente interpreta *creatura* como un asno o un zorro. Si fuera esto a lo que Pedro se refiere, también podríamos encontrarnos sujetos a un esclavo, pero el apóstol llama leyes u órdenes a las instituciones humanas. Lo que ordenen, hay que hacerlo. Lo único que Dios ordena, exige y desea, es su institución, esto es, nuestra fe, pero existe la orden secular o humana, es decir, la que implica mandatos propios de un gobierno externo que es a lo que debemos estar sujetos. De ahí que se comprenda *creatura humana* como *Quod creat et condit homo*, «Lo que el hombre crea e instituye».

Por causa del Señor. No debemos obediencia al gobierno en beneficio suyo, dice san Pedro, sino por causa del Señor cuyos hijos somos. Esto debe inducirnos a ser obedientes aunque no en función de que dicha obediencia constituya una acción meritoria. Lo que hago por causa del Señor, debe ser sin recompensa y sólo para servirle y debo estar presto a cumplir por nada cualquier cosa que su corazón desee. Es voluntad de Dios que los malhechores sean castigados y que los benefactores sean protegidos a fin de que de este modo, la unidad reine en el mundo. Por tanto, debemos impulsar la paz externa. Dios lo desea así. Dado que no todos somos creyentes, sino que la mayoría son impíos, Dios ha ordenado y regulado las cosas de manera que las gentes no se devoren unos a otros. El gobierno debe empuñar la espada y castigar a los malvados si perturban la paz. La obediencia precisa se cumple a través del gobierno y de este modo, el mundo se rige como es debido. Es evidente que si no existiera gente malvada, no serían precisos los gobiernos.[34] Por ello san Pedro añade las palabras «para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen el bien». Se encomienda a los piadosos que hagan el bien, debiendo el gobierno secular alabarlos y honrarlos a fin de que los demás consideren su conducta como un ejemplo. Pero nadie ha de considerar que por ello merece ningún mérito ante Dios. Así Pablo también dice en Romanos 13:3: «Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer a la autoridad? Haz lo bueno y tendrás alabanza de ella». **Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo el bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos.** Con estas palabras san Pedro hace callar a los charlatanes ociosos que alardean del

nombre y estado de cristianos. Refuta cualquier argumento que puedan alegar cuando dicen: «Dado que la fe cristiana es suficiente y las obras no hacen a un hombre piadoso, ¿por qué, entonces, es necesario obedecer a la autoridad secular y pagar impuestos o tributos?» Respondedles: «Aunque no obtenemos ningún beneficio de ello, debemos hacerlo por Dios sin esperar recompensa alguna para hacer callar a los enemigos de Dios que nos calumnian. Así no podrán alegar nada en contra nuestro y se verán forzados a manifestar que somos una gente piadosa y obediente». Así, uno lee de muchos santos que fueron a la guerra bajo las órdenes de príncipes paganos, mataron al enemigo y obedecieron a dichos príncipes, del mismo modo que nosotros debemos obedecer a los gobiernos cristianos, aunque en la actualidad la opinión corriente sea de que no se puede ser cristiano bajo el turco.[35]

Podríais decir: «Sin embargo Cristo dio la orden (Mt. 5:39) de no combatir al mal y que si nos golpean en una mejilla debemos ofrecer la otra. Entonces ¿cómo podemos golpear y matar gente?» Respuesta: Esto es lo que antiguamente los paganos solían lanzar a la cara de los cristianos. Decían: «Si esto llegara a ocurrir, debería acabarse con semejante regla».[36] Pero nosotros decimos: «Es cierto que los cristianos no resisten al mal por ellos mismos, ni deben tomar venganza cuando se les hiere, sino que deben sufrir la injusticia y la violencia. Por esta razón no pueden ser duros con los incrédulos». Pero esto no significa que al gobierno le esté prohibido empuñar la espada. Sin embargo, los cristianos piadosos no necesitan la espada ni la ley, puesto que viven de manera que nadie puede tener queja de ellos y, dado que no perjudican a nadie, sino que hacen el bien a todos y sufren de buen grado todo cuanto se les hace, la espada deberá aplicarse a los no cristianos a fin de castigarles por el daño que infligen a otros. Debe preservarse la paz pública y proteger a los píos. En este caso, Dios ha establecido otro método de gobierno según el cual debe usarse la fuerza para obligar a los que se niegan a abstenerse de hacer daño o perjudicar.

Por tanto, Dios ha instituido el gobierno para los impíos, por consiguiente, también los cristianos pueden empuñar la espada. Tienen la obligación de servir a su prójimo e impedir el mal a fin de que los buenos puedan vivir en paz entre ellos. Sin embargo, el mandamiento del

Señor de no resistir al mal permanece, de modo que si incluso un cristiano empuña la espada, no la usa por él mismo ni para vengarse personalmente, sino únicamente para los otros. Por ello es una obra de amor cristiano proteger y defender con la espada a la comunidad y no permitir que la gente abuse de ella. Cristo imparte sus enseñanzas sólo para los que creen y aman. Pero, dado que la gran multitud no cree, tampoco guarda el mandamiento. Por tanto, es preciso gobernarlos como a no cristianos y abatir su arrogancia. Si se permitiera lo contrario, nadie podría vivir entre ellos.

De ahí que haya dos clases de gobierno en el mundo, del mismo modo que hay dos clases de gente, los creyentes y los incrédulos.[37] Los cristianos, al dejar que la Palabra de Dios gobierne sus vidas, no tienen necesidad de ningún gobierno secular, pero los no cristianos, al negarse a seguir la Palabra de Dios, les es precisa otra regla, es decir, la espada secular. De otro modo, si todos fuéramos cristianos y siguiéramos el Evangelio, no sería necesario ni provechoso la aplicación de la espada ni el poder seculares. Pero al no ser todos santos, Cristo ha establecido que los impíos se hallen sujetos a una regla y a un gobierno. A los primeros se los reserva para Él y los gobierna con su sola Palabra.

De ahí que la regla cristiana no se oponga a la secular, ni ésta se oponga a Cristo por no tener nada que ver con éste al tratarse un tema externo, como lo son los demás oficios, cargos y estados. Y al ser externos al oficio de Cristo, un no cristiano puede administrar tan bien como un cristiano, ya que no es el oficio de la espada secular procurar que la gente sea cristiana o no. Pero ya he dicho bastante sobre este tema en otro lugar.[38]

San Pedro continúa:

Como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios. Esto se dirige especialmente a nosotros los cristianos para que al oír hablar de libertad cristiana no obremos precipitadamente y hagamos un mal uso de dicha libertad, es decir, para que bajo su nombre y pretexto no nos dediquemos a hacer lo que nos plazca, de forma que la libertad llegue a convertirse en impudicia y arrogancia carnal lo cual, como podemos comprobar, está ocurriendo hoy día. Sucedió ya en tiempos de los apóstoles. De

las epístolas de san Pedro y san Pablo se desprende que la gran mayoría de la gente de aquella época obraban como en la actualidad. Pero por la gracia de Dios, hemos llegado a la verdad y sabemos perfectamente que lo que hasta ahora han enseñado, instituido y practicado el papa, los obispos, los sacerdotes y monjes, es un profundo fraude. Nuestra conciencia ha sido rescatada y liberada de las leyes humanas y de toda compulsión impuesta sobre nosotros, de forma que no estamos obligados a hacer lo que nos han ordenado bajo pena de perder la salvación. Por ello, debemos aferrarnos sólidamente a esta libertad y no permitir que nunca nos la arrebaten. Por otra parte, hemos de tener mucho cuidado en que esta libertad no se convierta en un pretexto para hacer el mal.

El papa hizo mal en intentar forzar y obligar al pueblo con sus leyes. Para los cristianos no debe existir la obligación y si se empieza a atar las conciencias con leyes externas, la fe y el modo cristianos no tardarán en perecer. A los cristianos debe gobernarlos y guiarlos únicamente el Espíritu, de forma que conozcan que a través de la fe ya tienen todo cuanto necesitan para salvarse, nada más, y que no están obligados a hacer otra cosa más que lo necesario para salvarse y ayudar al prójimo con todo lo que tengan, como Cristo hizo con ellos. Todas sus obras no obedecen a ninguna obligación y se hacen por nada; surgen de un corazón feliz y alegre con muestras de agradecimiento, alabanzas y loas a Dios por todo lo bueno que han recibido de Él. Así san Pablo escribe en 1 Timoteo 1:19: «La ley no está hecha para el justo» porque de propio acuerdo obran sin recompensa y hacen espontáneamente todo cuanto Dios desea.

Y cuando dicha compulsión por parte de la enseñanza de los hombres es abolida y se predica la libertad cristiana, los corazones réprobos sin fe, se precipitan a ser buenos cristianos rechazando la observancia de las leyes del papa. Utilizan esta libertad como excusa y alegan que ya no tienen dicha obligación, al tiempo que dejan de hacer lo que la auténtica libertad cristiana exige, es decir, servir a su prójimo con corazón alegre independientemente de que sea ordenado o no. Con ello, convierten la libertad cristiana en un pretexto para no hacer otra cosa que barbaridades y ensucian el noble nombre y título de libertad que los cristianos practican.

San Pedro lo prohíbe y desea decir: Si sois cristianos, incluso aunque seáis libres en las materias externas y la ley no os pueda obligar a sujetaros al gobierno secular porque, como ya se ha dicho, ninguna ley está hecha para el justo (1 Ti. 1:9), debéis someteros por voluntad propia y de buena gana. No se trata de obedecer la ley si no hay necesidad, sino de que debéis hacer lo que plazca a Dios y sirva a vuestro prójimo. Cristo mismo lo hizo, según leemos en Mateo 17:24 y ss. Pagó sus impuestos aunque no tenía necesidad de hacerlo por ser el Señor y hallarse por encima de todas las cosas. Asimismo, se sometió a Pilato y permitió ser juzgado incluso, aunque Él mismo le dijo: «No tendrías ninguna autoridad contra mí si no se te hubiera dado desde arriba» (Jn. 19:11). Con estas palabras, Él mismo confirma este poder y, sin embargo, se somete a ello porque complace a su Padre.

De ello, podéis advertir que la gran multitud que no hacen ni lo que quiere el mundo ni lo que desea Dios, no tienen nada en común con la libertad cristiana y aun que haya los que presumen de practicar el Evangelio, en realidad, siguen arrastrando su antigua y descuidada forma de vida. Ciertamente, nosotros, en cambio, estamos libres de toda ley pero también hemos de considerarnos unos cristianos débiles e ignorantes. Es una obra de amor. De ahí que san Pablo diga en Romanos 13:8: «No debéis a nadie nada, sino el amaros unos a otros». Por tanto, aquel que alardee de libertad, procure en primer lugar hacer lo que debe hacer un cristiano, es decir, servir a su prójimo. Dejadle hacer uso de su libertad de la siguiente manera: cuando el papa o alguno de sus delegados le imponga sus mandamientos e insista en que debe observarlos, debe decir: «Querido Papa basura», me niego a obedecer por la sencilla razón de que tus órdenes se interfieren en mi libertad». Porque, como san Pedro dice aquí, en función de nuestra libertad, debemos conducirnos como sirvientes de Dios, no de los hombres. Por otra parte, si alguien desea un servicio de mí puedo ofrecérselo y lo haré contento y de buena voluntad, independientemente de si es una orden o no. Lo haré en función del amor fraternal y porque servir a mi prójimo complace a Dios. Por tanto, no deseo que me obliguen a sujetarme a los príncipes y señores seculares, sólo lo haré en función de mi propio acuerdo y sin obedecer ninguna orden, sólo porque rindo un servicio a mi prójimo. Todas nuestras obras

deben proceder de la alegría y del amor y dirigirse al servicio de nuestro prójimo ya que nosotros no necesitamos nada para alcanzar la piedad.[39] Y a continuación vienen las palabras:

Honrad a todos. No es una orden sino una sincera exhortación. Debemos honrar a todos, incluso aunque seamos libres. La libertad no se extiende a los que hacen mal, sino a los que obran el bien. Solemos decir que a través de la fe, cada cristiano logra lo que Cristo mismo posee convirtiéndose así en su hermano. Por tanto, si honro a Cristo, asimismo debo honrar a mi prójimo. Dicho honor no se limita a las apariencias externas como inclinarse ante él y cosas semejantes, sino que se trata de una postura interna, del corazón, en sentido de que le tengo en alta estima del mismo modo que se la tengo a Cristo. Somos el templo de Dios, como dice san Pablo en 1 Corintios 3:16 porque el Espíritu de Dios mora en nosotros. Si hemos de inclinarnos ante una custodia y una pintura con la imagen de la sagrada cruz ¿no deberemos hacerlo ante un templo viviente de Dios?

Así, en Romanos 12:10, san Pablo nos dice: «En cuanto a honor, dando la preferencia los unos a los otros». Cada uno debe colocarse por debajo del otro y exaltarle. Los dones de Dios son múltiples y diferentes, de algún modo una persona siempre se halla por encima de otra y nadie sabe quién está más alto en la consideración de Dios, ya que puede que el que se encuentre en el nivel más bajo, fácilmente puede elevarle a lo más alto. De ahí que todos, aunque ocupen la posición más elevada, deben mostrarse humildes y considerados con su prójimo.

Amad a los hermanos. Anteriormente ya he hecho notar la diferencia que los apóstoles establecen entre el amor ordinario y el amor fraterno. Es deber nuestro amar incluso a nuestros enemigos. Éste es el amor cristiano corriente. Sin embargo, se torna fraterno cuando los cristianos nos amamos los unos a los otros como hermanos y cada uno cuida del otro al compartir las mismas bendiciones divinas. Este es el amor que san Pedro reclama aquí en particular.

Temed a Dios. Honrad al rey. El apóstol no dice que hemos de dedicar una estima especial a señores y reyes. Dice que debemos honrarles incluso aunque sean paganos. Así lo hizo Cristo y así hicieron los profetas que cayeron a los pies de los reyes de Babilonia.[40]

En este caso podríais decir: Entonces, uno debe obedecer al papa y caer a sus pies. Respuesta: Sí, si el papa asume el poder secular y actúa como cualquier otro soberano, en estas condiciones, hay que obedecerle y si por ejemplo, dijera: «Os ordeno que vistáis una capucha y os tonsuréis y ayunéis tal día no porque ello tenga ninguna validez ante Dios o que sea necesario para vuestra salvación, sino porque soy vuestro señor secular y así lo quiero». Sin embargo, cuando dice: «Yo, como virrey de Dios, os mando hacerlo. Debéis aceptarlo como si viniera de Dios mismo, de lo contrario incurriréis en pena de excomunión y el riesgo de cometer pecado mortal», debéis contestar: «Gracias basura, pero no lo haré».

Hemos de someternos al poder y hacer lo que nos ordena mientras no comprometan nuestra conciencia y se limite a dar órdenes referentes a los asuntos externos, aunque se comporte tiránicamente con nosotros. Y si alguno nos quita nuestra túnica, hemos de permitir que también se lleva la capa (Mt. 5:40). Pero si alguien se propone usurpar la regla espiritual y someter a cautiverio nuestra conciencia, en la cual sólo Dios habita y gobierna, no debe obedecérsele bajo ningún concepto aun a riesgo de perder la propia vida. El dominio y la norma secular no se extienden más allá de las materias físicas y externas. El papa, sin embargo, no sólo se arroga éstas, sino que las amplía a las espirituales, no teniendo derecho ni a las unas ni a las otras. Sus órdenes únicamente recaen en el ámbito de la vestimenta, la alimentación, las fundaciones y prebendas que no pertenecen ni a la esfera secular ni a la espiritual. Por otra parte, tampoco hace mejorar al mundo, más bien, actúa contra los mandamientos de Dios cuando califica de pecado el no cumplimiento de sus órdenes y de buenas obras lo que Dios no ordena. Por tanto, Cristo no puede tolerarlo. Puede hacerlo con el gobierno secular desde el momento en que no tiene nada que ver con el pecado ni con las buenas obras o los temas espirituales, y sí tiene mucho que ver con asegurar y fortificar las ciudades, la construcción de puentes, imponer impuestos y tributos, proporcionar protección, defender la tierra y a su gente y castigar a los malvados. En verdad que un cristiano puede obedecer a un príncipe semejante, siempre que éste no le ordene nada que violente una conciencia cristiana, en cuyo caso un cristiano obedece sin ser obligado, voluntariamente, ya que es libre.

Si un rey o un emperador me preguntaran en este momento cuál es mi fe, se lo diría no porque me lo ordenaran, sino por que es mi deber confesar mi fe públicamente y ante todo el mundo. Pero si fueran más allá y me ordenaran creer en esto o aquello, tendría que decirles: «Señores, ateneos a vuestra regla seglar. No tenéis autoridad para entrometeros en el reino de Dios, por tanto me niego a obedeceros. Seguramente que sus señorías no consentirían que nadie se entrometiera en vuestro reino. Si alguien entrara en vuestro territorio sin vuestro consentimiento, le dispararíais con todas las armas. ¿Imagináis, por ventura, que Dios tolerara vuestras intenciones de destronarle y de colocaros en su lugar?» Aquí, san Pedro llama gobierno seglar a toda institución humana. Por tanto, no tienen poder para interferirse en el orden divino ni a impartir órdenes relativas a la fe. Espero haber dicho lo suficiente al respecto.

La epístola sigue:

> *2:18-20*
> *Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar.*
> *Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente.*
> *Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios.*

Hasta aquí san Pedro nos ha enseñado que debemos obedecer y honrar al gobierno seglar. Respecto a ello, hablando del gobierno en general y como enseñanza para todos, hemos establecido sus límites y la imposibilidad de inmiscuirse en el terreno de la fe. Pero el apóstol continúa y habla de la clase de poder que no se extiende a una comunidad, sino que concierne a las personas en particular. En primer lugar enseña la forma cómo han de conducirse los sirvientes con sus amos. Quiere decir:

Las criadas y los criados son cristianos como los demás porque comparten la misma Palabra, la misma fe, el mismo bautismo y las mismas bendiciones que los otros. Por ello, ante Dios son igual de justos y grandes. La diferencia reside en su vida externa y mundanal. Se hallan en condiciones inferiores y deben servir a otros, por tanto, al haber sido llamados a este estado por Dios, es su obligación obedecer a sus amos y cuidar de ellos y de su hacienda. A este respecto, el profeta David nos brinda una excelente analogía que apunta al modo de servir. «He aquí –dice– como los ojos de los siervos miran a la mano de sus señores y como los ojos de la sierva a la mano de su señora, así nuestros ojos miran a Jehová nuestro Dios» (Sal. 123:2). De ahí, que las criadas y criados deban obedecer los deseos de sus amos o amas con humildad y temor. Dios así lo quiere. Por tanto, debe hacerse alegre y buenamente. Podéis estar seguros de que si lo cumplís con fe, agradaréis y seréis aceptables a Dios. Por consiguiente, son las mejores obras que podéis realizar. No tenéis necesidad de ir más lejos a buscar ninguna otra. Lo que vuestro amo o ama ordena, lo ordena Dios mismo. No son órdenes humanas aunque vengan de hombres. Por tanto, no debéis pararos a pensar en la clase de amo que tenéis, si es bueno o malo, afable, irritable o airado, sino que debéis pensar: «El amo puede ser lo que quiera, le serviré y cumpliré sus mandatos por honor de Dios porque es éste quien desea que lo cumpla y porque mi mismo Señor Jesucristo se convirtió en un Sirviente por mí».

Esta es la auténtica doctrina que debe enseñarse de continuo. Pero, desgraciadamente hoy día se desdeña y se suprime. Sólo la enseñan los cristianos. El Evangelio sólo se predica a quienes lo aceptan. Por tanto, si deseáis ser hijos de Dios, imprimidlo en vuestro corazón, sirviendo como si el mismo Cristo os lo ordenara, tal como san Pablo también enseña en Efesios 6:5-7: «Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo; no para ser vistos como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo de corazón la voluntad de Dios; sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, etc.» Así, también dice en Colosenses 3:24: «Porque a Cristo, el Señor, servís». ¡Ojalá se comportaran así sacerdotes, monjas y frailes! ¡Cómo deberían

alegrarse y dar gracias a Dios! Nadie de ellos puede decir: «Dios me ordenó celebrar la misa, cantar maitines, observar las siete horas canónicas con el rezo, etc.» En las Escrituras no hay una sola palabra que diga nada de esto. Por tanto, cuando uno les pregunta si tienen la certeza y están convencidos de que su lugar complace a Dios, han de confesar que no. En cambio, si preguntáis a una sirvienta de baja condición, por qué lava platos u ordeña la vaca, os responderá: «Lo hago porque sé que complace a Dios de quien tengo la palabra y la orden». Es una gran bendición y un tesoro precioso que nadie merece. Un príncipe debe dar gracias a Dios por tener que hacer su trabajo y ocupar un oficio en el que puede hacer lo que Dios desea, es decir, castigar a los malvados; pero, ¿cuándo lo hace de forma adecuada? Ocurre tan raramente... Sin embargo, en dicho oficio todo se halla ordenado de tal manera que si hacen lo que se les ordena, todo complace a Dios. Dios no toma en consideración el tamaño o importancia del trabajo; sólo tiene en cuenta el corazón del que le sirve en dicho trabajo, tal vez el más insignificante. Pero también aquí ocurre como en otros aspectos. Nadie hace lo que Dios ordena. Sin embargo, cuando el hombre instituye algo no ordenado por Dios, todos se precipitan a cumplirlo.

Y argumentáis: «¿Pero qué he de hacerlo si tengo un amo irritable y siempre descontento a quien nadie sirve satisfactoriamente? Hay muchos como él». San Pedro responde: Si sois cristianos y deseáis complacer a Dios, no debéis fijaros en lo excéntrico y rudo que sea vuestro amo, sino que debéis fijaros en lo que os ordena Dios y pensar: «De esta forma serviré a mi Señor Jesucristo que desea que me muestre obediente con este hombre tan duro». Si Dios os ordenara que limpiarais los zapatos del diablo o del peor sinvergüenza, deberíais hacerlo y esta obra sería tan importante como la mayor del mundo sólo porque Dios así lo ordena. Por ello, no debéis fijaros en la persona, sino sólo tener en cuenta el deseo de Dios. Así, el trabajo más insignificante, si se lleva a cabo como es debido, es mejor a los ojos de Dios que todo cuanto puedan hacer todos los sacerdotes y monjes reunidos. Si una persona no se halla convencida de que se trata de la voluntad de Dios, ninguna otra cosa podrá ayudarle. No podéis hacer nada mejor que obedecer, no podéis hacer nada peor que no obedecer. Por tanto, debéis hacerlo «con todo el

respeto», como dice san Pedro. Hay que proceder de la manera debida dado que es orden de Dios, no de los hombres.

Es evidente que san Pedro habla de los sirvientes como lo que eran en su tiempo: esclavos. Actualmente, en algunos lugares aún hay esclavos. Eran vendidos como ganado y sus amos los maltrataban y les golpeaban sin que nadie les castigara ni les persiguiera, ni siquiera aunque los mataran. Por esta razón, era necesario que los apóstoles recomendaran y consolaran a las pobres gentes que debían servir a malos amos aunque éstos les hicieran víctimas de malos tratos e injusticias. Un cristiano también debe cargar con una cruz. Y cuanto más soportas, mejor. Por tanto, debéis aceptar la cruz de buena gana y dar gracias a Dios por ello. Este es el auténtico sufrimiento que complace a Dios. De lo contrario, ¿cómo podríais alabaros de llevar ninguna cruz si fuerais castigados y golpeados mereciéndolo? De ahí que diga san Pedro: «Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, soporta molestias padeciendo injustamente». Dicho sufrimiento constituye un auténtico servicio a Dios, le complace y es aceptable a sus ojos. Ésta es la descripción de las buenas obras que debemos llevar a cabo, pero, nosotros, locos, las hemos pisoteado y hemos inventado y propuesto otras de otro tenor. Deberíamos levantar las manos, dar gracias a Dios y alegrarnos de saberlo.

El apóstol continúa:

2:21-25

Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló ningún engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.

Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora os habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas.

Esto es lo que acabamos de decir, que los siervos deben llevarlo impreso en sus corazones y sufrir voluntariamente lo que deben, por haber hecho Cristo tanto por ellos. Deben pensar: «Ya que mi Señor me sirvió sin estar obligado a ello, y que sacrificó su vida y miembros por mí ¿cómo podría yo negarme a servirle? Era completamente puro y sin pecado y sin embargo, se humilló profundamente, vertió su sangre por mí y murió para borrar mis pecados. ¿Cómo puedo no sufrir un tanto para complacerle?» Tendría que ser como una piedra aquel que oyera esto y no se conmoviera. Si el señor pasa el primero y hunde sus pies en el fango, con más razón el sirviente ha de seguirle.

Y dice san Pedro: «Para esto fuisteis llamados». ¿Para qué? Para sufrir como hizo Cristo. Es como si dijera: «Si deseáis seguir a Cristo, no os atreváis a protestar y rezongar cuando sois reprendidos, sino que debéis sufrir y perdonar, ya que Cristo lo sufrió todo sin culpa alguna por su parte. No apeló a la justicia cuando se halló ante el juez. Por tanto, no debéis hacer caso de la justicia y decir: “Gracias, Dios mío, por haber sido llamado a sufrir injusticias. No debo quejarme cuando mi Señor no se quejó”».

Aquí san Pedro toma unas palabras del profeta Isaías cuando dice en el capítulo 53:9: «Aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca». Y parecidamente: «Y por sus llagas fuimos nosotros curados» (v. 5). Cristo era tan puro que en su boca no hubo nunca ni una sola mala palabra. Si hubiera sido tratado debidamente, todo el mundo hubiera caído a sus pies y le hubiera demostrado su amor. Por otra parte, teniendo el poder y el derecho de tomar venganza, permitió ser llenado de injurias, escarnecido, objeto de blasfemias e incluso muerto, y en ningún momento abrió la boca. En cuyo caso ¿por qué vosotros no podéis callar cuando sólo sois materia de pecado? Deberíais alabar y agradecer a Dios por tener la oportunidad de ser como Cristo. Cuando se os reprende, no debéis protestar ni murmurar, sino orar por vuestros enemigos.

Podrías argumentar: «¿Queréis decir que debo justificar a los que me maltratan y decir: “Han hecho bien”?» Respuesta: No. Debéis decir: «Sufriré todo esto de buena gana aunque no lo haya merecido y sea objeto de injusticia. Lo sufriré por mi Señor. Él también padeció injusticia por mí». Debéis dejar el asunto en manos de Dios, tal como Cristo lo deja en manos de su Padre celestial. Dios es un juez justo. Recompensa abundantemente. San Pedro dice: «Llevó Él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero», esto es, no sufrió para Él mismo, sino en beneficio nuestro. Nosotros fuimos quien le crucificamos con nuestros pecados. Estamos muy lejos de sufrir lo que Él sufrió. Por tanto, si sois cristianos piadosos, deberéis seguir los pasos del Señor y tener compasión de los que os hacen daño. Asimismo, deberéis rogar por ellos y pedir a Dios que no los castigue ya que dañan mucho más a sus almas que a vosotros vuestro cuerpo. Si asumís esto en el interior de vuestro corazón, olvidaréis la tristeza y sufriréis con contento. Por otra parte, hemos de recordar que anteriormente, también nosotros llevábamos la misma vida no cristiana que ellos ahora, pero que fuimos convertidos a través de Cristo. San Pedro concluye de este modo:

Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora os habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas. Es otra cita del profeta Isaías cuando dice: «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino» (53:6). Pero, ahora, hemos adquirido un Pastor, dice san Pedro. El Hijo de Dios llegó por nosotros, para ser nuestro Pastor y Obispo. Nos da su Espíritu, nos guía y nos alimenta con su Palabra que revela cómo hemos sido ayudados. Por tanto, si admitís que Él os ha liberado de vuestros pecados, que sois sus ovejas, y que Él es vuestro Pastor; siendo, además, vuestro Obispo y vosotros su alma. Éste es el consuelo que poseemos todos los cristianos.

En esta epístola hemos hablado de dos capítulos en los cuales san Pedro nos enseña en primer lugar la verdadera fe y las auténticas obras del amor dividiéndolas en dos clases. Nos ha hablado de la obediencia que debemos al gobierno y de cómo los sirvientes han de conducirse en relación con sus amos, pudiendo aplicarse a las demás personas, es decir, a los artesanos, trabajadores y empleados de toda clase. Seguiremos, enseñando cómo deben conducirse entre ellos los maridos y las esposas.

Capítulo tres

3:1-6
Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa.
Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios.
Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban a Dios, estando sujetas a sus maridos; como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas si hacéis el bien sin temer ninguna amenaza.

Aquí san Pedro se dirige especialmente a las mujeres que en aquel tiempo tenían maridos paganos y no creyentes, así como de los maridos con esposas paganas. En aquellos días en que los apóstoles predicaban el Evangelio entre los gentiles, ocurría a menudo que uno de los cónyuges fuera cristiano y el otro no. A pesar de ello, se recomendaba que las esposas estuvieran sometidas a sus maridos ¡del mismo modo que debería observarse hoy día! San Pedro manifiesta que la esposa debe estar sometida a su marido aunque éste sea pagano o no creyente, dando las razones para ello.

Para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa. Así, cuando un marido observa que su esposa

se conduce y se adapta adecuadamente, puede ser inducido a creer que el cristianismo es algo digno en qué creer. Y aunque las mujeres no posean el mandato de la predicación, deben conducirse en lo que se refiere a sus ademanes y conducta de tal manera que induzcan a sus esposos a creer , tal como leemos de la madre de Agustín que convirtió a su pagano esposo antes de morir éste. Más tarde también convirtió a su hijo.[41] Sin embargo, es evidente que se trata de un acto externo sin el propósito de alcanzar la piedad a través de ello. La obediencia no salva puesto que también es posible hallar una esposa pagana obediente, pero hay que serlo para servir al esposo ya que éste es el orden establecido por Dios cuando dice en Génesis 3:16: «Tu deseo será para tu marido y él se enseñoreará de ti». Este es uno de los castigos que Dios impuso a las mujeres aun siendo algo externo perteneciente al cuerpo, no al espíritu.

Es importante saber los trabajos que uno ha de llevar a cabo para complacer a Dios. Debemos esforzarnos para cumplir con ellos del mismo modo que el mundo se esfuerza en proyectar lo que inventa. Para una mujer se trata de un noble y precioso tesoro conducirse de tal modo que muestre obediencia a su esposo porque sabe que está llevando a cabo un trabajo que complace a Dios. ¿Qué mayor alegría puede albergar? El pensamiento de una mujer que desea llevar una vida cristiana debe ser: «No tendré en cuenta el tipo de esposo que tengo, si es gentil o judío, bueno o malvado. Sólo pensaré que Dios me ha colocado en el estado matrimonial y que desea que sea sumisa y obediente a mi marido». Si lo cumple, todas sus obras serán como de oro.

Pero si no lo hace así, no se la convencerá de ningún otro modo. Los golpes no la convertirán en piadosa ni sumisa. Según el dicho, si expulsáis a un diablo de ella, introducís dos en su interior. ¡Si los matrimonios fueran conscientes de esto, de qué modo tan distintos se comportarían! Pero, desgraciadamente, nadie se alegra de cumplir con los mandamientos de Dios y por otra parte, todos se apresuran a cumplir con los que los hombres han inventado. Dios insistió tanto en la necesidad de esta obediencia que, en caso contrario, autorizó a los maridos a anular los votos de sus esposas tal como leemos en Números 30:8. El motivo es la voluntad de Dios de que en el hogar reine la paz y la tranquilidad.

El apóstol sigue diciendo cómo debe comportarse una esposa en relación con los demás.

Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. No sólo una esposa, sino un marido deben gozar de este tesoro interno. Aquí podríamos cuestionarnos si está mandado lo que dice san Pedro acerca de los adornos. Leemos que la reina Ester llevaba la corona de oro y los atavíos preciosos correspondientes a su estado (Est. 2:12, 17); lo mismo se dice de Judit (Judit 10:3-4), pero también se dice que Ester despreciaba los lujos y que la obligaron a vestirse de aquel modo (Est. 14:16). Por tanto afirmamos: Debe educarse a la mujer a no anhelar los adornos, de lo contrario, el deseo de éstos no tiene fin. Así es la naturaleza. Por tanto, una esposa cristiana debe desdeñarlos. Pero si el esposo lo quiere, o existe alguna otra razón a favor, hay que obedecer. Sin embargo, como dice san Pedro, «dentro del incorruptible ornato de un espíritu manso y apacible». Estáis bellas y suficientemente adornadas cuando os ataviáis para vuestro esposo, Cristo no desea que os adornéis para los demás y sentéis plaza de prostituta. Debéis esforzaros en vestir el incorruptible ornato de un espíritu manso y apacible como dice san Pedro y llevar una vida casta y decente. Es un buen signo la ausencia de espíritu cuando reina el ansia por el adorno, pero si se hallan presentes la fe y el espíritu, lo despreciarán triplemente como dijo la reina Ester: «Conocéis mi modo de ser. No me placen los signos exteriores de mi elevada posición aunque me obligue a ello cuando aparezco en público. Lo aborrezco como si se tratara de un harapo monstruoso y por eso no lo llevo cuando no cumplo con mis obligaciones» (Est. 14:16). Un esposo debe hallarse sumamente complacido con una esposa semejante. Por tanto, como dice san Pedro, las esposas deben esforzarse en vestir el incorruptible ornato «del espíritu manso». No sólo deben rechazar la extravagancia, sino dejarla de lado como algo vergonzoso a fin de que en su interior permanezca la verdadera fe y para que ésta no deba ser dañada.

Así, un corazón que no se preocupe de la apariencia, será glorioso a los ojos de Dios. Una mujer que se adornara de oro, alhajas y perlas de

la cabeza a los pies, sin duda tendría un aspecto extraordinario y espléndido, pero nada comparable con la que luciera el suntuoso adorno del alma, tan magnífico a los ojos de Dios. El oro y las piedras preciosas son espléndidas a los ojos del mundo, pero ante Dios sólo son estiércol. Ante sus ojos, el aspecto de la mujer de espíritu manso y apacible es bueno y glorioso dado que Él así lo considera. Un alma cristiana tiene todo lo que tiene Cristo porque, como ya hemos dicho, la fe nos aporta todas las posesiones de Cristo. Este es un tesoro enorme y precioso y un adorno digno de ser alabado en extremo. Por ello, hay que limitar el ansia de adornos en la mujer, de lo contrario, sus deseos la inclinan a ello. Si una mujer cristiana atiende este precepto, lo asume y piensa: «No pondré ninguna atención en los adornos del mismo modo que Dios no lo hace, pero debo llevarlos si mi esposo así lo desea», ya se halla suficientemente adornada y decorada en espíritu. A continuación, san Pedro también cita el ejemplo de unas santas mujeres con el objetivo de conducirlas a una vida cristiana. Dice:

Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban a Dios, estando sujetas a sus maridos; como Sara obedecía a Abraham llamándole señor. Quiere decir que estas santas mujeres se ataviaban ellas mismas del mismo modo que Sara obedecía a Abraham y le llamaba su señor. Así cuando el ángel se le apareció a Abraham, las Escrituras dicen en Génesis 18:10: «He aquí que Sara, tu mujer, tendrá un hijo». Entonces ella se echa a reír y dice: «¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo?» (v. 12). Indudablemente Pedro tenía estas palabras en su mente cuando mencionó a Sara como ejemplo. Ella no hubiera llamado señor a su marido si no fuera una esposa sumisa. Por tanto, el apóstol continúa:

Vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien sin temer ninguna amenaza. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que es condición de la mujer ser tímida y asustarse de todo. Por ello caen tan a menudo en la brujería y la superstición.[42] Una arrastra a la otra por lo que resulta imposible decir en qué abracadabra estarán metidas. Una mujer cristiana no ha de caer en ello. Debe conducirse con libertad y confianza y desterrar la timidez. Por tanto no debe practicar la brujería y murmurar una fórmula mágica por aquí y por allá, ni confiar en el azar, sino en

Dios y debe recordar que no puede actuar malamente. Ya que si es consciente de que su posición en la vida complace a Dios ¿por qué ha de temer? Si vuestro hijo muere, si caéis enfermas, alegraos, confiad en Dios, vuestra situación le complace. ¿Qué mejor lote se puede desear? Estas son las palabras que predico a las esposas. A continuación les toca el turno a los maridos.

> *3:7*
> *Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo.*

La mujer también es el vaso o instrumento de Dios, dice el apóstol. Dios la utiliza para concebir, criar, alimentar, cuidar a los hijos y llevar la casa. Este es el trabajo de la mujer. De ahí que sea el instrumento y vaso de Dios que la creó con este propósito y así lo implantó en ella. Así debe mirarla el marido. Por eso dice san Pedro: «Vosotros maridos, convivid con ellas en comprensión, tratando a la mujer como vaso más frágil». Ellas deben vivir de acuerdo con las normas del marido, debe hacerse lo que él mande y ordene pero, éste, a su vez, debe tratarla con amabilidad y consideración, debe mostrarse tierno y debe honrarla como a vaso de Dios.

Un hombre también es vaso de Dios, pero es más fuerte que una mujer. Ella es más débil y tímida y de corazón y espíritu temerosos. Por tanto, hay que tratarla y conducirse con ella de forma que lo pueda soportar. Debéis cuidarla como cuidáis de otra herramienta con la que se trabaja. Por ejemplo, si queréis tener un buen cuchillo, no lo golpearéis contra la piedra. Pero como es imposible dar normas para esto, Dios deja al arbitrio de cada uno el trato dispensado a la esposa según la naturaleza de ésta. Lo que no hay que hacer es usar de la autoridad de forma arbitraria, ya que como maridos debéis ayudarla, darle apoyo y protegerla, no dañarla. Al ser imposible dar una regla general, vosotros mismos debéis saber cómo conduciros sensatamente.

En cuanto a los maridos, deben saber los deberes que complacen a Dios. Deben tratar bien a sus esposas, darles alojamiento y tratarlas con amabilidad. No siempre será posible que ellas se comporten exactamente como desea el marido, pero vosotros sois hombres, y cuanto más irreflexivamente se conduzca la esposa, más reflexivamente deberéis conduciros vosotros. Habrá ocasiones en que tendréis que ser condescendientes, en otras tirar de las riendas un poco, ceder y conceder a vuestra esposa el honor que le es debido.

No sé de cuántas maneras se ha interpretado el honor. Algunos lo toman en el sentido de que hay que procurar alimento, bebida y vestido a la esposa, otros se refieren al débito conyugal. En mi opinión significa lo que ya he dicho, es decir, que un esposo debe tener en mente que su esposa también es cristiana y que es obra y vaso de Dios. Ambos deben conducirse de tal modo que ella honre al marido y que éste, a su vez, le conceda el honor debido. Si esto se observara, reinarían el amor y la paz, cuando en el matrimonio donde falta, sólo domina la aversión. Por esta razón, si ocurre que un marido y una mujer se unen con el único propósito de obtener el placer sensual y basar su felicidad diaria en esta práctica, no obtienen otra cosa que amargura. Pero si se tiene en cuenta la obra y la voluntad de Dios, podréis llevar una vida matrimonial cristiana y no viviréis como lo hacen los paganos que ignoran la voluntad de Dios.

Como coherederas de la gracia y de la vida. El marido no debe apreciar a su esposa sólo porque sea débil y frágil. Debe tener en mente que ella también está bautizada y tiene exactamente lo mismo que él, las bendiciones de Cristo. Internamente todos somos iguales, no hay diferencia entre hombre y mujer, sin embargo, externamente, Dios quiere que el marido gobierne a la esposa y que ésta se someta a él.

Para que vuestras oraciones no tengan estorbo. San Pedro quiere decir: si no actuáis sensatamente y sólo fanfarroneáis y gruñís e insistís en hacer únicamente vuestra voluntad, y si ella también es frágil, de modo que ninguno pueda excusar o perdonar al otro, os será imposible orar y decir: «Padre, perdónanos nuestras faltas como nosotros las perdonamos a los demás». Con esta oración se lucha contra el diablo. Por tanto hay que vivir de acuerdo y en paz uno con otro. Hay obras preciosas a nuestro alcance que debemos llevar a cabo. Si lo que antecede

fuera predicado y conocido, las buenas obras abundarían en nuestras casas.

Hasta aquí hemos oído cómo debe conducirse un cristiano en todos los aspectos de su vida, en especial con su cónyuge. A continuación se nos instruye en cómo llevar una vida cristiana en nuestras relaciones con los demás.

3:8-12
Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición.
Porque: El que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua del mal y sus labios no hablen engaño; apártese del mal y haga el bien; busque la paz y sígala. Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal.

Todo esto no dice otra cosa sino que debemos amarnos los unos a los otros. Lo que las Escrituras suelen comprimir en unas pocas palabras, aquí se expresa con detalle. San Pedro quiere decir: Esta es la suma y sustancia del tipo de vida externa que debéis practicar. Debéis tener unidad de espíritu. Los apóstoles Pedro y Pablo suelen utilizar esta expresión.[43] Significa que hemos de tener una sola mente, un espíritu y una convicción. Lo que parece bueno y adecuado para uno mismo, debe también parecerlo para los demás. Este es un dictado valioso y de una gran profundidad y así debe ser entendido. San Pablo, en especial escribió bastante acerca de ello.

No podemos obrar todos igual. Cada uno debe cumplir su tipo especial de trabajo. El de un hombre es distinto al de una mujer, el del siervo al del dueño, etc. Es estúpido enseñar que todos debemos hacer lo mismo como han hecho tantos predicadores absurdos que explican las le-

yendas de los santos, diciendo que éste hizo esto y el otro aquello y afirmando que nosotros hemos de hacer lo mismo. Indudablemente, Abraham hizo una obra buena y preciosa cuando se dispuso a sacrificar a su propio hijo porque Dio así se lo había ordenado. Los paganos, por imitación, también quisieron sacrificar a sus hijos, cosa abominable a los ojos de Dios. El rey Salomón hizo bien en edificar el Templo y Dios le premió por ello. Y ahora, nuestros locos ciegos también proclaman que hemos de edificar iglesias y templos para Dios aunque no tengamos ningún mandamiento para ello. Así que hoy se predica lo opuesto, es decir, que todos han de cumplir con el mismo trabajo. Hay varias opiniones y absolutamente contrarias al Evangelio.

Hay que enseñar que puede haber una sola mente pero muchas obras, un solo corazón y muchas manos. No hay que hacer todos el mismo trabajo, sino cada uno atender a sus propios deberes. De otro modo, desaparecen la misma mente y el mismo corazón. Hay que permitir que lo externo sea variado y que cada uno se limite a lo que le ha sido confiado y en la especie de trabajo en la que ha sido colocado. Esta es la enseñanza adecuada y es preciso comprenderla correctamente porque es motivo de especial atención por parte del diablo. Éste induce a la gente a pensar que su propio trabajo es mejor que el de los demás y por ello, las personas se comportan de modo extraño las unas con las otras, monjes contra sacerdotes, una orden contra la otra..., porque todos alegan hacer el mejor trabajo. Se procedió a establecer las órdenes, pero una orden pretendió ser mejor que la otra y así los agustinos fueron contra los dominicos y los cartujos contra los franciscanos. Como resultado, existe un desacuerdo general y nada evidencia un desorden mayor que el existente entre las órdenes.

Si se les hubiera enseñado que ante Dios ningún trabajo es mejor que otro, sino que a través de la fe todos son iguales, los corazones permanecerían en armonía y nuestros pensamientos serían semejantes y diríamos: «Ante Dios, la posición de un obispo no es mejor que la de un hombre común, ni la de la monja con la de la mujer casada, y así con todas ellas». Pero ellos no quieren oírlo inducidos por la vanidad de ser mejores que los demás. Alegan: «¿Por qué mi posición en la orden no ha de ser mayor y mejor que la del hombre común?»

Por tanto, «tener unidad de espíritu» significa que todo el mundo considere su propio trabajo igual al de los demás y que, por ejemplo, el estado del matrimonio sea tan excelente como el de la virgen. Ante Dios todo es igual. Él juzga según el corazón y la fe, no según el trabajo o las obras de cada uno. Por tanto, nosotros debemos juzgar como lo hace Dios. Somos de una misma mente, la unidad permanece en el mundo y los corazones siguen indivisibles sin que los separen ninguna obra externa. Debo estimar a todos por igual y considerar el trabajo de todos como del mismo valor, siempre que no se trate de un pecado.

En relación a esto, san Pablo también dice en (2 Co. 11:3): «Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros pensamientos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo». Es decir, que el diablo también os engañará a vosotros y destrozará vuestro inocente espíritu. Y en Filipenses 4:7 Pablo dice: «Y la paz de Dios, que sobrepasa a todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús». El apóstol hace tanto hincapié en el espíritu porque es sumamente importante, dado que si mi espíritu cae en el error, estoy perdido. Si por ejemplo, soy un monje y creo que mi trabajo es de mayor valor ante Dios que el de los otros y digo: «Gracias, Dios mío, por ser un monje y que mi estado sea mucho mejor que el del matrimonio», el sentido de mi superioridad nace de este modo de opinar y seguro que me consideraré más piadoso que otros y los despreciaré. En cuyo caso me engaño a mí mismo. Igual que una mujer casada que crea que a los ojos de Dios es mejor que yo en mi orden. Por tanto, si uno cree que la fe aporta por ella misma todo cuanto un cristiano debe tener, tendremos un solo espíritu y una sola mente y no habrá distinción alguna entre los respectivos trabajos u obras.

De ahí que la declaración de san Pedro deba tomarse referida en un sentido espiritual y no externo y en un conocimiento interno de aquello que tiene validez ante los ojos de Dios. Ambos, enseñanza y vida deben ser uno y lo mismo. Debo considerar bueno lo que vosotros consideréis bueno y, al revés, lo que me complace a mí, debe complaceros a vosotros. Este es el espíritu cristiano al que hemos de aferrarnos firmemente y no permitir que nada nos aleje de él tal como dice san Pablo. Si el diablo logra descarriar al espíritu, descarría la auténtica virginidad. Y todo está perdido.

Sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente. Ser compasivos significa que una persona debe cuidar de otra y compadecerse de corazón de las desgracias del prójimo. Si vuestro prójimo sufre por algo, no debéis pensar: «¡Lo tiene bien merecido! ¡Lástima que no le pasen más cosas! Se lo merece». Si hay amor, se cuida del prójimo y si éste tiene alguna desgracia, se la toma como suya como si le ocurriera a él mismo.

Amar a los hermanos quiere decir amar a cada uno como si fuera el propio hermano. Esto es fácil de comprender porque la misma naturaleza nos lo enseña. Los auténticos hermanos están más unidos que cualquier grupo de amigos. Nosotros los cristianos hemos de imitarlo porque somos hermanos en el bautismo. Una vez bautizado, incluso mi madre y mi padre son mi hermano y mi hermana, porque a través de la fe tengo las mismas bendiciones y la misma herencia en Cristo que ellos.

Un tierno corazón. *Viscerosi*. Para explicarlo acertadamente he de recurrir a una ilustración: observad cómo actúan una madre o un padre en relación con su hijo. Cuando una madre asiste a una desgracia la víctima de la cual es su hijo, toda ella, su corazón y su cuerpo, se alteran. De ahí viene el modo de hablar de muchos fragmentos de las Escrituras. Hay un relato al respecto en 1 Reyes 3:16 y ss., en que dos mujeres se presentan a juicio ante el rey Salomón alegando cada una de ellas que el niño con el que vienen es el suyo. El rey, para saber quién era la verdadera madre, tuvo que acudir a la naturaleza. Dijo a las dos mujeres: «Tú dices que el niño es tuyo, tú también lo afirmas. Muy bien, que traigan una espada y dividiremos al niño en dos y daremos una mitad a cada una. Así descubrió quién era la verdadera madre. El texto dice: «sus entrañas se le conmovieron» y exclamó: «¡Ah, señor mío! Dad a ésta el niño vivo y no lo matéis». De ello, resulta fácil comprender a lo que uno se refiere cuando habla de «un corazón tierno».

San Pedro desea tratarnos como amigos sinceros nacidos en el mismo regazo. Del mismo modo que se conmueven el corazón, la médula, las venas y todas las energías corporales, así debe ser en el caso que nos ocupa. En el corazón debe prevalecer un sentimiento cordial y maternal, siendo ésta la clase de espíritu que un cristiano debe albergar en relación con las demás personas. Aunque, en verdad, el objetivo es elevado. Se-

guro que existe un número excepcionalmente reducido de los que sienten un amor fraternal por su prójimo y que cuando ven que una persona sufre, todo su ser se estremece como el de la madre por su hijo, de tal forma que invade su corazón y sus venas. De ello, podéis deducir cuán lejos se halla la vida de monjas y frailes de este fraternal amor. Si los reunieran a todos juntos en un solo haz, no hallaríais en ellos ni una sola gota de dicho amor cristiano. Por tanto, vigilemos y pongamos atención en el caso de hallar este amor en nosotros mismos. Se trata de un sermón breve y dictado con apresuramiento, pero entra profundamente y cubre un gran espacio de terreno.

Una mente fraternal significa que, externamente, hay que llevar una vida plena de amor. No sólo hay que cuidar de otro, como un padre y una madre cuidan del hijo, sino que hay que tratarle con amor y ternura. Hay quien es raro y retorcido, como un árbol con muchas ramas, y tan áspero y poco amistoso que uno no desea tener ningún trato con él; son gente llenos de desconfianza que se irritan con facilidad. Nadie quiere nada con ellos. Y, al contrario, hay gente excelente que pone a contribución el mejor de sus esfuerzos en hacer algo, no son desconfiados, son lentos en la ira y siempre a punto de perdonar. Suelen ser llamados *candidi*, pero san Pablo llama a esta virtud χρηστότης y los alaba a menudo.[44]

Fijaos en el Evangelio. Describe al Señor Jesucristo de tal modo que esta virtud brilla en Él de forma especialmente notable. En ocasiones, los fariseos le atacan por todos lados, con el propósito de hacerle caer en la trampa. Sin embargo, Él nunca se enfada; e incluso aunque a veces los apóstoles tropiecen y se equivoquen, jamás les grita, sino que se muestra tierno con ellos y les atrae hacia Él de tal modo que aquellos permanecen sinceramente contentos de estar a su lado y de asociarse con Él. En ocasiones, en la tierra, se ve algo semejante entre amigos y compañeros en los que dos o tres auténticamente amigos están dispuestos a ayudarse mutuamente; cuando alguno se equivoca, los demás le perdonan de inmediato.

Esta es una imagen imperfecta de lo que san Pedro tiene en mente aunque no nos cuente la historia completa. Dicha fraternidad debe ofrecerse a todo el mundo. Conduce a percibir la verdadera naturaleza del

amor y la calidad humana de los cristianos. Así viven entre ellos los ángeles de los cielos. Lo mismo debería ser en la tierra, pero rara vez ocurre.

San Pedro recomienda que todos, criados y criadas, maridos y esposas, lleven a cabo sus deberes en todo momento. Sin embargo, si queréis estar seguros de que lleváis a cabo un trabajo precioso y agradable a los ojos de Dios, abandonad todo cuanto se ha predicado en nombre del diablo, todo aquello con lo que el mundo se afana en un vano esfuerzo por merecer el cielo. Pero ¿cómo estar seguros de complacer a Dios con todo cuanto se dice aquí? El propio trabajo y la vida de uno, deben ir acompañados de la compasión y el amor por los hermanos, todo ello nacido de un tierno corazón. Aquí, el apóstol no menciona ni una palabra de las tonterías que se nos predican. No dice: «Edificad iglesias, pagad misas, sed sacerdotes, donad una vaca, haced voto de celibato, etc.». No. Dice: «Recordad que debéis ser fraternales». Estos son las obras y trabajos realmente preciosos, de oro, de piedras preciosas y de perlas que complacen a Dios.

Todo ello no gusta al diablo porque sabe que significa la pérdida de su causa. Por tanto, hace cuanto puede para suprimirlo. Hace que los monjes vociferen: «¡Si afirmáis que nuestra causa es falsa es porque el diablo os hace decirlo!» Debéis replicarles: «¿No sabéis que las obras o trabajos que san Pedro califica de buenos son el amor fraternal, el corazón tierno y la compasión? Si estas son las mejores obras, debéis admitir que cuando afirmáis que las vuestras son mejores, estáis mintiendo». Me admira profundamente que entre nosotros haya tanta ceguera como para admitirlo. Tomás, el monje dominico, tuvo el descaro de declarar que el estado sacerdotal y conventual era mejor que el de los cristianos corrientes.[45] Los centros de enseñanza superior adoptaron esta teoría y sobre esta base crearon doctorados. Más tarde, siguieron al papa y a su tropa de seguidores y elevaron a esos sedicentes doctores a la santidad.

Por tanto, debéis aprender lo que he predicado. Cristo en persona y todos sus apóstoles enseñaron que si deseáis llevar a cabo las mejores obras y vivir del modo más excelso, os basta practicar la fe y el amor. No hay nada mejor. Por tanto, ha de ser mentira cuando digan que es

mejor que la fe y el amor, en cuyo caso también sería mejor que la Palabra de Dios y si se hallare por encima de ésta, también lo estaría por encima del mismo Dios. De ahí que san Pablo acertara cuando afirmó que el Anticristo se exaltaría por encima de Dios (2 Ts. 2:4). Debéis tener claro que cuando no prevalecen el amor y la fraternidad, todas las demás obras están condenadas. Despreciad todo cuanto no lo enseñe así. Por eso se comprende la insistencia de san Pedro en el modo de vida que ha de practicar un cristiano. Es decir, que la vida interna debe orientarse hacia Dios. De ahí que deba concederse a esta epístola el valor del oro más puro y auténtico.

Y san Pedro continúa:

No devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición. Aquí se explica con mayor extensión la naturaleza del amor. Nos nuestra la actitud que debemos adoptar con los que nos atacan y persiguen. Cuando os traten mal, dice, debéis hacer el bien; cuando os injurien o maldigan, debéis bendecirlos. Estos son los resultados del amor. Dirán: ¡Dios mío, qué raros son esos cristianos! ¿Pues no devuelven bien por mal? Como dice el apóstol, han sido llamados a hacerlo a fin de heredar todas las bendiciones. De ahí que debáis esforzaros en cumplirlo.

En las Escrituras, a nosotros los cristianos se nos llama un pueblo de bendición, o el pueblo bendito; Dios dijo a Abraham en Génesis 12:3: «Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra». Si Dios vertió sobre nosotros tanta bendición a fin de eliminar de entre nosotros la maldición y la condena que nos fue transmitida por nuestros primeros padres y que Moisés también lanzó contra los incrédulos, debemos conducirnos de modo que las gentes exclamen: «¡Realmente, son una nación bendita!» Esto es, por tanto, lo que el apóstol dice: Fijaos, Dios ha sido misericordioso con vosotros y no sólo os ha quitado la maldición que cayó sobre vosotros y os ha ahorrado el castigo por la blasfemia con la cual le deshonrasteis, sino que, al contrario, en lugar de ello, os ha abrumado con su gracia y bendiciones a pesar de merecer todas las condenas por blasfemar de Dios –ya que donde habita la incredulidad, se blasfema de Dios– por ello habéis de hacer lo mismo que se ha hecho en

favor vuestro. No maldigáis, ni injuriéis, hablad bien aun cuando se hable mal de vosotros, y soportad la injusticia. San Pedro cita Salmos 34:13 y ss., donde el profeta David dice:

Porque: El que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño. Es decir, nos desea una vida de alegría y placer y no de muerte, días dichosos y plenos de bienestar, que guardemos nuestra lengua de hablar mal, no sólo contra los amigos, cosa que no tiene valor dado que hasta los peores, las serpientes y las víboras, también lo practican. Dice: sed alegres y guardad vuestra lengua incluso contra vuestros enemigos cuando ellos os provoquen y tengáis razón en injuriarlos y denostarlos.

Además, el apóstol añade que hemos de evitar que nuestras palabras no llamen a engaño. Es evidente que hay muchos que practican el vocabulario amable y saludan «¡Buenos días!» a sus vecinos, cuando en su interior están diciendo «¡Que el diablo te lleve!» Son gente que no han heredado las bendiciones, frutos podridos del árbol diabólico. Por ello Pedro cita otro versículo que tiene que ver con las obras pero que va directo a la raíz, es decir, al interior del corazón. Continúa el profeta:

Apártese del mal y haga el bien; busque la paz y sígala. Porque los ojos del Señor están sobre los justos. Cuando alguien golpea en la cabeza al culpable de un mal, la gente lo considera como un acto de paz, cuando en realidad lo aparta de ella. Con este sistema ningún rey ha conseguido la paz con sus enemigos. El imperio romano era tan poderoso que aplastaba a todo cuanto se le oponía; era su sistema. Pero este método de lograr la paz es inoperante. Por cada enemigo conquistado y abatido, surgen 10 o 20 contrarios hasta que hay que ceder. Pero el que domina su lengua y se aparta del diablo, busca la paz en la forma debida y la halla. Alejarse del diablo y hacer el bien significa mirar con indulgencia el mal ajeno y ser capaz de pasar por alto la maldad y la injusticia. Buscad la paz de este modo y la hallaréis. Si cuando vuestro enemigo ha descargado su ira y ha hecho todo cuanto ha podido, lo soportáis, no le injuriáis y no descargáis vuestra ira contra él, su propia ira le dominará. Así Cristo dominó a sus enemigos por la cruz y no por el poder o la espada.

A propósito de ello, hay un proverbio que debería escribirse con letras de oro: «Donde las dan las toman» y «Quien pega se equivoca». Por

tanto, no son los golpes los que traen la paz. Es contrario a la naturaleza humana. Si tú sufres injusticias, no devuelvas los golpes y déjalo pasar, entonces ocurrirá lo que sigue a continuación:

Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen mal. Si no tomáis venganza y no pagáis el mal con el mal, el Señor os mirará desde los cielos. No tolera el mal, por tanto, al no devolverlo, obramos correctamente. A éstos mira el Señor, sus oídos están abiertos a sus oraciones. Es nuestro protector. No nos olvidará. Por tanto, no podemos permanecer fuera de su vista. Este consuelo debe mover a todo cristiano a sufrir las injusticias con paciencia y no devolver mal por mal. De ahí que sepa que el alma del que obra mal arderá eternamente en el fuego del infierno. Por tanto, un corazón cristiano debe decir: «Amado Padre, para esta persona que incurre en vuestra ira de forma tan horrible y se coloca en el trágico peligro de arder en el fuego eterno, imploro tu perdón y hacer con él lo que tú hiciste conmigo cuando me salvaste de ella». Del mismo modo que mira con agrado a los justos, contempla a los malvados con desagrado con el ceño fruncido y descarga su ira sobre ellos. Y dado que sabemos todo esto, deberíamos sentir piedad y compasión y orar por ellos.

San Pedro continúa:

> *3:13-16*
> *¿Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien?*
> *Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos ni os conturbéis, sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros; teniendo buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo.*

Si defendéis con celo lo que es correcto, es decir, no pagáis al mal con el mal, pero sois sinceros y fraternales, etc., nadie podrá haceros daño. Incluso aunque acabéis privados de honores, vida y bienes, no habréis recibido ningún mal, puesto que seguís en posesión de un bien que no puede ser comparado con ninguno y que nadie puede arrebatarnos; los que nos persiguen no tienen nada salvo sus posesiones terrenales. Aunque perdamos nuestros insignificantes bienes terrenales seguiremos teniendo una posesión eterna e imperecedera.

Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Dice: no sólo nadie puede dañaros si sufrís por amor a Dios, sino que sois benditos y deberéis sentiros felices de sufrir por Él, como Cristo mismo declara en Mateo 5:11-12: «Bienaventurados seréis cuando por mi causa os vituperen y os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos». Por ello, afortunado es aquel que escucha las palabras del Señor directamente en nuestros corazones de modo tan amoroso y consolador. A quien no le fortalezcan, consuelen y alegren, indudablemente la fuerza le abandonará.

Por tanto no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis, sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones. Aquí san Pedro recoge una cita de Isaías 8:12-13 donde dice el profeta: «Ni temáis lo que ellos temen, ni tengáis miedo. A Jehová de los ejércitos, a él santificad, sea él vuestro temor, etc.». Una tal declaración nos aporta protección y apoyo, en ella podemos confiar, por tanto nada puede dañarnos. Dejemos que el mundo intente aterrorizarnos y nos amenace lo que le venga en gana, tarde o temprano acabará, pero nuestro consuelo y alegría no tendrán fin. De ahí que no debamos temer al mundo, hemos de ser valientes. Ante Dios, empero, hemos de mostrarnos temerosos y humildes.

¿Qué quiere decir san Pedro cuando manifiesta que hemos de santificar a Dios? ¿Cómo podemos santificarle? ¿Acaso Él no nos santifica? Respuesta: En el Padrenuestro decimos «santificado sea tu nombre», aunque Él también lo santifique. Debéis santificarle en vuestros corazones, dice san Pedro, esto es, cuando el Señor os envía algo, sea bueno o malo, beneficioso o perjudicial; tanto si aporta honor como deshonor, buena o mala fortuna, debo considerarlo no sólo bueno, sino también

santo y debo decir: «Se trata de algo santo puro y precioso y no soy digno de ser tocado por ello». Así, el profeta dice en Salmos 145:17: «Justo es Jehová en todos sus caminos y misericordioso en todas sus obras». Cuando en tales trances, alabo a Dios y considero sus obras buenas, santas y preciosas, le santifico en mi corazón; pero los que acuden a los libros de leyes, se quejan de sufrir injusticias y afirman que Dios duerme, no lo hacen con el propósito de ayudar a lo que es bueno e impedir lo malo, sino que deshonran a Dios y no le consideran santo. El cristiano debe decir que Dios es quien está en lo cierto y él quien se equivoca, que Dios es santo y él no lo es. Así el profeta Daniel dice en el tercer capítulo: «Señor, todo cuanto hiciste por nosotros lo llevaste a cabo en recto y verdadero juicio porque hemos pecado. Por ello, permite que la vergüenza caiga sobre nosotros y la alabanza sobre ti».[46] Si cantamos «Gracias sean dadas a Dios» y «A Dios alabamos» y decimos «Dios sea bendito y alabado» cuando nos golpee la desgracia, le santificamos adecuadamente según dicen Pedro e Isaías.

Sin embargo, con todo ello el apóstol no pretende decir que el que os perjudica hace bien y se comporta debidamente.

Entre Dios y yo y entre yo y vosotros el juicio es sumamente diferente. Mi corazón puede albergar ira, odio y una lujuria diabólica y sin embargo no hacer daño a nadie. Aún no os he perjudicado y por tanto, no tenéis nada contra mí. Pero ante Dios soy culpable, por tanto está en lo justo si me castiga lo que con toda certeza he merecido. Si no lo hace, es por pura misericordia. Ello no significa, por tanto, que quien me persiga esté haciendo lo justo, dado que no le he hecho ningún mal, a diferencia del que he hecho a Dios. Cuando Él os manda al diablo o a gente malvada para castigaros, los utiliza para administraros su justicia, de ahí, que en estos casos, los malvados y los pillos tengan su utilidad.

Leemos en Ezequiel 29:19-20, referente al rey Nabucodonosor, cuando el Señor habla a través del profeta: «¿No sabéis que él es mi siervo y que me ha servido? Debo premiarle porque todavía no le he pagado. Como recompensa le daré la tierra de Egipto». El rey no tiene ningún derecho sobre éste país, pero Dios lo tiene para que a través de él aquella gente sea castigada. Así, los malvados también le sirven y no comen su pan en vano. Les da lo suficiente y permite que le sirvan persiguiendo a

sus santos. Según la razón, uno cree que en este caso hacen lo correcto aunque Dios sólo les pague aquí dándoles una gran cantidad de tierra a fin de que puedan ser sus carceleros y persigan a los piadosos cristianos. Pero si lo soportáis, santificáis a Dios y decís: «De acuerdo, Señor», prosperaréis. Él arrojará a esa gente al infierno donde serán castigados por su maldad. En cambio, a vosotros os recibe misericordiosamente y os otorga su bendición. Por tanto, dejad que Él se encargue de todo. Él pagará con toda seguridad.

A propósito de esto, tenemos el ejemplo del santo Job una vez que sus hijos y su ganado hubieron muerto y hubiera sido despojado de todas sus propiedades. Decía: «Jehová me lo dio y Jehová me lo quitó; sea bendito el nombre de Jehová» (1:21). Y cuando su mujer se mofaba de él y le insultaba diciéndole: «¿Aún persistes en tu integridad? Maldice a Dios y muere» (2:9), él le replicó: «Hablas como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas. ¿Qué? ¿Aceptaremos de Dios el bien y el mal no lo aceptaremos? Y dice Job: «Dios me lo dio, Dios me lo quitó», no «Dios me lo dio, el diablo me lo quitó» aun cuando el diablo tuviera algo que ver. Este hombre santificaba a Dios del modo justo. Por tanto, él también fue alabado y bendecido en gran medida por Él.

El apóstol continúa:

Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros. Aquí está claro que san Pedro se dirige a todos los cristianos, sacerdotes, laicos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos y en cualquier estado en que se hallen. De ello, se deriva que cada cristiano debe estar siempre a punto de dar cuenta de su fe y razón y respuesta cuando sea necesario. Hasta ahora, a los laicos se les prohibía leer las Escrituras. Por eso el diablo imaginó una estrategia para apartar a la gente de ellas. Pensó: «Si puedo conseguir que los laicos no lean las Escrituras, apartaré a los sacerdotes de la Biblia y los dirigiré hacia Aristóteles». Así los sacerdotes balbucean cuanto les pasa por la cabeza y los laicos han de conformarse con escuchar semejante predicación. En cambio, si se les permitiera leer las Escrituras, los sacerdotes estarían obligados a estudiarlas para no ser rechazados y arrojados de sus puestos. Pero advertid que san Pedro nos avisa de que hay que estar preparados

para defender nuestra fe. Cuando llegue la hora de la muerte, ni yo ni el papa estaremos a vuestro lado y no tendréis ninguna excusa para decir: «Quiero creer lo que los concilios, el papa y nuestros padres creyeron» y el diablo responderá: «¿Y qué si se equivocaron?», y os arrastrará al infierno. Por tanto, habéis de tener conocimiento de aquello en lo que creemos, es decir, de lo que dice la Palabra de Dios, no la que el papa y los santos padres creían o afirmaban. No debéis confiar en una persona, sino únicamente en dicha Palabra.

Por ello, si alguien os ataca y os trata de herejes y pregunta: «¿Por qué creéis que os salváis a través de la fe?», le replicáis: «Tengo la Palabra de Dios y los claros argumentos de las Escrituras, como cuando san Pablo dice en Romanos 1:17: "Mas el justo por la fe vivirá"; y cuando (1 P. 2:6) san Pedro en base al profeta Isaías (Is. 28:16) habla de Cristo como la Piedra Viva y dice: "El que crea en ella no vacilará", por eso afianzo mis creencias en todo ello y sé que la Palabra no me decepcionará». Pero si, a semejanza de otros locos, decís: «¡Queremos oír lo que dicen los concilios! Me atengo a ellos», estáis perdidos. Deberéis decir: «¿Qué me importa lo que éste o aquel crea o decrete? Si no predica la Palabra de Dios, no quiero oír nada más».

Podríais afirmar: «Hay una confusión tan grande, que uno no sabe qué creer, Por eso es mejor esperar a que se emita un decreto sobre ello». Respuesta: De paso, os iréis directos al diablo. Y cuando os halléis a las puertas de la muerte y no sepáis qué creer, ni yo ni nadie os podrá ayudar. Por tanto, debéis saber por vosotros mismos. No debéis hacer caso de nadie, sino creer firmemente en la Palabra de Dios si queréis escapar del infierno. Incluso para los que no saben leer, les es necesario aprender y creer por lo menos en un par de pasajes claros de las Escrituras y mantenerse firmes en ellas. Por ejemplo, Génesis 22:18 donde Dios le dice a Abraham: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra». Si comprendéis bien este pasaje, podéis vivir confiados y decir: «Aunque el papa, los obispos y todos los concilios se mostraran contrarios a mí, yo les diría: "Esto es la Palabra de Dios; para mí es cierta, no miente. Lo que ha de ser bendito debe serlo a través de la simiente. Dicha bendición significa que nos libra de la maldición, esto es, del pecado, de la muerte y del infierno. Por tanto, de ello se

deriva que quien no es bendecido a través de la simiente, está perdido. De ahí que ni mis obras ni mis méritos puedan contribuir con nada a la salvación”».

La declaración de san Pedro según la cual quien crea en la Piedra viva no será avergonzado (2:6) llega a la misma conclusión. Por eso, si alguien os ataca y os pide los motivos que os inducen a sostener vuestra fe, debéis responderle: «Esta es la fundación. No puede fallarme. Por tanto, no me importa lo que el papa o los obispos enseñen y decidan. Si fueran obispos auténticos, enseñarían la fundación donde se asienta la fe a fin de que todos los cristianos la conociéramos. Y sin embargo, continúan empecinados en que ningún laico puede leer las Escrituras».

Si alguien os pregunta si queréis al papa como cabeza de la iglesia, debéis responderle: «Sí, deseo que sea cabeza, pero de los sinvergüenzas y malhechores. Conozco una declaración de san Pablo en 1 Timoteo 4:1, 3, donde dice que habrá quien preste oídos a doctrinas diabólicas, quien prohíba el matrimonio y goce con la abstinencia de los alimentos que Dios ha creado. Es evidente que el papa prohíbe el matrimonio. Por tanto, es el Anticristo, porque actúa contrariamente a lo que Cristo ordena y enseña. Lo que Cristo libera, el papa lo ata. Cuando Cristo dice que no hay pecado, el papa afirma lo contrario».

Así que es conveniente que aprendamos a argumentar nuestra fe, porque llegará el momento en que tendremos que hacerlo. Si no ocurre aquí abajo, sucederá cuando la muerte se presente. Entonces el diablo se adelantará y os preguntará: «¿Por qué habéis llamado Anticristo al papa?» Si no estáis preparados para sostener vuestros argumentos y aportar razones, os vencerá. Así que, en este caso, san Pedro quiere decir: A partir del momento en que os habéis convertido en creyentes, seréis sometidos a persecuciones, pero contaréis con la fe y la esperanza de la vida eterna. Y si os preguntan la causa de dicha esperanza, respondedles con la Palabra de Dios.

Los sofistas también han pervertido este texto. Alegan que hay que derrotar a los herejes con los razonamientos y las luces naturales de Aristóteles, utilizando la expresión latina *rationem reddere* como si san Pedro dijera que debe hacerse por medio de la razón humana.[47] Afirman que las Escrituras no son suficientes para derrotar a los herejes; debe

hacerse, dicen, por medio de la razón nacida del cerebro y de ahí debe proceder la prueba de la certidumbre de la fe, incluso aunque nuestra fe trascienda la razón y nazca únicamente del poder de Dios. Si la gente se niega a creer, debéis manteneros en silencio, no tenéis ninguna obligación de forzarlos a considerar las Escrituras como el Libro o la Palabra de Dios. Basta con que vosotros asentéis vuestra fe en ella. Así debéis comportaros cuando os asalten diciendo: «Predicáis que no debe hacerse caso de las enseñanzas de los hombres, y sin embargo Pedro y Pablo e incluso Jesucristo, fueron hombres». Si oís una gente tan completamente ciega y endurecida que llegan a dudar de la Palabra de Dios, mantened silencio, no digáis una sola palabra y dejadles que continúen con su falacia. Limitaos a decir: «Puedo darte pruebas suficientes a partir de las Escrituras, si quieres creerlas, mejor para ti, en caso contrario no te diré nada más». Entonces tú me puedes decir: «¡De este modo la Palabra de Dios caerá en desgracia!» Dejadlo todo en manos de Dios. Por ello es tan preciso prepararse bien y saber cómo enfrentarse a los que presentan tales argumentos.

Presentad defensa con mansedumbre y reverencia. Esto es, cuando os desafían y os someten a interrogatorio no respondáis con orgullo ni actuéis desafiantes ni con violencia, como si os propusierais arrancar un árbol de cuajo. Al contrario, debéis conduciros con mansedumbre y reverencia como si os hallarais ante el tribunal de Dios y tuvierais que responder ante Él. Puede ocurrir que se os cite ante reyes y príncipes ante los cuales os presentaréis fortalecidos con los versículos de las Escrituras y pensando: «Les voy a responder adecuadamente», pero os encontraréis con que el diablo os quita la espada de las manos y os aplica una estocada. Entonces os sentiréis muy desgraciados y descubriréis que la armadura con que os habíais cubierto, no os ha servido de nada. Fácilmente, puede suceder que el diablo retuerza el sentido de los versículos que esgrimiréis dejándoos sin habla aunque mentalmente vuestros argumentos se hallen perfectamente colocados. Pensad que os los ha adivinado con anterioridad. Dios permite que ocurra así para someter vuestro orgullo y haceros humildes.

Por tanto, si no deseáis que os ocurra, sed humildes y no confiéis en vuestras fuerzas, sino en la promesa de Cristo en Mateo 10:19-20: «Mas

cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque os será dado en aquella hora lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros». Es necesario, por tanto, que os arméis con los versículos de las Escrituras cuando os dispongáis a dar una respuesta. Pero ved de no hacerlo de forma orgullosa, de otro modo, Dios arrancará el versículo adecuado de vuestra cabeza y de vuestra memoria aunque previamente, os hayáis armado con todos ellos. Por tanto, es precisa la reverencia. Preparados de este modo, sabréis defenderos ante reyes y príncipes, e incluso ante el diablo en persona. Sólo aseguraos que se trata de la Palabra de Dios, no de trivialidades humanas.

Teniendo buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo. San Pedro ya ha hablado de esto (2:12). Si nos proponemos someternos al Evangelio, inevitablemente seremos insultados y perseguidos por el mundo y considerados unos revoltosos sin remedio. Por tanto, no hemos de permitir que nada nos perturbe, debemos temer a Dios y conservar una buena conciencia. Dejemos que el diablo y el mundo rabie y fanfarronee, que nos insulte como guste, al final serán avergonzados por habernos insultado y difamado. Como san Pedro ha dicho anteriormente (2:12), cuando llegue el día de la visitación, nos hallará a salvo y con buena conciencia. Consideremos la belleza y la fuerza de estos versículos. Son un consuelo y, al mismo tiempo, estimulan nuestra reverencia.

3:17-18

Porque mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal.

Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu.

No es seguro que los que se hallan camino del cielo gocen de días felices en la tierra, al igual que tampoco está asegurada la felicidad para los que no van hacia el cielo. Porque todos los hombres están sujetos a las palabras que Dios dijo a Adán: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente» (Gn. 3:19) y a la mujer: «Multiplicaré en gran manera tus dolores en tus preñeces» (Gn. 3:16). Dado, pues, que estamos destinados a la desgracia, ¡cuán necesaria es la cruz para aquellos que desean obtener la vida eterna! Por esta razón san Pedro dice que como Dios así lo desea, es mejor sufrir haciendo lo debido. Los que sufren por haber hecho el mal la conciencia les remuerde y sufren doblemente. Sin embargo, para los cristianos dicho sufrimiento es sólo la mitad de penoso; sufren externamente pero son consolados internamente.

Pero, como ya hizo anteriormente (1:6), el apóstol establece un límite cuando dice «aunque ahora, por poco tiempo, si es necesario, seáis afligidos en diversas tentaciones» con el fin de contrarrestar a los que, como los donatistas citados por Agustín, aceptaron al pie de la letra los versículos que hablaban de sufrimientos y se suicidaban arrojándose al mar.[48] Dios no desea que busquemos la desgracia ni que la elijamos como norte de nuestra vida. Hay que vivir confiados en la fe y el amor. Si viene hay que aceptarla pero si no viene, no hay que buscarla. Por tanto, esas cabezas locas que se castigan y se azotan o se matan intentando de ese modo tomar los cielos al asalto, se equivocan.

Pablo también lo prohibió en Colosenses 2:23 cuando cita a lo santos que entran en una autoelegida «devoción y humildad y en duro trato al cuerpo». Hemos de cuidar el cuerpo de modo que no caiga en la licencia (Ro. 13:14) pero tampoco buscar su destrucción. Cuando alguien nos inflige sufrimiento, sufrimos, pero no hemos de practicarlo contra nosotros mismos. Este es el significado de las palabras «hágase la voluntad de Dios». Es mejor que Dios nos inflija el sufrimiento, sufrir por hacer el bien constituye una bendición mucho mayor y os hará más felices.

Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos. Aquí san Pedro vuelve a presentarnos a Cristo como un ejemplo y siempre refiriéndose a sus sufrimientos. Afirma que todos hemos de seguirlo de modo que no sea necesaria una ilustración para cada momento de la vida. Dado que el ejemplo de Cristo se nos da

en sentido general, el apóstol dice que no importa en qué momento de la vida nos hallemos, debería ser moldeada en su totalidad, de acuerdo a ese ejemplo. Quiere decir:

Cristo fue justo. Por serlo, también sufrió por nosotros que somos injustos. Sin embargo, Él no buscó la cruz, esperó a que se hiciera la voluntad de Dios y tuviera que beber la copa hasta las heces. Este es el modelo que hemos de imitar. El principal motivo de que Pedro cite este ejemplo es su propósito de llegar a una conclusión y aportar una explicación más sobre el sufrimiento de Cristo.

Verdaderamente, sin embargo, Pedro está diciendo: Cristo sufrió por nosotros una vez, esto es, cargó con numerosos pecados, pero no lo hizo de modo que tuviera que morir por cada uno de ellos, sino que satisfizo la pena por todos a la vez y, haciéndolo, quitó los pecados de todos los que se le acercan y creen el Él. Se han liberado de la muerte del mismo modo que lo hizo Él.

«El justo por los injustos» dice el apóstol. Es como si dijéramos: deberíamos sufrir cuanto antes, ya que morimos por el Justo, que está limpio de pecado. Pero murió por los injustos a causa de nuestros pecados.

Para llevarnos a Dios. Estas palabras del apóstol tienen el objetivo de instruirnos en lo que se refiere a la especial naturaleza del sufrimiento de Cristo que no murió por sí mismo, sino para llevarnos a Dios. Sin embargo ¿cómo fue posible, o acaso Cristo no se ofreció a sí mismo? Es cierto que se ofreció en la cruz por cada uno de los que creemos en Él, sin embargo, con este acto, también nos ofrece a nosotros mismos, así que a todos los que creen en Él, les es necesario sufrir y morir de acuerdo con la carne, tal como ocurrió con Él. De este modo nos lleva a Dios vivos en espíritu pero muertos en la carne, tal como dice san Pedro más adelante (1 P. 4:6). Por otra parte, somos un sacrificio con Él, cuando muere, así morimos nosotros en la carne y, del mismo modo que vive en el espíritu, así vivimos nosotros en espíritu.

Siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu. En las Escrituras se cita con frecuencia la palabra «carne», así ocurre con «espíritu». Los apóstoles suelen contraponer la una a la otra. Significa: A través de su sufrimiento, a Cristo le fue extraída la vida que es carne y sangre, como le ocurre a cualquier ser humano que viva en la

tierra, que también tiene carne y sangre, camina y está de pie, bebe, duerme, está despierto, ve, oye, toca y siente, y, en resumen, hace todo cuanto respecta al cuerpo. Pero esta situación es transitoria. A ella murió Cristo. San Pablo la llama *corpus animale*, el «cuerpo físico» (1 Co. 15:44), esto es, la vida igual a la del animal. En la carne, no según la carne, esto es, de acuerdo con las funciones naturales del cuerpo. Fue a esta vida a la que murió, ésta fue la vida que cesó en Él y que, ahora, ha sido transferida a otra, ha sido hecha viva de acuerdo al espíritu y ha entrado en otra vida, espiritual y sobrenatural que abarca su vida entera siendo ahora carne y alma. Por tanto, ya no tiene un cuerpo físico, sino espiritual. Así es como se expresa Pablo.

Y así es como lo veremos el último día. La carne y la sangre se convertirán en vida espiritual de modo que mi cuerpo y vuestros cuerpos vivirán sin alimento ni bebida, no alumbrarán hijos, ni digerirán ni excretarán. Internamente, existiremos según el espíritu y el cuerpo será glorificado y lucirá más brillante que el sol. Habrán cesado la sangre y carne naturales así como las funciones que llevan a cabo los animales.

San Pablo habla del tema en 1 Corintios 15:45: «Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante», y añade: «Y así como hemos llevado la imagen del terrenal, llevaremos también la imagen del celestial» (v. 49). De Adán, nosotros como los animales irracionales, hemos heredado todas las funciones naturales correspondientes a los cinco sentidos. Pero Cristo es carne y sangre espiritual no concordante con los sentidos externos. No duerme y no se despierta. Sin embargo, lo conoce todo y está en todas partes. Así seremos nosotros también. Él es el Primer Fruto, el Principio y el Primer nacido a la vida espiritual como dice san Pablo (1 Co. 15:20, Col. 1:18), es decir, que fue el primero que se levantó y entró en aquella. Así, ahora Cristo vive según el espíritu siendo un verdadero hombre con un cuerpo espiritual, por tanto, lo dicho aquí no se refiere a la diferenciación entre espíritu y sangre, sino que el cuerpo y la carne son espirituales, morando espíritu en el cuerpo y con el cuerpo. Pero aquí san Pedro no se refiere al hecho concreto del Espíritu Santo levantando a Cristo de entre los muertos, sino que habla en general. Así, cuando yo hablo del «espíritu» en contraste con la «carne», no me refiero al Espíritu Santo, sino a lo que el Espíritu crea interiormente y todo cuanto procede de Él.

El apóstol continúa:

> *3:19-22*
> *En el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas a través del agua.*
> *El bautismo, que corresponde a esto, ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades.*

Este es un texto extraño y ciertamente el más oscuro de entre todos los del Nuevo Testamento. Aún no estoy seguro de lo que se propone decir el apóstol.[49] Al principio, da la impresión de que Cristo predicó a los espíritus, es decir, a las almas no creyentes del pasado, en el tiempo en que Noé construía el arca. No sólo no lo entiendo, sino que no puedo explicarlo como, por otra parte, tampoco ha podido nadie. Pero no me opondré a quien quiera creer que, después de morir en la cruz, Cristo descendió en busca de las almas y les predicó. Ignoro si san Pedro se refería exactamente a esto. También podría entenderse como que una vez que Cristo hubo ascendido a los cielos, descendió en espíritu y procedió a predicar aunque de tal modo que no pudo hacerlo de forma física, dado que dejó de hablar con la voz corporal y todas sus funciones corporales habían cesado. Por tanto, si es correcto que predicó a los espíritus en su vida espiritual, dicha predicación también ha de ser espiritual, interna de corazón y alma, ya que no precisa utilizar el cuerpo. El texto no dice que descendió[50] al lugar de reposo de las almas y que les predicara cuando murió; dice «en el cual», esto es, cuando murió según la carne y pasó a vivir según el espíritu, es decir, cuando se despojó de

su existencia carnal y de las funciones corporales naturales y entró en la vida y existencia espirituales de que ahora goza en los cielos. Entonces predicó pero, una vez asumida su nueva existencia, no descendió nuevamente a los infiernos. Por tanto, hay que entenderlo como que lo realizó después de su resurrección.

Fue y predicó. Dado que estas palabras parecen conducirnos a concluir en la realidad de la predicación espiritual, deberemos compartir la opinión según la cual san Pedro habla de lo que Cristo administra a través de su predicación externa al encargar a sus discípulos que predicaran el Evangelio físicamente. Sin embargo, en adición a ella, acude y se halla espiritualmente presente hablando y predicando a los corazones de la gente, del mismo modo que los apóstoles lo hacen de viva voz. Cristo predica a los espíritus cautivos en la prisión del diablo. Así su *ir*, como la predicación, debería comprenderse en un sentido espiritual.

En cuanto a las palabras que siguen: «y predicó a los espíritus encarcelados que en otro tiempo desobedecieron», escogemos interpretarlo de acuerdo con la divina computación del tiempo, es decir, que en la existencia en la cual Cristo es, los que vivieron en el pasado y los que viven hoy día, están igual de presentes ante Él, una regla, además, que abarca a los vivos y a los muertos. En esa vida, el comienzo, el medio y el final es todo simultáneo. Sin embargo, en este mundo es evidente que existe un sistema de medida; aquí el tiempo es consecutivo, el padre, el hijo, etc. Lo explicaremos con una ilustración: si hay un leño a una cierta distancia de vosotros o si lo miráis desde un extremo, os es imposible examinarlo bien, pero si está cercano u os halláis de pie por encima, podréis observarlo por todos lados y obtendréis un buen conocimiento del mismo. Así, en la tierra, no podemos comprender esta vida porque todo se sucede consecutivamente, paso por paso, hasta la llegada del día final. Pero ante Dios todo tiene lugar en un instante porque para Él mil años son un día, tal como dice san Pedro en su segunda epístola (2 P. 3:8; Sal. 90:4). Así para Él, el ser humano es igual que el último que nacerá, lo ve todo simultáneamente, del mismo modo que el ojo ve en un momento dos cosas alejadas una de otra. Por tanto, el significado sería que Cristo ya no predica físicamente pero está presente en la Palabra y con ésta predica a los espíritus en sus corazones. Pero no entendamos que esto significa que Él predica de este modo a todos los espíritus.

Podría preguntarse a qué espíritus predica, la respuesta sería «a los que en otro tiempo desobedecieron». A esta forma de locución se le llama sinécdoque, *ex parte totum*, «el todo por parte»,[51] es decir, no a los mismos espíritus, sino a aquellos que son semejantes a los que desobedecieron. Así uno debe mirar desde esta vida la otra vida.

En mi opinión, ésta es la mejor interpretación de las palabras de san Pedro, pero no voy a pelear por ello aunque no pueda creer que Cristo descendió a las almas y les predicó. Las Escrituras no dicen nada al respecto, sino que establecen que el que llega a ese lugar, recibirá lo que haya creído y vivido. Por otra parte, dado que no se sabe a ciencia cierta la condición de los muertos, no podemos aplicarles este versículo. Es cierto, sin embargo, que Cristo está presente y predica a los corazones siempre que un predicador proclame la Palabra de Dios, de ahí que podamos aceptar sin peligro esta versión. Pero dejemos que a los que les sea revelada otra interpretación, que la sigan. Por tanto podría resumirlo así: Cristo ascendió a los cielos y predicó a los espíritus, es decir, a las almas humanas y entre éstas a los no creyentes de los tiempos de Noé. El texto continúa:

Cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas a través del agua. Aquí el propósito de san Pedro es introducirnos en las Escrituras a fin de que nos sintamos inclinados a su estudio. Mediante este atractivo procedimiento, menciona el arca de Noé como una analogía. También san Pablo la utiliza cuando habla de los dos hijos y de las dos esposas de Abraham en Gálatas 4:22. En Juan 3:14 también lo hace Cristo cuando cita que Moisés levantó la serpiente del desierto. Son analogías no sólo comprensibles, sino atrayentes. Por ello las usa san Pedro para, a través de ellas, expresar brevemente lo que es la fe.

También, el apóstol se propone decirnos que lo que ocurrió en tiempos de Noé cuando construyó el arca, también puede ocurrir hoy día. Del mismo modo que él junto con otros siete fue salvado en el arca de las aguas, también vosotros sois salvados por el bautismo. El agua ahogó todo lo viviente. Así el bautismo ahoga todo cuanto es carnal y natural y torna al hombre en espiritual. Embarcamos en el arca que representa a

Jesucristo, o a la Iglesia cristiana, o al Evangelio que Cristo predica, o al cuerpo de Cristo al cual nos unimos por la fe, y somos salvos como lo fue Noé en el arca. Como veis, la analogía resume lo que son la fe y la cruz, la vida y la muerte. Donde haya gente partidaria de Cristo, habrá una iglesia cristiana. Todo cuanto procede de Adán es diabólico y se ahoga.

El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como respuesta de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo. Vosotros no sois salvos lavando la suciedad del cuerpo para limpiarlo como hacían los judíos. Dicha limpieza ha dejado de tener valor, lo que debe haber es la alianza de una «buena conciencia hacia Dios»; es decir, debéis sentir en vuestro interior una conciencia buena y alegre, unida a Dios y que pueda afirmar: «Él me dio su promesa, Él la mantendrá porque Él no puede mentir». Cuando os unís con esta firmeza a su Palabra de este modo, entonces debéis ser salvos. Ahora la alianza es la fe que nos salva. Ninguna obra externa puede lograrlo.

Por la resurrección de Jesucristo. San Pedro añade estas palabras con el objetivo de explicar la fe basada en la muerte de Cristo, su descenso a los infiernos y su resurrección de entre los muertos. Si hubiera permanecido muerto, no habría habido salvación para nosotros. Porque se levantó de entre los muertos, se sienta a la diestra de Dios Padre y se nos ha proclamado a fin de que podamos creer en Él; tenemos una alianza con Dios y una segura promesa. Con ello nos salvamos como Noé lo fue en el arca. Así san Pedro convierte el arca en una figura completamente espiritual en la que no se halla ni carne ni sangre, sólo una buena conciencia que se eleva hacia Dios, esto es, la fe.

Quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sometidos los ángeles, autoridades y potestades. El apóstol sigue diciendo todo esto con el fin de fortalecer nuestra fe. Cristo tuvo que ascender a los cielos y ser el Señor de todo y de todas las criaturas, a fin de conducirnos también a nosotros al paraíso y hacernos señores. Nos consuela saber que todo poder en los cielos y en la tierra, incluso la muerte y el mal, han de servirnos y ayudarnos, como todo sirve a Jesucristo y yace a sus pies.

Este es el tercer capítulo. Sigue el cuarto.

Capítulo cuatro

4:1-3
Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios.
Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andado en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías.

San Pedro continúa por el mismo camino. Hasta ahora nos ha exhortado a que suframos si ésta es la voluntad de Dios, y nos ha presentado a Cristo como ejemplo. Ahora lo confirma y lo repite. Quiere decir: Dado que Cristo, nuestra cabeza y dirigente, sufrió en su carne como ejemplo para todos –y además con dicho sufrimiento nos redimió– debemos imitarle, equiparnos y armarnos como Él. En las Escrituras, la vida de Jesucristo y en particular, su sufrimiento, se nos presenta de dos maneras. En primer lugar, como un don, como ya ha definido san Pedro en el tercer capítulo. Primero hizo hincapié en la fe y nos enseñó que somos redimidos por la sangre de Cristo, que nuestros pecados han sido eliminados y que Él se nos entregó como un don. Todo ello no puede comprenderse de otro modo que a través de la fe. El apóstol lo mencionó cuando dijo: «También Cristo padeció una sola vez por los pecados» (3:18). Este es el artículo principal y la mejor parte del Evangelio.

En segundo lugar, se nos presenta y se nos da a Cristo como ejemplo y norma a seguir ya que si tenemos a Cristo como un don a través de la fe, debemos ir y hacer lo mismo que Él. Debemos imitarle en toda nues-

tra vida y en todo nuestro sufrimiento. Sin embargo, aquí san Pedro no trata primariamente de las obras del amor con las cuales servimos y beneficiamos a nuestro prójimo, que son buenas como ya ha dicho en numerosas ocasiones, sino acerca de las obras relacionadas con nuestros cuerpos y que nos sirven a nosotros, obras a través de las cuales se fortalece la fe, mortificamos al pecado de la carne y servimos así mejor a nuestro prójimo. Porque si domino mi cuerpo para eliminar la lascivia, dejaré en paz a la mujer e hijo de mi vecino, si suprimo la envidia y el odio, seré más amable y servicial para con mi prójimo.

Ya hemos establecido suficientemente que aunque seamos justos a través de la fe y contemos con Jesucristo como con nosotros mismos, también estamos obligados a llevar a cabo buenas obras y a servir a nuestro prójimo. Mientras vivimos en la tierra, jamás podremos llegar a ser perfectamente puros porque el cuerpo de todos no deja de experimentar los asaltos de la maligna concupiscencia. A decir verdad, la fe empieza abatiendo al pecado y otorgando el cielo, pero no llega a la fuerza y perfección que Cristo cita del samaritano (Lc. 10:33 y ss.) cuyas heridas aún no se han sanado, aunque le vendaron y curaron. Así es con nosotros. Creemos, esto es, nuestro pecado, la herida producida por Adán, se venda y empieza a curarse, pero en algunos se cura con más rapidez y en otros con menos; unos castigan y dominan mejor a la carne y otros creen con mayor firmeza. Si contamos con las dos cosas, la fe y el amor, podremos dedicarnos a eliminar nuestros pecados hasta el día que muramos completamente.

Por esta razón, san Pedro dice: «Armaos del mismo pensamiento»; esto es, adoptad una firme resolución y fortaleced vuestros corazones con el pensamiento que recibís de Cristo. Si somos cristianos hemos de decir: «Mi Señor sufrió por mí y vertió su sangre. Murió por mí. ¿Puedo yo hacer menos y negarme a sufrir?» Si el Señor se adelanta en el camino del exterminio ¡cuánto no han de alegrarse sus siervos de seguirle! De este modo adquirimos coraje para resistir y armarnos mentalmente a fin de poder perseverar en medio de la alegría.

En las Escrituras, la palabra «carne» indica no sólo al cuerpo externo, sede de la carne y la sangre, de los huesos y la piel, sino todo aquello que nos viene de Adán. Así, Dios dice en Génesis 6:3: «No contenderá

mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne». Y en Isaías 40:5 leemos que toda la carne verá la gloria del Señor, es decir, la gloria será revelada a toda la humanidad. Por ello confesamos en el Credo: «Creo en la resurrección de la carne», esto es, que la humanidad resucitará. Por ello, la carne significa al hombre entero tal como vive en la tierra.

En Gálatas 19:21, Pablo enumera las obras de la carne una por una, no sólo las bajas como la falta de castidad, sino los vicios más graves y que se pagan más caros, como la idolatría y la herejía, hijos de la carne y de la mente. De ahí que se entienda que el hombre, junto con su razón interna y voluntad externa, su cuerpo y su alma, sea llamado carne dado que dedica todos sus poderes, internos y externos, únicamente a la carne y a todo aquello que beneficia a ésta. Por eso, san Pedro añade aquí que «Cristo sufrió en la carne» siendo cierto que sus sufrimientos se extendieron más allá de ésta, tal como dice el profeta Isaías (53:11) cuando afirma que su alma sufrió gran aflicción.

Por ello también habéis de comprender que «quien ha sufrido en la carne ha cesado de pecar». También en este caso, se refiere no sólo a la decapitación o al desmembramiento del cuerpo, sino a todo aquello que pueda herir al hombre, a cualquier sufrimiento y tristeza que puedan atacarle. A pesar de que muchos seres humanos poseen un cuerpo sano, internamente no están libres de las angustias y de los quebraderos de cabeza. Si ocurre por Cristo resulta bueno y provechoso, por eso san Pedro «quien ha sufrido en la carne ha cesado de pecar». La santa cruz constituye un medio excelente para vencer al pecado. Así, cuando os ataca, toda envidia, vanidad, odio y cualquier otro vicio, desaparecen. Dios nos ha dejado la santa cruz para que nos lleve y conduzca a creer y a extender una mano amiga al prójimo.

Por ello, el texto añade:

Para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios. En lo sucesivo y mientras vivamos, debemos mantener a la carne en cautividad y mortificación con ayuda de la cruz, de forma que todo cuanto hagamos complazca a Dios y al hacerlo lo merezcamos todo. «No vivir conforme a las concupiscencias de los hombres» dice, no hacer lo que

los demás o nosotros mismos deseamos hacer. San Pablo dice en Romanos 12:2: «No os adaptéis a las formas de este mundo». Debemos evitar lo que el mundo se propone obligarnos a hacer.

Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andado en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías. Antes de llegar a la fe, vivimos sumidos en los extremos más vergonzosos «haciendo lo que agrada a los gentiles», lo cual equivale a vivir en medio de las humanas pasiones. Por tanto, en lo sucesivo nuestra vida ha de ajustarse a aquello que agrada a Dios porque nuestro enemigo es nuestra propia carne. Ella es el auténtico delincuente, no sólo por los pecados grandes, sino por encima de todo por los extravíos de la razón que Pablo llama *prudentia carnis*, esto es, «la mentalidad de la carne» (Ro. 8:6). Si se somete al delincuente, la sumisión del resto es cosa fácil. Por otra parte, perjudica a nuestro prójimo de maneras difícilmente discernibles.

Por «lascivias» san Pedro se refiere a los actos o palabras externas causantes de mal aunque no se pase a los hechos y provocadoras de indecencia para la vista y el oído. De aquellos se deriva la lujuria y de ésta apenas hay un paso a la acción. Una consecuencia más es la abominable idolatría. Sus palabras son perfectamente aplicables a nosotros, ya que desde el momento en que hemos perdido la fe, con toda seguridad hemos perdido a Dios, con lo que caemos en la idolatría, más abominable aún que la practicada por los gentiles.

4:4-5

A estos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución y os ultrajan; pero ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos.

Así fue mientras vivisteis como gentiles, pero una vez abandonada esta vida, la gente lo hallará extraño y lo considerará una desgracia y una locura. Dirán: «¡Están auténticamente locos de renunciar a todos los bienes y placeres mundanos!» Dejemos que piensen que es extraño. ¡Y

dejemos que os insulten! Tendrán que dar cuenta de ello. Dejémoslos en las manos del que todo lo juzga.

4:6-7
Porque por esto también ha sido predicado el evangelio a los muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios.
Mas, el fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración.

Éste es otro texto extraño. Las palabras dicen claramente que el Evangelio fue predicado no sólo a los vivos, sino a los muertos, sin embargo, el apóstol añade que «son juzgados en carne» y los muertos ciertamente carecen de carne. Por ello, ha de entenderse sólo para los vivos. Sin embargo, sigue siendo una extraña forma de hablar. Ignoro si el texto nos ha llegado tal como se escribió o si, por el contrario, es fragmentario. Lo entiendo de la siguiente manera: No hay que preocuparse acerca del modo como Dios castigó a los gentiles que vivieron centenares de años antes, sino por los que viven hoy día. Por tanto, el texto habla de la gente de la tierra.

Como ya he manifestado anteriormente, hay que aplicar el término «carne» al hombre en su totalidad, al vivir se le llama carne, pero también recibe el apelativo de espíritu cuando se dedica a la espiritualidad. Es una mezcla, como cuando hago notar la buena salud de un hombre herido que sin embargo está herido porque la parte sana es mucho más considerable que la herida. Así también el espíritu ha de gozar de precedencia. Por ello el apóstol dice que se condenan por sus acciones externas pero que se salvan según el hombre interno, es decir, el espíritu.

Sin embargo, queda la incógnita cuando afirma que son vivos y añade que están muertos. Según mi propio entender –y sin limitar al Espíritu Santo– interpreto que el apóstol llama «muertos» a los impíos. No puedo aceptar la interpretación según la cual el Evangelio debe predicarse a los muertos, a menos que san Pedro quiera significar que fue predicado libremente y a todo el mundo (Col. 1:23) y que no fue oculta-

do ni a los vivos ni a los muertos, ni a los ángeles ni a los diablos, y que no se predicó en un rincón oculto, sino públicamente y a todas las criaturas. Si hubieran tenido oídos hubieran oído, como Cristo ordenó en Marcos 16:15: «Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda criatura». Cuando el Evangelio se predica de este modo, siempre se encuentra gente condenada según la carne, pero viva según el espíritu.

Mas el fin de todas las cosas se acerca. También ésta es una extraña manera de hablar. Desde que Pedro predicó han pasado casi 1.500 años,[52] un lapso ciertamente ni corto ni cercano. Sin embargo, el apóstol afirma que «el fin de todas las cosas se acerca» y casi está ya entre nosotros como se dice en 1 Juan 2:18: «Es el último tiempo». Si no hubiera sido el apóstol quien lo dijera, casi podría afirmarse que se trata de un embuste. Sin embargo, hemos de aceptar firmemente que el apóstol dice la verdad. Lo explica en la segunda epístola, aquí se limita a decirnos que el tiempo se acerca y que «para con el Señor, un día es como mil años» (2 P. 3:8) como ya he mencionado anteriormente. Más bien cabe figurarse que el lapso que falta para el fin del mundo no será tan largo como desde el principio hasta ahora. No es lógico esperar que la humanidad viva dos o tres mil años más después del nacimiento de Cristo. El fin llegará antes de lo que pensamos. El apóstol continua:

4:7b-8
Sed, pues, sobrios, y velad en oración.
Y, ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados.

Aquí se evidencia el motivo de la recomendación de mantenerse «sensatos y sobrios», es decir que hemos de estar siempre dispuestos a orar por nosotros y por nuestro prójimo. Además, el amor no puede ser ferviente a menos que se controle al cuerpo a fin de dejar espacio para aquel.

Aquí san Pedro toma un versículo del libro de los Proverbios en el que leemos en el capítulo 10:12: «El odio despierta rencillas, pero el amor encubre todas las faltas», es decir: Dominad vuestra carne y vues-

tra concupiscencia, en caso contrario, caeréis fácilmente en los lazos de la ira y no os será fácil perdonaros los unos a los otros. Por tanto, es obligatorio someter a la concupiscencia. Así seréis capaces de amar y perdonaros porque el amor cubre todas las faltas.

Según la interpretación de algunos, este versículo es contrario a la fe. Dicen: «Declaráis que sólo la fe hace santo y que las obras no le tornan libre de pecado. En este caso, ¿por qué Salomón y san Pedro dicen que el amor cubre todas las faltas?»[53] Debéis replicar: Salomón afirma que el que odia a otro tiende inevitablemente a caer en peleas sin cuento, pero si le domina el amor, cubre el pecado y perdona con agrado. Donde reine la ira, hallaréis una persona malhumorada llena de odio, que rehúsa reconciliarse con nadie. Por otra parte, una persona henchida de amor no puede caer en la provocación, no importa cuán profundamente se la ofenda. Lo cubre todo y pretende no verlo. Es evidente que nos referimos al prójimo, no a Dios. Ante Él, sólo la fe cubrirá vuestras faltas ante Dios, pero mi amor cubre las de mi prójimo, del mismo modo que Dios lo hace conmigo a través de su amor y si lo creo así, debo hacerlo con aquel. Por consiguiente, el apóstol dice que debéis amaros el uno al otro a fin de que cada persona sea capaz de cubrir los pecados de la otra. El amor no cubre uno, dos o tres pecados, cubre la multitud de ellos, todos. Así en 1 Corintios 13:7 san Pablo también interpreta este texto: «El amor todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta».

San Pedro continúa:

> *4:9-10*
> *Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones. Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios.*

La persona que, con agrado otorga hospitalidad, se le llama hospitalaria. Así, cuando los apóstoles iban en grupo predicando y enviaban a los discípulos de acá para allá, una persona tenía que proporcionar alojamiento a otra. Así ha de ser en la actualidad. Si se viaja de un lado a

otro para predicar, de ciudad en ciudad, de casa en casa, no hay que permanecer demasiado tiempo en el mismo lugar. Ha de ver que si una persona es débil hay que ayudarla, si ha caído hay que alentarla y, según san Pedro, ha de hacerse con buena voluntad y sin exageración. También en este caso es un acto de amor, lo mismo que el mandato que sigue, esto es, que deberíamos servirnos unos a otros con los dones recibidos de Dios. El Evangelio desea que cada uno sea el servidor del otro y que, además, permanezca en el lugar en que Dios le ha puesto y para el cual ha sido llamado. Dios no quiere que el señor sea siervo, que la criada sea señora ni que el príncipe se convierta en mendigo. Tampoco desea destruir al gobierno. A lo que el apóstol se refiere exactamente es al servicio espiritual y de corazón de cada uno para con el otro. Incluso, si sois un gran señor y gozáis de una elevada posición, debéis aplicar vuestro poder al servicio de vuestro prójimo. Así, si todo el mundo debe considerarse servidor de alguien, el dueño puede seguir siéndolo sin considerarse mejor que el criado, pero que se alegraría de serlo si esa fuera la voluntad de Dios. Lo mismo se aplica a los demás casos de la vida.

Como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Dios no nos concede la misma gracia a todos. De ahí que cada uno haya de prestar atención a sus propios valores, a la clase de don que le ha sido concedido. En cuanto es consciente de ello, puede ponerlo al servicio de su prójimo según explica san Pedro más adelante diciendo:

> *4:11*
> *Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.*

Es decir, si alguien posee la gracia de predicar y enseñar, dejadle que predique y enseñe. También san Pablo dice en Romanos 12:3-6: «Digo pues, por la gracia que me ha sido dada, a cada cual que está entre voso-

tros que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así también nosotros siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, mas siendo cada uno por su parte, miembros los unos de los otros. Y teniendo diferentes dones según la gracia que nos es dada». Y continúa: «Si es el de profecía, úsese conforme a la proporción de la fe; o si de servicio en servir, o el que enseña en la enseñanza» (v. 7). Predica lo mismo en otros lugares: 1 Corintios 12:12 y en Efesios 4:7.

Conforme a todo esto, vemos que, aunque Dios ha repartido dones distintos entre la gente, todos deben dirigirse a un solo fin, es decir, han de utilizarse para servir a los demás, en especial los que detentan una posición de autoridad, ya sea predicando o con otra tarea. San Pedro dice aquí: «Si alguno habla que sea como si fueran palabras de Dios», de ahí que quien predica se ha de asegurar que no usa otra cosa que la Palabra de Dios. Con esto san Pedro cierra la boca al papa y ¡encima el papa con toda impunidad pretende ser el sucesor de san Pedro!

El apóstol continúa:

Si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da. Es decir, quien gobierne la Iglesia cristiana y tenga un oficio o un deber que cumplir no debe proceder como si dijera: «Aquí soy el señor supremo, han de obedecerme y lo que ordeno debe cumplirse». Dios no quiere que hagamos otra cosa que lo que Él asigne y ordene. Por tanto un obispo no debe hacer nada a menos que esté seguro de que Dios lo hace y que se trata de la tarea o de la Palabra de Dios. El Señor no quiere que consideremos la Iglesia de Dios como cosa de burla. Por ello debemos estar tan seguros que Dios habla y trabaja en nosotros que gracias a nuestra fe podamos declarar: «Lo que he dicho y hecho, Dios ha hecho y dicho. Me juego la vida en ello». Al contrario, si no estoy seguro, mi fe se ha construido sobre arena. Entonces es cuando el diablo se apoderará de mí. De ahí que se halle formalmente prohibido recibir órdenes de un obispo a menos que él posea la certeza de que Dios hace lo que él hace y pueda decir: «Poseo el mandamiento y la Palabra de Dios». Cuando no sea este el caso, se le ha de considerar como un embustero. Dios ha

ordenado que nuestra conciencia se halle asentada sobre sólida roca. Es una regla general. Aquí nadie debe seguir su propia opinión ni hacer nada que no esté muy seguro de que se trata de la voluntad de Dios. Es evidente que largo tiempo antes, ya san Pedro definió la regla que el papa y los obispos deberían seguir hoy día.

El apóstol sigue:

Para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén. Así, instruye el apóstol, debéis estar seguros de que Dios hace y dice lo mismo que hacéis y decís vosotros, ya que sino es así, no podréis alabarle ni darle las gracias con un corazón puro. En caso contrario podréis alabarle en función de su Palabra y obras. De otro modo le negáis y le consideráis cosa de burla. Por tanto es vergonzoso y dañino desear regir la cristiandad sin la Palabra y la obra de Dios. En consecuencia, san Pedro estaba obligado a instruir acerca de lo que ha de ser el gobierno de la cristiandad.

Y continúa:

> *4:12*
> *Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese.*

Esta forma de hablar no es común entre nosotros, pero san Pedro la utiliza a fin de recordarnos lo que dicen las Escrituras. Éstas hablan de sufrimiento como de un horno rebosante de fuego y ardor. Así, anteriormente, en el primer capítulo dice: «Para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual perece aunque se prueba con fuego, etc.» (v. 7). Asimismo en Isaías 48:10 Dios dice: «Te he probado en el crisol de la aflicción» y en Salmos 17:3 leemos: «Tú has probado mi corazón», y de forma parecida en Salmos 26:2: «Oh, Jehová, pruébame; examina mis íntimos pensamientos y mi corazón»; asimismo en Salmos 66:12: «Pasamos por el fuego y por el agua». Vemos, por tanto, que las Escrituras suelen hablar del sufrimiento como «un fuego pene-

trante» o «probar con fuego». De acuerdo con ello, san Pedro afirma aquí que no le sorprendería ni encontraría raro o extraño que el fuego ardiente cayera sobre nosotros para probarnos, del mismo modo que el oro se funde bajo el fuego.

Cuando la fe comienza, Dios no abandona; coloca la cruz santa en nuestras espaldas para fortalecernos y para que nuestra fe se robustezca. El sagrado Evangelio constituye la Palabra en todo su poder, por tanto, no puede hacer su trabajo sin las pruebas y sólo quien las soporta, es digno de dicho poder. Donde se manifieste el sufrimiento y la cruz, el Evangelio ejerce su poder como Palabra de vida y, por tanto, lo ejerce sobre la muerte. En ausencia de la decadencia y la muerte no podría hacer nada, puesto que no sería evidente el poder que ejerce sobre aquella y sobre el pecado. Por eso el apóstol dice «para probaros», es decir, Dios os inflige el ardor y el fuego –la cruz y el sufrimiento que os consumen– con el propósito de probaros para comprobar que practicáis fielmente su Palabra. Todo esto lo halláis en Sabiduría 10:12 de Jacob: «Dios le envió pruebas arduas para que supiera que la piedad es lo más poderoso que hay en el mundo». Dios puso la cruz en las espaldas de todos los creyentes a fin de que pudieran probar el poder de Dios, el poder del que disponen a través de la fe.

4:13
Sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría.

San Pedro no dice que hemos de sentir los mismos padecimientos de Cristo para poder compartirlos a través de la fe, sólo quiere decirnos: Cristo sufrió, por tanto considerad que vosotros también habéis de sufrir y ser sometidos a pruebas. Cuando sufrís de este modo, entráis en comunión con Jesucristo. Si deseamos vivir con Él, debemos morir con Él. Si quiero sentarme con Él en su reino, debo sufrir con Él, tal como nos dice san Pablo (Ro. 6:5; 2 Ti. 2:11).

Para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Debéis vivir en alegría aun cuando sufráis y sentís que os queme el ardor del fuego. A pesar del sufrimiento físico, obtendréis la eterna alegría espiritual que empieza aquí sufriendo, pero que dura eternamente. De otro modo, el que no soporte los padecimientos con alegría, se irritará con Dios y sufrirá aquí y allá por toda la eternidad. Son un ejemplo las vidas de los santos mártires que fueron al sacrificio con el corazón alegre y de este modo ganaron la alegría eterna. Cuando por ejemplo, santa Ágata estaba en prisión se mostraba tan alegre como si tuviera que ir al baile.[54] Y los apóstoles seguían felices adelante y daban gracias a Dios por haber sido elegidos dignos de sufrir por Cristo, según relatan los Hechos 5:41.

En la revelación de su gloria. Cristo no sólo se reveló como Señor, sino que todavía obra entre nosotros. A decir verdad, es Señor por mérito propio, pero nosotros que somos sus miembros, no lo somos, aunque nos convertiremos en tales cuando su gloria se revele a todos los hombres el Día del Juicio Final con mayor claridad que el mismo sol.

4:14

Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado.

El nombre de «Cristo» es odioso al mundo. Cuando se predica sobre Él hay que estar preparados para que incluso los mejores en la tierra blasfemen e insulten su nombre. Y lo que es más peligroso y flagrante, nos persiguen y usan el nombre de Cristo alegando que son cristianos y bautizados y sin embargo le niegan y le persiguen con sus propias acciones. Es una cuestión deplorable. Hacen uso del nombre de Cristo en contra nuestra tan enfáticamente como lo hacemos nosotros. De ahí que precisemos consuelo a fin de mantenernos firmes y alegres aun cuando nos persigan los más sabios y píos de entre los hombres.

Sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado. Vosotros, dice el apóstol, tenéis al espíritu que reposa en vosotros, es decir el Espíritu de Dios y el Espíritu de su gloria, o sea, el Espíritu que nos glorifica. Pero Él no lo cumple aquí en la tierra, sino cuando en el Día del Juicio Final se revele la gloria de Cristo. Además, no sólo es el Espíritu que nos hace gloriosos, sino aquel a quien nosotros glorificamos, una glorificación adscrita especialmente al Espíritu Santo del mismo modo que Él glorificó a Cristo. Este mismo Espíritu, dice el apóstol, reposa en vosotros porque así lo hace el nombre de Cristo. Este es el Espíritu menoscabado por ellos y que debe soportar la peor de las blasfemias y de los insultos. Pero no os sintáis afectados por ello, concierne sólo al Espíritu que es Espíritu de gloria. No os preocupéis, se basta y sobra para vengarse y para elevaros al sitio de honor. Este es el consuelo que tenemos los cristianos. Por tanto, podemos decir: «Después de todo, la Palabra no es mía, es el mandamiento de Dios, quien me insulta a mí, insulta a Dios». Y nuevamente: «El que a vosotros desecha, a mí me desecha» (Lc. 10:16).

Esto es lo que quiere decir san Pedro: Sabed que el Espíritu, al cual poseéis, es tan fuerte que con toda seguridad castigará a sus enemigos, como Dios mismo declara en Éxodo 23:22: «Pero si en verdad oyes su voz y haces todo lo que yo te diga, seré enemigo de tus enemigos». Las Escrituras señalan repetidamente que los enemigos del pueblo elegido son los enemigos de Dios. Ahora, cuando nos difaman porque somos cristianos y creemos, no seremos nosotros los calumniados, sino que dicha calumnia recaerá directamente sobre el mismo Dios. Por tanto, Él dice: «Alegraos, todo esto se hace al Espíritu que no es vuestro sino de Dios». Y el apóstol añade como aviso:

4:15-16
Así que ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entrometerse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello.

San Pedro quiere decir: Habéis oído que tenéis que sufrir y la actitud que debéis adoptar en relación con dicho sufrimiento. Pero habéis de considerar que ello no ocurre porque os lo hayáis merecido o por causa de algún mal cometido por vosotros, sino que sufrís por Cristo y debemos sufrir, independientemente de que los que nos persiguen lleven también el nombre de Cristo. Nadie puede morir porque sea cristiano, sino que muere calificado como enemigo de Cristo porque los que le persiguen alegan ser ellos los verdaderos cristianos. En este caso sólo el Espíritu puede decidir. Limitaos a estar seguros de ser cristianos a los ojos de Dios. El juicio de Dios es secreto pero, actualmente, ha cambiado. Ya no juzgará sólo por el nombre como hizo en los tiempos en que empezó a utilizarse la palabra «cristiano».

Sigue diciendo san Pedro: No debéis avergonzaros por sufrir de este modo. Debéis alabar a Dios que al convertir la pena y el dolor en cosa preciosa, nos obliga a alabarle ya que no somos dignos de este sufrimiento. Hoy día, sin embargo, todo el mundo procura huirle. ¿Qué utilidad tiene, por tanto, poner la cruz en la custodia? La cruz de Cristo no me salva. En verdad, he de creer en Él en la cruz, pero debo cargar con la mía, he de llevar sus sufrimientos en mi corazón y sólo así tendré el auténtico tesoro. Los huesos de san Pedro son sagrados, un hecho que no os ayudará. En cambio, vosotros y vuestros huesos también son sagrados, y es lo que ocurre cuando se sufre por Cristo.

4:17
Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?

Aquí cita dos versículos de un profeta a la vez. En primer lugar, al profeta Jeremías en el capítulo 25:29: «Porque he aquí que a la ciudad en la cual es invocado mi nombre, yo comienzo a hacer mal; ¿y vais a quedar vosotros totalmente impunes? No quedaréis impunes porque traigo espada sobre todos los moradores de la tierra, dice Jehová de los ejércitos»; y en el capítulo 49:12 dice: «He aquí que los que no tenían por qué

beber el cáliz, beberán ciertamente ¿y serás tú absuelto del todo? Es como decir: «Castigo a los míos para demostrar lo que haré con mis enemigos». Considerad estas palabras, cuanto más grandes son sus santos, peor permite que los castiguen y que perezcan, en cuyo caso ¿qué va a ocurrir a los demás?

En Ezequiel 9:6 leemos que el profeta vio a seis hombres armados a quien el Señor ordenó matar. «¡Empieza por mi santuario!» ordenó. A esto se refiere san Pedro y dice: El tiempo del juicio anunciado por los profetas está próximo. Cuando se predique el Evangelio, Dios empezará a castigar el pecado matando y dejando vivir. Azotará a los píos con un látigo en principio suave. Por tanto, ¿qué les ocurrirá a los impíos? Es como si se dijera: si Dios se comporta de forma tan inclemente con sus queridos hijos, figuraos qué clase de castigo reservará a los incrédulos.

4:18
Y: Si el justo con dificultad se salva, ¿En dónde aparecerá el impío y el pecador?

Este versículo también está tomado de Proverbios 11:31: «Ciertamente el justo será recompensado en la tierra. ¡Cuánto más el impío y el pecador!», en concordancia con lo que defiende san Pedro, es decir, que el justo a duras penas se podrá salvar. Escapará por un pelo. El justo es el que cree. La fe aún requiere angustias y fatigas a fin de poder ser salvado para lo cual se ha de pasar por el fuego ardiendo. ¿Dónde quedará, entonces, el incrédulo?, en especial cuando Dios hace de la fe un instrumento para la lucha, y el que carece de fe no cuenta con ella.

El apóstol concluye diciendo:

4:19
De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien.

Esto es, aquellos a los que Dios aflige con sufrimientos no merecidos ni buscados, deben encomendarle sus almas. Hacen el bien, continúan con sus buenas obras, no renuncian porque les castigue el sufrimiento y se encomiendan al Creador que no abandona a sus hijos. Este es nuestro gran consuelo. Dios creó vuestras almas sin angustias ni ayuda por vuestra parte; lo hizo antes de que existierais, por tanto, ciertamente será capaz de preservarlas. Por ello, confiad en Él acompañado con buenas obras. No debéis pensar: «¡Así moriré sin preocupaciones!» Habéis de tener en cuenta que sois buenos cristianos y que debéis demostrar vuestra fe con buenas obras. En caso contrario, veréis cuál será vuestro destino. Esta es la última admonición de san Pedro a los que sufren por la causa de Dios. Y sigue:

Capítulo cinco

5:1-4
Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que ha de ser revelada:
Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey.
Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, recibiréis la corona incorruptible de la gloria.

Aquí san Pedro indica cómo han de conducirse los que gobiernen el reino espiritual. En el capítulo anterior (1 P. 4:11) estableció que nadie puede enseñar ni predicar si no está seguro de hallarse en posesión de la Palabra de Dios, a fin de que nuestra conciencia se halle asentada sobre una sólida roca. Por ello, es necesario que nosotros, cristianos, tengamos un sólido conocimiento de lo que place o desagrada a Dios. En caso contrario, no somos cristianos. Asimismo, el apóstol ha dejado claro que cada uno debe considerar su trabajo u oficio como desempeñado por Dios, aunque en este caso en concreto, este versículo trata de las calificaciones necesarias a obispos y pastores así como de la naturaleza de la conducta a observar.

En primer lugar, debéis familiarizaros con el lenguaje y aprender el significado de las palabras. La ρεσβύτερος «sacerdote» es griega, en alemán es *eyn Eltister* («un anciano»), el latín utiliza *senatores*, esto es, un cierto número de hombres ancianos y sabios provistos de gran experiencia. Estos son los hombres a los que Cristo denomina sus oficiales y

consejeros. Administran la regla espiritual, es decir, predican y cuidan de la congregación cristiana. Pero no os dejéis extraviar por los sacerdotes nombrados actualmente, las Escrituras no saben nada de ellos. Olvidaos de lo que ocurre ahora y pensad que cuando san Pedro y los demás apóstoles entraban en una ciudad en la que habían cristianos, seleccionaban a un anciano o dos que fueran justos, casados con hijos y versados en las Escrituras. Estos hombres eran llamados ρεσβύτεροι. Más tarde, Pablo y Pedro también les llamaron ἐ ίσκο οι, es decir, obispos. Por tanto, «obispo» y sacerdote» tienen el mismo significado.

Sobre esto tenemos otro excelente ejemplo en la leyenda de san Martín.[55] Un grupo de gente llegó a un lugar de África y vio a un hombre yaciendo en el interior de una cabaña. No sabiendo quién era, lo tomaron por un campesino, más tarde, cuando la gente se hubo congregado a su alrededor, el hombre se levantó y empezó a predicar. Entonces se dieron cuenta de que se trataba de su pastor u obispo, dado que en aquellos tiempos éstos no vestían de forma distinta ni se comportaban diferentemente de los demás.

A estos ancianos, dice san Pedro, capaces de cuidar y proveer al pueblo, yo les exhorto, que soy uno de ellos. Como podéis comprobar, llama ancianos a los que desempeñan una tarea y predican. Por esta razón también se humilla y se llama a sí mismo anciano. No alega ser superior aunque podía haberlo hecho al ser un apóstol del mismo Cristo, sino que se llama, no sólo compañero anciano, sino «testigo de los padecimientos de Cristo». Es como si dijera: «No sólo predico, sino que también soy uno de los cristianos que debe sufrir», con lo que viene a indicar que donde haya cristianos, habrá sufrimiento y persecución. Este es un verdadero apóstol. Si actualmente hubiera un papa o un obispo de esta clase que llevan ese título, estaríamos contentos de besarle los pies.

Soy también participante de la gloria que será revelada. Una manifestación tan elevada significa que todo obispo la ha de tomar en su sentido más profundo; con ella san Pedro se santifica, seguro como está de que será salvo gracias a las numerosas promesas con las que cuenta. Así Cristo dice: «Yo os elegí» (Jn. 15:16). Sin embargo, costó mucho trabajo a los apóstoles alcanzar dicho estadio. Seguramente, antes tuvieron que ser humillados y ser avergonzados. Por eso, aunque san Pedro

sabe que participa de la salvación, no por ello y pese a su santidad, se muestra orgulloso, ni se exalta a sí mismo.

Ahora precisa saber lo que han de hacer los ancianos. Leemos:

Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros. Cristo es el pastor principal y por debajo de Él tiene numerosos pastores al igual que numerosos rebaños de ovejas. Estas ovejas han sido asignadas a los pastores de Cristo aquí y en muchas tierras, como escribe san Pedro. ¿Qué es lo que hacen los pastores? El deber de estos pastores es conducir el rebaño a Cristo. El papa se ha adjudicado este papel principal y pretende ser el señor supremo que puede hacer su voluntad con el rebaño. Todos conocen la naturaleza del pastoreo: los pastores han de procurar pastos y pienso a las ovejas para que den su fruto y asimismo cuidan de que los lobos no asalten el rebaño y lo aniquilen. No son gente que sólo se dedique a sacrificar y matar.

San Pedro habla concretamente del rebaño de Cristo como si dijera: «No penséis que el rebaño os pertenece, sois sólo servidores». Y por otra parte, nuestros obispos dicen desafiantes: «Vosotros sois mi rebaño». Pero, según las anteriores palabras del apóstol, el rebaño de Cristo somos nosotros: «habéis vuelto al Pastor y Guardián de vuestras almas» (2:25). Los obispos son servidores de Cristo y su deber es cuidar al rebaño y llevarlo a buenos pastos. El pasto no es otra cosa que la predicación de la Buena Nueva para alimentar a las almas y que éstas den fruto, con el Evangelio y la Palabra de Dios como única alimentación. Únicamente en esto consiste el trabajo del obispo. Así, Cristo dice a Pedro: «Pastorea mis ovejas» (Jn. 21:16), que es tanto como decir: «El rebaño que has de pastorear no es tuyo, es mío». Sin embargo se han tergiversado estas palabras para hacer creer que el papa posee un poder externo sobre toda la cristiandad, cuando ninguno de ellos predica una sola palabra del Evangelio ni lo ha hecho, ni lo ha manifestado, desde los días de Pedro. Hubo un papa llamado san Gregorio que en verdad fue un santo varón, pero sus sermones no valen un centavo. Por ello, parece como si la Santa Sede estuviera particularmente maldecida por Dios. Varios papas han sufrido martirio por el Evangelio, pero no escribieron nada acerca de éste. Y sin embargo, proclaman y aseguran que deben dirigir el rebaño,

sin hacer otra cosa que tener cautivas a las conciencias aniquilándolas con leyes inventadas por ellos y sin predicarnos una palabra acerca de Cristo.

Ciertamente hay muchos cristianos, hombres y mujeres, capaces de predicar tan bien como otro cualquiera, pero en todo grupo siempre hay algunos que son débiles. Por tanto, hay que seleccionar a los fuertes a fin de que los lobos no acudan y destrocen al rebaño. Un pastor no sólo ha de conducir el rebaño y enseñarles a ser verdaderos cristianos, también ha de rechazar a los lobos para que no los ataquen y los destrocen con errores y falsas doctrinas. El diablo no descansa. Actualmente, hay muchos que toleran la predicación del Evangelio pero a condición de que no se clame contra los lobos, es decir, que no se predique contra los prelados. Sin embargo, predicar, enseñar y cuidar del rebaño, y protegerle y guardarle, puede no ser suficiente para evitar que los lobos acaben con él. No basta con vigilar, el lobo puede dejarles que gocen de un buen pasto, cuanto más gordos estén más le gustarán, pero no soporta el ladrido hostil de los perros. Por tanto, aquel que crea con todo su corazón, deberá guardar el rebaño del modo debido tal como Dios ha ordenado.

Cuando dice «El rebaño que está a vuestro cuidado», es decir, el rebaño que está con vosotros, no alude a que haya de estar sometido a vuestros pies. «Cuidando de ella, no forzados, sino voluntariamente, no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto.» Aquí el apóstol expresa con una sola palabra lo que el profeta Ezequiel escribe acerca de los pastores y los obispos en el capítulo 34:1 y ss. Es decir: No sólo habéis de cuidar del rebaño, sino observar sus necesidades y procurar liberarlo del peligro. También utiliza la palabra griega ἐ ισκο οῦντες, esto es, «sed obispos». Deriva de la palabra ἐ ίσκο ος, que en alemán se dice *eyn vorseher, o wechter*, un hombre que vigila o guarda y cuida de todo cuanto todos necesiten. Fijaos que anciano y obispo son la misma cosa. Por tanto, mienten los que actualmente dicen que la tarea de un obispo se identifica con la dignidad y que para serlo ha de llevar una mitra en la cabeza. No es un oficio que implique dignidad, no es el titular de nuestro cuidado, ni de nuestra vigilancia, ni es nuestro guardián. Debe saber conocer las debilidades si alguien sufre de alguna, ha de ayudarle y consolarle, si alguien cae, debe levantarle, a fin de dar a los

cristianos todo cuanto necesite su alma y su cuerpo, etc. He manifestado repetidamente que si hubiera una buena administración, en cada ciudad debería haber tres o cuatro obispos para cuidarse de la congregación y cuidar de todas las necesidades que se produjeran.[56]

Aquí san Pedro toca dos aspectos que deberían impresionar a todo aquel que tiene que desempeñar alguna presidencia. En primer lugar, hay que encontrar alguien piadoso y proclive a convertirse en predicador, porque la tarea de cuidarse de cómo vive el rebaño para ayudarle y sostenerle, es en verdad un trabajo pesado. Hay que vigilar y mantenerse en guardia día y noche a fin de que los lobos no irrumpan en el cercado. Pone en peligro vida y salud. De ahí que el apóstol diga: «No forzados, sino voluntariamente». No hay que entrar en este oficio sin ser llamado, pero si se lo piden, debe desempeñarlo con agrado y voluntad y llevar a cabo todo cuanto el puesto exija. En caso contrario, los que no tienen ningún deseo de hacerlo y vayan forzados, no cumplirán con su oficio a cabalidad.

Los otros, los que desempeñan la presidencia por afán de lucro y para llenar sus panzas, son aún peores. Sólo ambicionan la lana y la leche del rebaño sin importarles los pastos. Así se conducen hoy día los obispos. De por sí, ya es un vicio extremadamente dañino, pero si encima lo practica un obispo, la desgracia es aún mayor. Por tanto, ambos apóstoles, Pedro y Pablo lo mencionan con frecuencia (Hch. 20:33), lo mismo que los profetas. Por esta razón, Moisés también declara: «Ni aun un asno he tomado de ellos» (Nm. 16:15), lo mismo que dice el profeta Samuel: «Si he tomado el buey de alguno, si he tomado el asno de alguno» (1 S. 12:3). Si el que ha de pastorearlos se inclina en tal medida por el lucro y ambiciona hasta tal extremo el beneficio, no tardará en convertirse él mismo en un lobo.

Sino con ánimo pronto. Es decir, un obispo ha de hallar placer en su oficio, sentirse inclinado a él y trabajar con agrado. Son hombres que sirven voluntariamente y no miran la lana del rebaño. Así tenemos dos clases de falsos pastores: los que no trabajan de buena gana y los que trabajan voluntariamente pero sólo por el beneficio.

El apóstol continúa:

No como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado. Estos son hombres que gobiernan voluntariamente, pero sólo por la obtención de honores, en cuya carrera llegan a dominar a todo el mundo hasta el punto de convertirse en auténticos tiranos. De ahí que los exhorte a conducirse como si nadie estuviera por debajo de ellos, que no actúen como delincuentes ni se comporten según su capricho. Sólo tenemos un Señor, Cristo, que gobierna sobre nuestras almas. La tarea de los obispos es pastorear el rebaño. Vemos que con una sola palabra, san Pedro abate y condena la actual norma papal y concluye claramente que el papa no posee ninguna autoridad ni mandato, sino que su solo papel es el de servidor, y manifiesta: «Esto es lo que dice Cristo y lo que debéis hacer». Así Cristo también dice: «Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores, mas no así vosotros» (Lc. 22:25-26). En oposición a esto, el papa declara: «Debéis gobernar y tener poder».

Sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, recibiréis la corona incorruptible de la gloria. Esto es, recordad que debéis conduciros de tal manera que vuestra vida sea un ejemplo para los demás a fin de que sigan vuestros pasos. Pero nuestros obispos, bien sentados sobre almohadones, dicen a la gente: «¡Haced esto!», no siendo otra cosa que pillos desvergonzados. Nos imponen cargas –unas cargas de las que ellos mismos se libran (Mt. 23:4)– y no predican una sola palabra, limitándose a dar órdenes a los demás cuando ellos mismos no mueven ni un dedo. Si alguien les obligara a cumplir con su deber no tardarían en cansarse y huir del poder.

Por otra parte, san Pedro no se refiere a la posibilidad de ninguna recompensa temporal para los obispos. Es como si dijera: Vuestro deber es tan grande que aquí no puede recompensarse, pero si alimentáis de este modo el rebaño de Cristo, recibiréis una corona eterna. Esta es la exhortación de Pedro para quienes han de cuidar de las almas. Teniendo en cuenta todo esto, podéis concluir con conocimiento de causa que el papa, junto con sus obispos, es el fin-de-Cristo[57] o el anticristo, dado que no cumplen con nada de lo que recomienda aquí san Pedro. Ni enseña ni hace nada, sino lo completamente opuesto. No sólo se niega a alimentar al rebaño o dejar que se alimente, sino que él mismo es el

propio lobo que lo destroza. Sin embargo, alardea de ser el Vicario de Cristo, cuando en ausencia de éste, no es más que el diablo que se sienta y gobierna en su lugar.

Por tanto, es necesario que el pueblo sencillo comprenda éste y otros pasajes similares a fin de compararlos con el gobierno del papa. Así podrán responder diciendo: «Cristo hizo y dijo esto, pero el papa dice y enseña lo completamente opuesto. Cristo dice sí y el papa dice no. Dado que uno se opone al otro, uno de ellos debe mentir. Pero Cristo no miente, por tanto concluyo en que el papa es un embustero y además, el auténtico Anticristo». Así, bien armados con las Escrituras, no sólo podréis calificar al papa y a los obispos de anticristos, sino demostrarlo claramente, de manera que podréis jugaros la vida por ello y estar seguros de que el diablo no prevalecerá contra vosotros a la hora de vuestra muerte. El apóstol sigue:

> *5:5*
> *Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.*

Estas son las admoniciones finales de esta epístola. San Pedro desea que el orden de la cristiandad sea tal que los jóvenes obedezcan a los ancianos y se subordinen a estos de forma que siempre les obedezcan humildemente. Si hoy día subsistiera esta costumbre, no harían falta tantas leyes. Los jóvenes, dice san Pedro, deben ser gobernados según la opinión y conocimiento de los mayores que saben mejor la manera de glorificar a Dios. Sin embargo, san Pedro también cree que estos ancianos deben estar dotados con el conocimiento y la comprensión del Espíritu Santo, ya que si son unos necios y carecen de conocimiento, la consecuencia será un mal gobierno. En caso contrario, es bueno que dirijan a la juventud. Hay que tener en cuenta que aquí san Pedro no se refiere a la regla secular; habla en general acerca de que los ancianos deben gobernar a los jóvenes, sean sacerdotes o meros ancianos.

Unos a otros, revestíos de humildad. Aquí el apóstol toma otra dirección. Ha modificado su declaración y afirma que todos han de estar sujetos a otra persona. Pero si los ancianos han de ser los que gobiernen, dicha declaración no concuerda con la anterior. Quien sea proclive a explicarlo todo, os dirá que primero san Pedro habla de los ancianos, y ahora lo hace de los jóvenes. Pero nosotros dejaremos la frase como está, aceptándola en un sentido general, tal como Pablo también dice en Romanos 12:10: «En cuanto a honor, dando la preferencia los unos a los otros». Los jóvenes han de estar sujetos a los ancianos pero no hasta el punto de que estos últimos se crean dueños de los primeros, sino que tener derecho a la obediencia de alguien más joven implica poseer un conocimiento y comprensión mayores. Así, en el Antiguo Testamento, Dios suele mencionar a jóvenes que excedieron en comprensión a algunos ancianos.

Así en Lucas 14:8-10 Cristo también enseña: «Cuando seas convidado por alguno a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él y viniendo el que te convidó a ti y a él te diga: Dale este lugar a éste, y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar. Mas cuando seas convidado, ve y siéntate en el último lugar para que cuando venga el que te convidó te diga: Amigo, sube más arriba». Además, Cristo cita el versículo que comenta en muchos otros lugares: «Porque cualquiera que se enaltece, será humillado y el que se humilla, será enaltecido» (Lc. 14:11; 18:14; Mt. 23:12).

Por tanto, los jóvenes deben estar sujetos a los ancianos, sin embargo, aunque estos, en el fondo de su corazón, deben tener en cuenta que cada uno de nosotros hemos de considerarnos los más insignificantes. Si esto se hiciera así tendríamos paz y en la tierra las cosas se desarrollarían como es debido. Según palabras del apóstol, debemos ser humildes.

Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes. Esto es, Dios humilla a los que desea rendir y, por otra parte, exalta a los que se humillan. Esta frase se ha convertido en un proverbio. ¡Ojalá fuera de aplicación corriente!

5:6
Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo.

Dios desea que cada uno se halle sujeto a otro, por tanto más vale hacerlo voluntariamente y con el corazón alegre. Entonces os exaltará. En caso contrario, os veréis obligados a hacerlo de todos modos y Dios mismo os humillará.

Para que él os exalte a su tiempo. Con esta frase pareciera que Dios deseara mantener cierta distancia. Por ello el apóstol nos previene: No os equivoquéis. Olvidadlo y confiad en que contáis con la segura promesa de que se trata de la mano y de la voluntad de Dios. Por tanto, no debéis de estar pensando en el tiempo en que pasaréis en sujeción, aun cuando Dios disponga que sea largo. ¡Os exaltará!

Y sigue diciendo:

5:7
Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros.

Poseéis la promesa específica según la cual Dios no os olvida, sino que cuida de vosotros. Por tanto, olvidad vuestra ansiedad y dejadlo todo en sus manos. ¿De qué otro modo podría Dios mostrarse más afable con nosotros y podría hablarnos de forma más atractiva? Nadie se humilla y olvida sus sentimientos de buena gana. De ahí que san Pedro nos aporte el consuelo de que Dios no sólo nos contempla, sino que cuida de nosotros y piensa sin cesar en nuestros mejores intereses.

Y sigue:

5:8
Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.

Aquí san Pedro nos alerta para que mantengamos los ojos bien abiertos. Este versículo debería escribirse con letras de oro. Os muestra la naturaleza y carácter de la vida hasta el extremo de que quizá más bien desearíamos estar muertos. Nos hallamos en el reino del diablo, como si alguien llegara a un albergue y se encontrara con que todos los huéspedes son ladrones. Si no tuviera más remedio que alojarse en el establecimiento, a buen seguro que se armaría y adoptaría el mayor número de precauciones posibles y apenas dormiría. Esta es nuestra situación en la tierra, donde el Príncipe dominante es el espíritu diabólico, todos los corazones se hallan en su poder y a través de ellos logra hacer lo que le place. Bien mirado, es algo terrible. San Pedro nos alerta para que nos mantengamos vigilantes. Actúa como un siervo fiel que sabe lo que ocurre y por ello nos dice: «Sed sobrios», porque los que devoran y se atracan como cerdos, no sirven para nada. Por ello, es preciso que conservemos en todo momento el tesoro de esas palabras.

«Velad» nos dice, no sólo espiritual sino físicamente; un cuerpo perezoso que goza durmiendo y abandonándose a la gula es incapaz de resistir al diablo, teniendo en cuenta que ya resulta difícil hasta para los que conservan la fe y la espiritualidad.

Hemos de ser sobrios y velar «porque vuestro adversario, el diablo, anda alrededor vuestro como león rugiente, buscando algo que devorar». El espíritu diabólico no descansa, es astuto y malicioso, está determinado a asaltaros y conoce la estratagema adecuada para conseguirlo. Ronda alrededor como un león hambriento, ruge, quisiera devorarlo todo. Se trata de una excelente admonición por parte de san Pedro, nos describe al enemigo a fin de que podamos estar en guardia contra él. Así Pablo también dice: «No ignoramos sus maquinaciones» (2 Co. 2:11). Sin embargo el ataque no deja de tener lugar y en tal medida que, a pesar de todo, nos coge desprevenidos; así las consecuencias son la ira, las disputas, el orgullo, la lujuria y el odio hacia Dios.

Nótese que dice «el diablo anda alrededor» y no sólo cuando estáis armados, sino que os observa por delante, por detrás y por los lados buscando un flanco débil por donde atacar, muerde por aquí y, de inmediato, corre a hacerlo por otro lado. Se afana de un lado a otro y emplea toda clase de astucias y trampas para haceros caer. Y si estáis bien prote-

gidos por un flanco, os ataca por el otro y si por aquí no puede derribaros, no para en la búsqueda de otro punto propicio. Nunca cesa en su merodeo constante. Pero nosotros, que somos estúpidos, no le prestamos atención, seguimos nuestro camino sin vigilar, dejándole la vía libre.

Procuremos que todos sean conscientes de esta situación, así podrán reaccionar. El que lo ha intentado, lo sabe. Por tanto, si no hacemos caso, no somos otra cosa que un puñado de gente despreciable. En justicia, ante un caso así, denunciamos un auténtico asesinato contra la vida. De ahí que Job diga: «¿No es acaso una milicia la vida del hombre sobre la tierra y sus días como los días del jornalero?» (7:1). Uno se pregunta por qué, en este caso, nos pone Dios en esta vida tan miserable. Lo hace a fin de que la fe pueda crecer y ejercerse y queramos acabar pronto con esta vida y desear la muerte.

5:9
Al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo.

Debéis ser sobrios y vigilantes a fin de mantener alerta al cuerpo aunque no vaya a alejar al diablo, el objetivo es fortalecerlo para que le sea menos fácil caer en el pecado. La auténtica espada para luchar contra él es una fe firme y fuerte. Si mantenéis la Palabra de Dios en vuestro corazón y os afirmáis en la fe, el diablo no podrá vencer y huirá. Si sois capaces de decir: «Esto es lo que ha dicho Dios y me lo juego todo por ello» comprobaréis lo pronto que desaparece el diablo y con él desaparecen el mal, la concupiscencia, la avaricia, la desesperación y las dudas. Con todo, el diablo es astuto y no ceja en sus esfuerzos por arrancaros la espada de la mano. Si consigue que caigáis en la pereza de manera que el cuerpo pierda la forma y se incline hacia la maldad, no tardará en arrebataros la espada de las manos. Así hizo con Eva. Ella poseía la Palabra de Dios, si no la hubiera abandonado, no habría caído. Pero cuando el diablo vio la Palabra en tan baja estima, se la arrancó del corazón y ella cedió. Así el diablo venció.

Con esto, san Pedro nos da una adecuada instrucción sobre el modo de luchar contra el diablo. No requiere grandes trabajos ni andar de acá para allá, sólo mantenerse firme en la Palabra a través de la fe. Cuando se presente el diablo e intente haceros caer en la desesperación por haber pecado, apelad a la Palabra de Dios que os promete el perdón de los pecados y confiad en Él. El diablo no tardará en ceder.

San Pedro continúa:

Sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo. Es decir, no os han de sorprender los ataques del diablo pero consolaos pensando que no estáis solos, hay más. Ellos también sufren del mismo modo. Y pensad que vuestros hermanos os ayudan en la lucha.

Esta es, por tanto, la epístola en la que aprendemos la auténtica doctrina cristiana presentada magistral y adecuadamente por san Pedro con amor, fe y la cruz santa y que nos enseña la manera de luchar contra el diablo. Quien comprenda esta epístola, sin duda tendrá suficiente y no necesitará nada más, excepto que Dios hace más de lo que se requiere y enseña lo mismo en numerosos libros que, por otra parte, no aportan nada nuevo a lo dicho por san Pedro, dado que no ha olvidado nada de lo que debe saber un cristiano.

En conclusión, hace lo que debe hacer un buen predicador, tener en mente que no sólo ha de alimentar, sino cuidar del rebaño y orar por él. Acaba rogando a Dios que le otorgue la gracia y la fortaleza necesarias para conservar la Palabra.

5:10
Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca.

Este es el deseo con el cual encomienda a sus oyentes a Dios, el único dador de gracia y no en escasa proporción, sino en su totalidad, que os ha llamado a través de Cristo a la eterna gloria, no por razón de

ningún mérito por vuestra parte, sino a través de Cristo. Si le poseéis, tendréis la gloria y la salvación eternas sin ningún mérito propio. Os establecerá de modo que crezcáis, os tornéis fuertes y firmes y podáis llevar a cabo grandes cosas. Además os fortalecerá y os dará apoyo para que seáis capaces de soportar y cargar con todo.

5:11
A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

La alabanza es el sacrificio que los cristianos debemos a Dios. Para concluir, añade:

5:12
Por conducto de Silvano a quien tengo por hermano fiel, os he escrito brevemente, amonestándoos y testificando que ésta es la verdadera gracia de Dios, en la cual estáis.

Dice, aunque sé que ya habéis oído todo esto antes y que no sería necesario que os instruyera al respecto, os escribo para exhortaros tal como deben hacer los auténticos apóstoles, a fin de que no os apartéis de ello y para que podáis enseñarlo y practicarlo sin pensar que os digo nada distinto de lo que ya habéis oído.

5:13
La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros y Marcos, mi hijo, os saludan.

Esta era la forma de decir «Buenas noches» por escrito. Aquella –es decir la congregación de Babilonia– os saluda, dice. En mi opinión –aunque no estoy del todo seguro– se refiere a Roma porque se cree que

escribió esta epístola en dicha ciudad.[58] Por otra parte, hay dos Babilonias, una en Caldea y la otra en Egipto, donde actualmente se halla El Cairo. Pero en sentido espiritual, sólo Roma es llamada Babilonia. Como el apóstol ha declarado más arriba (1 P. 4:4) es la sede del «desenfreno y disolución». La palabra hebrea para «Babel» significa «confusión» (Gn. 11:19). Quizá el apóstol aplicaba la palabra de confusión a Roma a causa del desenfreno y la suma de hechos vergonzosos y de las maldades que reinaban en la ciudad y al hecho de que todas las depravaciones parecían haberse reunido en ella. En esta ciudad, dice san Pedro, se ha formado una congregación, son cristianos, os envían sus saludos. Sin embargo, me inclino por dar libertad de interpretación en lo que se refiere a este versículo dado que no se trata de un fragmento vital.

Y Marcos, mi hijo. Se dice que se refiere al evangelista Marcos al que llama su hijo espiritual, no de sangre, del mismo modo que san Pablo llama hijos a Timoteo y Tito (1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2; Ti. 1:4) y dice a los corintios que es su padre en Cristo (1 Co. 4:14; 2 Co. 6:13).

5:14
Saludaos unos a otros con ósculo de amor. Paz a todos los que estáis en Jesucristo. Amén.

En la actualidad esta costumbre ya no se practica. En el Evangelio leemos claramente que Cristo saludaba a sus discípulos con un beso (Mt. 26:49); también san Pablo menciona con frecuencia el hecho de besarse (Ro. 16:16).

Paz a todos vosotros los que estáis en Jesucristo. Amén. Esto es, a los que creen en Cristo. Con esta despedida los encomienda a Cristo. Aquí termina la primera epístola. Quiera Dios que la comprendamos y la retengamos en nuestro corazón. Amén.

Sermones sobre la Segunda Epístola de Pedro

PREFACIO

San Pedro redactó esta epístola porque percibió que la pura y auténtica doctrina de la fe no tardaría en ser adulterada, oscurecida y suprimida. Se propuso combatir dos errores resultantes de un malentendido de la doctrina de la fe. En primer lugar el que afirma el poder de las obras, pero sólo la fe consigue que una persona se torne piadosa y aceptable a los ojos de Dios y, en segundo, la opinión equivocada según la cual la fe puede darse sin el concurso de las buenas obras. Al declarar los predicadores que la fe justifica y salva sin asistencia de las obras, la gente llegó a la conclusión de que no había necesidad de ellas. No hay día que no tropecemos con lo mismo.[59] Por otra parte, si se presta demasiada atención a las obras, la fe languidece. Así, a menos que seamos excelentes predicadores, resulta muy difícil mantenerse en el justo medio.

Siempre hemos enseñado que todo debe atribuirse a la fe y que ella sola justifica y santifica a los ojos de Dios, pero, si la fe se halla presente, un resultado necesario de la misma son las buenas obras dado que no puede existir una fe ociosa sin el concurso de aquellas. Esto es lo que san Pedro enseñará en esta epístola, dirigiéndose en especial a aquellos que no hayan comprendido bien la primera carta y afirman que la fe basta y no es necesaria ninguna obra. El primer capítulo, en particular va dirigido a éstos. Enseña que los creyentes deben rendir cuentas de ellos mismos a través de las buenas obras, asegurando con ello su fe.

El segundo va dirigido contra los que hacen un hincapié exclusivo en las obras y suprimen la fe. Por tanto, el apóstol previene contra los falsos maestros que, como él afirma, destruirán por completo la fe con doctrinas humanas. Vio claramente la terrible seducción en la que caería el mundo. En realidad ya empezaba en su misma época como dice san Pablo en 2 Tesalonicenses 2:7: «Porque ya está en acción el misterio de

la iniquidad». Por ello, esta carta constituye un aviso dirigido a nosotros a fin de ayudarnos a dar evidencia de nuestra fe mediante las buenas obras, aunque sin basarla en ellas.

Capítulo uno

1:1
Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra.

Esta es la firma de quien escribe la epístola a fin de que sepamos quién es y a quién se dirige, es decir, a aquellos que han oído la Palabra de Dios y ahora poseen la fe. Hay quien puede preguntarse qué clase de fe, «en la justicia de nuestro Señor» dice el apóstol, atribuyendo la justicia únicamente a la fe como hace san Pablo en Romanos 1:17: «Porque en el Evangelio, la justicia de Dios se revela a través de la fe por la fe, porque está escrito "el justo por su fe vivirá" (Hab. 2:4)». De este modo, san Pedro desea exhortarles a armarse y no permitir que se desvíen de la doctrina que han asimilado y conocen bien.

Añadiendo las palabras «la justicia de nuestro Dios» excluye toda justicia humana porque somos justos ante Dios sólo a través de la fe. Por tanto a la fe también se la llama «justicia de Dios». Sin embargo, ante el mundo carece de validez, incluso es condenada.

1:2
Gracia y paz os sean multiplicadas en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús.

Este es el saludo comúnmente usado en el caso de una carta. Significa: En lugar de estar a mi servicio, deseo que os multipliquéis en gracia y paz y aumentéis en riqueza. Esta gracia viene del conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesucristo y significa que sólo a través de ella se posee dicho conocimiento.

En las Escrituras, los apóstoles y los profetas se refieren constantemente a este conocimiento de Dios. Así leemos en Isaías 11:9: «No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte, porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar». Así el conocimiento de Dios estallará con tanta abundancia como el agua irrumpe e inunda un país entero. De ello redundará tal paz que nadie perjudicará o injuriará a su prójimo.

Pero el hecho de que vosotros, como los turcos, los judíos y el diablo, creáis que Dios creó todas las cosas, no constituye el conocimiento de Dios. Tampoco lo es creer que Cristo nació de una virgen, sufrió, murió y resucitó. Poseéis el verdadero conocimiento de Dios cuando creéis y sabéis que Dios y Cristo son *vuestro* Dios y *vuestro* Cristo. Esto es lo que el diablo y los falsos cristianos son incapaces de creer. De ahí que el conocimiento no sea otra cosa que la auténtica fe cristiana. Cuando conocéis a Dios y a Cristo de este modo, confiáis en Él con todo vuestro corazón, en la desgracia y en la fortuna, en la vida y en la muerte. Las conciencias dominadas por el mal no poseen dicha confianza porque no saben otra cosa de Dios sino que es el Dios de san Pedro y de todos los santos del cielo, y no lo consideran *su* Dios, sino más bien un juez severo y su carcelero.

Tener a Dios es tener toda la gracia, misericordia y todo cuanto puede considerarse bueno. Tener a Cristo es tener al Salvador y Mediador que nos trajo a Dios como posesión nuestra y que adquirió para nosotros toda su misericordia. Debéis asumirlo de manera que Cristo resulte vuestro y vosotros suyos. Así se consigue el verdadero conocimiento. Una mujer soltera puede decir «este es un hombre», pero no puede afirmar que sea el suyo. Así nosotros podemos decir que es un Dios, pero no todos pueden afirmar que es nuestro Dios, porque no todos pueden confiar ni consolarse en Él. A esto las Escrituras lo llaman *facies et vultus Domini*, esto es, el rostro del Señor acerca del cual tanto tienen que decir los profetas. Quien no contempla la faz de Dios no lo conoce, sólo ve su espalda, esto es, un Dios irritado y cruel.[60]

Como podéis advertir, aquí san Pedro no se ciñe exclusivamente al tema de la fe ya que lo hizo en la primera epístola. Se propone exhortar a los creyentes a que evidencien su fe a través de las buenas obras,

porque no desea la primera sin las segundas, u obras sin fe. La fe debe ser lo primero y las obras lo segundo y derivadas de ella.

Por tanto, dice:

> *1:3*
> *Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia.*

Esta es la primera parte. Empieza con el tipo de bendiciones que hemos recibido de Dios a través de la fe, es decir, desde el momento en que le hemos conocido a través de la fe, el poder divino que nos ha sido concedido. Dicho poder pertenece a la vida y a la piedad. Es decir, cuando creemos recibimos de Dios toda clase de poder en y dentro de nosotros, de tal manera que lo que hacemos y decimos no es hecho y dicho por nosotros, sino por Dios mismo. Dios habita fuerte, poderoso y magnífico en nuestro interior aunque suframos, muramos y nos mostremos débiles ante el mundo. Por ello, no tenemos ni poder ni capacidad si no contamos con el divino poder.

Pero con esto, san Pedro no quiere dar a entender que poseamos la capacidad de crear el cielo y la tierra y llevar a cabo milagros como hace Dios. Sólo poseemos en nuestro interior el poder divino útil y necesario para nosotros. De ahí que el apóstol añada las palabras «que pertenecen a la vida y a la piedad», esto es, poseemos el poder divino con el cual hemos sido bendecidos para hacer el bien y vivir eternamente.

Mediante el conocimiento de aquel que nos llamó. Dicha gracia y divino poder no proceden de otra fuente que de este conocimiento de Dios. Si le contempláis como a un dios, también Él os contemplará como a un dios. Así, san Pablo declara en 1 Corintios 1:5-7: «Porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en todo conocimiento en la medida en que el testimonio de Cristo ha sido consolidado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don». Este es el don más grande, noble y necesario que Dios puede darnos, un

don que no cambiaríamos por nada de lo que puedan contener los cielos y la tierra. ¿Qué provecho obtendríais de poder pasar por el fuego y el agua y llevar a cabo todo tipo de milagros, si no lo poseíais? En realidad, mucha gente de la que realiza tales maravillas están condenados. Pero el milagro más grande del mundo es el poder que Dios nos dio a través del cual se eliminan nuestros pecados y la muerte, y el diablo y el infierno desaparecen y son devorados, de modo que nuestra conciencia queda inmaculada y nuestro corazón henchido de alegría y libre de temor.

Por su gloria y excelencia. ¿Cómo ocurrió que fuéramos llamados por Dios? El Señor hizo que el Evangelio saliera al mundo y que fuera proclamado; ningún hombre hizo nada por él anteriormente, ni imploró ni rogó por su aparición. Sin que nadie pensara en ello, nos ofreció una gracia tan enorme, lo presentó y lo donó más allá de toda medida, a fin de que sólo Él pudiera merecer la gloria y el honor resultantes y sólo a Él atribuyamos la capacidad y el poder de hacerlo. Por tanto, si no tuvimos nada que ver en su aparición, no tenemos por qué gloriarnos de ello como si fuéramos sus autores, sino que debemos alabarle y darle gracias por disponer del Evangelio y por su mediación obtener fuerza y poder contra el mal, la muerte y toda adversidad.

1:4

Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia.

San Pedro añade estas palabras a fin de explicar la naturaleza y el carácter de la fe. Si le reconocemos como Dios, entonces a través de la fe, tendremos la vida eterna y el poder divino con el cual vencemos a la muerte y al mal. No le vemos ni le sentimos y, sin embargo, se nos ha prometido, es nuestro, pero aún no se nos ha manifestado. Se nos revelará en el último día. A través de la fe ha empezado a manifestarse, pero no le poseemos por entero aunque contamos con la promesa de que vivi-

remos aquí con el poder divino y, más tarde, en la bendición eterna. Quien lo crea le tendrá, quien no lo crea no le tendrá y será condenado a la perdición eterna. Más adelante, Pedro explica la grandeza y la maravilla de esto. Dice:

Para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia. A través del poder de la fe, dice, participamos, nos asociamos o entramos en comunión con la divina naturaleza. Este es un versículo sin paralelo en el Nuevo y Antiguo Testamento, incluso aún cuando los impíos consideren sin importancia nuestra participación en la naturaleza divina. Podemos preguntarnos qué es la naturaleza divina, es nada menos que la verdad y la vida eternas, la justicia, la sabiduría, la paz, la alegría, la felicidad y todo bien. Quien participe en la naturaleza divina recibe todo esto, vive eternamente, posee la paz, la alegría y felicidad eternas, se torna puro, limpio y justo y abate al mal, al pecado y a la muerte. De ahí que san Pedro quiera decirnos: Del mismo modo que Dios no puede ser privado de ser la vida eterna y la eterna verdad, tampoco vosotros. Si se os hace algo a vosotros, se hace a Dios, quien se proponga oprimir a los cristianos, oprime a Dios.

Todo esto es lo que incluye el término «naturaleza divina» y san Pedro lo utiliza en este sentido. Creerlo es algo supremo y digno. Pero como ya he mencionado con todas estas instrucciones no establece una base para la fe, sino que hace hincapié en las enormes bendiciones que recibimos a través de ella. Por esta razón dice: Tendréis todo esto si vivís de tal forma que constituya evidencia de vuestra fe rehuyendo a la concupiscencia. Y continúa:

1:5
Por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud conocimiento.

Aquí les exhorta a demostrar su fe a través de las buenas obras. A través de la fe se os ha dado una bendición tan grande que en verdad

poseéis todo cuanto es divino, y os dice, a esto añadid la diligencia, no seáis perezosos, coronad vuestra fe con la virtud, es decir, dejad que vuestra fe se evidencie ante el pueblo a fin de que os vean colaboradores, diligentes, atentos y activos en la consecución de las buenas obras, evitando estar ociosos y estériles. Poseéis una buena herencia y un campo abonado, pero procurad que no crezcan en él los abrojos y las malas hierbas.

A la virtud, conocimiento. En primer lugar, comprensión o conocimiento, significa dirigir la vida externa y practicar la virtud de la fe de forma juiciosa. Hay que dominar y acostumbrar al cuerpo a que permanezca sobrio, alerta y preparado para todo cuanto es bueno, sin que por ello lo castiguemos con dureza como hacen algunos santos locos. Aunque Dios condena el pecado de la carne, no es su intención que de pasada lastiméis al cuerpo. Debéis estar alerta a la maldad y a la lascivia, pero ello no significa que debáis destruirlo o dañarlo. Debéis alimentarlo y darle todo cuanto necesite a fin de que se conserve vivo y sano.

En segundo lugar, la comprensión también significa llevar una vida agradable y actuar juiciosamente en los asuntos externos, como la dieta y cosas parecidas, no debe actuarse imprudentemente y no ofender a nadie.

1:6
Al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad.

El dominio propio no sólo se aplica al comer y beber, sino que la moderación debe regir todas las circunstancias de la vida, palabras, hechos y comportamiento. No hay que vivir de forma extravagante. Deben evitarse los excesos en el vestir y en el adorno y nadie ha de hacerse notar por su arrogancia o por su altivez. Sin embargo, aquí san Pedro evita dar ninguna regla o norma fija tal como hacen las órdenes religiosas que establecen de inmediato unas reglas deteminadas y unos mandamientos aplicables a todo. Entre los cristianos no existen las reglas, sino unas normas generales relativas al autocontrol por la sencilla razón de que las

personas no son iguales entre sí, Uno es fuerte, el otro de naturaleza débil y nadie es igual en todo a otro. Por tanto, ha de aprender a conocerse a sí mismo para que pueda hacer y comportarse de acuerdo con ello.

Al dominio propio, paciencia. Quiere decir san Pedro: Si tu vida es juiciosa y regida por la templanza, no debes suponer que vivirás sin pruebas ni persecuciones. Porque si crees y llevas una vida buena y cristiana, el mundo no te dejará tranquilo, te perseguirá y será tu enemigo. Deberás soportarlo con paciencia, que es el fruto de la fe.

A la paciencia, piedad. Esto significa que toda nuestra vida externa, en todo cuanto hacemos o sufrimos, debemos conducirnos de tal manera que sirvamos a Dios y no busquemos nuestra propia gloria y vanidad. Significa que sólo Dios es digno de alabanza y que debemos actuar de modo que sea evidente que hacemos lo que hacemos por causa de Dios.

1:7
A la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor.

El sentido de estas palabras de san Pedro es la obligación de ayudarse unos a otros como hermanos y cuidar de los demás. Nadie debe considerarse enemigo de otro, ni despreciarle, ni dañarle. También esta es una evidencia de la fe, una demostración de la piedad de la que habla el apóstol.

Y al afecto fraternal, amor. Este amor se extiende a amigos y enemigos por igual, incluso a aquellos que no actúan con nosotros ni fraternal ni amistosamente. Con estas pocas palabras, san Pedro determina la línea rectora de la vida cristiana, asimismo comunica cuáles son las obras y los frutos de la fe, es decir, el conocimiento, el autocontrol o dominio propio, la paciencia, el temor de Dios, el afecto fraternal y la afabilidad para con todo el mundo.

Y continúa:

1:8
Porque si estas cosas están en vosotros y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en orden al conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Esto es, si obráis de este modo os halláis en el recto camino y poseéis la verdadera fe junto con un activo y fructífero conocimiento de Cristo. En resumen, controlad el cuerpo y haced por vuestro prójimo lo que sabéis que Cristo ha hecho por vosotros.

1:9
Pero el que carece de estas cosas, tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados.

Quien no cuenta con los frutos de la fe, se tambalea como un ciego y vive de tal manera que ignora su condición. No posee la verdadera fe y su conocimiento de Cristo no excede a su capacidad por decir lo que escuchó. Por tanto, va tanteando en la incertidumbre como un ciego en medio del camino. Olvida que ha sido bautizado y que sus pecados han sido perdonados. Se convierte en una persona desagradecida, perezosa y descuidada, no alberga nada en su corazón y ni capta ni gusta de la gracia ni de las bendiciones.

Con esta exhortación, san Pedro nos recomienda y nos urge a creer en la validez de las obras como demostración de que realmente tenemos fe. Siempre insiste en que sólo la fe justifica, pero su existencia implica la realización de las obras.

Lo que sigue pertenece al fortalecimiento de la fe.

1:10
Por lo cual, hermanos, sed tanto más diligentes en afianzar vuestro llamamiento y vuestra elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás.

Ciertamente la elección y el eterno llamamiento de Dios son suficientemente firmes en ellos mismos y no necesitan confirmación. Asimismo, la llamada es fuerte y firme. Quien oye el Evangelio, cree en Él, es bautizado, es llamado y será salvo. Y dado que nosotros hemos sido llamados, san Pedro dice que hemos de manifestarnos celosos en confirmar esta llamada y elección en función de nosotros mismos, no de Dios solamente.

Este es un modo de hablar característico de las Escrituras, tal como Pablo dice en Efesios 2:12: «En aquel tiempo estabais sin Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y extranjeros en cuanto a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo». Aunque no hay hombre, dios o diablo, sobre el cual Dios no sea el Señor dado que todas las criaturas son suyas, san Pablo declara que quien no conoce a Dios, no le ama y no confía en Él, no tiene Dios, aunque Dios permanezca como tal en lo que concierne a sí mismo. En cuyo caso, aunque la llamada y la elección sean firmes, no lo es de forma suficiente para vosotros desde el momento en que no estáis seguros de que os pertenezcan. De ahí que Pedro desee confirmar en nosotros esta llamada con las buenas obras.

Así vemos lo que el apóstol atribuye a los frutos de la fe. Aunque se apliquen al prójimo a fin de servirle, siguen fortaleciéndola y son la causa de que cada vez se lleven a cabo más y más buenas obras. Dicho fortalecimiento es distinto del físico que disminuye y se consume si la persona hace un uso desmesurado del mismo. Al contrario, el fortalecimiento espiritual, aumenta con el uso y la aplicación y disminuye si no se utiliza. Por tanto, con la batalla de la fe, Dios condujo, dirigió y disciplinó a la cristiandad sumiéndolos en la vergüenza, la muerte y el derramamiento de sangre a fin de que pudieran ser auténticamente firmes y poderosos; cuanto más oprimidos más florecientes. Por ello, san Pedro nos recomienda no dejar la fe ociosa y sin aplicación, porque a través de la práctica se fortalece cada vez más hasta asegurarse de la llamada y de la elección de forma total y sin rastros de deficiencia.

También determina los límites concernientes a cómo tratar con la elección. Existen numerosos espíritus frívolos que no sienten la fe con profundidad. Se precipitan, atacan el tema por la cumbre y se preocupan de él por vez primera. Mediante la razón, se proponen asegurarse de la realidad de la elección a fin de estar seguros del terreno que pisan. Pero

no tardan en desistir dado lo inadecuado del método. Si vosotros queréis estar seguros, debéis adoptar el que sugiere aquí san Pedro. Si elegís otro camino, fracasaréis. Vuestra propia experiencia debería enseñároslo.[61] Si ejercéis y aplicáis correctamente la fe, finalmente la seguridad se impondrá por su propio peso y os evitará caer en el fracaso, según se evidencia de lo que sigue:

Haciendo estas cosas no caeréis jamás. Es decir, os sostendréis firmes y no caeréis en el pecado; procederéis adecuada y confiadamente y todo tendrá un buen fin. De otro modo, si os dedicáis a obrar bajo vuestro propio juicio, el diablo no tardará en arrojaros a la desesperación y en el odio a Dios.

1:11
Porque de esta manera os será otorgada amplia entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Este es el camino por el cual se entra en el reino de los cielos, por tanto nadie debe dejarse arrastrar por ninguna especie de ilusión ni de ideas sobre la fe nacidas de su corazón. Debe ser una fe viva, una fe bien ejercida y aplicada. Y sin embargo, Dios me asista, ¡cuántos no han escrito y pensado lo contrario a este texto! Afirman que un atisbo de fe en la hora de la muerte, será suficiente para salvarse.[62] Si queréis posponer los asuntos en el tiempo y esperar a adquirir la fe en aquel momento, rápida y repentinamente, habréis esperado demasiado. Observad que hasta a los fuertes les cuesta un esfuerzo llevar a cabo la tarea; sin embargo, no hay que desesperarse por ser débil porque bien puede suceder que, aun así, entren en el reino de los cielos; con todo, será difícil y arduo y costará mucho trabajo. Sin embargo, aquel cuya manera de vivir muestre una fe acompañada de buenas obras, será fortalecido, tendrá preparada una entrada resplandeciente por la que ingresará, alegre y confiado, en una vida maravillosa. Así, muere valientemente, desprecia la vida, parte con orgullo y entra derecho en el reino eterno. Si otros entran, no será de un modo tan feliz. No encontrarán la puerta abierta tan de par en par, no será resplandeciente, sino estrecha y difícil que les obligará a

luchar, por lo que preferirán una vida de debilidad antes de la mera idea de que tendrán que morir.

1:12
Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente.

Esto es precisamente lo que hemos dicho en otras ocasiones, es decir, que aunque Dios haya revelado una luz tan resplandeciente a través del Evangelio, y conozcamos perfectamente la naturaleza de la doctrina y de la vida cristianas, tal cual insisten las Escrituras, no debemos desistir de enseñarla a diario, no por la doctrina en sí, sino para tenerla siempre presente en la mente. Tal como san Pablo declara en Romanos 12:7-8, existe una doble misión en la cristiandad: «Si de servicio en servir, o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta en la exhortación». Se enseña cuando se proclama la base de la fe a los que no saben nada de ella. Pero exhortar, como dice san Pedro aquí, «hacer recordar», es predicar a los que ya saben y han oído de ella, persistir y no perderla de vista, sino esforzarse en hacer progresos. Todos vamos cargados con el saco podrido, con nuestra carne y nuestra sangre que se decantan siempre por la vía errónea y constantemente nos empujan hacia su bajo nivel, con lo que al alma le resulta fácil dormirse. Por tanto, es necesario mantenerse constantemente en el recto camino y perseverar, del mismo modo que el amo de su casa gobierna con celo a sus criados para que no vagueen, incluso cuando éstos sepan exactamente lo que deben hacer. Por tanto, si para el sostenimiento temporal es preciso mantenerse alerta, con mucha más razón tendrá que hacerse cuando se trata de materias espirituales.

1:13
Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación.

Aquí san Pedro se refiere a su cuerpo como una «tienda» en la que habita. Esta expresión es parecida a la que utiliza en su primera carta (3:7), en la que llama vasija o herramienta al cuerpo femenino. San Pablo también dice en 2 Corintios 5:1-2, 4: «Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshace, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha con manos, eterna en los cielos. Porque también gemimos en esta morada... porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con pesadumbre, etc.». De forma parecida: «Así que vivimos siempre animados y sabiendo que entretanto que habitamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor... preferimos estar ausentes del cuerpo y habitar en presencia del Señor» (vv. 6, 8). Aquí san Pablo llama al cuerpo tabernáculo donde habita el alma y designa dos estancias y dos peregrinaciones. Así san Pedro llama al cuerpo una tienda en la que el alma mora. Habla por vía de contraste y por eso no quiere hablar de una casa, sino de una cabaña o tienda como la utilizada por los pastores. El tesoro es grande, pero la caja donde se halla es pequeña.

1:14-15
Sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado.
También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas.

Aquí san Pedro, refiriéndose a sí mismo, afirma que está seguro de la vida eterna y que Dios le ha revelado con anticipación cuándo tendrá que morir. Se hizo por nosotros y por nuestra fe, porque se precisaba una gente que supieran con seguridad que eran los elegidos, los que habían de establecer las bases de la fe a fin de que fuera patente que proclamaban la Palabra de Dios y no doctrina humana ninguna. Pero antes de estar seguros, ciertamente Dios los probó y los depuró.

Dice san Pedro: Os lo recomiendo, no sólo de viva voz, sino por escrito y os lo ordenaré a través de otros mientras estoy con vida y des-

pués de mi muerte para que no lo olvidéis. Nótese cuán intensa es la preocupación del apóstol por las almas. Desafortunadamente, no sirvió de nada.

1:16-18
Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos, su majestad.
Pues cuando él recibió de Dios Padre honor y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia.
Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo.

Aquí san Pedro relata el fragmento del Evangelio de Mateo 17:1-9, en el que leemos que Jesús se llevó consigo a tres de sus discípulos, Pedro, Santiago y Juan, «y los llevó aparte a un monte alto y se transfiguró ante ellos y su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz. En esto, se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con Él... una nube luminosa los cubrió y salió de la nube una voz que decía: "Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia; a él oíd". Al oír esto, los discípulos se postraron sobre sus rostros y tuvieron enorme temor. Entonces Jesús se acercó y los tocó y dijo: "Levantaos y no temáis…" Cuando descendían del monte, Jesús les mandó diciendo: "no digáis a nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos"».

Con esto san Pedro quiere expresar: Lo que yo predico acerca de Cristo y de su venida, el Evangelio que proclamamos, no es una ficción ni lo hemos inventado. Tampoco es fruto de la pluma de hábiles escritores que conocen el arte de narrar espléndidamente (como los griegos hacían), cuyas historias son fábulas, cuentos de hadas, charla ociosa, inventada por ellos y con las que se pretenden sabios. Nosotros no es-

cuchamos a una gente semejante, ni les seguimos, esto es, no enseñamos falacias humanas, sino que poseemos la certeza de que el mensaje procede de Dios. Lo vimos con nuestros propios ojos y lo oímos con nuestros propios oídos cuando estuvimos en la montaña con Cristo y asistimos a su gloria, una gloria evidente en el resplandor de su rostro como el sol, y en la blancura nívea de sus ropas. Además, oímos la voz de la majestad Sublime diciendo: «Este es mi Hijo muy amado; a él oíd».

Todo predicador debería estar seguro de que posee y enseña la Palabra de Dios por la que apostaría su vida, dado que para nosotros no es otra cosa que una cuestión de vida. No debe albergar duda alguna. Sin embargo, ningún hombre es lo suficientemente santo como para morir por la doctrina que él mismo ha enseñado; por ello, los apóstoles necesitaron la seguridad dada por el mismo Dios de que el Evangelio era su misma Palabra. Y aquí también se enseña que el Evangelio no es más que un sermón acerca de la vida de Cristo, por tanto, no hay que escuchar ninguno más porque el Padre así lo desea, «este es mi Hijo amado», dice, «a él, oíd». Es como si dijera: «Si le oís a Él, me habéis oído a mí». Por tanto, dice san Pedro: Hemos proclamado y os hemos dado a conocer que Cristo es el Señor que gobierna sobre todas las cosas, que todo poder le pertenece a Él y que quien cree en Él, también se halla en posesión de dicho poder. No lo hemos inventado nosotros, lo hemos visto y oído a través de la revelación de Dios que nos ha ordenado oír a Cristo.

Pero ¿por qué Pedro distingue entre el poder y la venida de Cristo? Como hemos oído anteriormente, el poder de Cristo consiste en el hecho de que es el soberano de todas las cosas, que todo debe yacer a sus pies y que durará mientras dure el mundo. El reino de Cristo florecerá mientras seamos carne y sangre y vivamos en la tierra y hasta el Día del Juicio Final. Después, empezará una nueva era. Entonces Cristo devolverá el reino a Dios Padre. San Pablo también habla de ello en 1 Corintios 15:23-24: «Cristo las primicias, después los que son de Cristo en su venida. Después el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, etc.». Y dice: «Y cuando todas las cosas le estén sometidas, entonces también el Hijo mismo se someterá al que le sometió a él todas las cosas para que Dios sea todo en todos» (v. 28).

Pero ¿acaso ahora el reino no pertenece al Padre? Respuesta: san Pablo lo interpreta añadiendo las palabras: «para que Dios sea todo en todos» (v. 28), significa que Dios será todo lo que todos precisen y deban tener porque serán «participantes de la naturaleza divina» como dice san Pedro más arriba (v. 4). Por tanto, tendremos todo lo que Dios tiene y en Él poseeremos cuanto necesitamos: sabiduría, justicia, fortaleza y vida. Nosotros lo creemos. Lo captamos con los oídos y contamos con la Palabra de Dios, pero entonces la Palabra cesará, entonces nuestra alma se abrirá y gozaremos de todo cuanto ahora se encuentra allí. Por ello san Pablo y san Pedro defienden que el poder del reino de Cristo es una operación del presente, en el que Él emplea la Palabra y con la que reina a través de su humanidad sobre el diablo, el pecado, la muerte y todo lo demás manifestado en el último día. Dios gobierna sobre todos nosotros aunque no lo percibamos; Él nos ve pero nosotros no le vemos, por ello, Cristo ha de entregarle el reino a fin de que también nosotros podamos verlo. Entonces seremos hermanos de Cristo e hijos de Dios. Cristo recibió de Dios el honor y la gloria. Así lo afirma san Pedro. Cuando el Padre sujetó todas las cosas a su poder, le hizo su señor y le glorificó a través de su voz cuando dijo: «Este es mi Hijo amado en el cual tengo complacencia» (Mt. 17:5).

Con estas palabras san Pedro desea confirmar su enseñanza y su predicación a fin de que podamos conocer la fuente en la que se inspira. Él vio y oyó y fue capaz de comunicarlo a través de la predicación aunque el Espíritu Santo tuvo que acudir a fortalecerlo para que creyera firmemente, predicara y lo confesara con seguridad y confianza. Aquello pertenece al oficio ministerial, no al alma y esto último, al Espíritu Santo.

1:19

Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en un lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones.

Aquí san Pedro llega al meollo de la cuestión y desea decir: El entero propósito de mi predicación es dar seguridad a vuestra conciencia y dar fuerza a vuestro corazón de modo que no desfallezca para que todos, vosotros y yo, podamos estar seguros de poseer la Palabra de Dios. El Evangelio es algo muy serio, debe ser aceptado y conservado en toda su pureza sin adiciones de doctrinas falsas. Por esta razón san Pedro empieza a hablar en contra de las doctrinas humanas.

Nos preguntamos el motivo de que afirme: «poseemos la auténtica Palabra profética?» La respuesta es: personalmente, creo que de aquí en adelante ya no tendremos más profetas como los que se presentaron a los judíos en tiempos del Antiguo Testamento, aunque en realidad, un profeta ha de ser alguien que predique acerca de Jesucristo. Y a pesar de que los antiguos profetas citaban sucesos que ocurrirían en el futuro, en realidad fueron enviados por Dios para proclamar la venida de Cristo. Ahora, los que creen en Él, son todos profetas porque poseen la auténtica y principal cualificación que debe tener un profeta aunque no posean el don de predecir el futuro. Igual que a través de la fe, somos hermanos de nuestro Señor Jesucristo, reyes y sacerdotes, también somos profetas a través de Cristo de momento que podemos establecer todo cuanto se refiere a la salvación, a la gloria de Dios y a la vida cristiana. Además, también podemos hablar del futuro siempre y cuando sea necesario que lo conozcamos. Por ejemplo, podemos afirmar la llegada del último día y de que nos levantaremos de entre los muertos. Además, comprendemos todas las Escrituras. Pablo también habla acerca de ello en 1 Corintios 14:31: «Porque podéis profetizar todos, uno por uno».

Así dice Pedro: Poseemos la Palabra profética que es segura en ella misma, procurad que también lo sea en vosotros. «Obraréis bien para asimilarla». Es como si dijera: Será necesario que os aferréis a ella. El Evangelio obra a semejanza de cuando uno se halla en el interior de una casa, de noche y completamente a oscuras. Para poder ver, necesitará una luz hasta que amanezca. Así el Evangelio tiene que lidiar con la noche y las tinieblas creadas por el error y la ceguera humanas. Del mismo modo, el mundo es el reino de la oscuridad. En medio de la misma, Dios ha prendido una luz, es decir, el Evangelio. Con esta luz pode-

mos ver y caminar todo el tiempo que permanezcamos en la tierra hasta que llegue el amanecer y reine el día.

Este texto, por tanto, constituye un fuerte ataque contra toda doctrina humana. Si la Palabra de Dios es la luz en medio de las tinieblas, es porque en el resto reina la oscuridad, ya que si hubiera otra luz aparte de la Palabra, san Pedro no hablaría de este modo. Por tanto, no hagáis caso de la inteligencia humana que enseñe otra cosa, no importa lo impresionante y convincente que resulte. Donde no halléis la Palabra de Dios, estad seguros de que allí reina la oscuridad. No os preocupen sus declaraciones de hallarse en posesión del Espíritu Santo. ¿Cómo pueden tenerlo si se hallan desposeídos de la Palabra de Dios? Por tanto, no hacen otra cosa que llamar oscuridad a la luz y «hacen de las tinieblas luz» como dice Isaías 5:29. Es la Palabra de Dios, el Evangelio, el que nos ha redimido de la muerte, el pecado y el infierno a través de Cristo. Quien lo escuche está iluminado y veremos con la lámpara de nuestros corazones porque el Evangelio nos ilumina y nos enseña lo que debemos saber. Sin embargo, cuando falta, andamos perdidos buscando la senda que nos llevará a los cielos basados en un modo de vida y unas obras totalmente inventadas, siendo que la luz con la que contamos no nos capacita para ver en medio de las tinieblas. Por tanto, los que no aceptan la luz, están condenados a vivir en la oscuridad y en la ceguera; la luz nos enseña todo cuanto debemos saber y todo cuanto precisamos para nuestra salvación. El mundo no puede reconocerlo sólo con las herramientas del conocimiento y la razón. Por ello debemos apegarnos a la luz hasta el último día, momento en que habremos dejado de necesitar la Palabra del mismo modo que la luz artificial[63] se vuelve inútil con la llegada del día.

1:20-21

Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.

Aquí san Pedro ataca a la falsa doctrina. Desde el momento en que sabemos que estamos en posesión de la Palabra de Dios, dice, aferraos a este conocimiento y no permitáis que os desvíen los falsos doctores, aunque aleguen que también ellos poseen al Espíritu Santo. Porque «conociendo primero esto que ninguna profecía de la Escritura procede de interpretación privada». Dejaos guiar por este principio y no intentéis interpretar las Escrituras con vuestro propio conocimiento y razón.

Con estas palabras refuta e invalida la interpretación que los padres hicieron a su manera y prohíbe confiar en ella. No nos interesa que Jerónimo o Agustín u otro cualquiera de los padres nos hayan legado su propia interpretación. Pedro deja clara la prohibición: no impondréis vuestra propia interpretación. Es únicamente al Espíritu Santo a quien compete el sentido de las Escrituras. Cualquier otra cosa carece de validez. Sin embargo, si alguno de los santos padres demuestra que su interpretación se basa en las Escrituras y si éstas lo confirman, dicha interpretación es válida. En caso contrario, no debemos creerlos.

Con esto, Pedro ataca incluso a los doctores más estimables y competentes; por nuestra parte, no podemos atrevernos a escuchar a los que elaboran sus propias interpretaciones de las Escrituras ya que es evidente que de las mismas no puede derivarse ningún conocimiento acertado. Es un aspecto en el que han tropezado doctores y padres como cuando atribuyen al papa las palabras de Cristo en Mateo 16:18: «Tú eres Pedro y en esta piedra edificaré mi iglesia». Se trata de una interpretación humana y autoinventada. Por tanto, no hay que creer en ella porque no pueden probar a partir de las Escrituras que Pedro fuera llamado jamás papa. Sin embargo, podemos probar que Cristo y la fe son la Roca, tal como declara san Pedro. Esta explicación es la correcta desde el momento en que estamos seguros de no haber sido inventada por el hombre, sino extraída de la Palabra de Dios. Y lo que los profetas escribieron y proclamaron, sigue diciendo Pedro, no fue inventado por el hombre, sino por varones piadosos santos inspirados por el Espíritu Santo.

En este primer capítulo, san Pedro ha enseñado lo que son las buenas obras y a través de las cuales mostramos nuestra fe. En segundo lugar, que nada salvo la Palabra de Dios ha de enseñarse en toda la cristiandad. La razón, tal como hemos dicho, es que la Palabra debe permanecer

eternamente. Una Palabra a través de la cual las almas se salvan y vivirán eternamente. Y sigue con una admonición henchida de fe, una admonición que nos han donado Cristo, Pablo y todos los apóstoles y que nos ha de servir para prevenirnos contra los falsos predicadores. Es especialmente necesario que lo comprendamos perfectamente a fin de poseer el derecho y el poder compartido por todos los cristianos de someter a juicio toda doctrina que nos presenten y para que no tengamos necesidad de esperar a que los concilios decidan lo que hemos de creer y en base a qué hemos de seguirles.

Capítulo dos

2:1
Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina.

Esto es lo que san Pedro quiere decir: Del mismo modo que toda profecía emana del Espíritu Santo desde el principio del mundo, así debe ser hasta el fin del mismo, a fin de que nada se predique excepto la Palabra de Dios. Siempre ha ocurrido que al lado de los auténticos profetas y de la Palabra de Dios, han habido otros de falsos y así será siempre. Por ello, del mismo modo que poseéis la Palabra de Dios, también habéis de esperar su aparición y siempre que la Palabra se predique correctamente, no tardarán en surgir por todas partes. El motivo es que a pesar de predicarse bien, no todos comparten la Palabra. Hay quien la sigue, pero la mayoría, los que no creen, la comprenden mal, siendo estos los que originan la aparición de los falsos profetas. Desafortunadamente no prestamos atención al peligro aunque tantas veces nos hayan advertido. Perdimos la cabeza, caímos en el engaño según el cual el papa y sus sacerdotes y monjes no pueden equivocarse. Y los que debían detener dicho error fueron los primeros en inculcarlo en nosotros. Por tanto, no tenemos excusa si creemos en falsedades y seguimos a los falsos profetas. No es excusa el hecho de no saber más, porque fuimos advertidos con anticipación. Además, Dios nos ordenó que juzgáramos y calibráramos el mensaje de este o de aquel predicador, en caso contrario, estaremos perdidos. Así, la salvación del alma de cada uno depende del conocimiento de la naturaleza de la Palabra de Dios y de la de los falsos profetas.

Muchas de estas advertencias ya las hallamos en las Escrituras. En Hechos 20:29-30, san Pablo añade esta advertencia al final del sermón en el cual bendice a los efesios y se despide de ellos. Dice: «Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos». Cristo también lo anuncia en Mateo 24:23-24: «Entonces si alguno os dice: Mirad aquí está el Cristo, o mirad allí está, no le creáis. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas y harán grandes señales y prodigios, hasta el punto de engañar, si fuera posible, aun a los escogidos». Y nuevamente Pablo declara en 1 Timoteo 4:1-2: «Pero el Espíritu dice claramente que en los últimos tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios, que con hipocresía hablarán mentiras, etc.». Teniendo en cuenta la fuerza de estas advertencias, pareciera que tendríamos que haber sido sensatos y sin embargo, no fue así. Se ignoraron los avisos y así nos permitimos adentrarnos en el camino del error.

Veamos quiénes son los falsos profetas a los que san Pedro alude aquí. Creo que la decisión de Dios de llamar *doctores* a nuestros falsos maestros, se basó en una decisión especial con el objetivo de que percibiéramos lo que Pedro tenía en mente, porque usó las mismas palabras: *falsi doctores*, «falsos doctores», no «falsos profetas» o «falsos apóstoles» y, de este modo, también ataca a las escuelas universitarias de las que salieron y salen los predicadores, de modo que bajo el papado, no hay ciudad que no tenga maestros de esta laya. Y sin embargo, la gente cree que de estas escuelas deberían ser las fuentes de las que surja la gente destinada a enseñar. Se trata de un error espantoso y no ha sucedido cosa más horrible que los salidos de dichas escuelas. Ya san Pedro nos avisó de la aparición de esos falsos maestros. Para saber lo que hacen sigue:

Introducirán encubiertamente herejías destructoras. El apóstol les llama «herejías destructoras», o estados y órdenes, ya que quien ingresa en ellos está perdido. Lo hacen secretamente, es decir, no hablan como si el Evangelio y las Sagradas Escrituras fueran falsas –sería ponerse en su contra–, sino que conservan los términos de «Dios», Cristo, «fe», «iglesia», «bautismo», «sacramento» con los cuales proceden al

establecimiento de algo muy diferente. De ahí que haya una gran diferencia entre: «Este hombre predica contra esto» o «predica de acuerdo con esto» o cuando proclamo: «Cristo es Hijo de Dios y verdadero hombre y quien crea en Él será salvado», en cuyo caso se trata de una adecuada enseñanza perteneciente al auténtico Evangelio. Y si alguien predica: «Cristo no es ni el Hijo de Dios ni un verdadero hombre, la fe no salva», enseña lo contrario. San Pedro no se refiere a este tipo de predicación –ni nuestras escuelas superiores, ni nuestros sacerdotes o monjes lo hacen–, sino que habla de la doctrina que se introduce en el seno de la verdadera; es como si yo dijera: «Es cierto que Cristo es verdadero Dios y hombre, y que murió por nuestros pecados y que nadie que no lo crea, no se salvará. Sin embargo, nosotros deseamos establecer algo más perfecto, es decir, que hay que hacer voto de castidad, pobreza y obediencia, ayunar, fundar conventos, etc., y quien lo haga irá directamente al cielo». Al proclamar y escuchar tales afirmaciones, es decir, que nada es mejor y más bendito que la virginidad y la obediencia, que los monjes y sacerdotes se hallan a un nivel superior y más perfecto que el del hombre común, en realidad no se dice nada contra la pura doctrina cristiana. No se niega la fe, ni el bautismo ni que Cristo sea el salvador, sin embargo, se infunde secretamente algo más que desvía al pueblo del recto camino de manera que acepten otro modo de vida, se confíen en el valor de las obras y no crean de Cristo más que estas palabras: «Creemos que Cristo es el Hijo de Dios y hombre, que murió y resucitó, que salva al mundo, etc.», pero sin depositar íntegramente su confianza en Él, ya que si lo hicieran no perseverarían ni un segundo en su modo de vida.

Así también predicaron entre los laicos diciendo: «En verdad sois cristianos, pero no basta. Además, debéis llevar a cabo tales y tales obras, erigir iglesias y conventos, decir misas y hacer vigilias, etc.». Y el pueblo común cayó en ello y pensó que era cierto. De esta forma la cristiandad se dividió en casi tantas herejías como ciudades y gentes hay.

Deberían haber predicado y enseñado: «Sois ya cristianos como lo son los que viven a cien kilómetros de distancia. Todos tenéis un Cristo, un bautismo, una fe, un Espíritu, una Palabra, un Dios, por tanto, ninguna obra que nadie lleve a cabo, convertirá a nadie en cristiano». De esta forma la gente compartiría una fe común y no habría diferencia ante

Dios porque las personas serían todas iguales. Pero rompen esta unidad diciendo: «Eres cristiano pero debes llevar a cabo unas obras determinadas si quieres salvarte». Nos alejan de la fe centrándonos en las obras. Sin embargo, san Pedro –si uno desea interpretar sus palabras correctamente– no dice otra cosa que esto: que aparecerán escuelas superiores, *doctores* y sacerdotes, los cuales introducirán las órdenes y las herejías destructivas, extraviando al mundo con falsas doctrinas. Se refiere a los que creen que se salvarán en función de su posición y sus órdenes en las cuales hacen basar la fe y la confianza. Si no lo creyeran, no estarían con ellos.

Y aun negarán al Señor que los rescató. Y exclaman: «¡No negamos al Señor!», y si se les dice: «Si sois redimidos a través de Cristo y su sangre os elimina el pecado ¿qué proponéis para eliminar vuestra forma de vida?», replican: «Con la sola fe no basta, se precisa la contribución de las obras». Ello demuestra que confiesan a Cristo con sus labios pero le niegan en su corazón.

Fijaos en el poder de las palabras que usa san Pedro. Dice: «Niegan al Señor que los compró», cuando, por el contrario, deberían estar sujetos al Señor de quien son posesión y aunque crean que el Señor ha redimido al mundo con su sangre, no creen que les haya redimido a ellos y mucho menos que sea su Maestro. Añaden que dicha redención no basta y que hay que arrepentirse y eliminar los pecados con las obras. Alegan: «Si vosotros mismos redimís el pecado y lo elimináis ¿de qué sirve Cristo? No pueden haber dos Cristos dedicados a la tarea de eliminar pecados. Él debe ser y así lo quiere, el Único que los elimina. Si esto es cierto, yo no puedo hacerlo, pero si lo hago, no puedo decir ni creer que lo hace Cristo». Esto conduce a la negación de Cristo, ya que aunque le consideren como al Señor, niegan que los haya redimido. Aceptan que está sentado allá en los cielos, pero el auténtico trabajo de eliminar el pecado, se lo han atribuido a ellos mismos a través de sus obras, dejándole a Él poco más que el nombre y el título. Ambicionan para ellos, el poder, la obra y la función del mismo Cristo. Y sin embargo, Él dice: «Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y engañarán a muchos». No dicen «mi nombre es Cristo» sino «yo soy Cristo» (Mt. 24:5), arrogándose con ello la tarea que le es propia y expulsándolo del

trono para colocarse ellos. Es tan evidente que nadie puede negarlo. Por eso, san Pedro les llama sectas abominables y destructivas destinadas al infierno. De ahí que en mi opinión, escasamente uno de entre mil se salvará. Quien ambicione ser salvo debe decir: «Mi obediencia, mi castidad, etc., no me salva; mis obras no eliminan ningún pecado en mí». Y sin embargo son muchos que opinan lo contrario y permanecen en tan condenable estado.

Atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Significa que la destrucción no tardará en caer sobre ellos aun cuando pase el tiempo y parezca que Dios no les preste atención. Asimismo, no ocurrirá de forma física, discernible por los propios ojos, sino como dice en Salmos 55:23: «No llegarán a la mitad de sus días», esto es, la muerte dará cuenta de ellos antes de que ni siquiera se den cuenta, a semejanza de lo que dice Ezequías en Isaías 38:10: «Debo partir al atardecer de mis días; me envían a las puertas del Seol para el resto de mis años». Es como si dijeran: «¿Señor, llega ya la muerte?» Para los que viven carentes de fe, jamás les basta la vida; cuanto más viven , más desean vivir, cuanto más santos parecen, más terrible será la muerte que les acaezca, en especial a los poseedores de conciencias débiles y que más cruelmente se atormenten con la ejecución de las obras. El poder del hombre no puede vencer a la muerte y donde falta la fe, la conciencia se hunde en la desesperación. Así como, si la fe es fuerte, la muerte llega lentamente, sin embargo, para los incrédulos siempre llega demasiado pronto y por eso nunca cesa su ansia de vivir.

Esto es lo que san Pedro quiere decirnos: Los que establecieron estas sectas negando así a Cristo, morirán con gran renuencia e inevitablemente caerán en la desesperación porque lo único que pueden pensar es: «¿Quién sabe si Dios me mira con misericordia y perdona mis pecados?» Continuamente les atormenta la angustia del «¿Quién sabe?», «¿Quién sabe?»; la alegría nunca entra en su corazón y cuanto más tiempo permanece en esta condición, más terrorífica se aparece la muerte ante sus ojos. Ignoran que la muerte no puede conquistarse si antes no se han eliminado el pecado y la mala conciencia. De lo contrario, no tardarán en sufrir una destrucción completa y permanecerán en la muerte eterna.

2:2
Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado.

Es evidente que las cosas han sucedido exactamente como las predijo san Pedro. No hubo padre o madre que no desearan que sus hijos fueran sacerdotes, monjes o monjas. Así un loco condujo a otro; cuando la gente creyó en la desgracia y lo miserable del estado matrimonial, ignorando sus bendiciones, no pensaron más que en ayudar a sus hijos para ahorrarles semejante infelicidad. De ahí que san Pedro proclamara que el mundo se llenaría de sacerdotes, monjes y monjas y la juventud y lo más granado del mundo entrarían en un camino tan diabólico con lo que, nuevamente de acuerdo con las palabras de san Pedro, muchos se encaminarían directo a su destrucción.

Por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado. La blasfemia significa rechazo, condena, maldición como cuando se califica al estado cristiano de error y herejía. Pero cuando se predica y se demuestra que sus formas de comportarse son contrarias al Evangelio, porque desvían a la gente de la fe hacia las obras, exclaman: «¡Sois malditos! ¡Sumís al mundo en el error!» Y blasfeman aún más cuando distorsionan y niegan los mandamientos de Cristo (Mt. 5:20), cuando los menosprecian y deforman, prohibiendo lo que Cristo reconoce como libertad y ausencia de pecado y califican como tal lo contrario, además de condenar y mandar a la hoguera a los que predican contra ellos. La vía de la verdad consiste en una vida justa y una conducta libre de vergüenza e hipocresía, es decir la vía de la fe en la que todos los cristianos deben mantenerse. Sin embargo, para ellos es una vía insoportable; blasfeman y la condenan a fin de defender y proteger su propio modo de vida y sus sectas.

2:3
Y por avaricia, harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme.

Es una característica realmente propia de los falsos predicadores hablar de la avaricia sin otro fin que llenar sus panzas. Vale la pena destacar que ninguno de ellos ha ido nunca a misa ni a vigilias sólo por nada, que ningún convento ni fundación caritativa se ha construido nunca sin un objetivo de provecho y que ningún convento del mundo sirve al mundo por la gloria de Dios. Lisa y llanamente, no es más que un asunto de dinero. En cambio, cuando se predica la fe de manera debida, esta no aporta ningún dinero. Sin embargo, todas las peregrinaciones, indulgencias, conventos y fundaciones, andan siempre a la caza de ingresos a pesar de recibir más de la mitad de los bienes de este mundo para beneficio exclusivo de sacerdotes y monjes.

Pero ¿qué hacen para sacaros el dinero? «Ellos os explotarán con falsas palabras» dice Pedro. Manipulan las palabras para despojar a los demás de su dinero y diciendo: «Si dais tantos centenares de gulden a Nuestra Señora o a este o a aquel santo, haréis la mejor de las acciones, obtendréis indulgencias y el perdón de los pecados, la redención de las almas del purgatorio, etc.». Estas y similares nobles declaraciones no son más que falsas palabras elegidas con el único propósito de sacarnos el dinero de forma fraudulenta. En todo esto, es evidente el olvido de la gracia. Incluso el santo sacramento henchido de gracia, no se ha convertido más que en un negocio. A continuación veremos cómo san Pedro pone el dedo en la llaga en especial en lo que se refiere a la confección del retrato exacto de nuestra clerecía.

Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme. San Pedro nos quiere decir: No lograrán lo que se proponen indefinidamente. Cuando lo peor sigue a lo peor, juicio y condena recaerán sobre ellos. Ya está ocurriendo, no escaparán. También san Pablo dice en 2 Timoteo 3:9: «No irán más adelante; porque su insensatez será manifiesta a todos» a fin de que sean avergonzados. Ojalá Dios permita que se arrepientan y abandonen su vida malvada cuando oigan y experimenten lo que antecede. Y aun cuando hay pocos que no se dejan desviar por este modo de vida, esta en sí misma, no es otra cosa que el producto de las sectas destructivas.

Con esto san Pedro ha empezado a describirnos la vida vergonzosa e impía que seguirá a la verdadera doctrina del Evangelio predicada por los

apóstoles. Continúa y nos presenta tres ejemplos terribles: el de los ángeles, el del mundo y el de Sodoma y la forma como Dios los condenó. Dice:

> *2:4*
> *Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio.*

Con estas palabras, san Pedro atemoriza a los que llevan una vida impúdica y viciosa, tal como ocurre con los partidarios del papa. Son altivos y descarados y tratan a todo el mundo como a inferiores. Por ello san Pedro desea decirnos: Es de una presunción sin medida pretender hacer su voluntad como si Dios les ahorrara cualquier castigo sólo por ser ellos, a pesar de no haber perdonado ni siquiera a los ángeles. Es como si dijera: hasta los santos deberían aterrorizarse al ver un juicio tan severo que hasta incluye espíritus tan nobles y elevados y arrojarlos a las profundidades de las tinieblas a pesar de ser mucho más sabios e inteligentes que nosotros. No pueden escapar de las manos de Dios; son lanzados a las tinieblas exteriores tal como dice el mismo Cristo en el Evangelio (Mt. 22:13).

Sin embargo, san Pedro apunta a que los malvados aún no han recibido su castigo final, siguen con su falta de arrepentimiento y su vida malvada esperando el castigo en cualquier momento, del mismo modo que el condenado a muerte se endurece y cada vez se torna más malvado.

Este es el primer ejemplo, sigue el segundo:

> *2:5*
> *Y si no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre un mundo de los impíos.*

Otro ejemplo pavoroso. Ningún otro más duro se halla en las Escrituras. Podría desesperar incluso a los poseedores de una fe firme. Decla-

raciones como ésta relativas al juicio de Dios, si van al corazón del hombre y si éste no se halla debidamente preparado cuando la muerte se acerque, indefectiblemente el pensamiento de que de tantos sólo ocho se salvaron, le hará temblar y estremecerse. Uno se pregunta el motivo de una sentencia divina tan severa hasta el extremo de hacer perecer ahogado al mundo entero, hombre y mujer, dueño y criado, jóvenes y viejos, animales y aves. La causa fue una vida extremadamente disipada y malvada. Noé, en cambio, era un hombre piadoso y un predicador de la justicia. En el momento del Diluvio cuando Dios le ordenó construir el Arca, contaba 500 años. Tardó 100 años más en construirla, pero nunca dejó de practicar una vida piadosa. Imaginaos la cruz con la que este hombre tuvo que cargar y las angustias y problemas que tuvo que soportar cuando tuvo que testificar con palabras y hechos su naturaleza de cristiano, ya que es imposible ocultar la fe cuando se predica y observa un recto comportamiento. Quizá ya había recaído en este único hombre la misión de predicar la Palabra de Dios –no en un solo lugar, sino en muchos–, mucho antes de que Dios le ordenara construir el Arca. En consecuencia, debió soportar persecuciones amargas porque, como afirma san Pedro, fue preservado y salvado por Dios. De otro modo no hubiera tardado en perecer a manos de sus enemigos. Despertó grandes odios y envidias junto con el antagonismo de multitud de gente eminente, sabia y santa. Todos sus esfuerzos fueron en vano porque el mundo despreció la Palabra de Dios hundiéndose cada vez más en el mal hasta que tanta maldad duró tanto que Dios dijo: «No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años» (Gn. 6:3). Y: «Raeré de sobre la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia y hasta el reptil y las aves del cielo» (v. 7). Mientras construía el arca como se le había ordenado, durante los 100 años que tardó, Noé no cesó de proclamar e inculcar estas palabras a diario. Pero la gente, cada vez más terca y obstinada, no hacía otra cosa que reírse de él. El pecado por el cual Dios destruyó el mundo se menciona en Génesis 6:2 donde leemos que «Los hijos de Dios» –es decir los que descendían de los santos padres y se habían instruido en la fe y en el conocimiento de Dios– «vieron que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogien-

do entre todas, fueron gigantes» (v. 4) que, henchidos de lascivia, se comportaban según sus propios caprichos. Por ello Dios castigó al mundo y los destruyó con el Diluvio.

2:6
Y si condenó por destrucción a las ciudades de Sodoma y Gomorra reduciéndolas a ceniza y poniéndolas de ejemplo a los que habían de vivir impíamente.

Este constituye el tercer ejemplo: las cinco ciudades que fueron destruidas tal como dice el Génesis 19:24-25. El profeta Ezequiel también lo menciona hablando a la ciudad de Jerusalén en el capítulo 16:49-59: «He aquí que esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del pobre ni del desvalido. Y se llenaron de soberbia e hicieron abominación delante de mí y cuando lo vi las quité de en medio». Moisés dice que Sodoma era «como el huerto de Jehová» (Gn. 13:10), una tierra rebosante de frutos y de toda clase de productos, donde manaban vino y aceites preciosos, hasta el punto de hacer pensar que era el mismo habitáculo del Señor. Sin embargo, los habitantes eran malvados y llevaban la clase de vida vergonzosa descrita por Moisés. Nadie en particular les había enseñado a pecar, sino que nacía de la forma soberbia con que se alababan de poseer tanta comida y bebida y de su manera de ser perezosa y ociosa. Como es evidente, cuanto más rica es una ciudad, más vergonzosa es la vida que se vive en ella y donde reinan el hambre y la tristeza, los pecados disminuyen. Por ello, a los que son obra suya, Dios permite que tengan que trabajar duramente para vivir, a fin de que no caigan en la impiedad.

Estos son los terribles ejemplos con los que san Pedro amenaza a los impíos; de la forma como los describe, hemos de concluir en que, hoy día, siguen prevaleciendo las mismas condiciones, aplicándolas incluso al plano espiritual: el papa, los cardenales, los obispos, los sacerdotes, los monjes, las monjas y todos sus partidarios. Como los ángeles en el lugar de los apóstoles, la misión de éstos es predicar y proclamar la Palabra de

Dios; un *angelus* es un mensajero o embajador que trae un mensaje en forma oral; por ello las Escrituras denominan *angeli* a los predicadores, es decir, mensajeros de Dios.[64] Nuestros clérigos deberían ser tales ángeles, pero del mismo modo que aquellos cayeron por considerarse por encima de Dios deseando ser sus propios señores, así estos se conducen igual reducidos a «mensajeros», caídos también de la vista de Dios, hundidos en las tinieblas y sumidos en la condenación. San Pedro dijo arriba: «El juicio pronunciado sobre ellos hace tiempo no se tarda y su perdición no se duerme» (v. 3), aunque el castigo aún no haya caído sobre ellos.

En segundo lugar, son los antiguos que a pesar de tener a los profetas y disponer de la predicación de la Palabra de Dios, la difamaron y la injuriaron y, como escribe Moisés, tomaron las mujeres que quisieron y se convirtieron en tiranos malvados (Gn. 6:2, 4). Fijaos si todo cuanto relató Moisés no está ocurriendo hoy día. Contemplad a esos señorones que llevan una vida desordenada y oprimen al mundo con su tiranía. Ninguno tiene el coraje de impedírselo. Toman a la esposa e hija de quien quieren, independientemente de las quejas de los afectados hasta el extremo de que, en el caso de una reclamación judicial, ellos mismos son los jueces y nada puede hacerse en su contra. Justifican todo cuando adquieren mediante robo y exacción y si alguien se atreve a atacarles, replican: «Se trata de propiedad espiritual de la iglesia. Nadie la puede tocar», ridiculizando a los que predican la Palabra de Dios, les reprochan su conducta y reclaman el juicio de Dios sobre ellos. Se niegan a escucharlos y persiguen a los predicadores de la justicia, conservando avaramente su prestigio de grandes y soberanos señores; denominan «clerecía» a su clase, mientras los otros sólo quieren ser conocidos como hijos de Dios. Gobiernan despótica y arbitrariamente, por eso perecerán y serán destruidos. Sólo los otros, los que predican la Palabra de Dios, serán preservados y salvos.

En tercer lugar, la tierra donde estaban situadas Sodoma y Gomorra, era tan próspera y abundante en toda clase de productos, que las gentes vivían en la ociosidad en medio de grandes hartazgos sin preocuparse de los pobres, exactamente lo mismo que hace hoy día la clerecía. En todas partes poseen las tierras mejores, los castillos y ciudades más prósperas, las rentas más elevadas y cantidades más que suficientes para comer y engullir. No hay en la tierra gente más perezosa, viven sin cuidados ni

trabajos a expensas del sudor de los pobres. El fruto de su indolencia es sólo aparente. El papa les prohíbe casarse pero si tienen mancebas e hijos, han de pagar al obispo una cantidad por cada niño; de este modo quieren compensar sus pecados. Y no quiero hablar aquí de otros pecados secretos inmencionables.

En resumen, es evidente que san Pedro considera al estado clerical en modo alguno distinto del de Sodoma y Gomorra, gente que no benefician a nadie y cuya mano no se tiende al necesitado, sino para arrasar con todo bajo el pretexto de que es Dios quien se lo da. Por tanto, del mismo modo que los habitantes de Sodoma y Gomorra fueron reducidos a cenizas, también ellos serán destruidos el día del fin.

2:7
Y libró al justo Lot, abrumado por la nefanda conducta de los malvados.

Reinaban las mayores abominaciones hasta tal punto que no sólo predominaba la prostitución y el adulterio, sino que cometían el pecado nefando tan abierta y desvergonzadamente que incluso pretendían caer sobre los ángeles que residían en casa de Lot. Todos, jóvenes y viejos, en cada rincón de la ciudad, practicaban dicho pecado. El piadoso Lot predicaba y reprendía a diario a la gente, pero en vano. La fuerza de los malvados le sobrepasó y nada pudo contra ellos. Así ocurre hoy día, ya no hay esperanza en corregir ni remediar un modo de vida tan abominable como el instalado en este mundo y al cual todos le son tan adictos.

2:8
Porque este justo, que moraba entre ellos, afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos.

Aquí Pedro describe la cruz que aquel hombre santo tuvo que soportar al predicar al pueblo, pero logró traer a la fe a sus hijas y así Dios le

salvó junto con ellas. Pedro concluye diciendo que los impíos serán mantenidos «bajo castigo hasta el día del juicio».

> *2:9-10*
> *Sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio; y mayormente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío. Atrevidos y contumaces, no temen decir mal de las potestades superiores.*

Estas palabras delatan una gran seriedad y una considerable ira por parte del apóstol. Si Dios no perdonó al mundo nuevo y joven, con mayor razón y con mucha mayor severidad y dureza castigará al mundo al que ya se le ha revelado y predicado el Evangelio, la mayor luz que jamás se haya recibido. Así Cristo en Mateo 11:23-24 también proclama: «Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os digo que en el día del juicio, habrá más tolerancia para la tierra de Sodoma que para ti». Sin embargo, todas estas amenazas son en vano, los impíos no les prestan la menor de las atenciones.

«Los que siguiendo la carne, andan en concubinato», viven como una bestia irracional sumida en la lujuria y autoindulgencia, la misma a la que conducen las leyes del papa, de lo que se desprende que todo ha de estar al servicio de sus arbitrariedades y tiranía. Lo tergiversan y lo interpretan todo de la forma que más les conviene y a continuación declaran que la Santa Sede romana no puede equivocarse. Jamás ninguno de ellos ha predicado nada acerca de la fe ni del amor, sino únicamente sus propias invenciones.

Y desprecian el señorío. Atrevidos y contumaces, no temen decir mal de las potestades superiores.

2:11
Mientras que los ángeles, que son mayores en fuerza y en potencia, no pronuncian juicio de maldición contra ellas delante del Señor.

Llama «autoridad» a los reyes, príncipes, señores y a todo gobierno mundanal, no a los papas ni a los obispos porque desde Cristo, en el Nuevo Testamento, fueron asignados como sirvientes. Cada cristiano debe servir y honrar a otro cristiano, por ello Pedro indica que han de someterse y obedecer a los poderes seculares a fin de que la espada, instituida por mandamiento de Dios, sea temida. Y sin embargo, hacen exactamente lo opuesto, se eximen del poder secular diciendo que no han de estar sometidos a él, y no contentos con ello, someten a los poderes seculares a su poder omnímodo. Descaradamente, se hacen llamar señores por reyes y príncipes y en sus escritos, el papa se denomina a sí mismo señor de los cielos y de la tierra, poseedor de la espada secular y de la espiritual por cuya razón, todos están obligados a someterse a él.[65]

Además, san Pedro dice que «no temen injuriar a los gloriosos». De ahí que el papa no haya vacilado en excomulgar a reyes y príncipes, anatematizarlos y desposeerlos de sus bienes, causándoles la desgracia y enfrentándolos unos a otros. A los que se han opuesto a él, no ha vacilado en silenciarlos y someterlos no porque hayan faltado a la fe o al amor, sino únicamente por negarse a someterse a la autoridad de la Sede de Roma o no querer besar los pies del papa. Por tanto, el poder de los papas es mucho mayor que el de cualquier noble secular del mismo modo que el sol es superior a la luna y como el cielo lo es a la tierra, sin que por ello dejen de blasfemar y mentir. Y sin embargo, deberían ser ellos los obedientes, los que bendijeran y oraran por los nobles seculares, del mismo modo que Cristo estuvo sujeto a Pilato y pagó con dinero el tributo al emperador.[66] Deberían temblar ante el mero pensamiento de injuriar a las majestades. Además, son insolentes, insultan de forma completamente ultrajante y soberbia sin tener en cuenta que hasta los ángeles más poderosos no pueden soportar el juicio adverso del Señor. Pero no se arrepienten e injurian y maldicen el juicio del que no pueden huir. No me explico cómo pueden cargar con tanta culpa.

2:12-13
Pero éstos, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales, nacidos para presa y destrucción, perecerán en su propia perdición, recibiendo el galardón de su injusticia, ya que tienen por delicia el gozar de deleites cada día. Éstos son inmundicias y manchas, quienes aun mientras comen con vosotros, se recrean en sus errores.

Pedro les llama «animales irracionales» porque no albergan ni la más mínima chispa que refleje la presencia del espíritu y no llevan a cabo ninguna misión espiritual como debería ser su deber, sino que viven como cerdos completamente absorbidos en su forma carnal de vida. La afirmación del apóstol según la cual son «nacidos para presa y destrucción» ha de entenderse de dos maneras. En primer lugar, son gente que cazan y matan como lobos, leones, osos, gavilanes y águilas porque destrozan a sus víctimas y les arrancan todo cuanto pueden, propiedad y honor. En segundo lugar, estas palabras pueden significar que serán apresados y exterminados en el día del juicio final.

Ya que tienen por delicia el gozar de deleites cada día. La ira de Pedro es evidente. Ojalá yo tuviera el mismo coraje para denunciar a los miserables del mismo modo. Imaginan que precisan tener de todo y que es lícito dedicar la vida a todo placer y delicia. Esta idea se desprende de la misma ley eclesiástica que dice que quien toca sus propiedades o sus estómagos, es un sicario del diablo. Ellos mismos no pueden negar que todo su régimen va dirigido a asegurarles días de indolencia y ocio y todo de todos los lujos. Se niegan a llevar la carga del esfuerzo y del trabajo, al contrario, son los demás los que les han de facilitar todo cuanto necesiten mientras fingen que han de ir a la iglesia y orar. Dios ordenó al hombre ganarse el pan con el sudor de su frente e impuso la desgracia y el dolor a la especie humana. Y sin embargo, estos miserables se limitan a ocultar las caras bajo la capucha sentados en cómodos cojines. Es suma ceguera por su parte negarse al arrepentimiento y considerar adecuada la vida desgraciada que practican.

Son inmundicia y manchas. Están convencidos de que adornan la cristiandad como el sol y la luna adornan el firmamento y que constituyen el más noble y mejor de los tesoros, como el oro y las piedras preciosas. Pero san Pedro les llama «inmundicia y manchas». El auténtico cristiano rige su vida por la fe, considera a todo el mundo a través del prisma del amor y carga con la cruz santa. Este es el verdadero aspecto, adorno, tesoro y honor de la Iglesia cristiana. Esta gente, en cambio, han substituido la cruz por una vida de sensualidad y licencia. En lugar del amor al prójimo, sólo buscan su propia complacencia, se apoderan de todo y no dejan nada que beneficie a nadie y, mucho peor, son totalmente ignorantes de la fe, por tanto es lógico que no sean otra cosa que «inmundicias y manchas». A causa de ellos la cristiandad sufre ataques y burlas. En mi opinión, todo esto justifica el rechazo a estos señores espirituales.

Quienes aun mientras comen con vosotros, se recrean en sus errores. Todo cuanto nace del amor cristiano, en primer lugar el mantenimiento de un tesoro común a fin de que las viudas, los huérfanos y otra pobre gente no tenga que sufrir o mendigar, todo ello lo han acaparado las organizaciones eclesiásticas y los conventos y con ello nuestros clérigos llenan sus panzas, viven en el más grande de los lujos, derrochándolo todo en placeres. Y encima, se atreven a decir que es su derecho legítimo y que nadie puede reprocharles nada por ello. El Espíritu Santo no puede tolerar un estado de cosas donde el sirviente de la iglesia vive una vida de lujos a expensas del trabajo de otros porque, en cualquier caso, tal esfuerzo es imposible y extremadamente gravoso para un artesano o un hombre común casado y con hijos.

2:14
Tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar, seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón habituado a la codicia, y son hijos de maldición.

Esta es la consecuencia inevitable para cualquiera cuya única ocupación sea engullir y haraganear. Pero ¿por qué san Pedro no dice clara-

mente que son adúlteros en lugar de «tienen los ojos llenos de adulterio»? Porque indica que piensan en ello a todas horas, incapaces de saciarse y dominar su bellaquería. Por eso, viven en festines y lujuria constantes. Y más, su intención es continuar libremente, con impunidad y sin impedimentos, este estilo de vida. Así dice lo que sigue:

No se sacian de pecar. El papa ha prohibido que ningún príncipe o autoridad gubernamental pueda castigar a ningún clérigo y si no es obedecido los excomulga.[67] En este caso la autoridad se delega en los obispos. Pero el hecho de mantenerse a salvo de la espada y del castigo del poder secular, no hace sino aumentar la lenidad de semejantes bandidos que no tienen el coraje de reconocer su maldad y, como el pueblo anterior al diluvio, viven hundidos en el fango de sus placeres.

Seducen a las almas inconstantes. Enmascarando su vida miserable bajo una apariencia de gran santidad, por ejemplo diciendo misa, orando, cantando, etc., engañan y atraen a almas frívolas sin fe pero ansiosas de entrar en la iglesia y gozar de todos sus privilegios al contemplar semejante vida de comodidades y abundancia y, por encima, tener garantizado el cielo. En verdad, no se trata de otra cosa que de llenar la panza de nuestros sacos perezosos.

Tienen el corazón habituado a la codicia. Entre la clerecía, este vicio es tan monumental y evidente que incluso ha despertado las quejas del hombre común. El apóstol no dice que son codiciosos, sino que «tienen el corazón habituado a la codicia», evidente en las innumerables y astutas estratagemas que han inventado con el fin de apropiarse de las propiedades de los demás. Todo cuanto esta gente hace y practica es el espejo de la codicia más pura y simple: todo debe ser lucrativo. La suma de todas ellas evidencia hasta qué punto se hallan bien preparados en todas las maneras de esquilmar al pueblo.

Y son hijos de maldición. Esta es una forma hebrea de decir que son gente condenada maldecida por Dios, que no poseen ni felicidad ni salvación y que empeoran de día en día, cargando con toda la ira y el juicio terrible de Dios. Una manifestación tan espantosa debería inducirlos a correr y huir de semejante estado, de un título tan temible, porque cuando la sublime majestad rechaza, maldice y condena de este modo ¿quién es capaz de resistirlo?

2:15
Han dejado el camino recto, y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad.

Deberían haber enseñado el camino recto, cómo unirse a Cristo y llegar a Dios a través de la fe y del amor al prójimo, cargar con la cruz santa y sufrir todo cuanto nos acontezca por ello. Sin embargo, toda su predicación se limita a decir: «¡Corred aquí y allá! ¡Sed monjes, sed sacerdotes! ¡Dotad a las iglesias, encargad misas!» De este modo apartan a la gente de la fe y la dirigen hacia unas obras que no benefician para nada al prójimo.

Siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad.

2:16
Y fue reprendido por su iniquidad; pues una muda bestia de carga, hablando con voz de hombre, refrenó la locura del profeta.

Aquí introduce una ilustración procedente de Números 22, 23 y 24. Cuando los hijos de Israel salieron de Egipto y entraron en la tierra de los moabitas, el rey Balac envió mensajeros a un profeta sirio llamado Balaam y le pidió que acudiera a lanzar una maldición sobre el pueblo judío a fin de debilitarlos y poder vencerlos. Pero Dios se apareció a Balaam y le prohibió hacerlo, por lo que el profeta se negó a acompañar a los mensajeros. El rey volvió a enviarle otros y le prometió una gran recompensa; Dios le permitió acudir al llamamiento del rey pero le prohibió decir nada que no fuera lo que le encargaba.

Balaam puso la albarda a una burra. Pero el ángel de Dios se le apareció en medio del camino «con una espada desnuda en su mano»; la burra lo vio y «se apartó del camino». Entonces Balaam la azotó para enderezarla, pero el ángel se había colocado en una angostura del camino donde la burra no podía moverse hacia ningún lado. El animal se

apretó contra la pared, hirió el pie del profeta y se cayó de rodillas debajo de Balaam. Éste, airado, se enojó y le azotó con un palo. Entonces Dios abrió la boca de la burra que habló con voz de hombre diciendo: «¿Qué te he hecho que me has azotado estas tres veces?», y Balaam dijo: «¡Ojalá tuviera espada en mano, que ahora te mataría!» La burra respondió: «¿No soy yo tu asna? Sobre mí has cabalgado desde que tú me tienes hasta este día; ¿he acostumbrado a hacerlo yo así contigo?» Entonces se abrieron los ojos del profeta y vio al ángel blandiendo la espada. Se aterrorizó y quiso retroceder. El ángel dijo a Balaam lo que debía hacer y le ordenó no decir nada más que lo que le encargaba.

Cuando el profeta llegó ante el rey, éste lo condujo a la cima de una montaña desde donde se veía al pueblo de Israel. El profeta ordenó la construcción de siete altares junto con las víctimas para ser ofrecidas en cada uno y preguntó al Señor lo que debía decir. Dios puso las palabras en su boca de modo que Balaam empezó a bendecir y a alabar al pueblo de Israel con hermosas palabras y así hizo tres veces. Pero el rey se irritó y dijo: «Te he traído para que maldigas a mis enemigos y he aquí que has proferido bendiciones». Balaam replicó: «¿No te dije previamente que aunque me dieras tu casa llena de oro y plata, no podría decir otra cosa que lo que Jehová ponga en mi boca?»

Pero más tarde, dado que no podía maldecirlos ni persuadirlos por la fuerza a pecar contra Dios, el profeta aconsejó al rey cómo debía hacer para reducir a aquel pueblo. Siguiendo sus consejos, el rey erigió un ídolo llamado Baal-peor y con el concurso de las mujeres de los moabitas y las hijas de los señores y príncipes, invitarán al pueblo a sacrificar a sus ídolos; y cuando el pueblo acudió, adoraron al ídolo, comieron, bebieron y fornicaron con las mujeres. Entonces Dios se encolerizó y dio órdenes a los jefes que colgaran a los culpables de manera que en un solo día perecieron veinticuatro mil. El profeta Balaam hizo todo aquello por dinero.

Pedro lo menciona para indicarnos que los clérigos actuales son realmente hijos y discípulos de Balaam. Del mismo modo que éste aconsejó al rey para que erigiera un ídolo a fin de que los hijos de Israel pecaran, de lo que se desprendió la ira de Dios y la mortandad posterior, así nuestros obispos también han erigido un ídolo en nombre de Dios, es decir, su doctrina humana y sus propias obras. Abandonan la fe y arrastran a

las almas cristianas embelesándolas, con lo que provocan la ira de Dios que castiga al mundo con la ceguera y la impiedad. En base a esta lección, pensemos en nuestros malvados guías espirituales.

Por tanto, Pedro compara a los falsos predicadores con el profeta Balaam, porque como éste, instauran la idolatría y destruyen las almas. Por otra parte, el significado de su nombre lo manifiesta: en hebreo Bilean o Balaam denota aquel que devora o que se lanza a la bebida, o uno que abre las fauces y devora o lo consume todo. Balaam se quedó con este desgraciado nombre por inducir a tanta gente a pecar y a consecuencia de lo cual fueron exterminados. Nuestros obispos y clérigos son auténticos balaamitas, fauces del diablo que ensartan y devoran innumerables almas. El sobrenombre del profeta era *filius Bosor* que significa «carne» o, como dice Moisés, *filius Beor*, es decir «de un loco». Como ellos, éstos también son gente ciega, loca y necia. Son gente que necesita ser gobernada. La carne origina semejantes personas, pero las nacidas del espíritu son muy distintas. Así en las Escrituras, Dios les da su verdadero nombre y les detalla de esta forma para que podamos saber cómo calificarlos.

La bestia de carga, la burra, es la personificación de la gente que permite que la dirijan y la arrastren ciegamente. Lo mismo que el asno fue acorralado y golpeado en el sendero estrecho sin poder evadirse ni evitar más al ángel hasta caer derribado, así los seductores arrastran a la gente. Éstos encontraron la presión insoportable y advirtieron que el tratamiento que recibían no era justo; en consecuencia, trataron de evadirse, pero la fuerza que les oprimía era demasiado poderosa. Finalmente, Dios abrió sus bocas y puso sus palabras en ellas a fin de que incluso los niños los entendieran. De esta forma se evidenció su necedad y fueron avergonzados. Así hay que enfrentarse a los que afirman que los laicos no pueden leer ni comentar las Escrituras, sino que hay que limitarse a escuchar lo que dictaminan los concilios. En cuyo caso, podéis responderles: «¿No habló Dios por boca de una burra? Contentaos con que admitamos que en el pasado predicasteis la Palabra de Dios, pero ahora que no sois más que una banda de necios caídos en las garras de la codicia, no os puede sorprender que Dios despierte al pueblo común y empiece a proclamar la verdad que fue derribada por voso-

tros como la bestia cuya carga es excesiva». Después de esta comparación con el profeta Balaam, san Pedro continúa con el tema de los falsos profetas.

2:17
Éstos son fuentes sin agua, y nubes empujadas por la tormenta; para las cuales la más densa oscuridad está reservada para siempre.

Se trata de una comparación de Salomón en Proverbios 25:14 donde dice: «Como nubes y vientos sin lluvia, así es el hombre que se jacta de falsa liberalidad». Y Pedro dice aquí: «Éstos son fuentes sin agua y brumas empujadas por la tormenta», es decir, provocan un gran ruido y muy pocas nueces. Son como fuentes secas, desfiguradas, sin agua, aunque posean la reputación de fuentes auténticas. A estas fuentes las Escrituras les llama manantial de maestros[68] porque de ellos mana la doctrina salvífica a través de la cual las almas se refrescan. Pero ellos son ungidos y ¿qué hacen? Nada en absoluto. Ostentan sólo el nombre y les llaman pastores cuando no son más que lobos.

Por tanto, «deben ser empujados por la tormenta». No son como las nubes negras, espesas e hinchadas que suelen traer la lluvia, sino como las sutiles y delgadas que flotan en el aire y son llevadas a placer por la fuerza del viento. Son nubes incapaces de traer lluvia. Así nuestros maestros, como las nubes, flotan en lo alto, altivos, sobre la cristiandad conducidos por el viento del diablo a punto de seguir las órdenes de éste. No predican la Palabra de Dios tal como lo hacen los auténticos maestros y predicadores llamados nubes por las Escrituras, en Isaías 5:6 por ejemplo, en las cuales todo cuanto abastece de agua simboliza a los maestros.

Para los cuales la más densa oscuridad está reservada para siempre. Ahora viven bien y tienen todo cuanto desean, pero aunque no lo crean ni lo sientas, les espera la oscuridad eterna.

2:18
Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error.

Quizá preguntéis cómo es posible que sean manantiales sin agua y nubes sin lluvia cuando llenan el mundo entero con su predicación. San Pedro responde: Desafortunadamente, llueven y predican demasiado. Lo que dicen no son más que palabras vanas, hinchadas y hueras con las que llenan los oídos de la pobre multitud, de manera que crean que es algo precioso aunque no tengan nada detrás de las mismas. Así, los monjes presumen de su obediencia, pobreza y castidad con palabras altisonantes de modo que uno llega a pensar que son personajes santos aunque en realidad no representan otra cosa que un fraude despojado de cualquier vestigio de fe o amor. Lo mismo rige para su afirmación según la cual el episcopal es un estado perfecto[69] aunque los obispos no hagan otra cosa que presumir, montar en hermosos caballos y, algunas veces, consagrar iglesias y altares y bautizar barrigas. La entera ley eclesiástica papal rebosa de estas vanidosas y hueras sentencias.

Seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error. Esto es lo que hacen estos manantiales y predicadores. En consecuencia, los que apenas acaban de escapar caen en las burlas de los sinvergüenzas y se enredan cada vez más en la concupiscencia. Cuando un niño, que al ser bautizado ha escapado de los pecados y del mal y salido de Adán para llegar a Cristo, empieza a razonar no tarda en ser atrapado por el error. Hay que enseñar la fe, el amor y la cruz santa. Pero nuestros clérigos no hacen otra cosa que alardear de sus obras y por esta causa, la gente cae en el error, incluso aunque previamente hubieran escapado. Y ello tiene lugar por dejarse atrapar por las licenciosas pasiones de la carne. La trampa mayor que éstas tienden en lo que se refiere a los sacerdotes, monjes y monjas, es la prohibición de contraer matrimonio y la de llevar una vida de castidad, con lo cual sólo se favorece la concupiscencia. En consecuencia, los desgraciados perecen en las garras de la diabólica lascivia sin esperanza de ayuda.

2:19
Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció.

Establecen estados a través de los cuales hay que ganar la salvación. Así, Tomás, el monje dominico, escribió con toda desvergüenza que cuando uno entra en una orden, es como si viniera directamente del bautismo.[70] Les prometen la libertad y la remisión de los pecados por gracia de las propias obras. Hay que oír semejante blasfemia. Igualan sus sueños y fantasías humanas carentes de fe, con la fe y el bautismo instituido por Dios y que es realmente su obra. Ante esto ¿quién puede permanecer en silencio? Semejantes declaraciones han sido propagadas por los monjes a modo de maestros, unos maestros declarados posteriormente santos, y enseñadas a los jóvenes. Por el contrario, los verdaderos santos han sido condenados a la hoguera, convertidos en cenizas.

2:20
Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero.

Aquí san Pedro demuestra la causa por la que se convierten en servidores de la perdición. «El conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo» significa conocer lo que Él es, es decir, nuestro Salvador, que de pura gracia nos perdona nuestros pecados. A través de este conocimiento escapamos de la maldad y de la profanación del mundo, pero si escapan del bautismo, recaen nuevamente en aquella, abandonan la fe y vuelven a sus propios actos. Donde no hay fe, no hay espíritu y donde no existe éste, sólo hay carne. Por tanto, en ella no puede habitar nada que sea puro. Esto es lo que le sucedió a la cristiandad. Primero, Roma oyó el Evangelio en toda su pureza, pero más tarde se apartaron de él y se

aferraron a las obras hasta que todo se convirtió en abominación. Por tanto «su postrer estado viene a ser peor que el primero». El resultado es que ahora son peores paganos de lo que nunca fueron antes de haber oído la Palabra de Dios.

> *2:21-22*
> *Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno.*

San Pedro tomó este fragmento de los Proverbios 26:11 donde leemos: «Como perro que vuelve a su vómito, así es el necio que repite su necedad». A través del bautismo, esta gente abandonaron la incredulidad, lavaron su sucia forma de vida y entraron en la pura vivencia de la fe y del amor. Ahora recaen en la impiedad y en sus propias obras y nuevamente se ensucian revolcándose en el cieno. Por tanto este versículo no puede aplicarse a las obras porque pocas se llevan a cabo si después de la confesión se les dice y ordena: «De aquí en adelante debes ser casto, paciente, gentil, etc.». Pero si en verdad queréis ser piadosos, pedid a Dios la fe auténtica para lo cual deberéis empezar por no desear la impiedad. Cuando recibáis la fe, las buenas obras acudirán automáticamente y llevaréis una vida pura y casta. De otro modo, no podréis preservaros bajo ningún otro medio. Y aunque seáis capaces de ocultar la maldad de vuestro corazón durante un tiempo, llegará un momento en que fatalmente se revelará.

Este es el segundo capítulo de esta epístola. En ella el apóstol ha predicho que nuestros maestros nos decepcionarían intensamente. No podemos decir que no hemos sido sobradamente avisados. Pero no le prestamos ninguna atención, por tanto, es culpa nuestra si no nos hemos aferrado al Evangelio y merecido la ira de Dios a causa de nuestro modo de vida. Como norma, hemos de sentirnos muy satisfechos de oír cómo

se censura y ataca al papa, sacerdotes y monjes. Y sin embargo, nadie se propone reformarse. Casi es cosa de risa. Se trata de algo tan serio que el corazón ha de temblar y afligirse y dirigirse a Dios con todas sus fuerzas para pedirle que aparte su ira de nosotros. Algo tan temible no llegó por casualidad, nos fue infligido por Dios como castigo, tal como dice san Pablo en 2 Tesalonicenses 2:10-11: «Por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto, Dios les envía un espíritu engañoso para que crean la mentira, etc.». Porque si el castigo se dirige únicamente a la destrucción de los falsos maestros, sería poco comparado con el hecho de que son dirigentes y arrastran con ellos a la gente al infierno. Por tanto, el único remedio para tanto mal, es atacar la materia de forma humilde y temerosa de Dios, confesar nuestra culpa, y orar a Dios para que aparte el castigo de nosotros. Con esta oración asaltamos a los falsos maestros, de otro modo no se puede vencer al mal.

Y continúa:

Capítulo tres

3:1-2

Amados, ésta es la segunda carta que os escribo, y en ambas despierto con exhortación vuestro limpio entendimiento, para que tengáis memoria de las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles.

En esta epístola, san Pedro nuevamente nos avisa y nos previene acerca de la necesidad de estar preparados en todo momento para el advenimiento del Último Día. En primer lugar, afirma que no la ha escrito con el propósito de establecer la base de la fe. Ya lo ha hecho anteriormente. Su objetivo es despertar al pueblo, recordarles y encomendarles a no abandonar la fe, mientras comprenden y mantienen en mente lo que es una verdadera vida cristiana. Como tantas veces hemos dicho, la tarea de los predicadores no se limita sólo a la predicación, sino que deben exhortar e impulsar. Dado que nuestra carne y nuestra sangre nunca nos abandonan, hemos de conservar alerta la Palabra de Dios, a menos que demos ocasión a la carne en lugar de luchar contra ella.

3:3-4

Sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación.

La gente sigue siendo engañada con un libro que habla del Anticristo según el cual antes del último día, reinará un error semejante que se negará la existencia de Dios y se ridiculizará todo cuanto se predique de Cristo y del último día.[71] Es cierto independientemente de su origen, pero ha de entenderse en que será todo el mundo quien lo dirá y oirá, por lo menos la mayoría. De hecho ya es evidente hoy día y ganará crédito a medida que el Evangelio se vaya extendiendo entre la gente. La gente se movilizará y muchos corazones, ahora ocultos y en silencio, se dejarán oír. Por otra parte, siempre ha habido muchos que nunca han creído en el Juicio Final.

San Pedro nos alerta contra estos incrédulos burlones y predice con anticipación su venida, y su vida arriesgada, entregada sólo a los placeres. Por cierto que en Italia y en Roma ya hace tiempo que impera esta situación, por lo que los que vuelven de allí no traen consigo más que amargura y desilusión. Por tanto, tal como en Italia y en Roma se ha enseñado esto por mucho tiempo, la gente de fuera también debe enseñarla. Más aún, ya que se acerca el último día, tales gentes tienen que manifestarse para que se cumplan las palabras de Cristo en Mateo 24:37-39: «Mas como en los días de Noé así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio, estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en matrimonio, hasta el día en que Noé entró en el arca y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre».

Asimismo: «El Hijo del Hombre vendrá a la hora en que no penséis» (v. 44). También en Lucas 21:34-35: «Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra»; y en Lucas 17:24 también leemos: «Porque como el relámpago que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro, así también será el Hijo del Hombre en su día». Esto es, aparecerá rápida e inesperadamente, mientras el mundo que se hallará viviendo en la mayor de las satisfacciones, será iluminado por nosotros con la Palabra de Dios.

Por tanto, el día en que la gente viva como le plazca, siga sólo sus pasiones y cuando todos se pregunten: «¿Dónde está la promesa de su llegada?», aquel será el presagio de que se acerca el Último Día. El mundo hace mucho que existe y ha seguido existiendo pero ¿acabará

algún día? San Pedro nos avisa, nos quita la preocupación y nos brinda un signo de que ese día pronto llegará.

3:5-6
Éstos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua.

Afirma que hay gente que no se toma la molestia de leer las Escrituras y deliberadamente se niegan a considerar y admitir que hace mucho tiempo sucedió lo mismo. Cuando Noé construyó el arca, y la tierra «surgida del agua y asentada en medio de las aguas» fue destruida por el líquido elemento, la gente vivía tan confiada y segura que no pensaron que hubiera ninguna urgencia. Es como si dijera: Si en aquel tiempo Dios destruyó el mundo por el agua y demostró con este ejemplo que era capaz de hundirlo, cuánto más puede hacerlo hoy ¡dado que lo ha prometido!

Aquí san Pedro habla sagazmente de la creación. En tiempos pasados, los cielos y la tierra eran firmes, fueron formados del agua y existían en el agua a través de la palabra de Dios. Los cielos y la tierra tienen un principio, su existencia no es eterna. Los cielos están formados de agua y había agua encima y debajo; la tierra se formó en ella y en ella existía, tal como Moisés lo describe, según cita san Pedro. Todo se preserva a través de la palabra de Dios porque fue a través de ella que se formó. La naturaleza del cielo y de la tierra no es la de su existencia actual, por ello, Dios, al no querer conservarla, todo cayó y se hundió, pereciendo en las aguas. Dios habló poderosamente cuando dijo: «Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar y descúbrase lo seco» (Gn. 1:9), esto es, las aguas tuvieron que apartarse y hacerse a un lado a fin de que la tierra pudiera emerger, de otro modo, el agua inundaría la tierra. Este es uno de los mayores milagros de Dios que aún subsiste.

San Pedro añade que los que se burlan son tan destructivos y encallecidos que se niegan a honrar al Espíritu Santo al leer que Dios preserva la tierra en el agua, porque en ese caso, tendrían que reconocer que todo descansa en las manos de Dios. En consecuencia, si Dios sumergió una vez la tierra en las aguas, puede hacerlo de nuevo. Este ejemplo ha de servir para persuadirnos dado que si no mintió entonces, no va a hacerlo ahora.

3:7
Pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.

En aquel tiempo, cuando Dios destruyó el mundo con el Diluvio, el agua venía de abajo arriba, de arriba abajo y de todos los lados. Nada se veía sino el agua, y la tierra, de conformidad con su naturaleza, tenía que sumergirse en el agua. Pero Dios prometió que jamás volvería a destruir el mundo por el agua y como señal de su promesa colocó el arco iris en el cielo. Sin embargo, puede destruirlo por el fuego y, como en el caso del agua, no habrá otra cosa que fuego. San Pablo también habla de ello en 2 Tesalonicenses 1:7 y ss.: «Cuando sea revelado el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, etc.». Y de forma parecida en 1 Corintios 3:13: «La obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada». Así, cuando el Último Día estalle repentinamente, de súbito no habrá nada más que fuego, todo, en los cielos y en la tierra, será reducido a cenizas. El fuego lo cambiará todo igual que el agua lo cambió en tiempos del Diluvio. Y del mismo modo que Dios manifestó su promesa por medio de una señal, el fuego será la señal de que no miente.

3:8-10
Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años y mil años como un día.

El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente con nosotros, no queriendo que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.
Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.

Con estas palabras, san Pedro se enfrenta a los que acaba de hablar y que dicen: «Los apóstoles afirman repetidamente que el Último Día se acerca, sin embargo, todo sigue igual aunque ha pasado mucho tiempo desde entonces». San Pedro toma este versículo de Salmos 90:4 donde dice Moisés: «Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer que pasó». Hay que considerarlo como sigue: hay dos maneras de considerar las cosas: la de Dios y la del mundo. Del mismo modo, esta vida y la futura son dos distintas. La primera no puede ser la misma que la segunda dado que a ésta no puede llegarse si no es a través de la muerte, esto es, a través del cese de la vida. Esta vida consiste en comer, beber, dormir, digerir, dar a luz hijos, etc. En ella todo se desarrolla por medio de números en sucesión: horas, días, años, pero al considerar la naturaleza de la vida futura, hay que borrar de la mente todo cuanto se refiera a ésta. No os atreváis a pensar que en ella podréis medir como se mide en ésta, ni que habrá una hora, un día, un momento.

Para Dios no existe el tiempo, ante Él mil años pueden ser un día. Por tanto, Adán, el primer hombre, puede hallarse tan cerca de Él como el último en el día del Juicio Final. Para Dios, el tiempo no es longitudinal, lo mira transversalmente como si mirarais un gran árbol tumbado ante vosotros pudiendo ver ambos extremos a la vez , cosa imposible cuando se mira en sentido longitudinal. Sin embargo, esta última forma es la natural para nuestra razón. Comenzando en Adán, hemos de contar los años uno tras otro hasta el último. Pero a los ojos de Dios todo transcurre en un instante; lo que es largo para nosotros, es corto para Él y viceversa. No existen la medida ni el número. El hombre muere, es enterrado y su cuerpo se pudre, yace en tierra sin saber nada. Pero cuanto el

primer hombre se levante el día del Juicio Final pensará que ha estado yaciendo poco menos que una hora, mirará a su alrededor y descubrirá que mucha gente ha nacido antes que él y que otros llegaron después que él. De todo ello no sabía nada. Y sin embargo, san Pedro declara aquí que el Señor no es lento en sus promesas como piensan algunos de los que se mofan sino que Él tiene paciencia. Por tanto, debéis estar preparados para el Último Día que vendrá tan pronto que los que hayan muerto dirán: «¡Caramba, pero si sólo hace un momento que morí!»; también para el mundo, ese día vendrá con excesiva rapidez. Cuando la gente se diga: «Hay paz y todos estamos bien», el Día irrumpirá y les caerá encima, tal como dice san Pablo en 1 Tesalonicenses 5:3. El Día estallará como el mayor de los truenos en medio de tal explosión que todo quedará consumido en un instante.

3:11-12
Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán!

Dado que ya sabéis que todo desaparecerá, cielos y tierra, considerad cuán completamente deberéis estar preparados y cuán santa y buena ha de ser vuestra vida a la hora de enfrentaros a ese Día. San Pedro nos dice que es inminente a fin de que podamos prepararnos con alegría y esperanza, esperándolo con ansia porque nos librará del pecado, de la muerte y del infierno.

En el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán.

3:13
Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.

A través de los profetas, Dios prometió una y otra vez que crearía nuevos cielos y nueva tierra. Así dice en Isaías 65:17: «Porque he aquí que yo crearé unos nuevos cielos y una nueva tierra» en la cual seremos felices y saltaremos de alegría. De forma parecida, en Isaías 30:26 leemos: «Y la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol siete veces mayor, como la luz de siete días». Y en Mateo 13:43 dice Cristo: «Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre». Ignoramos la forma en que todo esto tendrá lugar excepto que está prometido y que será el tipo de cielos y tierra en los cuales no habrá pecado, sino sólo justicia y que los hijos de Dios habitarán en ella, tal como san Pablo dice en Romanos según lo cual no habrá nada más que amor, ninguna otra cosa que alegría y gozo y únicamente el reino de Dios (Ro. 8:21).

Ante estas afirmaciones, cabe preguntarse si los justos habitarán en los cielos o en la tierra. El texto da la impresión de que será en la tierra dado que ésta y los cielos constituirán un nuevo Paraíso en el cual reside Dios, puesto que Él no habita en los cielos o en la tierra, sino en todas partes. Por tanto, los elegidos estarán donde Él esté.

3:14
Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles en paz.

Dado que habéis escapado a tanta desgracia y estáis destinados a tanta alegría, dice, debéis renunciar voluntariamente a todo cuanto hay en la tierra y soportar gozosamente vuestro deber. Por tanto, debéis dedicaros con celo a vivir «sin mancha e irreprensibles».

3:15
Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito.

Contad a favor vuestro el hecho de que Dios es indulgente y retrasa vuestro juicio aunque tendría razones para estar irritado y castigaros, sin embargo su gracia le impide hacerlo.

Como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito.

3:16
Casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición.

Aquí san Pedro aporta como testigo de su predicación al mismo apóstol san Pablo, lo cual demuestra cabalmente que su epístola es bastante posterior a las de san Pablo. Este es uno de los versículos que podría inducir a pensar que san Pedro no es el autor de esta carta.[72] Anteriormente, en este capítulo hay un versículo en el que dice: «no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento» (3:9), porque él desciende un poco más abajo del espíritu apostólico. Sin embargo, es creíble que se trate de la carta del apóstol, porque ya que aquí no habla de fe, sino del amor, él también desciende. Es la naturaleza del amor descender hasta el prójimo, así como la de la fe ascender.

Pedro vio que numerosos espíritus frívolos malinterpretaban y desfiguraban las palabras y la enseñanza de san Pablo ya que algunos fragmentos de las últimas cartas resultan difíciles de entender como cuando dice que «el hombre es justificado por la fe sin las obras» (Ro. 3:28), que «la ley se introdujo para que el pecado abundase» y «donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia» (Ro. 5:20), u otras cosas similares. Y cuando la gente lo oye dice: «Si esto es cierto, para ser pío, no es necesario hacer nada, ni siquiera buenas obras», del mismo modo que hoy se afirma que nosotros prohibimos las buenas obras. Pero si las palabras de san Pablo se desfiguraron, no ha de sorprendernos que ocurra lo mismo con las nuestras.

3:17-18
Así que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza.
Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amen.

Dado que ya conocéis lo que se os ha comunicado hasta ahora, dice, y que sabéis que han de venir numerosos falsos maestros que seducirán al mundo, y que habrá quien se burle y se niegue a comprender y falsifique las Escrituras, manteneos en guardia para que la falsa doctrina no os aparte de la fe. Y creced, para que seáis cada día más fuertes ocupándoos constantemente y proclamando la Palabra de Dios. ¡Fijaos cuán preocupado se muestra el apóstol con los que han llegado a la fe! Ello le impulsó a escribir estas dos epístolas que contienen en gran abundancia no sólo todo cuanto ha de saber un cristiano, sino también acerca de lo por venir. ¡Que Dios nos otorgue su gracia para que también nosotros podamos saber y retener todo esto! Amén.

Sermones sobre la Epístola de Judas

1, 2
Judas, siervo de Jesucristo, y hermano de Jacobo, a los llamados, santificados en Dios Padre, y guardados para Jesucristo:
Misericordia y paz y amor os sean multiplicados.

Esta epístola se atribuye al sagrado apóstol san Judas, hermano de los dos apóstoles Santiago el Menor y Simón, los hijos de la hermana de la madre de Cristo, llamada María esposa de Santiago o Cleofás, tal como leemos en Marcos 6:3 (Cf. Mt. 13:55). Sin embargo, esta carta no parece haber sido escrita por él, ya que en ella Judas se refiere a sí mismo como un discípulo muy posterior de los apóstoles. Ni contiene nada especial más allá de apuntar a la segunda epístola de san Pedro de la cual ha tomado prestadas casi todas sus palabras.[1] No es otra cosa que una epístola dirigida contra nuestros clérigos: obispos, sacerdotes y monjes.

3
Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos.

Es como decir: Creo necesario escribiros a fin de exhortaros a que permanezcáis, perseveréis y avancéis constantemente en la fe que una vez se os predicó. Es como si dijéramos: Tengo la necesidad de exhortaros para que permanezcáis en el camino debido. Pero también nos dice el motivo de que sea necesario.

4
Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo.

Por tanto, quiero recordaros que permanezcáis en la fe que oísteis, porque ya están empezando a venir los predicadores que introducirán otras enseñanzas aparte de la fe, tendentes a desviar deliberadamente de la fe a los inconscientes. Por ello, san Pedro también afirmó en su epístola: «Habrá entre vosotros falsos maestros que introducirán encubiertamente herejías destructoras, etc.» (2 P. 2:1). Y dice Judas: «los que desde antes habían sido destinados para esta condenación», lo cual comprendemos perfectamente puesto que sabemos que nadie se hace piadoso y justo en razón de sus propias obras, sino únicamente a través de la fe en Cristo, confiando en que la obra de Cristo es su principal tesoro. Pero, cuando la fe se halla presente, todas las obras de los hombres deben redundar en beneficio de su prójimo; por el contrario, hay que precaverse de las obras no tendentes al servicio del prójimo como ocurre en el caso de nuestros sacerdotes y monjes actuales. De ahí que si alguien introduce principios y obras ajenas a la doctrina de la fe, induce a error al pueblo y por ello serán condenados.

Hombres impíos que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios. El mensaje que se nos da concierne a la gracia de Dios que sostiene a Cristo ante nosotros y como Él, junto con todo cuanto posee, nos ha sido ofrecido y presentado a fin de librarnos del pecado, de la muerte y de toda adversidad, una gracia y un don otorgados a través del Evangelio que pervierten y convierten en libertinaje. Se llaman a sí mismos cristianos y muestran el Evangelio, pero al mismo tiempo, viven en un estado en el que se lanzan sin freno a la bebida, a la comida y a la vida licenciosa. Alardean: «No vivimos en un estado mundanal, sino espiritual» y bajo este calificativo y pretensión, se atribuyen todo tipo de bienes y honores y justifican todo tipo de placeres licenciosos. Ya ha empezado, dice Judas. Leemos que hace mil años, los obispos ya empezaron

a desear ser señores y pretender ser tenidos en mayor estima que los cristianos comunes, cosa que también aparece en las epístolas de san Jerónimo.[2]

Y niegan a Dios, el único soberano y a nuestro Señor Jesucristo. San Pedro también lo dijo en su epístola. Tal como hemos oído, la negación no tiene lugar de palabra ya que de viva voz confiesan que Dios es el Señor, pero niegan a Jesucristo con sus actos y obras. Se consideran a sí mismos, no a Él, como a su propio Señor. Cuando proclaman que el ayuno, los peregrinajes, la fundación de iglesias, la castidad, obediencia, pobreza, etc., son la vía de la salvación, dirigen al pueblo hacia las obras y guardan silencio en lo que se refiere a Cristo. Es lo mismo que decir: «Cristo no os sirve para nada, sus obras no os ayudan, por eso debéis merecer la salvación a través de las vuestras». De esta forma, dice san Pedro, niegan al Señor que los ha redimido con su sangre.

5-7
Mas quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron.
Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno.

Como san Pedro hizo en su epístola, aquí san Judas, cita tres ejemplos, pero añade uno referente a cómo Dios guió a los hijos de Israel fuera de Egipto mediante numerosas señales milagrosas, haciéndoles perecer y exterminándolos por impíos, de manera que sólo dos sobrevivieron, incluso cuando los que habían partido y tenían 20 años o más, excedían los 600.000 hombres. Judas menciona estos ejemplos con un

lenguaje aterrador, como si dijera: Muchos de los que se llaman cristianos y bajo este nombre «convierten en libertinaje la gracia de Dios», ¡cuidado con no tener que compartir la suerte de aquella gente! En verdad, desde la ascensión del papado y la supresión del Evangelio en todo el mundo, Dios ha castigado a los impíos y los ha arrojado a las fauces del mal con una plaga tras otra.[3]

8

No obstante, de la misma manera también estos soñadores mancillan la carne, rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores.

Les llama maestros soñadores. Una persona que sueña crea imágenes y las toma por reales, pero cuando se despierta allí no hay nada. Se da cuenta de que era un sueño y no le hace caso. Así, lo que estas gentes dicen no son otra cosa que meros sueños y una vez que han abierto los ojos, verán que no tienen ningún valor. Así, cuando afirman que sus tonsuras y cogullas, su obediencia, pobreza y castidad complacen a Dios, hacen lo mismo, y ante Dios no es más que un simple sueño. Nuestro texto por tanto, les califica exactamente al decir que se ocupan sólo con sueños con los cuales no hacen más que engañar al mundo.

Pero el vicio particular con el que los apóstoles acusan al estado espiritual es el de llevar una vida no casta. Dios proclamó hace mucho tiempo que no tendrían esposas; es imposible que Dios realice tantos milagros como personas se hallan en este estado. Por tanto, no pueden ser castos. Así el profeta Daniel dijo acerca de la regla del papa en el capítulo 11:37: «Ni al deseo de las mujeres», lo cual es una característica externa, así como los sueños son internos.

Rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores. La tercera característica es su rechazo a obedecer la autoridad secular. Se nos ha enseñado que mientras vivamos en la tierra debemos someternos y obedecer al gobierno, la fe cristiana no elimina las normas seculares, por tanto, nadie puede huir de ellas. Por ello, el decreto del papa referente a las libertades de la iglesia, no es otra cosa que la ley del mal.

9
Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda.

Esta es una de las razones por la que en el pasado esta carta se rechazó, porque se refiere a un hecho no registrado en las Escrituras, es decir, el de la pelea entre el ángel Miguel y el diablo por el cuerpo de Moisés.[4] Se dice que se origina en el profuso relato que aparece en Deuteronomio 34:6 sobre que Dios lo enterró en un lugar desconocido hasta hoy y porque las Escrituras dicen que «nunca más se levantó profeta de Israel como Moisés con quien trataba Jehová cara a cara» (Dt. 34:10). Referente a este texto, también se ha dicho que el cuerpo de Moisés se mantuvo oculto a fin de impedir a los judíos que lo convirtieran en objeto de idolatría y que por esta razón, el ángel Miguel se opuso a que el diablo se lo llevara para revelarlo ante los judíos y que éstos lo adoraran. Y sigue diciendo Judas que aunque Miguel era un arcángel no fue tan temerario como para maldecir él mismo al diablo. Los blasfemos se mofan de la autoridad de Dios y la maldicen hasta la séptima, octava y novena generación, incluso aunque sean hombres y aunque el mismo arcángel no se hubiera atrevido a maldecir a la misma fuente de maldad, el diablo, ya suficientemente condenado con las palabras «¡el Señor te reprenda!»

10
Pero éstos blasfeman de cuantas cosas no conocen; y en las que por naturaleza conocen, se corrompen como animales irracionales.

Son gente tan blasfema que no saben hacer otra cosa que excomulgar, maldecir y mandar al diablo no sólo a reyes y majestades, sino a Dios y a los santos, tal como se evidencia en la bula *In Coena Domini*;[5] ignoran que nuestra salvación reposa en el amor y la fe. No pueden

soportar nuestro rechazo y condena de sus obras, ni que proclamemos que sólo Cristo y sus obras pueden ayudarnos. Por tanto, prohíben e injurian toda doctrina cristiana que, por otra parte, no conocen. Pero lo que sí conocen por conocimiento natural, es decir, la celebración de las misas y cosas parecidas, les aportan dinero y propiedades que usan como venganza, destruyéndose con ello a sí mismos y a los demás.

11
¡Ay de ellos! Porque han seguido el camino de Caín, y se lanzaron por lucro en el error de Balaam, y perecieron en la contradicción de Coré.

Caín mató a su hermano no por otro motivo sino porque era más justo que él. Pero el sacrificio de su hermano agradó a Dios, no así el suyo (Gn. 4:4, 8). Así, entrar en el camino de Caín significa depender de las propias obras e injuriar las verdaderas y matar y asesinar a quien las siga.

Y se lanzaron por lucro en el error de Balaam. Internamente, deberían confiar en la gracia de Dios, pero se desvían y vagan en todas direcciones impulsados por las obras externas sólo en aras del dinero para, como el profeta Balaam, llenar sus panzas, tal como hemos oído en la epístola de Pedro (2 P. 2:15).

Y perecieron en la rebelión de Coré. En Números 16 leemos acerca de la rebelión de Coré y de cómo pereció junto con todo su séquito. Moisés había sido llamado y nombrado por Dios para sacar a su pueblo de Egipto y nombrado a su hermano Aarón sacerdote principal. Coré y su círculo de amigos pertenecían a la misma familia. Él también deseaba ser principal y elegido, por ello reunió 250 varones de entre los más destacados y promovieron tal rebelión que Moisés y Aarón se vieron obligados a huir. Moisés cayó arrodillado ante Dios y le rogó que no respetara el ofrecimiento de aquellos; ordenó a la congregación que se separara de ellos y dijo: «En esto conoceréis que Jehová me ha enviado para que hiciese todas estas cosas y que no las hice por mi propia voluntad. Si como murieron todos los hombres, muriesen estos, o si ellos al

ser visitados siguen la suerte de todos los hombres, Jehová no me envió. Mas si Jehová hace algo nuevo y la tierra abre su boca y los traga con todas sus cosas y descienden vivos al Seol, entonces conoceréis que estos hombres irritaron a Jehová» (Nm. 16:28-30) y en cuanto hubo dicho estas palabras, la tierra se abrió debajo de ellos y los tragó con sus casas y a todos los hombres que habían seguido a Coré junto con todas sus pertenencias. Así que ellos y todo cuanto les pertenecía bajaron vivos al Seol. El fuego consumió a 250 hombres que se habían puesto de su parte.

Judas aplica este ejemplo a estos injuriadores que cuando hablamos contra ellos nos acusan de incitar a la rebelión, cuando son ellos mismos los causantes de tanta miseria. Cristo es nuestro Aarón y nuestro Sacerdote principal. Hemos de dejar que reine Él solo. Pero el papa y los obispos se niegan a ello, se *elevan* a ellos mismos, tienen la pretensión de reinar por la fuerza y se rebelan contra Cristo. Dios los castigó y la tierra los engulló y los cubrió, del mismo modo que ellos son engullidos y cubiertos por una vida de placeres, no siendo otra cosa que mundo puro y simple.

12, 13
Éstos son manchas en vuestros ágapes, que comiendo impúdicamente con vosotros se apacientan a sí mismos, nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos; árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados; fieras ondas del mar, que espuman su propia vergüenza; estrellas errantes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas.

Con frecuencia, hemos oído lo mismo en la carta de san Pedro. Todos se afanan para que sus hijos entren en la clerecía y gocen de una buena vida y no tengan que mantenerse con el duro esfuerzo de sus manos o con la predicación, sino vivir en medio de fiestas y divertirse con los bienes que los pobres adquieren con el sudor de su frente. Uno cree que deberían ser lo mejor del tesoro de la cristiandad, y sin embar-

go, no son otra cosa que lacras y abominaciones. Viven bien, «lo que es bueno pertenece a nuestras panzas» y así sucesivamente. Viven sin cuidados ni temores y están convencidos de que el mal no puede alcanzarles. No alimentan a los corderos, sino que son los lobos que los devoran. Son nubes que flotan en lo alto; se sientan en tronos elevados en la iglesia como si fueran a predicar y no lo hacen; permiten que el diablo los lleve de acá para allá.

Son «árboles de otoño sin fruto», dice. No sólo no dan fruto, sino tampoco hojas. Se quedan ahí como los otros árboles, y quieren ser contemplados como obispos cristianos. Ni una palabra, ni una obra hay en ellos, sino todo su ser, incluida la raíz, está muerto. Son, además, «fieras olas del mar», del mismo modo que el viento alza y arrastra las aguas; así ellos van a donde el diablo los lleva. «Espuman sus propias vergüenzas» como una olla hirviendo. Están tan llenos de villanía que se desbordan y no pueden retener nada. Todo se les escapa. Son «estrellas errantes» como se llama a los planetas que retroceden y no siguen un curso recto y fijado. Tampoco ellos tienen un curso determinado. Su vida y sus enseñanzas no son nada, sino error con el cual se engañan a sí mismos y a todos cuantos les siguen. Por tanto, para ellos «está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas».

De esta forma Judas ha detallado y retratado a nuestros señores espirituales que introducen toda especie de bellaquerías bajo el nombre de Dios y de la cristiandad, se apropian de los bienes de este mundo y obligan a todos a obedecerles.

Y continúa:

14, 15

De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él.

Esta afirmación atribuida a Enoc no se encuentra en lugar alguno de las Escrituras, por ello, algunos padres no aceptaron esta epístola, aunque ello no sea motivo suficiente para rechazar un libro.[6] En 2 Timoteo 3:8 san Pablo también menciona dos enemigos de Moisés, Janes y Jambres, cuyos nombres tampoco se encuentran en las Escrituras, pero podrían haber existido, por lo que lo dejamos pasar. Sin embargo, es cierto que desde el principio del mundo Dios siempre permitió que se comunicara su Palabra –la que promete a los creyentes su gracia y su salvación pero amenaza a los impíos con el juicio y la condena– hasta después de la ascensión de Cristo. Ahora se predica públicamente en todo el mundo. Antes del nacimiento de Cristo, Dios se reservó la línea de Adán a Abraham y de éste a David hasta el tiempo de María, madre de Cristo. Esta fue la línea que tuvo la Palabra de Dios. El Evangelio por tanto siempre se predicó, pero no tan extensamente como en los últimos tiempos.

Así ocurrió con este padre, Enoc, dedicado a la Palabra de Dios, que indudablemente recibió de su padre Adán quien la había recibido del Espíritu Santo. En Génesis 5:24, las Escrituras dicen que él «caminó con Dios» y por esta razón Dios se lo llevó y nunca más le vieron. Este hecho provocó el anuncio de que volvería antes del día del Juicio Final. Sin embargo, no ha de esperarse que ocurra a menos que se entienda que lo hará de forma espiritual, es decir, de tal modo como se predicó, se halla unido al mencionado Día como si lo estuviera viendo. Dice: «He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares», es decir, con una hueste innumerable. No puede referirse a otra cosa que al Último Día en el cual Dios vendrá con todos sus santos para llevar a cabo el Juicio. Previamente, sin embargo, no vino con aquellos, sino solo y no para juzgar, sino para dispensar su gracia.

Para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impíamente. De ningún modo se halla fuera de razón que Judas hable acerca de los falsos maestros que aparecerán antes del día del Juicio Final y señala que cuando llegue el Señor destruirá al papa y a todas sus reglas. No hay otro modo, dado que las cosas no pueden empeorar, es imposible que haya fin o mejora. De ahí que esta declaración no pueda señalar a otros que a nuestros clérigos que han inducido al mundo a error de manera tan misera-

ble. Dado que las cosas no pueden ir peor –y aunque lo fueran– el nombre de Cristo se conservaría y toda la miseria se produciría al amparo de su nombre. Indudablemente, Judas se refiere al Juicio Final y señala a los que sufrirán el juicio. Por tanto, concluimos en que nuestros clérigos tramposos tendrán que esperar el Juicio Final, tanto si el tiempo es corto como largo.

Y de todas las cosas duras que los pecadores impíos hablaron contra él. Aquí Judas delata la vida y predicación de aquellos. Quiere decir: Hablan impía y duramente contra la llegada del Señor. Son insolentes y arrogantes y, según palabras de san Pedro, se burlan y lo injurian. No habla de su vida pecaminosa y licenciosa, sino de su naturaleza impía. El que vive sin fe, es un impío aunque lleve una vida exterior honorable. En verdad, las obras malas externas son frutos de la impiedad y son impíos aquellos que, aun brillando externamente, tienen el corazón rebosante de impiedad. Dice que el Señor castigará a estos pecadores a causa de sus enseñanzas impúdicas y tercas. Son obstinados, no permiten que nadie les guíe, duros como un yunque y constantemente condenan e injurian. Así, es evidente incluso hoy día que en su declaración, Enoc denuncia cada estado de los que existirán antes de la llegada del Día del Juicio Final.

Judas continúa:

> *16*
> *Éstos son murmuradores, querellosos, que andan según sus propios deseos, cuya boca habla cosas infladas, adulando a las personas para sacar provecho.*

Si alguien se niega a calificar de adecuado y razonable lo que hacen, le acusan de murmurar y buscar querella y si no se le da a un obispo el título que cree merecer, gritan y le califican de desobediente. Hay quien no acepta su dominio ante su pretensión de tener jurisdicción sobre cuerpos y almas, usurpando la espada espiritual y la secular. Por consiguiente, no se les puede vencer ni atreverse a predicar contra ellos. Se han eximido de tasas, tributos e impuestos. Nadie puede atreverse a tocar

sus propiedades y ni siquiera predicar sin antes haber pedido su permiso. Incluso si uno les ataca con las Escrituras en la mano, alegan que sólo ellos poseen el derecho a interpretarlas. Así, viven en todas partes como les place y de acuerdo con su lascivia. Sin embargo, son incapaces de perjudicarnos, no importa lo que les complacería, ya que nos hemos sometido por igual al Evangelio y al poder secular. Ellos, en cambio, pretenden liberarse de ambos. Encima y sobre todo esto, toda su ley y normas de justicia no son otra cosa que orgullo, arrogancia en extremo e hinchada palabrería sin sentido alguno.

Adulando a las personas para sacar provecho. Es característico en ellos juzgarlo todo en función de su persona. En todas las leyes papales, del principio al fin, no encontraréis ni un solo ejemplo de un obispo humillándose ante un sacerdote. Ni hallaréis mención de ningún fruto de una vida cristiana. La esencia de todo ello es como sigue: El capellán debe estar por debajo del sacerdote, el sacerdote bajo el obispo, el obispo bajo el arzobispo, el arzobispo bajo el patriarca y el patriarca bajo el papa. Han elaborado una montaña de regulaciones acerca de la vestimenta, las tonsuras, los hábitos y el número de iglesias y beneficios que se han de tener y percibir, reduciéndolo todo a su aspecto externo. Este es el juego de niños y de payasadas que han practicado considerando un grave pecado cualquier transgresión a estas regulaciones. De ahí que Judas afirme con gran exactitud que toda su atención se concentra en una colección de máscaras. Nadie sabe nada acerca de la fe, el amor o la cruz. El hombre común, engañado y estafado, por ello, les hace donación de todos sus bienes como si los dedicaran al auténtico servicio de Dios. Esto es, son gobernados por apariencias y sólo en aras del provecho lucrativo.

17, 18

Pero vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; los que os decían: En el postrer tiempo habrá burladores, que andarán según sus malvados deseos.

Este versículo probablemente indica que esta epístola tampoco fue escrita por el apóstol Judas, ya que el escritor no se da a conocer entre los demás apóstoles, sino que habla de ellos como de hombres que predicaron mucho antes que él. De ahí que podamos presumir que algún otro hombre piadoso escribió esta epístola, alguien que había leído la de san Pedro y tomó algunos versos de éste.

Ya hemos mencionado que los que se mofaban eran los seguidores de sus propias pasiones, no sólo de las carnales sino de las propias de una vida impía. También hemos dicho que hacen cuanto les place sin respetar ni al poder secular ni a la Palabra de Dios, que no paran mientes ni en la regla interna ni en la externa, ni en la divina ni en la humana. Conducidos por el diablo, flotan en el aire entre los cielos y la tierra.

19
Éstos son los que causan divisiones; los sensuales, que no tienen al Espíritu.

Aquí las palabras del autor coinciden con las escritas por Pedro, las que aluden a las herejías destructivas (2 P. 2:1), las que se apartan y destruyen la unidad de la fe. No les satisface el común estado cristiano en el cual uno sirve a otro, sino que establecen estados diferentes pretendiendo con ello servir a Dios. Son gente sensual y bestial sin más espíritu y comprensión que un caballo o un asno. Únicamente se rigen por su mente carnal, no poseen nada de la Palabra de Dios que pudiera guiarlos y bajo la cual podrían vivir.

20, 21
Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna.

En unas pocas palabras resume lo que debe ser una genuina y completa vida cristiana, siendo la fe los cimientos sobre los cuales se cons-

truye. Construir significa aumentar día a día el conocimiento de Dios y de Jesucristo conseguido a través del Espíritu Santo. Una vez hemos realizado la construcción de este modo, no debemos llevar a cabo ni una sola obra con el propósito de merecer nada o ser salvos por ella, sino que todas han de practicarse en beneficio de nuestro prójimo. Hemos de esforzarnos en no abandonar el amor como hacen esos necios que organizan unas obras y una vida especiales y con ellas apartan a la gente del amor.

Esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. Esta es la esperanza: aquí empieza la santa cruz. Hemos de organizar nuestra vida de tal modo que no sea más que una espera constante y esperanzada de la vida futura. Sin embargo, esta espera ha de centrarse en la misericordia de Dios, basándonos en Él, a fin de que pueda ayudarnos en esta vida para la que ha de venir por pura misericordia, no por obra ni mérito algunos.

22, 23
A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne.

Judas quiere decir: tened compasión de algunos, es decir, dedicad vuestra vida a tener compasión de los desgraciados, ciegos o endurecidos. Que no os complazca ni os alegre su condición. Dejadles seguir su camino, pero apartaos y ni tengáis contacto con ellos. De otros, sin embargo, que os parezca que tienen algo que salvar, hacedlo con temor, tratadles amistosa y cordialmente, como Dios os trata a vosotros. No utilicéis la fuerza y no seáis impetuosos, pero tratadlos como gente hundida en el fuego. Debéis sacarlos de allí y rescatarlos con todo el cuidado, razón y diligencia. Si se niegan a ser extraídos del fuego, dejadles y compadecedlos, no los condenéis a la hoguera o a la muerte como hacen el papa y los inquisidores.

Aborreciendo aun la ropa contaminada con su carne. Hemos recibido al Espíritu Santo a través de la fe y hemos quedado limpios, pero en tanto proseguimos con nuestra vida aquí, nuestro viejo saco, nuestra carne y sangre, sigue adherida a nosotros, sus lascivias no cesan. Esta es la ropa contaminada que debemos dejar de lado mientras vivamos.[7]

24, 25
Y aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén.

Esta es la conclusión de la epístola. Orar, desear y dar las gracias por cuanto los apóstoles han escrito, enseñado, exhortado y profetizado. En estas epístolas hemos visto lo que constituye la verdadera vida y doctrina de Cristo y lo que son las falsas vidas y doctrinas no cristianas.

Sermones sobre la Primera Epístola de Juan

PREFACIO

Dado que he comprobado que el diablo nos asalta por todos lados y que no tenemos paz en lugar alguno, hemos de tener en mente que Dios desea que nos mantengamos en su Iglesia, en el seno de la cual nos ha dado su Palabra, la cual es más poderosa que todos los diablos juntos. Es práctica de Dios unir a la cruz y la persecución a su Palabra, etc.

Esta es una epístola extraordinaria. Es capaz de animar a los corazones más afligidos. Además, es propio del estilo de Juan y de su forma de expresión la manera tan hermosa y agradable de presentarnos a Cristo. Fue escrita a causa de la aparición en aquel tiempo de herejías y de cristianos indolentes, cosa que suele ocurrir cuando la Palabra se revive. Entonces el diablo se afana y busca cualquier ocasión para destruirnos a fin de que abandonemos la predicación y las buenas obras. En tiempo de Juan, había los cerintos que negaban la divinidad de Cristo y los cristianos indolentes que opinaban que ya habían oído suficiente de la Palabra de Cristo y que no era necesario abandonar al mundo y hacer el bien al prójimo. Aquí el apóstol ataca ambos males y exhorta a guardar la Palabra y a amarse los unos a los otros. Nunca aprenderemos tanto ni lograremos ser tan perfectos hasta el punto de que desaparezca la necesidad de la Palabra de Dios. Pero el diablo no descansa nunca. Por ello, la Palabra de Dios es necesaria en todas partes. Es una Palabra viva y poderosa. Pero nos burlamos de ella y caemos en la desidia. Es Palabra de vida pero nosotros vivimos en la muerte cada día. Precisamente por no hallarnos nunca libres de pecado y del peligro de la muerte, jamás hemos de dejar de reflexionar en la Palabra. Esta epístola constituye una exhortación. En resumen, en esta epístola el apóstol se propone enseñar la fe en oposición a los herejes y el verdadero amor en oposición a los malvados.

Capítulo uno

1:1
Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida.

Hay que fijarse en la simplicidad de la manera de hablar de Juan. Al ser un lenguaje elíptico hay que completarlo como sigue: Hemos venido a predicaros el Verbo de la vida existente desde el principio. En otros aspectos, el lenguaje es poco menos que infantil, tartamudea más que habla y la mayor de las perfecciones se combina con la mayor simplicidad de expresión. Deseamos oír tartamudear el Espíritu. Quiere anunciar al Verbo de vida, no la Palabra que nos llegó recientemente, sino la que existió desde el principio. Según ello, Juan ataca a Cerinto que negaba la divinidad de la naturaleza de Cristo.[1] «Hablo de Cristo –dice– que no tiene su principio en María sino en el principio. Esta es una discusión relativa al Verbo de vida y el Verbo se hizo carne».

Lo que hemos oído. Juan dice que Cristo fue verdadero hombre y Dios. Su divinidad no podía ser vista ni oída. Por tanto, era un verdadero hombre.

Lo que hemos visto con nuestros ojos. Esta es una ampliación.[2] Lo hemos investigado cuidadosamente y no nos hemos sentido decepcionados, pero estamos seguros de que no se trata de ninguna fantasía. Lo dice porque quiere que sus oyentes estén seguros. De ahí que Pedro también diga en 2 Pedro 1:16: «Habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad».

Y palparon nuestras manos. No alberguéis duda ninguna acerca de lo que decimos. Los herejes ya están empezando a argüir acerca de la comunicación de las propiedades y de cómo asignar sus atributos a cada

naturaleza. Así caen en nuevos errores. Manteneos en guardia. Acostumbraos a hablar del Señor Jesús como lo hacen las Escrituras. No inventéis palabras nuevas. En Juan 14:9 Jesús dice: «Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre». Felipe se estaba formando una imagen del Padre a partir de la humanidad de Cristo, un pensamiento tan inestable que podía haberle apartado de Él, por eso el Señor le corrige: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me has conocido Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn. 14:9). Creemos que Jesucristo es una sola persona con dos naturalezas. Lo que se diga ahora acerca de la persona se dice de ella entera. Pero lo que dicen los fanáticos acerca de que Cristo sufrió en su humanidad, es falso. Las Escrituras dicen que las dos naturalezas son una misma persona y también afirman –véase Romanos 8:3– que los judíos crucificaron al Hijo de Dios, no a su humanidad; y en 1 Corintios 2:8 se dice que si lo hubieran entendido así, nunca hubieran sacrificado al Señor. Pablo no dice que jamás hubieran crucificado su humanidad. Así en Lucas 1:35 leemos: «También lo santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios». A causa de la unicidad de la Persona, este pasaje no dice «humanidad». Lo que se atribuye a una, se atribuye a la otra, por tanto se refiere a la Persona como unidad, Cristo mismo, el Hijo de Dios que nos fue entregado. Tuvo que ser dado para garantizar la vida eterna y el precio eterno e inestimable. «Que lo entregó por todos nosotros» leemos en Romanos 8:32. En verdad es cierto que en lo que concierne a su esencia, la divinidad es una cosa y la humanidad otra. En ellas mismas son distintas, pero dado que se presentan como un objeto –una cosa con la que se puede tratar– se presenta en su todo, Cristo en su totalidad. «Felipe quien me ve a mí» (Jn. 14:9), no sólo mi humanidad. La persona vista entonces era el verdadero Dios y el Hijo de Dios. Nadie puede tocar o ver las dos naturalezas divididas en el interior. Quien cree en el Hijo de Dios, cree no únicamente en su humanidad. «El que come mi carne» (Jn. 6:56), es decir, el que cree que soy Dios. Nadie puede beber la sangre del Hijo de Dios sin beber al Cristo entero. Las naturalezas son distintas, pero hay una sola Persona. Digo esto con el fin de que entendáis la sencilla forma de explicarse de Juan que dice que vio y oyó. Aunque no vio la divinidad, vio al Hijo de Dios. Todo viene a referirse a la Persona. Algunos imaginan que la humanidad

de Cristo está en un lugar y que su divinidad está en otra parte. Pero por la gracia de Dios, he aprendido a no apartar los ojos de la Persona que nació de María y a no buscar o reconocer otro Dios. No podemos apartar la mirada del nacido de María. Donde está el Hijo de Dios, está Cristo; donde está Cristo, está el Padre. Concluyo en que «porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad» (Col. 2:9). Así en el Antiguo Testamento todo conduce a adorarle a Él que está por encima de los querubines. Cuando oraban estaban obligados a dirigirse a la sede de la misericordia. Esto es una figura. Cristo afirma que Él se hallaba contenido en dicha figura. Juan 14:6: «Yo soy el camino, la verdad, y la vida». Por ello complació al Padre que en Él habitase toda plenitud, Colosenses 1:19.

Al Verbo de vida. De esto se trata. Hablamos de la vida pero la que ya ha dejado de ocultarse al mundo, la que se ha manifestado como declara Juan 1:4: «La vida era la luz de los hombres». Aquí Juan afirma que proclamará el mensaje de la vida en oposición a la muerte del mundo, porque éste no tiene vida. El diablo, el príncipe de este mundo, tiene a todos los hombres bajo su poder. Sin embargo, es una verdadera desgracia el hecho de que el mundo no sólo no tenga vida, sino que ni siquiera lo sepa.

1:2
Porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó.

Previamente no se manifestó en la carne. Todos quienes habitaban el mundo –tanto reyes, príncipes, personas consideradas justas y santos– estaban muertos y carecían de vida. Pero Cristo que dio su vida por nosotros, es el Verbo de vida y Él mismo la vida y como tal, tan poderoso que lo es más que la muerte y que el príncipe de la muerte.

Lo hemos visto y testificamos. Esta vida se manifestó cuando Cristo volvió a levantarse. «Fue declarado Hijo de Dios con poder», Romanos 1:4. Por ello, porque lo hemos visto, porque nos ha sido revelado,

deseamos revelarlo a vosotros también a través de la Palabra a fin de que también vosotros creáis. También lo hicieron los apóstoles con todas sus fuerzas a fin de llevar a todos el mismo conocimiento. No se contentan con saberlo y haberlo visto ellos mismos. Así, como todos los cristianos que creen, dicen: «Yo creí. Por tanto, he hablado» (Sal. 116:10).

Y os anunciamos la vida eterna. Explica la naturaleza de la vida, es decir, que ya no muere. El diablo alardea de poder exterminar, de hacer multiplicar los pecados, de convertir en pecado lo que no lo es y de aterrorizar los corazones de los hombres. Asimismo de matar, de hacer caer a una persona en el pecado y a otra en la blasfemia, desposeídos de la fe, de la esperanza, etc. Por otra parte, es característico de un cristiano vivir en el temor de Dios, rogarle sin cesar para que le defienda y acampar alrededor de los que le temen (Sal. 34:7). También, como dice Pedro en 1 Pedro 5:8, el diablo acampa con su ejército. Si Dios retira su mano, no tardaremos en caer en todos los pecados. En resumen, Cristo posee más armas de justicia que Satanás de iniquidad, más vida que Satanás muerte.

La cual estaba con el Padre, y se manifestó. Estuvo oculta en el Padre en los cielos antes de la creación del mundo. Esta vida os fue proclamada de forma manifiesta. Limitaos a creer. Y el hecho de que lo proclamemos con tanta seguridad se debe a nuestra gran certidumbre.

1:3

Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.

Repite lo que ha dicho anteriormente. Nosotros no hemos inventado esas religiones arbitrarias nacidas de la voluntad humana, religiones que él nunca vio ni oyó. Por tanto, han de abandonarse y despreciarse. ¿Qué le importa al diablo, el autor de la muerte, vuestra tonsura gris? ¿Qué le importa vuestra sucia virginidad? Incluso en tiempos de los romanos, hubo vírgenes.[3] Por todo ello, Satanás ha provocado la ira de Dios en

contra vuestra. Sabe que todo pecado irrita al Señor. Introduce el terror y la alarma en nuestros corazones. En verdad que hemos de resistir y luchar con otras armas que esas necias sectas y religiones que tenemos. Dios nos defiende con Cristo contra Satanás porque somos barcas débiles. «Porque no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados, contra potestades» (Ef. 6:12).

Para que también vosotros tengáis comunión con nosotros. Me alegraría compartir este tesoro con vosotros, pero ahora no puedo hacerlo de otro modo que a través de la Palabra. Él escogió a los testigos de antemano (Hch. 10:41).

Por tanto, si no sois capaces de oírle y verle, limitaos a creer y os mostraré mi tesoro.

Y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre. Se trata de un amor inestimable y de una comunión y participación grandes. Sin embargo, a pesar de haber visto, no somos mejores que vosotros, ni vosotros inferiores a nosotros por el hecho de no haber visto. Sólo creed. Por ello Pedro dice en 2 Pedro 1:4 que somos partícipes de la divina naturaleza gracias a las grandísimas y preciosas promesas de Dios. ¡Cuán inicuos llegamos a ser cuando despreciamos tantas cosas sagradas y preferimos esas sectas y esos mediadores! A través de la Palabra proclamada, nos hallamos en comunión con Cristo. Juan retrata perfectamente al Hijo porque en la epístola escribe que el Padre y el Hijo son la vida, la verdad y la salvación eterna. Por nuestra parte, no somos nada sino pecadores. Compartimos su bondad, Él comparte nuestra miseria. Creo en Cristo, por tanto mi pecado está en Cristo.

1:4
Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido.

Así os contentamos. Vuestra alegría comenzó con esta certidumbre. Tenéis derecho a alegraros gracias a este inestimable beneficio. ¿A quién no le alegraría la reconciliación con Dios? ¿Quién no se alegraría de participar con Él?

1:5
Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él.

Podéis comprobar que el santo repite e inculca estos principios con gran énfasis. Por ello, hace hincapié en las palabras «fuimos testigos, proclamamos» a fin de que nosotros que tan fácilmente erramos, poseamos la certeza absoluta en la Palabra. Conoce nuestra condición y la habilidad de Satanás. Por eso son necesarias sus repeticiones. De ahí que «este es el mensaje» constituya una nueva repetición. Él mismo nos instruye para que lo proclamemos a fin de no albergar dudas en cuanto a ello porque lo que se proclama es importante.

Dios es luz. En otro lugar, Juan dice: «La luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz» (Jn. 3:19). Opone la luz al mundo porque todos los hombres, incluso los santos, y los príncipes se hallan encerrados por la oscuridad universal. Por eso dice Juan: «Os proclamamos la luz que hemos oído: y si no la proclamáramos, no la tendríais». Los monjes y los hombres más sabios de este mundo que se conducen según su voluntad, caminan sumidos en las tinieblas. Aristóteles concluye: «Si Dios viera todo cuanto acontece aquí, su corazón no tendría paz. Por tanto, Dios no tiene nada que ver en nuestros asuntos». Cuanto más sagaces son los hombres, menos les importa Dios. Los monjes que se proponen seguir a la razón, se han decantado por su propia justicia y el deseo de mejorar a base de sus propias obras. Cuanto más sabios, más necios. Cuando muere un sencillo seglar, lleva consigo su cruz y tiene en mente a Cristo. Ora y sus pensamientos son mucho mejores que los de esa gente. Todo cuanto los hombres inventan referente a la salvación, no es más que necia maldad.

Dios es luz. Lo que no es Cristo no es luz. Cada vez que he oído «los padres Agustín, Jerónimo, los concilios», pregunto: «¿Contienen alguna proclamación?», si no es así, digo: «¡Fuera!»

Dios es luz. Si el mundo y la carne no lo aceptan, no nos importa. Sabemos que el Hijo de Dios se encarnó y fue crucificado por nosotros. Nuestra carne se burla de ello y el mundo lo ignora. En resumen, el

mundo debería saber que se halla sumido en las tinieblas y que tendrían que aceptar esta proclamación y reconocer la verdad de esta luz.

Y no hay ningunas tinieblas en él. Nosotros proclamamos esta luz. Aun cuando no la veamos, la Palabra la proclama y si creemos en ella, con toda seguridad tendremos la luz. Los cerintos se proponían destruirla. Hay que tener cuidado en identificar la fuente de las herejías. Proceden de la propia razón, así que la carne empieza a pensar: «Esto me gusta y me parece bueno, por tanto, también ha de complacer a Dios. Los padres lo dijeron, así que ciertamente es verdad». Si queréis complacer a Dios, escuchad su Palabra, creed en su Hijo que murió por nosotros. Esto no lo dice mi razón, no me lo he inventado. Dios mismo es luz. Intentan hallar tinieblas en nuestro Señor Dios. Aplican las cogullas a Dios y mezclan la divina verdad con sus mentiras. Ponen oscuridad en la luz. Pero en Él no existe la oscuridad, ni siquiera la más leve.

1:6
Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad.

Y sin dilación, ataca a los actuales fanáticos. Vemos que son más audaces que los verdaderos cristianos y mucho más jactanciosos, aun cuando estuvieran seguros de su comunión con Dios. Sin embargo, no conocen su debilidad. Buscando la fortaleza, los cristianos hablan con grandes alharacas de su fe y de su sagrada comunión, exclaman: «¡Señor ayudadnos, Señor ayudadnos!» Pablo considera que aún no ha logrado alcanzarlo, Filipenses 3:13. Dejemos que permanezcan bajo esta luz en función de lo que Juan declara: «Esta es ciertamente la verdadera luz pero aún no lo sabemos. ¡Ojalá pudiéramos aprender a conocerla más perfectamente!»

Y andamos en tinieblas. Si no obramos de acuerdo con la proclamación, la Palabra no está en nosotros, sino la mentira y el pensamiento falaz. Los herejes caminan en la oscuridad alegando que es la luz. Existen dos males: primero errar y segundo defender el error. Realizan muchas cosas todas teñidas de falsedad, mienten con respecto a la fe y

referente a las obras no se ciñen a la verdad. Por encima de todo, hay que procurar que en el corazón habite la luz, en cuyo caso, las obras seguirán por su propio pie. Pero si la luz es impura, esto es, una fe mezclada con las teorías de los hombres, podemos llevar a cabo numerosas obras pero, al carecer de luz, todas ellas son en vano. Cristo es nuestra verdadera luz. Los ángeles la ven, nosotros la oímos.

1:7
Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.

Es extraño que a pesar de que predicamos cada año acerca de la sangre y del sufrimiento de Cristo, aparezcan tantas sectas por doquier. ¡Oh, la gran oscuridad del pasado! Si seguimos la Palabra que se nos ha dado a conocer, poseemos el tesoro que es la sangre de Cristo. No hay daño alguno en estar acosados por el pecado, la sangre de Cristo no fue derramada por el diablo o por los ángeles, sino por los pecadores. Según ello, cuando peco no he de desesperarme ni pensar que ya no hay perdón para mí. La sangre de Cristo los borra todos. Lo principal es aferrarse a la Palabra en cuyo caso el peligro desaparece. Los apóstoles nos superan en nuestro afán y sinceridad por retener la Palabra. Si permanecemos en la luz reconocemos la naturaleza del pecado y si aprendemos a hacerlo, poseemos la sangre de Cristo que nos lava. Los ataques del diablo tienen un único propósito: arrancarnos de la luz. Por tanto, nada ha de preocuparnos más que esforzarnos en permanecer en la luz.

1:8
Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.

Es una palabra agradable y reconfortante. Agustín lo comenta: «Tener pecado es una cosa; pecar es otra».[4] Lo apruebo dado que Pablo

indica el abandono del pecado en aquellos que han sido justificados, Romanos 7:7, Hebreos 12:1. Sin embargo, a pesar de habernos convertido en una criatura nueva, los restos del pecado siguen en nuestro interior. Seguimos albergándolo y el veneno sigue en nosotros. Ello nos incita a comer de los frutos del pecado como le ocurrió a David a quien el pecado, inherente, abrumador e innato le dijo: «Mata a Urías» (2 S. 11:15). David consintió y pecó. De la misma forma fue incitado Pedro cuando después de recibir el Espíritu del Evangelio, intentaba obligar a los gentiles a vivir como judíos (Gá. 2:11-14), un pecado que despertó la ira de Pablo y Bernabé. Así ocurre entre nosotros -que de ninguna manera pretendemos colocarnos en el lugar de los apóstoles. Aunque somos cristianos rociados con la sangre de Cristo, solemos caer en el error. Por tanto, el verdadero conocimiento de Cristo causa que una persona crea que ha pecado y de ahí, se lamente. Los papistas y los desesperados, se oponen a esto. Los primeros alardean de su justicia y de sus órdenes, imaginando que están sin pecado. Los escolásticos enseñan que esto es posible y Zwinglio que el pecado original es meramente un defecto. Los desesperados son los que sienten el pecado y la muerte en sus conciencias y están atormentados a tal extremo y tan completamente que caen en la desesperación. Sin embargo, los pecados y sus frutos no nos han de desesperar, si caemos podemos volver a levantarnos. Creamos firmemente en esto y en que nadie es justo ante Dios excepto a través de la sangre de Jesucristo. Sólo Dios es justo, veraz y sabio. Todo aquello que llevemos a cabo fuera de la fe, debemos considerarlo pecado porque «siervos inútiles somos» Lucas 17:10. Nos salvamos únicamente por y a través de la justicia de Dios.

1:8
Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.

En este caso, se ataca a los presuntuosos. Creer que la sangre de Cristo nos libera de todo pecado, es necesario, pero dicha liberación no es otra cosa que un don de Dios. Sin embargo, cuando nos aferramos a

nuestra propia justicia y alardeamos de ello, dejamos de estar sujetos a la justicia divina. El ejemplo de Pedro, nos enseña lo difícil que resulta abandonar los principios humanos. Fijaos como su concepto de justicia impelía a los gentiles a caer en su propia condena y destrucción. En cambio, desprenderse del papado, es decir, de la confianza en la propia perfección, es una virtud divina. La carne y la razón ciega, siempre resisten. Los monjes enseñan que la perfección reside en su estado. Nosotros, los cristianos, nunca alardeamos de perfección, sino que oramos para poder crecer en el conocimiento de Dios y de Cristo, como exhorta Pedro en 2 Pedro 3:18. No hay nada en nuestro comportamiento que nos justifique, somos justificados gratuitamente, Romanos 3:24. Debe inculcarse este principio a fin de no desesperarnos cuando pequemos, sin importar la causa u ocasión que nos llevó a caer. ¿Qué podemos decir de los monjes que confían en los padres? Yo les replico: «Si los padres amontonaron paja, heno y leña en la fundación de Cristo, es decir se entretienen con bagatelas, ¿qué han aprendido para la hora de la muerte?» Ellos han dicho: «No seré justificado por las buenas obras que he llevado a cabo, ni condenado por las malas, sino que seré preservado por la sangre de Cristo». Así, dijo Bernardo: «Lo que tienen los monjes no es verdad; lo que tenemos nosotros es completamente cierto».[5]

Y la verdad no está en nosotros. Aunque están completamente seguros de que tienen la verdad cuando nos condenan y califican nuestras enseñanzas de herejía, no tienen la verdad. No, se oponen a ella.

1:9
Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarlos de toda maldad.

Esta es la segunda parte. No debéis desesperaros. Primero dice: «Os libraré de la presunción y a continuación de la desesperación como si no hubierais pecado. A fin de que podáis liberaros del pecado de Satanás, basta con reconocerlo y confesarlo ante Dios y otorgarle la gloria como David lo hace cuando dice en Salmos 51:4: “He hecho lo que es malo

delante de tus ojos; así que eres justo cuando sentencias e irreprochable cuando juzgas", esto es: "Respóndeme por tu verdad y por tu justicia y no entres en juicio con tu siervo porque no se justificará delante de ti ningún ser humano"» (Sal. 143:1-2). A ti Señor, la justicia, y a nosotros la vergüenza en el rostro (Dn. 9:7). Los presuntuosos van cargados con un saco de oraciones y de limosnas, y confiados en su propia justicia, alardean diciendo: «Yo he hecho esto y aquello, por tanto soy justo a sus ojos». Han lanzado la cogulla a los ojos de los laicos y les han imbuido la confianza en las buenas obras, pero al hacerlo, se han retirado de Cristo, el fundamento. «Maldito el varón que confía en el hombre y pone carne por su brazo» (Jer. 17:5).

1:9
Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarlos de toda maldad.

Dad sólo a Dios este honor: «A ti, Dios, sólo la justicia, a ti, Dios, sólo se te debe la gloria porque tú llamas justo y justificas a quien cree».

Es fiel y justo. Dios es fiel porque mantiene sus promesas; es justo cuando otorga justicia a quien confiesa que Él es justo. Es como si Dios dijera: «Porque vosotros decís que soy justo, lo cual soy, por esta razón os mostraré mi justicia y os justificaré». Por tanto, si podéis decir: «no tenemos justicia», debéis tener la absoluta certeza de que Dios fiel, cumple su promesa de perdonar los pecados a causa de Cristo y es justo dado que otorga a cada uno lo que le pertenece;[6] presenta la justicia adquirida a través de la muerte de Cristo a quien confiesa sus pecados y cree, y de este modo le hace justo. David confesó su pecado, Saúl excusó el suyo ante Samuel y no dijo: «He pecado» de la forma como lo hizo David (1 S. 15), porque lo único que deseaba era ser honrado ante los ojos del pueblo. Esto mismo hacemos nosotros cuando defendemos nuestros pecados a fin de no tener que avergonzarnos ante los ojos de los hombres. Saúl quería que el profeta orara por él ante los ancianos de Israel, pero ciertamente, no quería parecer que había pecado contra el Señor. Por esta razón, él y todos nuestros hipócritas, se avergüenzan ante Dios.

Por otra parte, esto no se refiere a la confesión oral, dado que anteriormente no la rechacé. Debe entenderse como la confesión realizada ante Dios mediante la cual confesamos nuestros pecados así como nuestra fe. Así, finalmente Dios nos los perdona y nos concede su gracia y una conciencia tranquila al liberarnos del malestar de aquella.

1:10
Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.

No sólo tenemos pecado, pecamos a causa de la debilidad de nuestra carne pecadora o mientras estamos dentro de ella. Existe un conflicto perpetuo entre la carne y el espíritu, tal como se dice en Romanos 7:8: «Mas el pecado tomando ocasión por medio del mandamiento, produjo en mí toda clase de concupiscencias». No sólo el deseo carnal del hombre por la mujer y el de ésta por el hombre es pecado, sino que en las leyendas de los santos, numerosos vicios vestidos de apariencia de santidad son considerados como buena conducta. Los padres trataban sólo de los pecados externos, no de la lascivia interna de la carne: la envidia, la malevolencia, el corazón duro y el abandono de la fe y de la esperanza. Y aunque seguimos albergando al pecado nos muerde y mortifica, no nos gobierna. Nosotros y el pecado es como un hombre atado conducido hacia la muerte, un hombre a quien se le ha despojado de todas las armas con las cuales podría herir. Y sin embargo, aún no ha muerto, el pecado sigue en nuestra carne, bulle y rabia sin cesar. Al amar todo aquello que es nuestro, confiamos en nuestras propias fuerzas sin hacerlo en la Palabra y sin creer en Dios. Esto es lo que desea nuestra carne, nada más. Pero, como nosotros, los padres no ven las cosas de esta manera, sólo advertimos lo externo como el ayuno. El ayuno no cura la lascivia carnal, más bien perjudica a la salud como vemos que le ocurrió a Bernardo. La meditación de la Palabra del Señor es el mejor remedio contra el pecado. En realidad, el ayuno alimenta la lascivia, por tanto no sirve para el propósito requerido. Se precisa algo mejor y más necesario.

Si decimos que no tenemos pecado. Hay quien explica este párrafo como una referencia a un pecado cometido en el pasado,[7] pero yo más bien me inclino por los cometidos en la actualidad. La locución hebrea explica un verbo en pretérito a través de un verbo en pretérito perfecto. En mi opinión, Juan suele utilizar hebraísmos.

Quiere decir: «Tenemos pecado y pecamos». En Santiago 3:2 leemos: «Porque todos ofendemos en muchas cosas», y Pablo en Romanos 7:14-15 manifiesta: «Mas yo soy carnal vendido al poder del pecado, porque no comprendo mi proceder¡, pues no pongo por obra lo que quiero». Y así la carne no hace lo que quiere el espíritu. El pecado no está muerto porque de momento no opere. La concupiscencia se halla incrustada en nuestro interior, pero no gobierna. Esta es la diferencia entre un cristiano y los demás: que el pecado no le gobierna. Por otra parte, la presunción espiritual también es pecado, es decir, cuando uno considera que ha hecho una buena obra, igualmente cuando se entristece o se desespera porque ha cometido un acto impuro. Hay que acusar el pecado y contra él hay que luchar durante toda la vida. Por tanto, un cristiano no debe dormir como hacen los monjes después de la misa. Un cristiano es un hombre justo, santo y bendito y un hijo de Dios de acuerdo con el espíritu. Según la carne, sin embargo, sigue siendo pecado. Pero dado que ha renacido a través del Espíritu y cree, el pecado no se le imputa.

Le hacemos a él mentiroso. Este es el caso de los que se consideran santos y justos a causa del número de sus obras. Dios lo redujo todo al pecado de manera que todos fueran susceptibles de castigo, Romanos 3:9 (cf. Gá. 3:22); y lo redujo a impiedad a fin de poder mostrar su misericordia, Romanos 11:32. Dios la ofrece tanto a los buenos como a los malos, todos se hallan sometidos al pecado, por eso se otorga a los justos y a los injustos. A la vista de Dios nadie es justo (Sal. 143:2) por eso la ofrece a todos. Desde los tiempos del apóstol Juan, las enseñanzas heréticas contrarias a la gracia de Dios y que defienden la ausencia del pecado, no han hecho más que crecer, estableciendo su propio modelo de vida bajo el cual pretenden ser santos. Indudablemente, se trataba de los predicadores de la circuncisión judaica a los que Pablo suele llamar «la banda de la circuncisión» (Ti. 1:10). Los santos apóstoles se les opusieron y en especial aquí lo hace Juan. Un cristiano siempre rue-

ga por el perdón de los propios pecados, se halla constantemente en guerra con ellos y dado que son connaturales con él, no se le imputan. La blasfemia es un gran pecado, de ahí que los que confían en su propia justicia, blasfeman contra Dios. Nuestros monjes eran gente de este tipo y aunque no cometieran pecados enormes, vivían en la más grande de las satisfacciones por razón de su presunción. Fijaos en los otros, los que han pecado a causa de la desesperación. Por ello, es un gran don de Dios poseer su Palabra, conocer el pecado en base a la ley y creer en el Evangelio. Si uno u otro no están presentes, se acusa a Dios de mentiroso y se blasfema.

Capítulo dos

2:1
Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.

Quien nos hiciera este texto inteligible merecería ser llamado teólogo. Pecamos en el mundo, llevamos el pecado consigo. ¿Quién como Pedro en Antioquía (Gá. 2:11) no vacilaría ahora y entonces? ¿Por qué dice el apóstol «para que no pequéis?» En realidad, desea que seamos cuidadosos y vivamos en el temor del Señor. No debemos decir: «Si las cosas son así, pecaré», sino que Juan dice: «El deseo de pecar no debe reinar en vosotros. Debéis manteneros alerta. Y aunque os fortalezcáis en extremo, el pecado permanece y pecáis a diario». Por ello es necesario estar prevenidos. Siempre estaremos alimentados por el Espíritu; debemos leer los Salmos y las Escrituras. Esta es nuestra armadura.

Para que no pequéis. Debéis luchar contra el pecado y obrar con precaución. No seáis como lo sacerdotes y los monjes. Hay que declarar la guerra al pecado. Lo digo a fin de que una persona pueda conocerse a sí misma porque Dios no desprecia al corazón contrito y humillado (Sal. 51:17).

Y si alguno hubiere pecado. ¿Quién es el que no comete ninguna transgresión? Yo y todos tenemos necesidad de elogios. No debemos desesperar de la misericordia de Dios. El presuntuoso de sus méritos y que no confía en la misericordia de Dios, comete la misma clase de pecado. De Dios se dice en Salmos 86:5: «Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador y grande en amor para todos los que te invocan». Así si alguien yerra y peca, no debe añadirle el pecado de la desesperación. Después de pecar, el diablo se encarga de sembrar la alarma en nuestro corazón y de hacernos temblar para hundirnos aún más en el pecado a

fin de hacernos desesperar. Por otra parte, astutamente deja de molestar a algunos para que éstos piensen y crean que son santos. Y cuando logra arrancar la Palabra del corazón de alguien, ha vencido. Es el padre de la trampa para que los santos pequen y los pecadores confiados se crean santos. No os desesperéis después de pecar, alzad los ojos a lo alto, donde Cristo intercede por vosotros. Él es nuestro abogado. Intercede por nosotros y dice: «Padre he sufrido por esta persona, me encargo de él». Una oración que no puede ser en vano. En Hebreos 4:14 leemos: «Él es el gran sumo sacerdote». Y sin embargo, aun teniendo a Cristo como nuestro sumo sacerdote, abogado, mediador, reconciliador y consolador, nos refugiamos en los santos y consideramos a Jesús como a un juez. Por ello, este texto debería escribirse con letras de oro y grabarse en el corazón. Así que es preciso comprender y decir: «Cristo, sé que tú solo eres el abogado, el consolador y el mediador y no dudo que lo seas para mí, por lo que lo grabo firmemente en mi corazón y creo». Cristo nació, sufrió y ascendió a los cielos por nosotros, se sienta a la diestra de Dios Padre e intercede por nosotros. Satanás se esfuerza por todos los medios para hundir nuestros corazones en la ceguera y para que no creamos lo que Juan dice aquí del Espíritu Santo. Ser cristiano es maravilloso porque una misma persona es pecador y justo, pecador a causa de la carne infectada con la que carga y justo gracias al Espíritu que lo sostiene. La razón es incapaz de comprender esta condición.

Jesucristo, el justo. Es justo y sin mancha. Sin pecado. Cualquier parcela de justicia que yo posea, Él la tiene porque es mi consolador y quien dice al Padre: «¡Sálvalo porque ha sido salvado! ¡Perdónale! ¡Ayúdale!» La justicia de Jesucristo está a nuestro lado porque la justicia de Dios en Él es nuestra.

2:2

Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.

Él no se sienta a la diestra de Dios Padre para aterrorizarnos, sino que oficia de expiación. No obstante, nos empecinamos en buscar otros abogados, otros que satisfagan y expíen nuestros pecados. Sin embargo, son demasiado grandes, nuestras obras no sirven para expiarlos. Sólo puede conseguirlo el amargo sufrimiento de Cristo y el vertido de su preciosa sangre. El pecado nos enturbia la cabeza y nos presenta a Cristo de otro modo del que es, nos lo muestra a través de un vidrio coloreado. Esto mismo han hecho incluso algunos maestros como el santo mártir Cipriano. Todo esto hay que proclamarlo a los que han sido aterrorizados, no a los presuntuosos. Cristo quien no rechaza a ningún corazón contrito y humilde, quiere ser el Señor y el autor de la vida, no del pecado.

Sino también por los pecados de todo el mundo. Es cierto que formáis parte del mundo. No permitáis que vuestro corazón os engañe diciéndoos: «El Señor murió por Pedro y Pablo. Expió por ellos, no por mí». Por tanto, todo aquel que ha pecado ha de presentarse a la llamada, porque Él expió y cargó con todos los pecados del mundo. Fueron reunidos y llamados todos los píos, pero se negaron a aceptar. Así se dice en Isaías 49:4: «Por demás, he trabajado en vano». Cristo es tan misericordioso y compasivo que si fuera posible, lloraría por cada pecador entristecido. De entre todos los hombres, Él es el más gentil y el más amable. Siente más piedad por cada miembro que Pedro bajo el palo y los golpes. Fijaos en un hombre extraordinariamente amable y gentil, Cristo lo es mucho más con vosotros. Del mismo modo que estuvo en la tierra, está en los cielos. Así Cristo ha sido nombrado Obispo y Salvador de nuestras almas (1 P. 2:25) y en su debido tiempo, vendrá como Juez. Dado que nos damos cuenta de esto, no permitamos caer en las garras de la lascivia.

2:3
Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos.

El apóstol escribe contra dos clases de gente tal como hemos dicho al principio, es decir, contra los que son presuntuosos y confían en las

obras y contra los licenciosos y perezosos. Quiere decir: «Si está presente el verdadero conocimiento de Cristo, no será sin frutos y sin obras la auténtica bondad». Hasta ahora, hemos oído a Juan mencionar el punto principal del cristianismo, esto es, el verdadero conocimiento de Dios y del mismo Cristo. Ahora, nos exhorta a que advirtamos que dicho conocimiento no sea falso o falseado. Así ocurre con muchos que carecen de solidez y son caprichosos como la espuma por encima del agua. Aunque estas personas son mejores que los que persiguen la Palabra, nada resulta de ellos ni son considerados auténticos creyentes, a menos que prueben su fe con buenas obras. El verdadero conocimiento no consiste en la mera especulación, sino que va hacia adelante procurando resultados.

Nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. Habla en general contra todos los cristianos especialmente contra los licenciosos que conservan su antigua vida avariciosa, de ambición y prostitución. De ahí que el conocimiento de Cristo nos haya sido dado para cumplir los mandamientos de Dios. La primera parte del cristianismo consta de la Ley, la segunda del amor por el hermano. Se dice en Romanos 13:8: «No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros» y en Mateo 7:12: «Así que todo cuanto queráis que los hombres os hagan a vosotros, así hacedlos vosotros a ellos». Primero somos librados del pecado y a continuación servimos a nuestro prójimo con todas nuestras fuerzas. Si no odiáis a vuestro hermano, poseeréis el reino de Dios. Incluso aunque en algunos momentos os domine la ira, debéis perdonar y considerar que también vosotros hacéis mal. Si se produce el asalto de la lascivia no debéis desesperaros ni eludir la batalla. Un cristiano lucha contra los que no conocen a Cristo y contra los que descuidan la vigilancia. A esta clase de gente hay que procurarles instrucción a fin de que permanezcan en la sana doctrina para lo cual no hay que perder un momento en la amonestación aunque sean imperfectos en ambos aspectos. No hay que desistir en la predicación y hay que avisar y exhortar a los cristianos falsos y negligentes, dar instrucción a los ignorantes y sumidos en el error cada vez que sea necesario.

2:4
El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él.

Habla de los presuntuosos, de los que por cada cosa que realizan reclaman gloria y honor. Habla a los hijos e hijas. Nuestros fanáticos son gente de este tipo. Afirman que conocen a Dios y que siguen sus mandamientos, a pesar de no ser cierto y de no creer ni cumplir aquellos ni su Palabra. Tal como señala más tarde, para Juan todo es idéntico. Y quien habla diferentemente miente.

Y la verdad no está en él. Así lo ha manifestado antes: «Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en él» (1 Jn. 1:5). En ellos vive la oscuridad de la ignorancia, los errores y las herejías, cada uno se atribuye la adoración a Dios en función de sus propias opiniones, representando a Dios muy distinto de lo que es. Juan quiere decir: Todo cuanto pretendéis no es cierto, no importa lo que digáis o hagáis». Considerad cómo a despecho de esto, Juan distingue entre decir que alguien es un mentiroso y la afirmación de que la verdad no reside en las personas. Así quedan derrotados los herejes que predican falsamente acerca de la fe. No han llegado al conocimiento de la verdad. Los condenados donatistas alardeaban de su fe con grandes extremos, vida y continencia e incluso de su suicidio αὐτοχειρία, o de la muerte infligida a ellos mismos o a los demás. Cuando se encontraban uno a otro por la mañana, como saludo se decían «mátame». Si uno se negaba, el otro se apresuraba a suicidarse.[8] Entre ellos se dieron las hazañas más extraordinarias. Sin embargo, la verdad no estaba en ellos. Para Agustín, que los ataca en sus escritos, dice que para el martirio se necesita una causa y un castigo y desestima todas sus presunciones.[9]

2:5
Pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él.

Se trata de la conclusión de lo que se ha expuesto antes y de lo que se expondrá a continuación. En mi opinión Juan no se refiere a los mandamientos, sino a la Palabra del Evangelio conservada por todo aquel que conoce a Dios. Juan 8:55 afirma: «Pero le conozco y guardo su palabra».

En éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado. En su corazón vive el consuelo porque ama a Dios y al prójimo.

En esto conocemos que estamos en él. Esta forma de hablar es característica de Juan. Cristo diría: «Quien permanece en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto», Juan 15:5. Yo, el desdichado cristiano que soy, me hallo protegido por Cristo, por la justicia eterna y no permitiré que el pecado reine en mí. Por tanto, espero, creo que yo estoy en Él.

En esto conocemos que estamos en él. Aquí Juan nos exhorta a dar testimonio de nuestra fe con buenas obras y los frutos del amor. Para amar a vuestro hermano no basta con no odiarle. También debéis hacerle el bien.

2:6
El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo.

Cuando Juan menciona «el que dice» ataca con energía a los fanfarrones y a los falsos cristianos. Este debe ser el signo por el cual se conozca si son verdaderos cristianos o no. Donde Cristo mora a través de la fe, hace que la persona sea conforme a Él, esto es, le hace humilde, pacífico y dispuesto a ayudar a su prójimo en la necesidad.

2:7
Hermanos, no os escribo mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio; este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio.

El santo escribe y redacta esto contra los nuevos maestros. Les ataca duramente diciendo: «No creáis que os voy a decir cosas nuevas. Ya

tenéis más que suficiente con las novedades actuales. Doquier que aparezca la luz, el diablo está presente y hace aparecer nuevos maestros. Por ello, hermanos, os escribo para preservar en vosotros la doctrina que habéis recibido. (Pablo avisa de lo mismo en sus epístolas. De ahí que no debamos ahorrarnos ningún esfuerzo en la tarea de combatir a los nuevos maestros.) Hermanos, no creáis que voy a enseñaros nada nuevo. Mi tarea tiene un único propósito: manteneros en la doctrina otorgada previamente. Deseo que os conservéis en la simplicidad contra los nuevos maestros. Permaneced en la sencillez de la antigua doctrina recibida. Por encima de todo, cuidaos de la vanidad, de pretender la gloria. En las Sagradas Escrituras se dice que querer alardear no es más que una tentación diabólica. Dios ha ordenado las cosas de tal manera que la Palabra del Evangelio deba ser la palabra de la Cruz. Es su propósito suprimir la gloria vacía».

Sino el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio. Esto es, el mandamiento del Evangelio que ya ha sido proclamado. Este pasaje nos indica que fue escrito hacia el final de la vida de Juan, del mismo modo que la segunda carta de Pedro también fue escrita hacia el final de su vida. Durante toda su vida, los apóstoles tuvieron que sufrir la aparición de estos nuevos maestros. Por ello, no sorprende que hoy día también tengamos que sufrirlos nosotros.

2:8
Sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra.

Ciertamente es una doctrina nueva. La única. Una vez más, Juan vitupera a los maestros nuevos y a los herejes. Si de veras quieren algo nuevo, que acepten esta doctrina que, ciertamente, es nueva y nunca conocida antes por el mundo. Es nueva para todos aquellos que la conocen porque se renueva día a día para quienes la han aceptado. Es un nuevo mandamiento en Cristo ahora revelado y nuevo para nosotros a quienes nos ilumina. Por tanto, conservadlo. Las otras doctrinas son

oscuridad, no luz. En resumen, cuidad la nueva doctrina como dice Pablo en Efesios 4:14: «No seáis llevados a la deriva por todo viento de doctrina».

Porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra. Una vez más condena a los adversarios siempre sumidos en la oscuridad. Su luz es falsa, no es la verdadera. Se transformaron a sí mismos en ángeles de luz (2 Co. 11:14) y en maestros. Así el diablo se nos insinúa en el corazón, no con auténtica apariencia de falsedad, sino como verdadero y el mejor, como un ángel de luz (2 Co. 11:14). Sus enseñantes que se llaman a sí mismos «siervos de Cristo, ministros de Cristo» hacen lo mismo. Con estos títulos, se imponen al pueblo. Pero la verdadera luz brilla en Él y en nosotros, la de ellos es falsa.

2:9
El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas.

Esto delata a los herejes, según son sus espíritus, así son sus frutos. Estamos obligados a aborrecer sus enseñanzas y sus alegatos: «Los aborrezco por completo, los tengo por enemigos míos» (Sal. 139:22). Debo odiarlos con todo mi corazón. O debería. ¿Acaso no los odio por Cristo porque distorsionan las palabras de Éste diciendo «esto significa esto»? Cuando lo hacemos, nos odian y exclaman que desdeñamos el amor. Pero aun cuando se presentan con una apariencia modesta y amorosa, internamente están llenos de odio. El que no se halle en el seno de la verdadera luz, no puede amar a su hermano, más bien desearía que el amor se extinguiera por completo. Sólo les preocupa continuar con sus predicaciones. Por esta razón, disimulan sus acciones odiosas, tiránicas y perseguidoras diciendo que todo ello presagia la gloria de Dios y el ardor por la verdad. Pero quien no mora en la luz, no mora en la verdad. Los frutos del Espíritu sólo crecen en el Espíritu. «El árbol malo, da frutos malos», se dice en Mateo 7:18.

El que dice que está en la luz. Esto es lo que estos sectarios han estado diciendo hasta el presente para dar la apariencia de una confe-

sión, pero no lo reconocen sino que afirman estar en la luz. Pero los cristianos y quienes pertenecen al Señor saben que esta gente vive en las tinieblas porque oscurecen la luz del Evangelio. Ante el diablo y el mundo aparecen con la gloria de poseer el Evangelio. Los apóstoles ya tuvieron que contender con ellos, no resulta sorprendente que a nosotros nos ocurra lo mismo.

2:10
El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo.

Esto es un contraste. Los cristianos aman. Así hace esta gente, pero un cristiano no desea que perezcan, más bien que se corrijan aunque aborrezca violentamente su doctrina. Cristo juzgará si la fuente es un odio santo y bueno.

Y en él no hay tropiezo. Ésta es una manera ambigua de hablar. Puede entenderse en un sentido activo o por pasivo. Yo preferiría aceptarlo en su sentido pasivo, esto es, camina bajo la auténtica luz y no le hace tropezar la semblanza de la misma, sino que permanece constantemente en aquella y no le altera ninguna causa que le obligue a tropezar. En Salmos 119:165 dice: «Mucha paz tienen los que aman tu ley. Y no hay para ellos tropiezo». Así no causa ninguna ocasión de tropiezo. Pero no creo que el apóstol hable de la debilidad de los hermanos. «El amor no se irrita» leemos en 1 Corintios 13:5 y nuevamente: «El amor no cesa jamás» (v. 8). Un auténtico cristiano no se ofende, sino que es constante en el conocimiento de la luz; escucha las nuevas doctrinas pero éstas no consiguen alterarle; oye que se persigue pero hace oídos sordos; por otra parte, los adversarios atacan, ya sea con halagos o hablando mal de ellos, ocasión en que de sus bocas surge el veneno y la espuma de la ira. Pablo dice en Tito 3:10: «Al hombre que cause divisiones, después de una y otra amonestación, deséchalo». Y en Proverbios 29:9 leemos: «Si el hombre sabio disputa con el necio, que se enoje o que se ría, no tendrá reposo».

2:11
Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos.

Creer y pensar cosas oscuras es «andar en tinieblas». Lo que crean y sufran por este modo de pensar, es estar en tinieblas. Creen que se dirigen al reino y a la gloria y no en dirección al infierno. Esta es una perfecta aplicación de la metáfora de la luz natural.

Porque las tinieblas le han cegado los ojos. Los herejes alardean de poseer la luz y sin embargo lo único que poseen son las tinieblas puras y duras. De esto resulta una prolepsis a fin de que podáis comprender la naturaleza de la ausencia de la luz. Nos cuesta creer –aunque Cristo lo sabe– hasta qué extremo Satanás se esfuerza y se afana por erradicar la luz de nuestros corazones. No le importan nada una vida y una conducta hermosas. «Anda alrededor buscando a quien devorar», como dice Pedro en 1 de Pedro 5:8. Como halla a muchos que no están preparados, arroja a muchos. El viento tormentoso y violento del diablo busca extinguir nuestra luz.

Ayer[10] oímos acerca del odio de esos santos sedicentes e impíos. Los nuevos maestros también son herejes, ellos son los que introducen las sectas destructivas. Al adornar el odio con la más fina de las apariencias de santidad y fe, no son reconocidos por la carne a menos que haya la ayuda del Espíritu. A sus esfuerzos por lograr lo que quieren le llaman celo para la gloria de Dios, pero en otros aspectos andan hundidos en vicios odiosos y repugnantes. Las Escrituras censuran más a los que pecan fingiendo, que a los reos de los mayores pecados. Por ello, Juan trata primero de los negligentes y perezosos.

2:12
Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre.

Ésta es una nueva exhortación a los piadosos. Les invita a que, siendo poseedores de la buena doctrina, sean portadores de un buen fruto.

Aplica el mismo procedimiento a todos excepto en el caso de los padres a los que atribuye un conocimiento. Al decir que los padres han de ser más sabios que los hijos, Juan indica que los jóvenes tienen una mayor inclinación al pecado. El joven se inclina por la concupiscencia, el hombre por la avaricia y la fama. Así ocurre que hay vicios espirituales a los que una persona se halla más inclinada que otra. Así, David dice en Salmos 25:7: «De los pecados de mi juventud y de mis transgresiones no te acuerdes» y Job manifiesta en el capítulo 13:26: «Y me haces cargo de los pecados de mi juventud». Por ello, Juan proclama que el reino de Cristo es un reino de remisión de los pecados porque los caídos en él poseen la esperanza de la remisión. Los impíos predican lo mismo, pero no lo sienten igual. De ahí que todos hayan de tomar nota cuidadosa de ello porque la remisión de los pecados es el punto principal de la proclamación. Si es cierto, se sigue que vivimos bajo el pecado y somos pecado. De otro modo no podríamos decir: «Perdónanos nuestras deudas», Mateo 6:12, y «Preserva también a tu siervo de la insolencia» (Sal. 19:13). El Padrenuestro nos da la respuesta sobre los pecados y el castigo de los mismos. «Santificado sea tu nombre» (Mt. 6:9), porque nosotros no lo santificamos. Esta vida no es más que una profanación del nombre de Dios. Como resultado, la abundancia de robos, hurtos, adulterio y otras transgresiones, amplía el reino de Satanás. Sólo el piadoso dice: «Venga a nosotros tu reino». Sin embargo, tened en cuenta que la remisión de los pecados no se instituyó para que podamos pecar tranquilamente o de que tengamos permiso para hacerlo, sino para poder reconocerlo y saber que estamos en él y que debemos luchar contra él. Un médico delata la existencia de una enfermedad, no porque ello le produzca ningún placer, sino para ayudar a la persona a librarse de ella. El paciente espera recuperar la salud a través de la fe que tiene en el médico que se lo promete. Así, en el bautismo, nosotros también somos trasladados de las tinieblas a la luz en al lugar donde existe la remisión de los pecados. Hubiera sido mejor que el libro de Jerónimo y de otros no hubieran salido a la luz porque incluyen demasiados preceptos acerca de los propios esfuerzos. Cuanto más caen los monjes en las fauces del pecado, más recomendaciones les da Jerónimo para que se torturen a sí mismos. Si hacen un ayuno intenso, alivian el estómago, es cierto, pero

el orgullo aumenta en su interior. Se elimina una cosa y se introducen dos. Aunque estos castigos posean su utilidad, los pecados no se purgan de este modo. Aunque se impide que el corazón se desmande, no se logra sanarlo.

Porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre. Los pecados no son perdonados por el concurso de las obras, lo son cuando yo acudo al nombre de Jesucristo porque creo que Él es la expiación de nuestros pecados. Esta es la verdad. Pero el diablo no nos deja quedarnos tranquilos en esta vía. De inmediato nos empuja a las obras. Por tanto, no os dejéis esclavizar por ellas. Es propio de nuestra naturaleza decir: «He pecado con un acto, por tanto he de expiarlo con otro acto». En este caso, está detrás el diablo que sólo busca nuestro error. Tal como dice en Salmos 25:11, hay que atacarle con la promesa de que en su Nombre se remiten los pecados.

2:13
Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre.

¿Le conocen los judíos aunque no posean la remisión de los pecados? Según lo que establece en Salmos 91:14: «Le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre», no reconocieron su nombre en el cual reside nuestra salvación. Ni tampoco conocen: «al que es desde el principio», esto es, el Hijo de Dios eterno. Conocen a otro dios, uno nuevo, contrario al mandamiento de Dios en Salmos 81:8-9: «¡Oh, Israel! No habrá en medio de ti dios ajeno; no te inclinarás a dios extraño». Los nuevos maestros han inventado un nuevo dios. Salen al desierto, observan el ayuno, erigen monasterios, hacen votos y dicen: «Si hacéis esto, complaceréis a Dios». Este no es el antiguo Dios, es uno nuevo. El antiguo no se preocupa por mis obras. Fabricar dioses nuevos es inventar nuevas vías, nuevas religiones para el propósito de servir a Dios. Quien introduce una nueva doctrina, introduce un nuevo dios; niega el antiguo

que ha sido desde el mismo principio. Adorar un nuevo dios es idolatría, es decir, se adora a Satanás. Por tanto, lo que se nos ofrece en oposición a la Palabra, no es otra cosa que idolatría e impiedad. Sin embargo, para nosotros, acostumbrados a la idolatría, se nos hace difícil creerlo.

Os escribo a vosotros, jóvenes. Juan escribe a la gente de todas las clases. Por tanto considera que también los jóvenes han de participar de la gracia. Indudablemente, opina que dada la edad de aquellos, aún han de ser guiados por sus padres. Por encima de todo están necesitados de instrucción y ninguna otra edad es más proclive al pecado.

Porque habéis vencido al maligno. Los jóvenes son arrastrados por la pasión y carecen de juicio. En Cristo tenemos la victoria contra el diablo y su poder. Dicho poder son la muerte, el pecado y la conciencia maligna a través de los cuales reina. También cuenta con escudos y armas. Aterroriza a los corazones con la muerte e inclina a la voluntad a pecar en todo cuanto se desee. De todo ello no sólo hemos sido librados, sino que incluso hemos conseguido la victoria. Aquel que ha vencido al mundo, ha vencido también al mal. El joven creyente en Cristo cuenta con la victoria total en todo aquello que cae bajo el poder de Satanás: la muerte, el pecado y la mala conciencia, a todo lo ha vencido. Pero hay que tener en cuenta que a pesar de haberle vencido, no se le ha destruido. La enfermedad ha empezado a curarse pero aún no se ha conseguido la sanación total.

Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre. Dadas las distinciones que hace, finalmente Juan habla a los niños que aún están en el regazo. Es como si dijera: «Hijitos, vosotros también tenéis un Padre celestial». No estoy de acuerdo con la teoría de que los pequeños no creen.[11] La gente dice que no ve fe en ellos. Y yo les replico: «Tampoco se ve en los viejos». Contrarrestan afirmando que los adultos saben lo que creen y por ello profesan la fe, al contrario de los niños. Y yo les pregunto: «¿A partir de qué fuente están seguros de tener la verdad si Simón el Mago alardeaba de lo mismo y era un impostor?» (Hch. 8:13). Del mismo modo que el pecado lo domina todo, la gracia domina a través de Cristo. Del mismo modo que un niño responde al pecado de otro, también se hace justo a causa de la justicia de otro. La razón lucha contra la fe. Aquí como en todas partes, Cristo invita en

especial a los niños en Mateo 19:14: «Dejad que los niños se acerquen a mí». No asegura el acceso a nadie si no es a través de la fe.

2:14
Os he escrito a vosotros, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno.

Desea consolarlos a todos y exhortarlos a permanecer en la pureza de la Palabra de Dios. Después de mencionar todos los niveles de edad, se dirige a los padres, a los adolescentes y de nuevo a los jóvenes. Pero califica a cada edad adecuadamente en su sentido espiritual. Los padres construyen, los jóvenes luchan y defienden el estado, mientras los niños son preservados. Todo contribuye a vencer al diablo, pero ellos lo realizan mediante una nueva manera de luchar, es decir, a través de la Palabra de Dios.

2:15
No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.

Hemos oído la exhortación o recomendación. Juan se ha dirigido a los padres, a los jóvenes y a los niños y lo hace con respecto a la fe que han recibido a fin de que puedan recordar la enorme gracia que representa obtenerla y conocerla. Es como si yo dijera: «Señores, poseéis el verdadero conocimiento; habéis sido reclamados a través de una santa llamada, procurad comportaros de forma adecuada a dicha sublime llamada (Ef. 4:1) a fin de ser portadores de los frutos del arrepentimiento (Hch. 26:20). No améis al mundo». Juan habla a los niños de manera tan sencilla que Erasmo parece ofenderse por ello.[12] Pero el Espíritu Santo es el maestro de los naturalmente puros. Por tanto, emplea la sencillez.

Muchos no saben lo que es el mundo tal como se dice en el Eclesiastés[13] según el cual para algunos el mundo sólo son las criaturas de Dios, mientras los monjes franciscanos lo identifican con el dinero y la sociedad. Están en un error dado que cada criatura de Dios es buena (1 Ti. 4:4) y el mismo Cristo utilizó el dinero y vivió en medio de la sociedad de los hombres. Por tanto, en este pasaje, el mundo es impío por sí mismo y el estado mental del hombre desprovisto del adecuado uso de las criaturas de Dios. Esta afirmación es cierta para aquellos que no comprenden a las criaturas de Dios en el sentido adecuado y no persiguen fines justos y utilizan las cosas del mundo para su propio placer y gloria. Por encima de todo, el mundo se halla «sometido a vanidad» (Ro. 8:20). El hombre, él mismo de naturaleza vanidosa, usa de todas estas cosas de modo vanidoso. Por tanto, los que «huyen del mundo» pecan huyendo de la sociedad de los hombres. Y quienes desdeñan a las criaturas de Dios, no comen carne, visten una ropa especial, usan a las criaturas de Dios para salvarse a través de ellas. Se trata de un mal uso espiritual del mundo. El amor por el mundo, sin embargo, crea un estado de mente mundano. En el mundo, debéis ser como una lámpara encendida y brillante a fin de que los demás puedan iluminarse. Estar en el mundo, verlo y conocerlo, no significa amarlo, del mismo modo que tener pecado y conocerlo es muy distinto de amarlo. Abraham tenía propiedades pero no las amaba porque sabía que no era más que un administrador de sus bienes nombrado por la voluntad de Dios. David fue un magnífico rey que no insistió en comportarse según su propia voluntad (1 Co. 13:5), sino que reinó de acuerdo con la voluntad de Dios. Por ello, refiriéndose a sí mismo dijo en Salmos 39:12: «Soy un huésped como todos mis padres». Sabía que era un extranjero, un huésped. David gobernó el reino de acuerdo con la voluntad de Dios y para glorificarle, no según su propia voluntad ni para glorificarse a sí mismo. Por ello, no amaba al mundo. Pero si alguno aflige a los pobres y usa como suya la propiedad de otros, se equivoca, se halla apegado al mundo. A través de Cristo, he sido colocado en medio del mundo, esto es, a través del Bautismo a fin de que los demás resulten fortalecidos y animados con mi ejemplo. De ahí que sea impío huir del mundo como los que he mencionado. Cristo dice en Juan 16:8: «Y cuando él venga, redargüirá al mundo de pecado». Así, el mun-

do no es otra cosa que la gente que se ha alejado de Dios, que no le conocen y que usan las criaturas en provecho propio, a favor de su propia gloria.

Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está con él. Amar a Dios y al mundo no son compatibles. Sólo hay algo respecto al cual el amor por el mundo y el amor a Dios se unifica. Jacob dice en Génesis 33:5: «Son los hijos que Dios ha dado a tu siervo». Quien ama las cosas como un don de Dios, ama a Dios, pero quien ama a sus hijos como propios del mundo, ama al mundo y dice: «Fijaos en mi hijo. Reuniré un tesoro para él». Quien ama a su esposa como a un don de Dios, ama a Dios, porque ha sido Dios quien se la ha dado, igual que sus hijos (Sal. 127:3). En caso contrario, ama al mundo. De ahí que nos comportemos correctamente cuando lo centramos en las palabras «como un don». Santiago se refiere a ello cuando dice en el capítulo 4:4: «Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye en enemigo de Dios». El motivo debe buscarse en la lascivia de la carne y de los ojos, en cuyo caso no se es del Padre, sino del mundo

2:16
Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo.

El deseo de la carne es el placer que deseo conseguir a través de la complacencia en la carne, como el adulterio, la fornicación, glotonería, la pereza y el dormir en exceso. La naturaleza de las prostitutas y de las esposas no es la misma. Las primeras desprecian la Palabra de Dios, se complacen en la carne y actúan de acuerdo con las locuras que ésta les dicta; las segundas poseen la palabra concerniente a la institución del matrimonio y saben que viven en un estado ordenado por Dios. Las primeras pertenecen al mundo, las segundas renuncian a los espejismos de éste. Es locura gratificar a la carne con toda clase de gozos y placeres. Pero si contraéis un auténtico matrimonio legal, la locura de la carne desaparece.

Los deseos de los ojos. Muchos son los espejismos de los ojos. Pero en mi opinión, el mayor de ellos es la avaricia. Numerosas cosas satisfacen a los ojos excepto la acumulación de oro. Ambicionan siempre más, mayor número de casas, más campos y más propiedades. A la avaricia jamás le contenta las cosas que usa, también ambiciona las que nunca utiliza. Las riquezas de los impíos son como el placer que se siente al ver una pintura.[14] No puede comérselas, ni vestirse con ellas, ni dormir encima. Observad a los que se separan del mundo pero acumulan riquezas y se construyen palacios, en realidad no huyen del mundo. Así, los ojos de cardenales, obispos y abades se recrean con paisajes pintados. ¿No son éstos gente del mundo?

La vanagloria de la vida. Esta es una gran piedra de tropiezo. La sustancia de la vida es una cosa; el orgullo es algo más. A un cristiano se le permite buscar la anterior como se dice en 1 de Juan 3:17, pero debe aborrecer esta última ya que se produce un mal uso del sustento y de la propiedad como en el caso del mayordomo infiel de Lucas 16. El mundo, sin embargo, tiene un anhelo por lo elevado, a todo el mundo le gusta ser exaltado. Nadie está contento con el lote que le ha tocado ya sea en materia de ropa, alimento u otros aspectos. Estas personas no son del Padre, sino del mundo. Donde hay amor por el Padre, no hay codicia por el mundo ni por las cosas de más allá del propio alcance. «Así que teniendo sustento y abrigo, estamos contentos con esto» (1 Ti. 6:8).

2:17
Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

El mundo puede parecer grande, pero la ambición es mayor porque la codicia es más grande que todo lo que contiene. Sin embargo, ambos pasan. En escasamente una hora, la codicia ha pasado. Entonces dicen: «Si lo hubiera sabido que se acabaría tan pronto, me hubiera alejado de ella». Así, los necios construyen sobre la arena.

Pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. Por ello, son sabios los que cumplen con la voluntad de Dios, es decir,

creer en el nombre del Hijo de Dios y amarse los unos a los otros, tal como Juan manifiesta en 1 de Juan 3:23. No aman al mundo, sino que se ejercitan con los frutos del amor de Dios y no se alejan de aquel. Del mismo modo que la voluntad de Dios no se aleja ni desaparece, tampoco lo hacen los que cumplen con su voluntad y lo harán para siempre. Esta es una excelente doctrina en lo que se refiere a la segunda parte de lo que acaba de decirse: quienes conocen a Dios pueden estar seguros de que no perecerán.

2:18

Hijitos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo.

Aquí Juan empieza a indicar el motivo de esta epístola y a favor de quien la ha escrito. Ya hemos dicho que los falsos maestros que expandían por todas partes las falsas doctrinas, le obligaron a escribir esta epístola. Los cerintos y los ebionitas esperaban nuevas revelaciones y un mundo nuevo. Les señala abiertamente y les llama anticristos e inculca la enseñanza apostólica diciendo: «Hijitos, ya es el último tiempo», porque así hablan los apóstoles. Afanaos en reflexionar porque a este tiempo se le llama el último, incluso aunque el reino de Cristo sea eterno. Finalmente, yo llegué a la conclusión de que se llama así, no por la brevedad del tiempo, sino por la naturaleza de la enseñanza. Si esta enseñanza ha de ser la última, no ha de esperarse otra. De ello se deduce una brillante revelación. No puede decirse del reino de Moisés porque ya se dijo que habría otro, es decir, el de Cristo. Por tanto, ahora que parece que pasa, hemos de llegar a la conclusión de que le ha llegado su último tiempo. Además, dado que el Anticristo ha oscurecido y vencido a la doctrina del Evangelio, ha de acabar. Por eso la califica Juan de último tiempo; «por esto conocemos que es el último tiempo», dice.

Según vosotros oísteis que el anticristo viene. Esta es una manera elíptica de hablar que obliga a completarlo con las palabras «si tiene que pasar, así ha de suceder». Tal como predijeron los buenos maestros, los

herejes surgen en abundancia como los cerintos, los ebionitas y otros a los que dio el exacto apelativo de «anticristos». Así cuando Pablo dice en 2 de Tesalonicenses 2:7: «Porque ya estará en acción el misterio de la iniquidad», anuncia la inminencia del Anticristo porque ya pululan sus herejías. Un anticristo contiende contra la Persona de Cristo, otro contra su Humanidad, otro contra su Divinidad. Son tan anticristos como los fanáticos. Hay quien como el papa, se opone a todo lo que es Cristo y, como aquel, se erige en jefe supremo de todo. El artículo principal de la doctrina cristiana es que Cristo es nuestra justicia. Quien lo ataque nos aparta del Cristo íntegro y, por tanto, es el Anticristo. Un hereje que se oponga a la persona de Cristo, no es tan grande como el que se opone al mérito de Cristo.

Hay dos clases de justicia: la mía y la de Cristo. El Evangelio proclama que hemos de entrar en la de Cristo trasladándonos de la nuestra a la de Él. Así, Pablo dice en Romanos 3:24 que «somos justificados gratuitamente por su gracia»; y en 1 de Corintios 1:39 dice que Cristo fue hecho por Dios «sabiduría, justificación, santificación y redención». Pero el papa ha instituido nuevos modos, esto es, que la justicia debe presentarse ante Dios a través de nuestros actos de contrición. Si el papa enseñara que nuestra justicia no es nada y que únicamente somos salvados por la justicia de Cristo, diría: «Por tanto, la misa no es nada, la vida monástica y los propios actos de contrición no benefician para nada». Y así el reino del papa caería derribado por completo. En verdad, dicen que los méritos de Cristo nos salvan, pero lo mezclan con su propia justicia que, a la práctica, significa el repudio de Cristo, su abolición y una burla del hecho de ser el Hijo de Dios, como Hebreos 6:6 lo llama. La contrición de los pecados viene a ser la absolución, romper el poder del diablo y del infierno, pero ¡oh, condenados cartujos! Al castigaros tan severamente, ¿dónde está vuestra victoria sobre el infierno? Si yo digo: «Soy un cristiano y he sido ungido. Por tanto, quiero castigarme de esta manera y de aquella otra, decantarme por estas y aquellas obras a fin de poder ser salvado y purgar mis pecados», sería lo mismo que decir: «Cristo no ha purgado los pecados por mí al derramar su sangre», «entonces la muerte de Cristo fue en vano», Gálatas 2:21. La naturaleza ataca con todas sus fuerzas y con ellas se propone borrar el pecado,

como vimos en el caso de Pelagio. Éste fue la base y la piedra angular de todos los papistas. Por eso hay conventos, esos baluartes del Anticristo. Por eso la justificación a través de Cristo se ha ido minusvalorando gradualmente y ha favorecido la aparición del Anticristo. Ahora se sienta en el lugar sagrado (cf. 2 Ts. 2:4) y cuando Cristo dice: «Creed en Mí», él dice, «Creed en mí». Ciertamente permite que Cristo sea proclamado, pero de tal modo que no se produzca ninguna oposición a sus propias reglas y tradiciones. Temo que la mayoría de la gente muera diciendo: «Quiera Dios perdonarme por haber pecado contra la regla, no por haber pecado contra la Palabra del Evangelio». Por tanto, hay que temer que serán condenados. Los malvados no reconocen al verdadero Médico. Cuando Moisés levantó la serpiente de bronce (Nm. 21:9), nadie podía salvarse a través de su propio esfuerzo hasta que no miraba a la serpiente. Así, si el pecado nos clava sus dientes, no podemos liberarnos hasta que no miramos a Jesús crucificado. Por ello, si no queréis perderos para siempre, habéis de aferraros a las heridas y a la sangre de Jesucristo.

Según vosotros oísteis que el anticristo viene. Así, Juan concluye en que, dado que hay numerosos anticristos, llega la última hora. El proceso es el siguiente: ahora que la doctrina se retira, se prescinde de Cristo, si se prescinde de Cristo, lo único que puede esperarse son las tinieblas de la ignorancia y las obras de aquella. Por tanto, si la noche avanza, la última hora llega.

2:19
Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros.

Resulta deplorable y lamentable, pero es reconfortante. No es culpa del trigo que crezca la cizaña. Ni es la verdad la causa de tantos males. Hoy día, se nos culpa de cualquier mal que ocurra, cosa que nos provoca un gran número de sufrimientos. Si se hubiera dejado al papado solo,

dicen, quizá no se hubieran producido tantas herejías y a lo mejor no hubiera ocurrido la rebelión de los campesinos.[15] ¿De quién es la culpa? No de la verdad ni de la luz, sino del error y de las tinieblas. El anticristo no es aquel que huye de la oscuridad, sino el que permanece en las tinieblas. Cuando este tipo de gente aparece, nunca ocurre sin que se produzcan alteraciones. Tomas Müntzer estaba entre nosotros, pero cuando quiso ser sabio y nos abandonó, se convirtió en el instigador de la rebelión y sus confederados invadieron la ciudad provocando toda clase de confusión.[16] Cuando los bandidos se presentan con un nuevo Evangelio, las desgracias son inevitables. Asisto a tanto mal que me entristezco. A veces pienso si no hubiera sido mejor mantener al papado que ser testigo de tantos sufrimientos. Sin embargo, es mejor rescatarlos de las garras del diablo que dejar que perezca todo. El Último Día mostrará a los que se han mantenido con nosotros y han nacido al Evangelio y viceversa. «Porque si hubieran estado con nosotros, habrían continuado con nosotros».

2:20
Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas.

Aquí Juan contrasta la unción con el Anticristo y los herejes que esperaban a otro Cristo y se la pasaban en la unción de unos y otros. Por ello separa a los que no son suyos. «Ya habéis sido ungidos y conocéis cuánto es suficiente para la salvación» dice. Quizá en este punto sus oyentes hubieran dicho: «Nos estás atribuyendo demasiado, Juan». Pero incluso en el caso de haber un maestro que tuviera una mejor comprensión de los misterios, es probable que haya dos o tres en el grupo que conozcan todo acerca de su salvación y posean al Espíritu Santo. Por causa a éstos debe humillarse y pensar: «Sabéis todo aquello que es necesario para la piedad».

La unción de los latinos es una cosa, la de los cristianos otra. En base a este pasaje, el papa llama a sus sacerdotes ordenados «ungidos».[17] No comprende que todos los cristianos han sido ungidos, una unción que no

es otra cosa que el Espíritu Santo irradiando en el interior del aposento el día de Pentecostés (Hch. 2:1-4). Con ello, Cristo, en lo que se refirió a su naturaleza humana, fue ungido sin medida y sus compañeros lo fueron en función de su propia medida. Por ello, se dice en Salmos 45:8: «Con óleo de alegría más que a tus compañeros». La unción espiritual hace reyes y sacerdotes. Del mismo modo que la unción hace a Cristo rey y sacerdote, asimismo a nosotros nos hace reyes y sacerdotes a los ojos de Dios, es decir creyentes y elegidos.[18] Los franciscanos y dominicos se llaman así en base a reglas elaboradas por hombres, pero el nombre de cristiano no se deriva de los efectos de ninguna obra, sólo de Cristo. Si por casualidad alguien me preguntara si soy cristiano, de inmediato respondería satisfactoriamente diciendo: «Lo soy, no por causa de ninguna obra, sino por la fe en Cristo». Así se concluye en que nadie se salva excepto el cristiano, es decir, el que confía en las obras y méritos de Cristo. Por tanto, se llama cristiano porque está ungido como tal. Cristo asigna todo cuanto es suyo a los que son suyos: el mismo Espíritu, la misma santidad, la misma justicia. Como resultado de este trabajo de imputación y adopción, nos llaman cristianos, porque lo recibimos todo a través de la fe. Las cogullas de los cartujos no lo reciben. Cristo hubiera cometido un gran disparate si alguno hubiera conseguido ser cristiano bajo los términos de aquellos. Hay que predicar a Cristo. Así cuando el diablo molestaba a Matilde, se dice que ella replicaba: «Soy cristiana porque creo».[19] Quien afirma esto desde las profundidades de su corazón puede estar seguro que el diablo no prevalecerá. Si soy cristiano, tengo la unción del Espíritu Santo y soy un guerrero. Ante esta unción, el diablo perderá toda su fuerza. Si todos vosotros fuerais capaces de hablar de este modo, el demonio se quedaría sin fuerzas. Pero carecemos de fe. El mundo entero confía sólo en sí mismo y desea salvarse sólo gracias a sus obras. De ahí, que se haya llenado de conventos. Cantan: «Acude Espíritu Santo con tu unción»[20] pero no vendrá. En cambio, si vuestro corazón es humilde y está contrito, entonces acudirá, tal como acudió cuanto Pedro predicaba en Hechos 10:44: «El Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el mensaje» en cuanto se mostraron humildes. Juan, por tanto, nos recuerda que se nos llama cristianos a causa del santo Cristo. Somos cristianos no a causa de ninguna obra, sino a

través de la fe. Aunque ante el mundo y gracias a nuestras obras parezcamos santos, no lo somos a los ojos de Dios. Pablo dice en Romanos 4:2: «Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué jactarse, pero no para con Dios». Si hubiera recibido la unción, es decir, el don de la fe, hubiera sido santo. Es a través de la fe y no por ninguna obra que somos partícipes de Cristo. No utiliza la palabra «santo» porque distingue entre los pertenecientes al diablo y los propios de Dios. El demonio también tiene sus santos, los que alardean de piedad mucho más que los auténticos, los de Dios, que carecen de presunción. El espíritu maligno hace a las gentes diez veces peores y henchidos con el espíritu del orgullo. Jeremías 2:13 manifiesta: «Porque dos males ha hecho mi pueblo». Es un pecado doble llamar justos a los que no lo son y abandonan la verdadera justicia. Esto hacen todos los monjes cuando abandonan la fe y basan su confianza en las propias obras. Esto es lo que Juan manifiesta antitéticamente: «tener el Espíritu del Unigénito» y «no tener el Espíritu del Unigénito».

Conocéis todas las cosas. «Sabéis todas las cosas» es la marca de la iglesia del Nuevo Testamento. Antiguamente, sabían lo que les bastaba para la salvación, pero hoy día lo saben todo y no tienen necesidad de más. Cerinto alardeaba de revelaciones y grandes conocimientos nuevos. De ahí que indujera a muchos al error. Pero Juan nos dice que le evitemos. Conocéis el Evangelio, por tanto sabéis todo cuanto pertenece a la fe y a la vida cristianas.

> *2:21*
> *No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad.*

Aquí Juan admite que conocen la verdad. Aquella según la cual Cristo se encarnó. Para él, esta es la verdad principal del Evangelio, la verdad de la cual depende el resto de la sabiduría.

Y porque ninguna mentira procede de la verdad. Decir que ninguna mentira procede de la verdad es un hebraísmo. Se afirma en oposi-

ción a la pretensión de los falsos maestros que negaban la verdad sobre la encarnación de Cristo y por este motivo eran unos mentirosos.

2:22
¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo.

Por tanto, los que han nacido en la verdad y confiesan a Cristo, no son mentirosos.

¿Quién es el mentiroso? Juan aplica la afirmación general de Salmos 116:11 según la cual «todos los hombre son mentirosos», a nuestros miserables. Queridos hijos, aun cuando haya gente presumida que se jacta de lo que no es cierto ¿seremos nosotros mentirosos por ello? Al contrario, lo son ellos. Nosotros tenemos la unción, ellos la ambicionan. Nosotros lo sabemos todo, ellos no conocen el camino de la salvación.

¿Sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ésta es una referencia a Cerinto que fue el primero en negar que Cristo es el Hijo de Dios, como Pelagio fue el primero en negar la gracia de Dios. Lo que Pelagio empezó, el papa y sus corifeos lo han completado. Lo que Cerinto empezó, lo acabó Arrio. Lo que Ebión[21] empezó lo terminó Mahoma. Así, la multitud de herejes y sectarios, todas las naciones y pueblos, se levantan contra Cristo. «Se amotinan las gentes» como dice Salmos 2:1. Para Juan todos son mentirosos.

El que niega que Jesús es el Cristo. Este hombre, claro está, es Cerinto más los que siguen sus pasos. Cristo está hecho de divinidad y de humanidad. Los que niegan su humanidad, niegan la naturaleza entera de Cristo. Igual ocurre con los que niegan su divinidad. Es la voluntad del Padre que todos honremos al Hijo tal como hacemos con Él, como se dice en Juan 5:23. De ello se desprende que en verdad el Hijo es Dios. Quien niegue al Hijo, niega al Padre, quien confiese al Hijo, confiesa al Padre. Si tenemos al Hijo, tendremos al Padre. Este es un gran consuelo para los cristianos. Quien niegue a Cristo en un aspecto, le niega en todos. Así, los que dicen: «No es Cristo quien tiene su cuerpo en el pan

y su sangre en el vino» no tienen a Cristo, sino un ídolo en sus corazones porque niegan el principal atributo de la divinidad, es decir, la presencia de Cristo.

2:23
Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre.

Esto ya ha sido explicado.

En asuntos espirituales somos reyes sobre Satanás, sacerdotes en los temas espirituales porque llamamos a la gente a participar con nosotros. Por ello, los apóstoles no se cansan de repetir las mismas cosas, de ahí que sea tan grande la gloria de no apartarse de ellas. Sin embargo, Satanás no descansa. Su único propósito es apartarnos de la Palabra. Los fanáticos se alejan de Cristo y abandonan sus puestos. Día y noche, Satanás no deja de conspirar contra nosotros a fin de conseguir que abandonemos el conocimiento de la Palabra. Dice en Salmos 2:3: «Rompamos sus ligaduras y echemos de nosotros su yugo», así le quita la careta. Sus rugidos y su rabia resuenan entre los mismos reyes. Quiere destrozarnos, a nosotros que somos parte de Cristo y con ello desligar el lazo de la Palabra con el cual Cristo nos une a Él. Por tanto, constantemente hemos de estar prevenidos contra sus asechanzas. El cristianismo mantiene una batalla continua no contra la carne y la sangre, sino contra sus poderes, contra los gobernantes del mundo y las tinieblas, como se dice en Efesios 6:12. Hay que actuar valientemente. Los apóstoles inculcan siempre lo mismo porque conocen las asechanzas de Satanás. Hemos sido nombrados reyes y sacerdotes pero de manera que hemos de utilizar nuestras capacidades para luchar contra el adversario. Ser sacerdote es algo grande y arduo, en oposición a los príncipes del mundo y a los poderes del mal. Por eso nos avisa Juan. Toda precaución es poca, tan grande es la malicia del diablo, el cual a pesar de tener a los anticristos mencionados anteriormente, nunca está contento. Cuantos más tiene, más quiere. No descansará mientras quede una sola persona que confiese sinceramente la doctrina de Cristo. Si Éste no hubiera instaurado su

reino, sin duda el diablo hubiera reducido a pedazos a ambos, al rey y al reino.

2:24
Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre.

Nuestra naturaleza es tal que siempre anhelamos cosas nuevas. No estamos contentos con la doctrina que se nos ha comunicado y hemos recibido. Y como el diablo conoce esta característica de nuestra naturaleza, ataca por ahí con sus asechanzas e introduce su luz mediante sectas y doctrinas nuevas.

Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Es como si dijera: «Si admitís a los anticristos o a sus seguidores, con toda seguridad negaréis al Padre y al Hijo por cuanto ningún artículo debe mezclarse en la doctrina y su naturaleza es tan cierta que ninguna otra conflictiva se acepta como prueba». El diablo me ordena que dude de la verdad de lo que he creído. Pero si empezáis a dudar de la veracidad del Evangelio, la caída os amenaza, igual que amenazó a los primeros seres humanos. Por ello, hay que reprobar a los que como Erasmo en sus *Anotaciones* preguntan si a través de las Escrituras puede probarse que Cristo es el Hijo de Dios.[22] Si los oímos, cuidemos de no alejarnos de la verdadera doctrina. Por encima de todo hemos de permanecer fieles a las bases de la primera doctrina a fin de estar convencidos y seguros de la verdad. Una vez seguros y ciertos, podremos despreciar los silbidos de serpiente de Satanás y todo cuanto él haya añadido más tarde. Cristo murió y resucitó para vosotros y es a través de Él que os salvaréis. «Pero –dice el diablo– qué ocurre si también se observan las leyes del papa?» Si escucháis y hacéis caso de este alegato, perderéis las bases de la doctrina anterior. De ahí que Santiago diga con toda exactitud en el capítulo 4:7: «Resistid al diablo y huirá de vosotros». No dice: «Discutid con

Satanás y con los herejes», sino resistid diciendo: «La Palabra de Dios está aquí. Si queréis creerla, muy bien, pero si no queréis creerla, id a los parisinos y discutid con ellos». Si optáis por tratar a los herejes de otro modo y los aduláis, el diablo os asaltará y serán capaces de arrancar la Palabra de vuestro corazón. Por tanto, después de exhortarlos un par de veces, evitadlos (Ti. 3:10). Por ello, Juan nos exhorta tan repetidamente y con tanto cuidado a fin de que no olvidemos que no gozamos de paz ni de seguridad. Cuando Dina fue a ver a las hijas del país, tal como describe Génesis 34:1, esto es, cuando la iglesia prestó atención a los asaltos del diablo y de los herejes y se reprobó nuestra doctrina, Siquem, es decir, el diablo, el profanador de la verdad, llegó y corrompió su virginidad. Por ello, es preciso aferrarse a la verdad. Se nos previene profusa y malignamente contra la permanencia en la antigua Palabra, pero si nos apartamos de ella sólo la punta de una uña, se cae en el abandono de la compañía del Padre y del Hijo. Por ello, aferraos a la verdad.

2:26
Os he escrito esto sobre los que os engañan.

Os escribo a vosotros, los extraviados, no a los que os extravían. Está comprobado que no retroceden; los que enseñan doctrinas nuevas, raramente retroceden. Así dice Pablo en Tito 3:11: «Sabiendo que el tal se ha pervertido y peca, habiéndose condenado él mismo». Es inútil discutir con el demonio para que se calle, estas gentes no dejan de hablar, sea lo que sea lo que digamos o escribamos. Dejadles ir. El diablo no permitirá que dejen de hablar.

2:27
Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.

Anteriormente hemos oído hablar de esta palabra «la unción», el crisma, por el cual todos los cristianos se llaman así. Nos repite lo mismo y hace hincapié en la grandeza de esta dignidad real y sacerdotal. «Sobre el león y el áspid pisarás» (Sal. 91:13). No vencemos a la carne, la muerte, el mal, el infierno con nuestras propias fuerzas, méritos o esfuerzos, sino porque Cristo es el rey y el victorioso. Con ello también nosotros somos victoriosos. El otro poder es más elevado dado que hemos sido ungidos para ser sacerdotes. Los deberes de un sacerdote son la profecía, ser el mediador entre Dios y los hombres y regir y dirigir en el campo de todo aquello que pertenece a Dios. Todos sus santos poseen esta gloria. El hecho de que nuestra palabra sea la de la salvación, es un don de Dios porque ha puesto su Palabra en nuestros labios y la Palabra de la reconciliación en nuestro seno. Si os decantáis por el juicio de la carne, la Palabra pierde su eficacia. Pero un cristiano que enseña la Palabra de Dios, es como Dios en el mundo. Así, Moisés hizo de Dios ante el faraón, como se dice en Éxodo 7:1. Por tanto, estos deberes –que seamos capaces de ser maestros e interceder y reconciliar– son deberes sacerdotales. Esta es nuestra gloria. Nadie puede alcanzarla sólo mediante la reflexión aunque resulte fácil decir lo que es. De ahí la supremacía de la Palabra a la que tanto teme el diablo.

Permanece en vosotros. Esto es, permanecemos como cristianos. El énfasis se hace en la palabra «permanece». Muchos se hacen cristianos y reciben la Palabra con alegría (Mt. 13:20) pero no permanecen en ella. Fijaos en esos gálatas y las veces que mudaron de parecer. Mirad a esos fanáticos. Por eso tienen tan mala reputación porque cayeron y abandonaron la unción, es decir, la verdad revelada. Por tanto, si poseemos la Palabra, hemos de pedir a Cristo que nos la conserve.

Y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe. La repetición es necesaria a causa de las asechanzas de Satanás. De ahí que sea habitual en las Escrituras repetir dos y tres veces lo que es preciso y necesario. Nada es más elevado que esta unción portadora de todos los dones espirituales a través de la Palabra. Os «lo enseña todo» y fortalece a quienes permanecen en ella, «para que cuando se manifieste tengamos confianza y en su venida no seamos avergonzados» como dice el versículo 28. Así, cuando los sacramentarios[23] dicen que «es» quiere decir «significa», no se

trata de la Palabra, porque la unción no lo enseña así. Ni pueden sus corazones establecer que aquello sea cierto, ni pueden confiar en las apariencias y ante su venida, se hundirán en la vergüenza porque abandonaron la unción como nos fue enseñada. Además, no podemos tener la certeza de la fe de ninguna otra fuente. Es evidente que Satanás puede engañarnos de tal manera que el sentido alegórico parezca cierto. Tal como es, tan falsario, puede tergiversar los ojos de la carne de tal manera que parezca estar presente y que se enciende una luz en los ojos espirituales, una luz que a muchos sume en la niebla y no les fortalece. Los herejes también han caído envueltos en dicha niebla con el agravante de que no pueden estar seguros de la misma. Los cristianos, sin embargo, sienten y creen en sus corazones que lo que la unción enseña, es cierto.

Según ella os ha enseñado, permaneced en él. La presentación es sencilla a fin de que podáis permanecer en la Palabra y cuando os dice que permanezcáis en ella o en Cristo, manifiesta la misma cosa. Si la Palabra que oísteis desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Padre y en el Hijo (v. 24). Hemos colocado esta premisa en medio de todos los peligros. El diablo nos asalta por todos lados y nos acecha en tanta mayor medida cuanto más serio es el asunto. Necesitamos mucha fuerza y constancia para permanecer en la Palabra. La mayor sagacidad por nuestra parte es saber que hemos sido colocados en medio de las asechanzas del mundo y del diablo. Sin embargo todo se reduce a una sola cosa: permanecer en la Palabra.

2:28
Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados.

Nuevamente, vemos que nos impele aunque sea por el temor, a permanecer en la doctrina de Cristo, para que cuando sea la hora de su venida, no sea posible soportar su juicio a menos que hayamos permanecido en aquella. He aquí que hemos de tener confianza y estar firmemente seguros de su venida. Por tanto ¿por qué hemos de atravesar senderos

tan ásperos y tener tan innumerables órdenes dedicadas a las obras, a pesar de estar escrito que hemos de permanecer en Cristo? Desde luego Satanás se opone a ello, pero la naturaleza se inclina por dar satisfacción por los pecados cometidos y reconciliarse con Dios. ¿Qué hay que hacer, por tanto, si la muerte os aterroriza y vuestra conciencia os atormenta? Permanecer en Cristo. Creer que nada podéis cumplir con vuestras obras, sino que sólo la justicia de Cristo es efectiva. «Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado» dice Juan 6:29. Así, cuando Natán reprendió a David y éste confesó, Natán añadió: «También Jehová perdona tu pecado. No morirás», 2 Samuel 12:13. David no hace nada salvo permanecer en la doctrina de la gracia. No se le ocurre dar satisfacción con sus obras. «El Señor perdona tu pecado» era la verdadera doctrina de la gracia y David creyó en ella. Así, también Adán, cuando pecó no contribuyó en nada a su reparación, sino que le comunicó la conocida declaración de que la simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente (Gn. 3:15). Al creer en esta Palabra, fue salvado y justificado independientemente de sus obras. La naturaleza resiste tenazmente y cualquier excelente semblanza de la justicia, basta par engañarnos. Por tanto, aprendámoslo, que aunque nos dejemos atraer por una semblanza de santidad, o nos aterrorice la muerte o la vista del pecado, debemos saber que no hay otro camino que Cristo para ser justificados. «Creemos –dice Pedro en Hechos 15:11– que por la gracia del Señor Jesús somos salvos, de igual modo que ellos.» Esta gente no serán avergonzados en el momento de la venida de Cristo. Él desea glorificar su gracia a fin de que podamos conocer que devora a la muerte y al infierno. Esto no puede lograrse sin primero convencernos a todos del pecado. De ahí que diga Juan: «Resistid a fin de que podáis manteneros firmes y no ser confundidos». Y quien no permanezca en Él sino que elija fortalecerse con obras, no pasará la revista aunque sea un cartujo. Esta es la principal exhortación de la doctrina cristiana, la cual, ella sola, hace bueno al árbol.

2:29

Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él.

Juan procede a exhortarnos a obrar y a los frutos de la gracia, y lo hace con varias pruebas, a fin de incentivarnos a hacer el bien, pero de tal modo que no depositemos nuestra confianza en las obras. Es la principal preocupación de Cristo que el árbol sea sano y que produzca buenos frutos. Pero la fuente de dicha sanidad no procede de los frutos, sino de la raíz. No viene de la santificación, sino de la regeneración, porque el que es nacido en Él, es justo (v. 29). De ahí que sea el deseo de Juan que se conviertan no en falsos cristianos, sino en cristianos instruidos en la fe para así complacer a Dios y hacer el bien fortalecidos por Dios.

Sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él. Quien alardea de conocer y hallarse en posesión de la verdadera doctrina, debe demostrar su fe y su conocimiento. Debe probarlo a través del cumplimiento.[24] Quien hace el bien, lo demuestra con sus frutos y deja de pecar contra su prójimo, es nacido de Dios. Quien no hace el bien a su prójimo, es un falso cristiano, no verdadero. A Dios no le complacen los cristianos que no hacen el bien, Él ama la justicia. Por tanto, los que son de Dios, hacen justicia. Ésta es, pues, la primera prueba: quien alardea de ser cristiano y no hace el bien, es un falso cristiano. El hijo debe ser como el padre. Deduce la segunda prueba del hecho de que un cristiano nacido de Dios, es amado por Dios. Y por ello, en el capítulo siguiente, nos recuerda el amor del Padre.

Capítulo tres

3:1
Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él.

Aquí tenemos el horno y la fragua, es decir, a Cristo amándonos y rindiendo obediencia al Padre, que nos dio a su Hijo para redimirnos a través de Él. Quien tiene esto en mente indudablemente dará sus frutos. Se dirá a sí mismo: «¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?» (Sal. 116:12). Por tanto, procurad que el amor entre en vosotros.

Mirad cuál amor. Según Lucas 1:29, María tuvo en gran aprecio el saludo, es decir, su esplendidez. Así, cuando Juan dice «qué amor tan sublime», es como si dijera «qué amor tan espléndido» y mucho más radical y enfático que si hubiera utilizado la palabra «gracia». Nos habla del magnífico amor demostrado por Él y concedido, no por méritos o por obras, sino sólo por amor. Y nos habla a nosotros que fuimos enemigos y perseguidores de Dios y de Cristo.

Nos ha dado el Padre. Juan llama «Padre» a Dios con el fin de inflamar a los cristianos en el conocimiento de haberse reconciliado con Dios y de tenerle como Padre.

Para que seamos llamados hijos de Dios. No basta con decir que somos amigos. Juan nos dice que somos hijos de Dios. No puede expresarse más enfáticamente este tipo de amor. Además, Dios mismo nos llama hijos y hermanos. En Salmos 22:22 dice: «Anunciaré tu nombre a mis hermanos» y de forma similar hallamos en Mateo 28:10: «Dad las nuevas a mis hermanos» y en Romanos 8:17 leemos: «Y si hijos, también herederos de Dios y coherederos con Cristo». No es suficiente ser hijos de Dios, sino que por este nombre deberemos ser reconocidos como

a tales ante los ojos de Dios y de los ángeles. Somos llamados así por el amor de Dios.

Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Aquí Juan insiste más ampliamente a fin de sentirnos inflamados como resultado del amor. Por tener el amor de Dios somos llamados sus hijos. El mundo no puede comprender que un hombre habituado a los pecados y nacido en ellos, haya sido recibido por Dios en la gracia y llamado hijo de Dios. La carne no lo entiende, el mundo no lo acepta. Pero las Escrituras dicen en Salmos 2:12: «Rendid pleitesía al Hijo». El Hijo de Dios mismo nos llama: «Venid todos a mí», Mateo 11:28. Si no tuviéramos la Palabra, la medrosidad de la naturaleza no podría entenderlo. Por ello Juan dice que no debe tenerse en cuenta el juicio del mundo, de la multitud, de la carne, ni la de los monjes. Hablamos de la sabiduría oculta en misterio (1 Co. 2:7), la sabiduría que el Padre «ocultó a los sabios y a los entendidos» como dice Mateo 11:25. Contra esta prueba, la duda se pregunta ¿cómo es posible que tantos sabios santos no lo hubieran conocido? Así hablan ellos, pero no os ofendáis, el mundo no os conoce, ni son capaces de entender su amor paternal. No sólo no lo conoce el mundo, sino tampoco las universidades ni los fanáticos aunque repitan, «Creo en Dios». El mundo no sabe que el Padre es Único aunque afirmen conocerle. La naturaleza no lo entiende a menos que la unción nos lo enseñe. Si creyeran que Dios nos ha dado su amor para que a través de Él nos convirtamos en hijos de Dios, actuarían de modo distinto. Abandonarían sus propios esfuerzos y condenarían todas las blasfemias contra Dios. Ahora, sin embargo, nos enseñan los dientes, defienden sus esfuerzos y nos persiguen por enseñarlo. Pero el Padre dice: «Os he dado a mi Hijo para que fuerais salvados a través de Él. He consignado a todos los hombres al pecado y a la impiedad para tener misericordia de todos» tal como se ha consignado en Romanos 11:32 y Gálatas 3:22. Así pues, «todo lo que no proviene de la fe es pecado» (Ro. 14:23). Por tanto, conocer a Dios es conocer lo que Él nos pide y lo que Él hace por nosotros. Pero esta gente fabrica otro dios para su propio uso. «Cuidado, todo se halla sometido al pecado, sólo mi gracia sirve a todos. Si queréis ser librados del pecado, aprended a conocer a mi Hijo». Para conseguir-

lo, el Padre otorga su misericordia a través del Hijo y nos salva a todos. Esta es la auténtica sabiduría del cristianismo.

3:2
Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.

Nuevamente Juan nos facilita una prueba contra el corazón pusilánime. «Dios os ama», dice con un énfasis especial a fin de que quede impreso en nuestros corazones. Debéis ser fuertes como un obstáculo y ser llamados hijos de Dios, incluso aunque reconozcáis que sólo sois carne y sangre, ya que ciertamente lo sois, no sólo ante el mundo, sino ante vosotros mismos, vosotros que aún no sentís ni veis que sois hijos de Dios ya que aún sois carne y sangre y sentís como tal. Pero no debéis preocuparos. «Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser.» Juan coloca ante nosotros al Hijo de Dios. Antiguamente, se reveló entre sombras, no se apareció con la suficiente claridad. Pero ya no se oculta más. Ello significa que son nuestra sangre y carne los que nos impiden advertir su presencia. Dios no se aparta de nosotros, son el mundo, la carne y el demonio quien nos debilita y no nos permite verlo. El mundo es la primera cobertura, la carne la segunda y el demonio la tercera. He de forzar el paso a través de las tres con ayuda de la fe adquirida con la Palabra. Es decir, somos hijos de Dios no por verle, sino por la fe. Sin embargo, la fe en la Palabra nos promete multitud de cosas, entre ellas lo que seremos, pero mientras habitemos en el mundo, nos atraerán los espejismos de la carne y seremos arrastrados por el diablo sin percibir la auténtica bienaventuranza. «Cosas que el ojo no vio ni el oído oyó. Ni subieron al corazón del hombre. Son las que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Co. 2:9).

Pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él. Seremos semejantes a Él pero no idénticos a Él, tal como pensaba

Pitágoras.[25] Dios es infinito pero nosotros somos criaturas finitas. Además, la criatura jamás será el Creador.

Sin embargo, seremos como Dios. Dios es vida. Por tanto, nosotros también viviremos. Dios es justicia, nosotros también seremos justos. Dios es inmortal y bendito, por tanto también nosotros gozaremos de la bienaventuranza eterna, no como la que es propia de Dios, sino la adecuada para nosotros.

Le veremos tal como él es. Las coberturas dejarán de existir y veremos a Dios «tal como Él es». En verdad, estamos condenados a muerte y en el mundo únicamente vemos lo opuesto, pero con seguridad ocurrirá que veremos a Dios y a Cristo. ¿De qué fuente saca Juan esta enseñanza? Juan llega a esta conclusión porque ya somos sus hijos. Y como un hijo no puede quedar apartado de la vista de su Padre, le veremos «cara a cara» (1 Co. 13:12).

3:3
Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.

Juan no se anda por las ramas, al contrario, nos urge a dar frutos de inmediato ya sea a través del amor –hemos de amar a los hermanos porque el Padre nos ama a todos– o a través de la esperanza porque yo espero ver a Dios. Así pues, he de mantenerme limpio para no ser rechazado de su vista, ya que sin santidad nadie puede ver a Dios tal como nos dicen en Hebreos 12:14. Por tanto, Él no tolera a los cristianos hipócritas que para serlo consideran que basta con creerlo, mientras permanecen en el pecado y la inmundicia y no cambian. Si creyeran sinceramente que son hijos de Dios no sólo no se contaminarían, sino que se purificarían. Así, Pablo exhorta en 2 Corintios 12:20: «Me temo que cuando llegue no os halle tales como quiero». El griego dice ἁγνίζει ἑαυτόν que significa «se purifica a él mismo», traducido exactamente en latín como *santificat*, «santifica». El que posee esta esperanza, mata a la carne. «Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» se dice en Romanos 8:13. Respecto a los que han recibido la doctrina, hay

que acudir a las exhortaciones a fin de que puedan conducirse de acuerdo con la dignidad de la llamada.

3:4
Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley, pues el pecado es infracción de la ley.

Un pasaje difícil. Juan distingue claramente entre pecado ἁμαρτία e infracción ἀνομία y, por otra parte, usa ambas palabras indistintamente. Entre los paganos y los herejes, había una infame clase de gente que no consideraba que la prostitución, el robo y otros pecados fueran contrarios a la Ley de Dios. Juan los reprende y demuestra que sí lo son. Además, «pecado» es una palabra utilizada en general para indicar toda clase de vicios. «Infracción» sin embargo, es todo aquello que va en contra de nuestro prójimo. Todos somos pecadores, y una y otra vez caemos en el pecado, pero si un verdadero cristiano cae, no tarda en retroceder, se revuelve y lucha contra el pecado a fin de que no se convierta en un obstáculo en el servicio al prójimo. A pesar de todo, es difícil no resultar herido en la guerra, pero hay que resistir de pie con honor. Arrojar las armas es un deshonor. Así, aunque un cristiano se halle rodeado por el pecado, no deja de luchar contra él. Hay cristianos que creen serlo sólo porque han sido bautizados. Aflojan las riendas. No luchan contra los pecados, sólo siguen los impulsos de su lascivia. Cometer pecado es seguir el impulso y el deseo de pecar. Muchos en lugar de aflojar las riendas, las sueltan. No desean arrepentirse ni volverse a levantar. Hoy cometen adulterio y mañana quieren purificarse. Para ellos es imposible no ofender al prójimo, si no de forma positiva, ciertamente lo hacen en negativa al no otorgarle lo que le es debido. Para la otra parte de la cristiandad se trata del amor sin que éste busque su propio interés (1 Co. 13:5). Insistir en la propia conveniencia, no es amar al prójimo, sino seguir los propios deseos. Por tanto, no tener amor es hacerse culpable de infracción. Quien no se purifica a sí mismo, quien no lucha contra sí mismo a diario, se lanza al pecado y es culpable de infracción. Quien no muestra los frutos en su carne, tampoco los mostrará hacia su prójimo.

Si no estoy muerto en lo que concierne a mí mismo, sólo concentrado en seguir los impulsos del placer ¿cómo puedo fijarme en los demás? Por tanto, quien es culpable de infracción, no tiene amor.

3:5
Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él.

Cuando las Escrituras hablan de la venida del Mesías, no guarda silencio acerca de sus méritos, que consisten en quitarnos los pecados, tal como se demuestra en Salmos 40:10, Jeremías 23:6, Juan 10:11 y 1 Timoteo 1:15. En primer lugar, hemos de fijarnos en sus méritos que son un ejemplo para nosotros, por tanto no os engañéis alardeando de ser cristianos. Se encarnó para cargar con los pecados, no para dar licencia para pecar. Con su sangre, Cristo quiso mostrar una iglesia santa, no contaminada (Ef. 5:25-27).

El hecho de que todo el que peca, lucha contra Cristo, es otro punto en la exhortación de Juan. Por tanto, habéis de estar muy seguros de no hallaros contra Cristo. «Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros, porque entre vosotros no hay preocupación por la santidad» se dice en Romanos 2:24 y en Isaías 52:5. Así, también en la actualidad, los que oyen el Evangelio se tornan más impíos, injustos y avariciosos. Ninguno de ellos considera que Cristo le haya redimido de los pecados ni que lo hiciera «para purificar a su pueblo celoso de llevar a cabo buenas obras» como se dice en Tito 2:14. Esta es una razón poderosa e importante para exhortar con ella a los cristianos.

Y no hay pecado en él. En nosotros habita el pecado, en Él no existe. Cristo no buscó lo que era suyo, sino que hizo todo por nosotros. Quien llegó para quitarnos el pecado no podía tener ninguno.

3:6
Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.

Esto va dirigido a los hipócritas que afirman que conocen a Dios pero le niegan con sus obras. Leemos en 1 de Corintios 15:34: «Porque algunos desconocen a Dios, para vergüenza vuestra lo digo». Quien está en Él, es decir, en Cristo, no peca porque cuando Cristo se halla presente el pecado es vencido. Se dice en Gálatas 5:24: «Y los que son de Cristo, han crucificado la carne con sus pasiones y deseos». Incluso, aunque pequen, no permiten que el pecado reine en su carne para hacerla obedecer en sus concupiscencias, como se dice en Romanos 6:12.

Todo aquel que peca, no le ha visto ni le ha conocido. Según la forma de hablar de Juan, ver y conocer significa creer. Todo aquel que vea al Hijo y crea en Él, tendrá la vida eterna como dice Juan 6:40. Y Juan 17:3: «Y ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero». Por tanto, quien peque no cree en Él. La fe y el pecado no tienen nada en común. Aunque podemos caer, no debemos dar vía libre al pecado. El reino de Cristo es el reino de la justicia, no del pecado.

3:7
Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo.

Se dirige a los que convierten la libertad del espíritu en la libertad de la carne. En la actualidad se nos ha liberado de servidumbres y dependencias, sin embargo, seguimos haciendo lo malo. Cada uno ha de vivir de modo que sirva a los demás. Mostrar un corazón sincero se logra a través del servicio al prójimo. Todo cuanto tenemos ha de estar al servicio de éste. Cuando el corazón está listo y preparado para cuidar del bienestar del prójimo, Dios dispone las cosas de tal manera que no hay absolutamente ninguna función de la vida que se sirva a ella misma. Es deber de la esposa servir al marido, es deber del marido servir a la esposa. Así es deber del gobierno servir al estado, castigar a los culpables y defender a los inocentes. Pero quien persiga a la gloria, no tiene amor. La vida que se pone al servicio de otro es, en último análisis, una vida de hombre.

El que hace justicia es justo, como él es justo. No afirméis que alguien es cristiano a menos que veáis que sus obras le declaran como a tal. Donde veáis ira, envidia, avaricia, orgullo, etc., no llaméis justo a esta persona porque no se comporta con justicia. Pero donde asistáis a los frutos de la justicia, podéis declarar que dicha persona es justa a través de la justicia de la fe ya que demuestra justicia e imita a Cristo que es justo.

3:8
El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.

Juan deja claro todo lo concerniente al pecado tratado hasta aquí. El diablo peca como ha pecado desde el principio. No se arrepiente. En realidad se esfuerza en pecar. Es la forma en que pecan los hipócritas y los epicúreos. Los penitentes no pecan de este modo. Un cristiano puede caer pero de inmediato advierte el veneno y se lamenta. Todo esto que ocurría en la iglesia del tiempo de los apóstoles, sigue ocurriendo en la nuestra hoy día. En aquel tiempo también había gente que se engañaba a sí misma llamándose «cristianos», por ello los predicadores de la Palabra de Dios tuvieron que exhortar de continuo contra ello. En verdad, Cristo permite a los suyos que caigan pero se mantiene alerta y se apresura a ayudarlos a levantarse del pecado, como ocurrió con Pedro, al que el Señor apreciaba, a Adán, David, etc. Les tendió su mano para que se arrepintieran y se levantaran del pecado. Así David dice en Salmos 73:14: «Pues he sido azotado todo el día, y castigado todas las mañanas». Si quisiera olvidar el pecado, no tardaría en presentarse Cristo con la vara preguntándome: «¿Hiciste esto?»

Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Aquí tenéis el cumplimiento del primer sermón del Evangelio. La simiente de la mujer tenía que nacer para destruir las obras del diablo (Gn. 3:15). Ahora se ha encarnado y las ha destruido. Como se dice en Colosenses 2:15: «Y despojando a los principados y a las potestades, los

exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz». Así, Cristo cargó con los pecados del mundo de una vez, aunque no cesa de cargar constantemente con los nuestros a través de la lucha del espíritu y la carne. Cada uno de estos dos principios tira por su lado. Cristo destruye las obras del diablo; el diablo destruye las obras de Cristo. Cristo edifica en nosotros amor, humildad, castidad, etc., el diablo inmundicia, fornicación, disensiones y orgullo. Por tanto, si os sentís afectados de tal manera que ya no deseáis pecar, no forniquéis; o si deseáis resistir y si os sentís inclinados a la compasión, quiere decir que Cristo ha hecho su obra en vosotros. Pero si sentís lo opuesto, es decir, inclinación hacia el adulterio, la fornicación, etc., si veis a vuestro hermano en una necesidad y no acudís en su ayuda, si sois capaces de comportaros así, el diablo ha cumplido su obra en vosotros. Por tanto, es fácil discernir bajo cuál poder se está. Si os halláis en Cristo, las obras lo demostrarán, y si bajo el diablo, también lo mostrarán las obras. Porque «las obras de la carne son evidentes» (Gá. 5:19).

3:9
Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios.

Como ya hemos mencionado, quien cree ha nacido de Dios y no es ningún cristiano falso ni engañoso.

No puede pecar, porque es nacido de Dios. Se trata de una repetición y un refuerzo de lo precedente. Nosotros, los que somos cristianos, no actuamos hipócritamente. Nacer de Dios y practicar el pecado es incompatible. Porque si la carne desea pecar, nuestro nacimiento de Dios dice: «¡No es así! La simiente de Dios habita en ese hombre». La simiente de Dios no es otra cosa que su Palabra. Por ello Pedro dice en 1 de Pedro 1:23: «Habiendo nacido de nuevo, no de simiente corruptible sino de incorruptible, por medio de la palabra de Dios». Por tanto, nacer de Dios significa haber muerto al pecado. El pecado yace empalado en el fondo del averno.

No puede pecar porque es nacido de Dios. Nada es más fácil que pecar. Ser nacido de Dios y pecar es incompatible. Mientras el nacimiento permanezca y mientras la simiente de Dios habite en una persona que ha renacido, no puede pecar. Puede, desde luego, perder su nacimiento y pecar, pero si la simiente sigue en nosotros, no permite que el pecado siga en nuestro interior. Cristo es la expiación de los pecados. La semilla persiste en el corazón a fin de que no descendáis a pecar. Cuando contempláis la esposa de otro o el dinero, os dice: «¡Hermano, hermano, desiste de estos deseos! Perteneces a Dios». El pecado incita, murmura y quiere dominar. No lo permitáis. El deseo debe estar sujeto a vuestra voluntad. Si os ataca la ira, la lascivia, la envidia, etc., acudid a la simiente y Dios las suprimirá. Vivir dominado por la vanidad, es vivir en el pecado después de haber perdido a Cristo y al nuevo nacimiento. ¡Ojalá Dios nos proteja de ello! De ahí que, si el pecado habita en una persona, Cristo no puede estar allí. Del mismo modo que el diablo no cesa, tampoco cesa Cristo. «El diablo como león rugiente anda alrededor», se dice en 1 de Pedro 5:8. Cristo no duerme y es el más fuerte de entre los fuertes. Dice 1 de Juan 4:4: «Hijitos... porque mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo».

3:10
En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios.

En este caso parece como si se quisiera establecer que el que no es justo no es de Dios, y que quien no ama a su hermano tampoco es de Dios. El cristianismo consta de dos partes; la fe y el amor. La fe es la cobertura o más bien la reconciliación que cubre los incontables pecados de los cuales hemos de responder ante Dios, borrándolos, incluso los ocultos. El amor controla los pecados manifiestos aunque ante Dios vayamos cargados con un sinnúmero de ellos. Pero Juan habla concretamente de los que uno se afana en cometer. De otro modo, no hay nadie que no peque. Habla acerca de los espíritus pagados de sí mismos que

después de oír la Palabra de la gracia, no sirven a su prójimo. Nuestras obras no valen nada ante Dios, la remisión de los pecados la tenemos como un don de Cristo. Las obras del amor constituyen las pruebas y el sello de la fe. Por ellas nos convertimos en hijos de Dios. Las promesas de la fe y del amor y las buenas obras se suman para dar testimonio de la fe.

3:11
Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros.

Por encima de todo nos exhorta a creer y a amar. Estos son los dos mensajes de todo el Evangelio: el mensaje de la fe y el del amor; a través de la fe ante Dios, a través del amor ante nuestro prójimo. Sin embargo, tratará de las dos clases de gente que pecan contra el amor. En primer lugar, hay los hipócritas que hacen el mayor daño, fingiendo amor. Muchos parecen amar pero no es cierto. De esta especie son los fanáticos que se proponen, demandan y se esfuerzan por destruir completamente a sus enemigos, mientras predican amor. Así, a veces, los mayores asesinos se ocultan bajo el disfraz del amor y la piedad.[26]

3:12
No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas.

Esto ocurrió principalmente a causa de la piedad. Caín, primer hijo de Adán y sacerdote, en apariencia era extremadamente piadoso y se consideraba tan santo como Abel. Pero Dios juzga de otra manera. Caín cedió a la ira cuando vio que se aceptaban los dones de su hermano, tal como cuenta en Génesis 4:6. Fijaos en nuestros monjes y sacerdotes. Cuanto más santos parecen, más venenosos son. Este es el resultado de la piedad ficticia. Fijaos en los observantes.[27] Cuando los dominicos quie-

ren demostrar su superioridad, desarrollan un odio mortal contra los demás. Por tanto, debéis esperar lo mismo de los cainitas, esto es de los pretendidos santos que se consideran justos. De ahí que nos persigan porque nuestra opinión es verdadera y sagrada. En Salmos 109:4 dice: «En pago de mi amor me han sido adversarios». Por otra parte, su odio tiene dos caras, unos nos odian por causa del dinero y otros a causa de la verdad. Sólo nos aceptarían como amigos si los creyéramos y nos mostráramos de acuerdo con ellos. Así que su ira nos sirve de consuelo. Por tanto, pidamos a Dios que nos conserve en la sencillez de la Palabra. No importa que seamos incapaces de comprender la naturaleza del ser de Cristo y de su encarnación, pero hemos de permanecer en Él. No puedo creer nada más que lo que Cristo ha enseñado. Si me engaña, bien y bueno, como dice Agustín.[28]

3:13
Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece.

Juan sigue hablando de la primera clase de gente, esto es, acerca de los santos, No resulta sorprendente que incluso los hermanos nos persigan. Caín persigue a Abel, Esaú persigue a Jacob, y así, todos los falsos hermanos persiguen a los nacidos de Dios.

3:14
Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte.

Esto es lo que ofende a Satanás, porque ve que no pertenecemos al reino de la muerte y de las tinieblas. Sin duda, nos alabarían en gran medida si nos uniéramos a su cuadrilla. Pero Pablo ya desprecia sus maneras en 2 de Corintios 10:12: «Ellos midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose consigo mismos, no son sensatos». Zwinglio comenta a Ecolampadio, Ecolampadio comenta a Zwinglio.[29] Pero Pa-

blo no se comenta a sí mismo, tal como dice en 2 de Corintios 10:18: «Porque no es aprobado el que se alaba a sí mismo, sino aquel a quien Dios alaba».

Que hemos pasado. El mundo nos odia porque hemos sido arrancados de las raíces de la muerte y del poder de Satanás y hemos pasado a la vida. Aunque este paso se nos oculte, el diablo lo percibe claramente. Sabemos que hemos pasado porque amamos a los hermanos, la prueba por excelencia que indica haber pasado a la vida. En base a dicha prueba, yo puedo declarar que he pasado a la vida si amo a mi hermano aunque mi carne albergue otros pecados.

3:15
Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él.

Juan dirige su atención a la segunda clase de gente, aquellos que odian a su hermano con clara malevolencia. Cristo los señala en Mateo 5:22 cuando dice: «Cualquiera que se enoje con su hermano, será reo de juicio». El homicidio es el trasunto de la ira. Por tanto, todo aquel que tiene el corazón lleno de ira u odia a su hermano, es un homicida y todo aquel que le envidia a su hermano le asesina. Le desea todo mal y si Dios fuera a hacer caso de sus deseos, su hermano quedaría afligido por todo tipo de desgracias. Con este signo, conoceremos a los impíos y a los hijos de la ira, igual que los frutos permiten conocer al árbol. Los impíos tienen colas y aguijones como los del escorpión, como se dice en Apocalipsis 9:10. Por tanto, si alguien afirma que ama y sin embargo tiene el corazón rebosante de amargura contra los demás y alberga un aguijón, es un escorpión. El corazón delata suficientemente su estado y aunque uno mismo no lo perciba, es evidente para los demás.

Y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. Esta es la segunda clase de gente. No atraen gran atención, pero son enemigos declarados. Juan no los acusa de hipocresía sino de ferocidad.

Odiar es característica propia de los que no son santos, habiendo algunos que también odian, pero sin la violencia de éstos. Por ello, ataca a los falsos cristianos porque, según dice, el amor no puede ocultarse; el amor piensa y actúa a favor del bien del prójimo. Si yo enseño, consuelo y oro por mi hermano, es algo que puede verse. El amor es manifiesto y no una mera buena voluntad, como dicen los sofistas.[30] El amor se delata por sus obras. Así, en 1 de Corintios 13:4-6 se dice: «El amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso... todo lo soporta». Por tanto, no hay nada más manifiesto que el amor. Del mismo modo que Cristo dio su vida por los hermanos, así hemos de entregarla nosotros cuando se necesite. Si el amor es evidente en Cristo, ha de serlo en nosotros. Hay que practicar en todo momento el amor al prójimo. Un verdadero cristiano es bueno en todo tiempo y lugar.

3:16
En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos.

Es imposible determinar en qué ocasiones hemos de dar nuestras vidas por nuestros hermanos, pero la mejor ocasión es cuando la entregamos por la Palabra. Si un príncipe persigue a un predicador, éste no debe huir como lo hizo Atanasio.[31] Cuando veo que en un hermano peligra la fe, debo instruirle, consolarle, y dar mi vida y todo cuanto poseo por él. Si después de asistir a un concilio, huyera a un país extranjero, sería como desertar de los hermanos.[32] Empezar una nueva enseñanza y abandonar la antigua, también es desertar de ellos. Cuando sus almas corren peligro, hay que correr a liberarlos. Del mismo modo que Cristo entregó su vida y los apóstoles la suya, así hemos de hacer nosotros en especial a favor del fortalecimiento de la fe de los hermanos. Hay otros casos, como por ejemplo cuando se declara la peste. Los predicadores han de quedarse a fin de entregar sus vidas por los hermanos.[33]

3:17
Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?

Si uno debe morir por los hermanos, con mayor razón ha de utilizar sus bienes a favor de ellos. Si tengo bienes y no los utilizo en bien de los demás, si no doy abrigo, comida, bebida, etc.; si soy avariento y miserable, no soy cristiano. Pero hoy día todo el mundo puede ver que aquellos que han aprendido a conocer a Cristo, son los que amontonan más dinero, merecedores de que les caiga encima la ira de Dios. Pero aunque Él es misericordioso, no está ocioso. No deja a los pecadores sin castigo. Para los humildes que le temen, se muestra misericordioso. Algunos necios e impíos sólo lo aplican en casos de extrema necesidad. Hay varios grados de amor: no hay que ofender al enemigo, hay que ayudar al hermano y dar apoyo a un miembro de la propia casa. Conocéis el mandamiento de Cristo de amar a los enemigos, por tanto, deberéis más a un hermano que a su vez, os ama. Hay que ayudar al que carece de todo. Si os decepciona, no importa, ha de ser ayudado nuevamente. Sin embargo, a quien debéis más es a los vuestros. «Porque si alguno no provee para los suyos y especialmente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo» se dice en 1 de Timoteo 5:8. Es una regla común que quien tiene bienes y no se conmueve, no tiene amor.

3:18
Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y de verdad.

Aquí Juan concluye su exhortación relativa al amor. Vuelve al principio a fin de resumir algunos puntos, es decir, que debemos amar, no de palabra ni con la lengua, sino que con toda nuestra integridad, como explica Cristo en Mateo 22:37. Hay muchos que fingen amor. Pero en Romanos 12:9 se dice: «El amor sea sin fingimiento».

Sino de hecho y en verdad. «Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder» (1 Co. 4:20). Por tanto, Juan llama hermano a todo cristiano porque el cristianismo es una fraternidad. Además, los hermanos comparten la misma herencia. Amar a un hermano que es amable y complaciente no tiene mérito. Es la forma en que ama el mundo. «La multitud llama amistad a lo que le es útil.»[34] Por ello, Juan no dice: «Amemos a los que son santos, agradables y ricos», sino que dice: «Amemos a los hermanos» de tal manera que sólo reine y se considere fraternidad amar al hermano más allá del propio deber, sin prestar atención a la conveniencia o al halago. Todos los dones que poseemos han de servir para ayudar a los que no los tienen. Por ejemplo, el instruido ha de servir al ignorante, el rico al pobre, el sensible al insensato, etc. Es fácil amar a Pablo y a los demás apóstoles, nos sirven incluso después de su muerte. Pero amar a los débiles, alborotadores e ignorantes es una muestra de verdadero amor. De otro modo, no existe la fraternidad, sólo la carnalidad. En resumen, es deber de los cristianos servir no en favor de su propio provecho, sino en el de los hermanos.

3:19
Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él.

Con esta evidencia nos aseguramos de nuestra llamada y a través de la cual se hace evidente que poseemos la verdad. Si no me conmueve la debilidad de mi hermano, en verdad no le amo. Los frutos del amor nos enseñarán si somos capaces de amar. La fe se evidencia a partir de su práctica, su uso y sus frutos. Cuando uno ha dedicado la vida entera a la ociosidad, le resultará difícil elevar su corazón a Dios, sólo la fe nos eleva. De ahí que debamos practicarla a fin de liberarnos de una mala conciencia.

Y aseguraremos nuestros corazones delante de él. La conciencia de una vida se basará en la seguridad de que guardamos la fe porque es a través de sus obras que sabremos que es genuina. Y algún día, mi conciencia podrá atestiguar ante el Creador que no he cometido adulterio, que he amado a mi hermano y que he procurado asistencia a los

pobres a pesar de haber multitud de aspectos ofensivos, incluso en un hermano.

3:20
Pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas.

Si carecéis de obras, no deberéis carecer de fe. Incluso si falta la persuasión, la fe y la esperanza son mayores. Si os sentís acusados por los ociosos, no debéis desesperaros. La suma y la substancia del Evangelio consiste en que debéis creer y esperar. Aunque nos consideremos sin valor, debemos aceptar el Evangelio y la gracia que se nos ofrece. Incluso aunque nuestra conciencia presente a Dios lleno de ira y por ello nos amedrentemos, aun así «Dios es mayor que nuestro corazón». La conciencia es una gota, la reconciliación con Dios un mar de consolación. Debemos vencer al temor o la desesperación de la conciencia aunque resulte muy difícil. «Dios es más grande que nuestro corazón» y «lo sabe todo», constituye la más grande y dulce promesa, aunque la culpa nos abrume. ¿Por qué Juan no prefiere decir que Él lo ha hecho todo y lo puede todo? Cuando la conciencia nos abruma con nuestras culpas, el hombre se entristece y dice como David en Salmos 40:12: «Me han alcanzado mis maldades y no puedo levantar la vista»; véase también en Salmos 49:6. Entonces un pecador solloza y dice: «No sé lo que debería haber hecho». Pero en oposición a las tinieblas que llenan su corazón, se le dice «Dios lo sabe todo». La propia conciencia nunca deja de sentir temor y nos hace cerrar los ojos, pero Dios es más profundo y sublime que vuestro corazón del que examina las partes más profundas. Nos otorga la luz para que comprobemos que nos ha despojado de nuestra iniquidad. Satanás altera nuestra conciencia incluso cuando hacemos el bien. En el caso de que alguien pueda preocuparse porque no ha celebrado la misa, el diablo es capaz de confundirle y alejarle de los pasajes de las Escrituras que le prestarían coraje respecto a las tradiciones humanas. Entonces, hay que cerrar los ojos y considerar que Dios es mucho más sabio en su Palabra, y que nosotros no podemos ser salvados a través de

obras vanas. El diablo también puede angustiar a alguien que haya abandonado la vida monástica suprimiendo la alegría de su corazón.[35] Pero en estos casos, hay que resistirle porque Dios que os fortalece en la verdad, es más poderoso que el diablo. Como se dice en Mateo 15:9: «Mas en vano me rinden culto, enseñando doctrinas que son mandamientos de hombres». A veces, el diablo interpreta lo mejor de la forma peor, y lo peor como lo mejor; debilita lo bueno y lo hace aparecer como malo. Una carcajada sin importancia puede convertirla en una condena eterna. Pero vosotros tenéis que considerar en todo momento que

Mayor que nuestro corazón es Dios. El corazón no discierne la justicia. Dios lo sabe todo y me enseña lo mejor a través de la Palabra del Evangelio.

3:21
Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios.

La confianza y la condena se excluyen mutuamente. Si tenéis confianza en la gracia de Dios, vuestro corazón no os condenará. El amor no puede calmar vuestro corazón si ama con palabras y con la lengua (v. 18). Pero la fe, victoriosa sobre el mundo y el diablo, os calma como dice 1 de Juan 5:4. A partir de esta realidad, se comprende el motivo de que el diablo nos ataque tanto, se oponga a la Verdad y contribuya con todos sus esfuerzos a que la abandonemos. Si consigue esto, también abandonaremos la fe. Si no puede impedir la Palabra, lucha contra la fe para que no creamos en la primera, la cual se esfuerza en confundir y alterar. Si no puede impedir la fe, procura impedir la oración y empuja a las personas a ocuparse de trabajos sin número a fin de que no puedan orar.

3:22
Y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él.

Esto es, si tenemos confianza, Dios es omnipotente. Por tanto desea que pidamos todo cuanto nos sea de utilidad. Debéis preparar un saco para las cosas que necesitéis. Satanás busca todo cuanto es malvado. Por tanto, debemos orar para que se aparte de nosotros todo lo malo. Dios desea darnos sus bienes a manos llenas sólo con que oremos y pidamos con confianza. Por ello, nuestros corazones han de mantenerse inflamados con la presencia de aquella. Nadie puede orar a menos que cuente con ella.

Dios no siempre otorga lo que se le pide, ni lo hace de acuerdo con el momento, el lugar o la persona solicitante. Pero Juan nos asegura que todo es oído, aunque de momento parezca lo contrario. Incluso cuando Cristo oró por su vida, fue escuchado. La carne no reconoce el momento de la escucha, pero estad seguros de que cada oración es oída y todo lo que pedimos es concedido a pesar de ignorar cómo ocurre. A veces, Dios deja que el mal nos abrume para poderle poner fin. Con ello, ha oído nuestra oración.

Porque guardamos sus mandamientos. Son mandamientos evangélicos concernientes a la fe. Si se observan, no hemos de temer nada. Quien cree, observa sus mandamientos.

3:23
Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado.

El corazón de humana fragilidad es demasiado limitado para aprehender esta gracia, esto es, que el Hijo de Dios murió por nosotros. El mandamiento principal por tanto, es: que debemos creer en el nombre de su Hijo. La segunda parte consiste en amar. Es decir, la suma y substancia es creer en el nombre del Hijo de Dios y en amarnos los unos a los otros. Por tanto, hemos de orar con las palabras de Salmos 119:43: «No quites de mi boca en ningún tiempo la palabra de verdad».

3:24
Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.

En mi opinión, aquí Juan empieza una nueva exhortación a fin de preservar la pureza de la doctrina contra los espíritus que la corrompen.[36] Cuando la Palabra ha sido presentada, Satanás no tarda en alzarse contra ella, ni hay iracundia semejante a la suya cuando asiste al establecimiento de la verdad.

Por el Espíritu que nos ha dado. Porque quien atiende a la Palabra de Dios, es portador de los frutos del Espíritu los cuales le enseñan la forma de aprender que está en Dios y Dios en él desde el instante en que sabe que ha sido invitado, que juzga de forma distinta y que ha sido afectado de manera diferente. Cuando estábamos en el seno del papado, solíamos pensar que las misas y las órdenes eran agradables a Dios y estábamos convencidos de que eran justas y buenas. Sin embargo, a través del Evangelio, llegamos a la conclusión de que sólo Cristo justifica. Por ello, condeno a estas cogullas, me complazco únicamente en la justicia de Cristo y adquiero un nuevo estado de mente, de forma que digo junto con San Pablo en Filipenses 3:7: «Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo». Este nuevo estado mental y espiritual no procede de nosotros, sino del Espíritu que el Padre nos ha dado. Por el mismo Espíritu, concluimos que las sectas y las órdenes son impías y no agradan a Dios. Por otra parte, hay quien desprecia la doctrina pero sigue considerando sagradas sus propias obras y continúa buscando su propia justicia, reacio a sujetarse a la justicia de Dios; es incapaz de asumir la afirmación de que sólo la sangre de Cristo limpia nuestros pecados, ni puede entender que, si la sangre de Cristo es justa en nosotros o nos prepara para la justicia, de ello se sigue que nuestras obras no valen nada. Esta gente carece del testimonio del Espíritu al contrario de nuestros creyentes. Además, podemos ser probados como Pablo lo fue por el mensajero de Satanás (2 Co. 12:7), pero la Palabra permanece pura en nosotros para no perder el discernimiento. En primer lugar, el Espíritu es testigo ante nuestro espíritu inte-

rior (Ro. 8:16) y en segundo, ante el mundo, de forma que decimos como en Salmos 116:10: «Creí, por tanto hablé». Con ello, comprendemos que Cristo mora en nosotros, un reconocimiento que no se desprende de nuestra capacidad perceptiva o de juicio, y mucho menos por confesión, sino a través del Espíritu que Dios nos ha otorgado.

Capítulo cuarto

4:1
Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo.

Nada es más caprichoso que el viento, ni nada más mudable que los falsos espíritus. Notamos que el viento procede del este, pero de inmediato sentimos que sopla del oeste. De ahí que las palabras de Juan sean mucho más poderosas que si hubiera dicho: «No creáis en cada doctrina. Su espíritu les impulsa a atreverse a cualquier cosa y llevados por la locura de la desmesura, nos reprenden diciendo que alardeamos de la letra y de una mente carnal». De ahí que Juan nos recomiende poner a prueba estos espíritus para que no engañen a los hermanos y no les impartan sus enseñanzas. Les probaréis de la siguiente manera: El que quiera enseñar doctrinas nuevas o diferentes ha de haber sido llamado por Dios y ha de confirmar esta llamada con auténticos milagros. Si no lo hace ¡abandonémoslos y que los cuelguen! Por tanto, el nudo de la cuestión se halla en las palabras «probar a los espíritus» porque con ellas se toca al mismo corazón de sus pretensiones con la misma precisión con que se clava una aguja. Es como si dijera: «Vendrán a vosotros los que alardean de poseer al Espíritu, pero sometedlos a prueba».

Porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. Juan ya contaba con cierta edad cuando advirtió que el mundo se estaba llenando con estos malvados maestros. Es realmente deplorable que en tan corto espacio de tiempo, surgieran en la iglesia tantas herejías. Numerosos espíritus aparecieron simultáneamente con la Palabra, falsos apóstoles como los ebionitas, cerintos, nicolasianos y los precursores del Anticristo. Toda una muchedumbre que no habían sido enviados. Pero ¿en base a qué prueba distinguiremos entre el espíritu del error y el de la verdad?

4:2
En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios.

Todo cuanto enseñen, comparadlo con estas palabras de 1 de Timoteo 1:15: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores». Quien concuerde con estas palabras, procede de Dios y todo cuanto no concuerde, nace del padre de la mentira (Jn. 8:44). Primero fueron los judíos los que negaban incesantemente que Cristo se hubiera encarnado, y luego los cerintos que hubiera existido antes de María. Si se encarnó, es lógico que existiera antes de ello. Quien lo niegue, niega que Él es Dios y hombre. De ahí que no proceda de Dios sino del diablo. No es mejor el espíritu del papa al confiar la encarnación de Cristo, para negar a continuación sus frutos, que es lo mismo que negar lo primero. La encarnación de Cristo no tuvo lugar en función de hacerse hombre en provecho propio, sino con el propósito de salvarnos. Quien afirme lo primero, destruye el fruto y la eficacia de su venida. Cristo vino para destruir las obras del diablo (3:8) y para redimir a los pecadores de sus pecados. Pero el papa lo niega. Utiliza las mismas palabras pero niega la eficacia de su venida, esto es, que nuestros corazones deban confiar sólo en la justicia de Cristo y por ello ser justificados.

En sus bulas, el papa condena la justificación únicamente por la justicia de Cristo que, sin embargo, es el efecto de su encarnación. Pablo contradice al papa claramente cuando dice en Romanos 3:28: «Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley». Y nuestro Juan dice en 1 de Juan 1:7: «Su sangre nos limpia de todo pecado». Por tanto, Pedro en 2 de Pedro 2:1 condena a los que «niegan al Señor que los compró». Confiesan al Señor pero niegan que los comprara. Por tanto, de este texto se deduce que el espíritu del papa es diabólico porque niega que Cristo se encarnara, del mismo modo que niega el poder y la eficacia de la venida de Cristo.

También yo he visto algunos espíritus que confesaban el nombre de Cristo, pero le negaban de hecho. Porque decían que creían en Dios pero no en un mediador.[37] Pero yo no tengo nada sin Dios y no puedo pensar en Él sin conocer que Cristo es su Hijo y el Mediador del mundo entero.

Así, hay que empezar con la venida de Cristo y al establecer las causas de la salvación, hay que precipitarse a refugiarse en Él que ha venido con el objetivo de que escuchemos su voz cuando dice en Salmos 40:7: «Aquí estoy». Por tanto, no penséis en Dios sin el Mediador. Considerad cómo se equivoca Felipe cuando dice: «Muéstranos al Padre» (Jn. 14:8). Cristo le dijo: «Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre (Jn. 14:9). Por tanto, permanezcamos fieles de tal modo que le recibamos como al Unigénito encarnado. Él habla a las ovejas perdidas. Sigamos al Pastor, nosotros, que somos las ovejas perdidas. El espíritu de los sacramentistas niegan rotundamente la encarnación de Cristo cuando dicen de Cristo que «la carne no aprovecha para nada» (Jn. 6:63), que el Espíritu lo hace todo y que el bautismo tampoco sirve para nada. Por tanto, no proceden de Dios. Si consideráis al papado, en parte alguna encontraréis la explicación de la causa de que Cristo se encarnara, más bien, tendréis la impresión de tratarse de algo superfluo. Cuando Erasmo discute en una de sus epístolas la causa de la encarnación de Cristo, le convierte en legislador.[38] Los monjes hacen lo mismo. Sin embargo, Cristo vino para redimirnos de Satanás, de la muerte y del pecado, del cual no hubiéramos podido salvarnos sólo con nuestras propias fuerzas. Vino para derogar toda ley, toda justicia y para establecer únicamente la suya. Satanás, es evidente, no puede soportar el contenido de estas palabras por lo que hace todo lo posible para falsearlas. El papa elimina el núcleo del significado de Cristo y deja las palabras. Deja la cáscara y quita la semilla y confiesa la justicia de Cristo de tal modo que no se elimina la nuestra. Pero nosotros sabemos que no existe acercamiento a Dios a menos que, como dice Pablo en Romanos 5:1, seamos «justificados por la fe». Cristo se encarna, pero en Él reside plenamente la divinidad. Dios se nos ha ofrecido en Cristo que se encarnó para estar con nosotros en el bautismo y en la Santa Cena. Todo espíritu que se esfuerce en enseñar que Cristo lo hace todo a través de los sacramentos, procede de Dios, le agrada y agradece oír hablar de Cristo porque entiende que procede de Él y que éste se encarnó. Así hay que avisar: Alerta, ésta es la prueba del espíritu para saber si procede de Dios o del diablo.

4:3
Y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y éste es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo.

Es como si dijera: «Hay muchos anticristos y falsos profetas que niegan la encarnación de Cristo». Pero lo único que mortifica a Satanás es el hecho de que su encarnación sea nuestra, y al comprobarlo, advierte que todo su reino cae en pedazos, el papado, las misas, etc. Nadie se ha introducido en las filas del Anticristo con tanta astucia y destreza como el papa. También los maniqueos, Marción y Valentino afirmaron que la encarnación de Cristo es una fantasía[39] y los fanáticos alegan que la carne de Cristo no sirve para nada. Pero el espíritu del papa es el más sutil. Reconoce la venida de Cristo y sostiene las palabras y sermones apostólicos pero de ellos ha eliminado el núcleo, es decir, que Cristo vino para salvar a los pecadores. De ahí, que haya llenado el mundo de sectas, lo ha convertido en una representación vacía y ha acabado con todo.

Se necesita destreza y astucia para contaminar las cosas bajo la mejor de las apariencias, es decir, afirmar que Cristo sufrió por nosotros y, al mismo tiempo, enseñar que le debemos satisfacción. El resto de los herejes son anticristos en parte, pero el que se muestra contrario al Cristo integral, es el auténtico Anticristo. Así que hay que cerrar los ojos a todas esta enseñanzas y el único pensamiento y camino de justificación al cual hay que aferrarse, es la que tiene lugar a través de Cristo. Ciertamente, hay que hacer buenas obras, pero del modo detallado arriba.

Hemos oído que la única prueba por la cual podemos descubrir y juzgar a todos los espíritus es nuestra atención al hecho de que Cristo, el Hijo de Dios, se encarnó. Heréticos de todos los tiempos han inventado un sinnúmero de argumentos en contra de ello. El espíritu que ahora reina, se esfuerza en alejarnos de esta creencia, es decir, del hecho de que la encarnación fue realizada para nosotros. El diablo, en particular, lo hizo al colocar las Escrituras bajo el poder del papa. Todo cuanto decidía en el seno de su cancillería era de obligación creerlo en la igle-

sia, y todo cuanto el monje soñaba bajo su cogulla, debía ser aceptado por la misma. Mellerstadt dijo: «Dejad que los maestros sean maestros. Debéis escuchar lo que dicen las Escrituras, no lo que dice la santa Iglesia».[40] A Satanás le aterroriza este modo de ver las Escrituras. Se esfuerza en anular todo cuanto toque a la encarnación de Cristo, en especial en las tentaciones más fuertes. Si os tienta invocar a María, la encarnación de Cristo no ha entrado de forma efectiva en vuestro corazón, sino que la ha anulado. Y si creo que Cristo vino para redimirme de los pecados ¿qué hago en un convento? ¿Por qué he de invocar a los santos? Y se dice: «Este es el Anticristo», es decir, el anticristo del que habéis oído. Del mismo modo que Elías fue el predecesor de la venida de Cristo, así el Anticristo precederá la gloriosa venida de Cristo y el «misterio de la iniquidad ya está en acción» como se dice en 2 de Tesalonicenses 2:7. Juan confirma esta declaración, es decir, que el Anticristo gobernará y aunque ya ha advertido su espíritu, anuncia su futura llegada. En realidad, ya ha llegado a través de los primeros frutos de su espíritu. Y el reino del papa, que no es otra cosa que el reino de la injusticia, creció gradualmente hasta exaltarse a sí mismo por encima del reino de Cristo. Hoy día, se da más fuerza a sus leyes que a las de Cristo. Ninguno de los sacerdotes[41] teme a las leyes de Cristo y sin embargo, teme a las del papa. Nadie se ha arrepentido tanto por cometer adulterio, ser envidioso o asesinar como se arrepienten por faltar a las horas canónicas. Al buscar el reino, no hallan otra cosa que reino inalterado del Anticristo. «El cual se opone y se exalta sobre todo lo que se llama Dios» según 2 de Tesalonicenses 2:4, esto es, sobre cualquier dios que sea exaltado o adorado. No veréis adoración mayor que la que se dedica al papa. La obediencia es la forma más elevada de adoración tal como él mismo dice: «Y si su perversidad es tanta que han dejado de obedecer al pontífice hasta el punto de dañar sus almas, etc».[42] Considerad cómo se exalta, como si desdeñar a Dios y otras ofensas no dañaran también al alma. El apóstol consuela a sus discípulos que le dirían: «Querido Juan ¿cómo es posible que aparezcan tantas sectas y espíritus? El Anticristo en persona ya está presente en el mundo, conduciéndolo a los brazos de las innumerables sectas, dado que nosotros somos pocos y ellos muchos». Así que añade el consuelo:

4:4
Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo.

Así distingue Juan a los suyos de los partidarios del Anticristo. Cuando os aferráis a esta enseñanza, es decir creéis en la encarnación de Cristo, procedéis de Dios y moráis en el mundo como en el seno de una batalla. Basta con proceder de Dios, por tanto, los espíritus que no lo sean, no os dañarán.

Y los habéis vencido. Porque sois más fuertes que ellos. Aunque sean muchos, vosotros siendo pocos, sois superiores a ellos. Los de menor gloria mundana son los que se aferran a Cristo, en cambio, las enseñanzas de gran espectáculo atraen a los instruidos, los grandes y los sabios. «Habéis vencido», esta declaración es de suma importancia. Por consiguiente debe inspirar optimismo en quienes la oyen. Parece que esa gente sean los victoriosos y nosotros los derrotados . Por ello, se necesita la fe. No vencemos a través del número o de la fuerza, sino mediante la fe y la Palabra. Considerad cuántos fanáticos hay hoy día. Los herejes siempre son más numerosos que los católicos.[43] Cuando empezaron a aparecer los arrianos parecía que vencían en toda regla, pero aunque nosotros parecíamos vencidos y condenados a abandonar toda esperanza, los católicos y su doctrina verdadera vencieron. Y siguen victoriosos hoy día.

Porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo. Evidentemente, razonan como sigue: «Dado que somos mejores, más numerosos y más sabios, y vosotros no, no sabéis más ni sois más. Por ello, no sois nuestros iguales en ningún sentido». Pero Él que está en nosotros es mucho más sabio, grande, rico y poderoso. Hasta este nivel asciende la sabiduría de Juan. Nos sobrepasan en muchos miles, y todo cuanto tenemos nosotros parece reducido a la nada. Pero no os comparéis con ellos. Comparaos con vuestro Señor y veréis, maravillados, cuán superior es. El rebaño de Israel también era pequeño, de hecho una banda poco numerosa. Sin embargo, el rey de Israel derrotó al rey Ben-adad tal como nos dice 1 de Reyes 20:30. Por tanto, no temáis pequeño rebaño (Lc. 12:32), Cristo está a nuestro lado con un nú-

mero reducido, el diablo está a su lado con una multitud. Nos derrotarían fácilmente, pero no pueden derrotar a Cristo que está con nosotros. Por estar con Él, somos superiores a cualquiera. Sin embargo, nadie sino un creyente lo advierte. Según el juicio de la carne, lo opuesto parece ser verdad. Sabemos lo que dijo Eliseo en 2 de Reyes 6:16: «No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos». El brazo de la carne está con ellos, pero el brazo del mismo Dios está con nosotros, el Hijo de Dios, el Unigénito.

4:5
Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye.

Uno se pregunta por qué no somos oídos nosotros. ¡Tantas veces se les ha comunicado y explicado la verdad con toda claridad y sin embargo siguen escuchando al mundo! El diablo realiza grandes esfuerzos para que no fijen su atención en las Escrituras y se conviertan. Como resultado, fortalece en gran medida su reino. ¿Cómo vamos a pretender regir la tierra cuando nuestro Jefe y todos los apóstoles no lo lograron? Esta es una prueba evidente y ciertamente algo para reflexionar. «Ellos son del mundo»; nosotros somos de Dios. Su discurso es el discurso del mundo, el nuestro es el del Espíritu. Ellos no dicen otra cosa que lo que el mundo sugiere y por ello, al hablar en consonancia con aquel, tienen multitud de oyentes. Cuando nosotros hablamos del Espíritu de Dios, la mayoría roncan. Ninguna herejía es tan absurda que no encuentre oyentes. ¿Se ha predicado alguna vez algo más absurdo que la adoración a Príapo, los genitales masculinos, o que Minerva salió de la cabeza de Júpiter? Los paganos aceptaron y creyeron absurdos como este, de ahí que el diablo sea el dios de este mundo, por tanto, todo cuanto exhale este espíritu, el mundo lo aceptará. Sin embargo, el que está en nosotros, Él, es más grande que nada del mundo, tan profundo es el conocimiento del reino de Cristo. Nuestra razón es incapaz de comprender el motivo por el cual tanta gente se dejó arrastrar por tales absurdos y cómo tantos hombres instruidos griegos y romanos cayeron en el error. Sin embargo,

no hay que maravillarse. Eran del mundo, no de Dios. Por tanto, perseguían cosas mundanales. Los peripatéticos decían que Dios dormía y que no le importaban en absoluto los asuntos mundanales ni humanos. Una afirmación que no lograba otra cosa que afirmar la grandeza del poder de Satanás. Con ello conseguía oyentes de su misma cuerda. El motivo era porque seguían los dictados de la razón que es del mundo, no del Espíritu de Dios. Resulta fácil creer que el pan es pan y que el vino es vino y fácil enseñarlo. Del mismo modo es fácil creer que Cristo no existió antes de María. Todas estas afirmaciones son del mismo género y al concordar con la razón, resulta fácil persuadir a la gente de que son ciertas y más, si se tiene en cuenta que los mismos maestros son del mundo y por tanto predican aspectos mundanales. Por eso tienen oyentes mundanales. Nuestra predicación es de Dios, por esta razón, debemos preservarla.

4:6
Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error.

Nuestra doctrina es de Dios y por tanto prevalece contra las puertas del mundo y del infierno (Mt. 16:18). No guardéis silencio sobre ello, proclamadlo «a tiempo y fuera de tiempo» como exhorta Pablo en 2 de Timoteo 4:2.

El que no es de Dios, no nos oye. Este es el dilema. Presenta dos alternativas: los oyentes son de Dios o del mundo. Los que son de Dios oyen las palabras de Dios, tal como dice Juan 8:47; los que no son de Dios, no oyen la Palabra de Dios. Por tanto, los juzgamos en base de lo que enseñan y oyen. Enseñan o niegan que Cristo se encarnara y sobre esta base hay que reconocerlos. Pero que la multitud no los ofenda. El ladrón clavado en la cruz vio que había sido abandonado al lado de Cristo, pero se aferró a la Palabra con los ojos cerrados y no fue ofendido por los sacerdotes, por el mundo o por la cruz de Cristo, pero dijo, Lucas 23:42: «Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino». Así, también no-

sotros debemos cerrar nuestros corazones a todo, creer únicamente en la Palabra de Dios según la cual Cristo se encarnó y renunciar al mundo.

Somos de Dios. Aquí Juan vuelve a los suyos, Ignora a los herejes a los que el mundo escucha y se dirige a la iglesia en general a fin de que practiquen el amor una vez hayan llegado a la fe. «Esta palabra es eficaz», dice, a fin de que poseáis la certeza de la regeneración.

«De Dios». También esto es eficaz. Esa gente pertenece a Satanás, por esto no nos aman, el amor procede de Dios. Incluso, aunque cediéramos ante ellos, no lograríamos nada. «Si el hombre sabio disputa con el necio, que se enoje o que se ría, no tendrá reposo», dice Salomón en Proverbios 29:9. Y Cristo mismo dice en Mateo 11:17: «Os tocamos la flauta y no bailasteis; os entonamos canción de duelo y no os lamentasteis». A continuación, Juan torna a los herejes y los distingue por medio de una señal infalible.

El que conoce a Dios nos oye, el que no es de Dios, no nos oye. Escuchar a los auténticos enviados de Dios constituye una marca evidente de la verdadera religión, y maldecirlos y repudiarlos lo es del error. «En esto –añade Juan– conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error.»

4:7
Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios.

Este es un texto fácil. Fijémonos únicamente en los receptores en contra de los cuales escribe Juan. Ha tomado como primera señal el oír o el desprecio por la Palabra y como segunda, el amor o el odio al prójimo. A veces, la hipocresía oculta esta señal, sin embargo, es cierto que «aquel que ama, es nacido de Dios y le conoce», y viceversa.

Y conoce a Dios. Esto es, al verdadero conocimiento, el cual posee dos apariencias opuestas y diversas. Ambas son engañosas. La primera imagina a Dios lleno de ira. Sus partidarios, no importa dónde hayan buscado a Dios, no le han encontrado. Su conocimiento es falso porque

conduce a la desesperación. La segunda nace de la presunción al imaginar a Dios dispuesto favorablemente hacia mí gracias a mis esfuerzos y obras. Por tanto, conocer a Dios es creer, temerle y huir del pecado que Dios detesta vehementemente, pero de tal manera que no nos domine la desesperación. Si la ley os cae encima, no os desesperéis. Dios cuida de vosotros, que, por otra parte, debéis confiar en Él, en especial en su misericordia. «Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes» como dicen Santiago 4:6 y 1 de Pedro 5:5. En Salmos 147:11 manifiesta: «Se complace Jehová en los que le temen».

4:8
El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor.

Esta es la señal opuesta a ser cristiano.

Porque Dios es amor. Quienes se sientan agredidos por esta manifestación, no creen en ello aunque es su opinión practiquen el amor modestamente. Al mismo tiempo, están llenos de odio. Pablo habla con frecuencia de ellos. Fijaos en lo que dice. Conocer a Dios es conocer al mismo tiempo su amor. Dios, reconciliado a través de Cristo, nos ama como antes de la reconciliación, cuando lanzó su furia contra nosotros. Por otra parte, desea que le conozcamos como un Padre reconciliado, no como un Juez iracundo. Quien no conozca que tiene un Padre benevolente, no conoce a Dios.

4:9
En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos en él.

Juan demuestra no sólo que Dios ama, sino que es el amor mismo. Es como si dijera: «Si conocéis que Dios es amor, conoceréis que os ha enviado a su Hijo unigénito, que entró en nosotros y nos hizo donación

de cuanto es suyo». Una declaración cierta tal como Pablo establece en 1 Timoteo 1:15: «Es palabra fiel y digna de toda aceptación: que Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores». Este texto tiene claridad y fuerza. Somos pecado y muerte, pero a través de Él, el Hijo, vivimos y somos justos. Si todas las cosas son por medio de Él (Jn. 1:3), se sigue que no lo son por medio de nosotros. Aferraos a esto en oposición a la teoría de la libre voluntad. Todas las cosas son por medio de Cristo; a través de nosotros no hay nada. Esta regla de los apóstoles supera las de Agustín, Benedicto y tantos otros. Más bien, es contraria a las de éstos. Si la salvación y la vida vienen sólo a través de Cristo, se deduce que no vendrán a través de nuestras obras ni esfuerzos, no importa de qué naturaleza sean. Por ello, se consideró de manera distinta a Caín que a Abel, no a causa de sus obras que ambos ofrecían, sino por el tipo de persona que eran. El corazón de Abel era mejor que el de Caín; creía en la promesa que su madre había recibido en Génesis 3:15: «Ésta te herirá en la cabeza», pero Caín se dedicaba únicamente a las obras. Por ello, no es una tontería la opinión que Josefo tenía acerca de la pobreza de los frutos ofrecidos por Caín.[44] Dios no nos contemplará si nosotros no contemplamos a su Hijo unigénito. El énfasis reside en que Juan no dice solamente que Dios envió «a su Hijo», sino que envió a «su único Hijo».

Para que vivamos en él. Se trata de una declaración radical dado que los reinos del diablo en los cuales viven oprimidos los elegidos, se hallan en el mundo. Considerando el inestimable amor de Dios, mostradme una religión que pudiera reclamar un misterio semejante. Por tanto, abracemos a Cristo que nos fue entregado y a su justicia. Consideremos nuestra justicia como abono, de forma que nosotros, habiendo muerto a los pecados, podamos vivir sólo en Dios.

4:10

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.

Esto explica lo anterior. Es como si Juan dijera: «Esto es amor, no que nosotros hayamos amado antes». Considerad, sin embargo, con cuánta diligencia los apóstoles se esfuerzan en eliminar nuestros méritos y obras. Sin embargo, en el tercer libro de las *Sentencias*, aparece una discusión referente a si los santos padres merecían la encarnación de Cristo.[45] Dios prometió sin costo alguno y gratuitamente sobra de amor en todo lo que confirió a los padres y a los profetas. En cuanto a nosotros, hasta ahora no hemos merecido nada de todo esto, ni siquiera antes del tiempo en que odiábamos a Dios, porque todos nuestros esfuerzos, especialmente con los que nos esforzamos para merecer la gracia, son inadecuados y no consiguen nada.

Sino en que él nos amó a nosotros. Cada palabra condena nuestros esfuerzos. Sin embargo, no lo percibimos, lo desdeñamos y las obras tanto morales como de concordancia son meros engaños. Mis obras jamás estarán a la altura de las de Cristo ni tienen el mismo poder. Sólo Cristo es nuestra propiciación. Sin embargo, dicen que hemos de dar satisfacción por los pecados veniales, no por los mortales. Dejémosles en sus engaños y demos la gloria sólo a Cristo.

Y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. El mundo entero desea reconciliarse con Dios aunque unos hayan elaborado un modo de expiación y otros otra. Para nosotros, el Hijo nos fue dado por Dios como expiación nuestra. Quien no lo crea, será preso de la desesperación.

Esto es lo que me temo que les ocurra a nuestros monjes, incluso a los que parezcan más santos. Nosotros percibimos claramente que sus sectas no son sino sectas de perdición porque desean la propiciación mediante sus votos y su especial santidad. Las obras de Cristo, y Cristo mismo, son superiores a las nuestras en las cuales hemos vivido como mínimo 40 años sin haber cumplido nada. Juan desea establecer la realidad de un único artículo, es decir, que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo a través del cual vivimos y que nos ha sido enviado. Satanás intenta acabar con este artículo, un artículo en el que los monjes han errado y si no se han arrepentido, se condenarán como dijo Wycliffe. Me sorprende que lo viera ya en aquel tiempo.[46]

Las órdenes basan la salvación en ceremonias con las que niegan a Cristo en el cual únicamente reside la expiación y la vida. O Cristo se equivoca o se equivocan ellos. Este detalle hay que imprimirlo sólidamente entre la gente porque es el que concentra todos los esfuerzos del diablo. Lo comprobamos en el fragmento del Evangelio, en Lucas 21:8 que declara: «Vendrán muchos en mi nombre diciendo: "Yo soy el Cristo"». Los que basan su salvación en las obras y en las ceremonias adoran al diablo. Poseen dinero de sobras, a los monjes no les falta nada. Cuando el diablo se propone engañar, se disfraza con la apariencia de un ángel de luz (2 Co. 11:14). Así, cuando se propuso engañar a Martín, se le apareció llevando una corona dorada. Martín le replicó: «Mi Señor no me dijo que vendría con tales adornos».[47] Otro buen hermano dijo a un ángel de la misma especie: «Querido ángel, asegúrate de no haberte equivocado, porque no sé que se me haya de enviar ningún ángel celestial». De este modo, Satanás se esfuerza para engañarnos y busca a quien devorar (1 P. 5:8). Debemos caer de rodillas ante Cristo, nuestro propiciador, es decir, orar a Dios confesando que somos auténticos pecadores y que esperamos su bendición. Armaos con las Escrituras en lo que concierne a la justificación que tiene lugar a través de la fe. Yo diría que deberíais recopilar algunos pasajes relativos a la justicia de Dios. Si con ellos aumentáis vuestra confianza, seréis capaces de manteneros firmes; como por ejemplo, después de un acto de fornicación, asesinato u otros pecados. Si Cristo, el Hijo de Dios, es nuestra propiciación, se deduce que las obras de los monjes no lo son. Por tanto, Bernardo hizo lo mejor. Se arrepintió y dijo: «He llevado una vida depravada».[48]

4:11
Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros.

Esta exhortación pertenece al pasaje anterior. Juan siempre procede de la fe al amor al prójimo y de éste, retorna a la fe demostrándolo en base a sus frutos. Otros pueden hacer lo que les plazca, nosotros debemos amarnos los unos a los otros. Las obras de los monjes no aprove-

chan al prójimo para nada. Nosotros obtenemos la mayor de las alegrías del hecho de tener gente a la que amar, la esposa, los hijos, dando gracias a Dios que nos da gente a quien amar. Los monjes desertan de ello entrando en el convento a fin de salvar sus almas. Mientras tanto, dejan de lado al prójimo, sea quien sea. Así en ese redil, no enseñan ni aprenden otra cosa que a servirse a ellos mismos. Por tanto, hemos de sentirnos agradecidos de hallarnos bajo esta luz. Por mi parte, antes preferiría que me condenara el papa Gregorio y el resto de sus cofrades, que el mismo Cristo. Por tanto, esforcémonos en mantener esta pureza.

4:12
Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros.

Esta es una declaración que podría arrojar a la cabeza de todas las órdenes. Quien no ha visto a Dios, no puede enseñar nada más. Juan desea decir: «Hay muchos que alardean de haber visto a Dios y de enseñar la verdad. Cuidado con ellos». «A Dios nadie le ha visto jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» según dice Juan 1:18. Sólo Él y aquellos a los que ha enviado, es decir, a los apóstoles, deben ser oídos, Lucas 10:16: «El que a vosotros oye, a mí me oye y el que a vosotros desecha, a mi me desecha», una doctrina que ha sido confirmada por los milagros y las señales procedentes de los cielos. Por tanto, cuando afirman que hablan por inspiración del Espíritu Santo, debéis exigirles que lo prueben por medio de milagros auténticos, como son la resurrección de los muertos, devolver la vista a los ciegos de nacimiento, etc. De ahí que podamos afirmar que los padres que proclaman reglas y dogmas nuevos, hablan por boca de la ignorancia. Hemos de estar seguros de ello a fin de que cuando el diablo se presente con grandes alharacas, incluso con fingimientos para engañarnos, podamos enfrentarnos a él armados con esta doctrina veraz. Sin embargo, uno puede preguntarse el motivo de que Dios haya dado tanta fuerza al diablo: ha sido para que sea evidente el poder, la majestad y la

fuerza de la declaración según la cual nadie ha visto jamás a Dios. Pablo habla de esto en 1 de Timoteo 6:15 cuando dice: «A quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver», parecido a 1 de Timoteo 1:7 donde dice: «queriendo ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman categóricamente». Y en Colosenses 2:18 escribe: «Nadie os prive de vuestro premio... entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal»

Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros. Amar es un acto externo, pero constituye una prueba de que Dios está con nosotros.

Y su amor se ha perfeccionado en nosotros. De tal forma que puede crecer como dice Pablo en Colosenses 1:10: «Creciendo en el pleno conocimiento de Dios» aunque nunca pensó que hubiera conseguido el amor perfecto. Por mi parte, creo que se trata de un amor sano y sin mancha, el verdadero amor, opuesto a la hipocresía. La conducta de los santos también está sin mancha. El amor es lo opuesto al afecto hipócrita que hemos estado practicando con tanta diligencia hasta ahora. Juan parece querer decir: «El amor de los cristianos es auténtico, no falso ni simulado». Agustín afirma que el amor de los maniqueos era un falso amor,[49] en cuyo caso, podríamos calificar adecuadamente de amor monástico.

4:13
En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu.

Esta es la prueba y señal de que Dios permanece en nosotros. Sin embargo, el Espíritu Santo nos es dado de doble forma: primero oculta y luego abiertamente tal como le fue concedido a Cornelio y Apolos, según leemos en Hechos 20, 18 y 19, que buscaba con tanto afán. Con ello, cada uno de los santos comprueba los primeros frutos del Espíritu: la felicidad; sus pensamientos y palabras relativos a Cristo son sublimes y son felices en Él, le aman. Para ellos, la Palabra es gozo, cosa imposible sin el Espíritu Santo. Por tanto, cada cristiano posee al Espíritu San-

to sin importar lo grande o pequeño que llegue a ser. Si teme a la muerte, si se siente perturbado, se debe a la reacción de la carne, pero la participación en la paz y la serenidad no nace con nosotros. Amar a Cristo, confesar a Cristo, gozar en Él, no ocurre sin el concurso del Espíritu Santo. Confesar la fe, soportar el odio del mundo, sufrir el exilio y la muerte, todo ello es prueba enviada por el Espíritu.

4:14
Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo.

Juan habla de sí mismo y del resto de los apóstoles que vieron a Cristo.

El Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo. Previamente, sin embargo, el mundo estaba condenado. Son inútiles todos los esfuerzos de los hombres y los poderes del libre albedrío. De ahí que Cristo viniera a salvar a los pecadores (1 Ti. 1:15).

4:15
Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios.

La preservación de la pureza de la doctrina es la preocupación principal del apóstol.

Que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. Juan habla en especial contra los cerintos y los ebionitas. Y sin embargo, ¿qué decir de nuestros hipócritas y herejes que se llenan la boca a todas horas con Jesucristo, el Hijo de Dios? No basta con decirlo. Se requiere el Espíritu. «Nadie puede decir: Jesús es el Señor, sino por el Espíritu Santo» como se declara en 1 de Corintios 12:3. Sus bocas se llenan con su nombre pero en su corazón reina el anatema. Confiesan que conocen a Dios pero le niegan con sus hechos y como dice 2 de Pedro 2:1 niegan «al Señor que los compró». Cuando afirman que son cristianos, atribu-

yen la justicia y la salvación a sus obras que venden a otros. Niegan a Cristo en su totalidad junto con lo que nos ha traído, es decir, la justificación y la salvación, atribuyéndoselo a ellos mismos. Los sectarios hacen lo mismo. Niegan el cuerpo y la sangre de Cristo y en cuanto a la última Cena creen lo que les place. Lo que les disgusta, lo rechazan y por ello califican de maldición al Señor Jesús, cuando ha de ser confesado en palabras y obras que es el único Salvador. Quien niegue a Cristo en un punto, necesariamente le niega en los demás y quien niegue un artículo, niega a Cristo. Por tanto, errar es una cosa y otra persistir tercamente en la negación. «Puedo errar –dice Agustín– pero no seré un hereje.»[50] Nuestros sectarios persisten en sus vanas opiniones. A causa de la carne con la que cargamos podemos errar, pero contando con el Espíritu, una vez reconocido el error, no persistiremos en él. Por tanto hay que leer con discernimiento los puntos de vista de los santos padres puesto que también ellos eran seres humanos. Sabemos perfectamente a lo que debemos seguir. Cuando nuestros papistas leen a Agustín que lo atribuye todo a la gracia, dicen que fue demasiado lejos.[51] Como resultado, todavía hoy día, la Iglesia romana no ha aceptado a Agustín. En el caso de los doctores, hay que fijarse qué proporción habita el Espíritu en ellos. Está en ellos si confiesan que Cristo es nuestro único Salvador, no sólo en parte, sino completamente y en todo lugar y no sólo con la boca, sino con el corazón. Si tropiezan no es por el Espíritu de Dios, sino por la carne.

4:16
Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él.

Si el corazón cree realmente en Cristo y en el amor de Dios, es imposible no albergar un sentimiento amoroso hacia Él, que además se refleja en el prójimo. Considerad cuán importante es que Cristo se nos entregue por entero. Él muere para que yo pueda vivir eternamente; no nos dio mil talentos, nos entregó su vida. A través del amor de Dios y de Cristo, hemos llegado al amor del Padre y a amar a nuestro prójimo. Aunque no

veamos a Dios, creemos en Él y le amamos; en la misma proporción que se desconfíe de Él, se dejará de amarle. Nuestros papistas y sectarios carecen de fe, por tanto, no aman. De ahí que nos odien y nos deseen toda clase de males. Pero nosotros amamos a Dios, a quien el mundo no ama.

Dios es amor. Dios no es otra cosa que amor. Siendo todo bondad, sus bendiciones fluyen del amor. Estas palabras tan importantes sólo son creídas por pocos, muy pocos. La mayor parte de nosotros le miramos a través de un corazón duro y amargado y más bien le consideramos como a un juez. Por tanto, el que se halla imbuido con el conocimiento de que Dios es amor, es feliz. La cantidad de letras del enunciado son breves en verdad, pero su sentido es grande y profundo. Sin embargo, la carne es débil y sus ojos suelen estar nublados por un sinnúmero de nubes. Nuestra carne, por su parte, es incapaz de poner ante nuestros ojos otra imagen de Dios que no sea la de juez, por eso los monjes se afanan con sus misas y en medio del gran número de obras que llevan a cabo, se dejan dominar o bien por la presunción o por la desesperación. La carne es incapaz de elevarse. Dios no nos ama por nuestras obras, nos ama a causa de su amor. Por ello, hemos de elevarnos con el propósito de conquistarlo y poder decir las palabras de Salmos 118:17: «No moriré, sino que viviré». Quien posee el verdadero conocimiento de Dios, permanece en Él.

Dios es amor. Son palabras sencillas pero requieren una fe en su más alto grado, la fe contra la cual lucha todo aquello que no pertenece al Espíritu de Dios. La conciencia, el mal, el infierno, el juicio de Dios y todo lo demás, conspira contra nuestra creencia de que Dios es amor y a favor de una imagen que lo presenta como Ejecutor y Juez. Por «mundo» los adversarios de la Palabra y las sectas. Aquí, por tanto, se nos enseña en pocas palabras, que debemos aferrarnos a la fe. En consecuencia, quien tiene un auténtico conocimiento de Dios permanece en Cristo y Dios permanece en él.

4:17
En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo.

Este amor por Dios es tan grande que nos infunde confianza para el día del juicio, en el cual todo el mundo temblará. «He aquí que yo pongo en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa de cimiento estable» (Is. 28:18). Por tanto a través del conocimiento de este amor, tenemos fe con la cual podremos pasar y ser aceptables en el juicio. Cristo nos avisa por medio de la parábola de la higuera en Lucas 21:28: «Erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca». Esto es, la sangre del amor derramada por nosotros, que es más preciosa que los méritos y muertes de todos los santos. Si no consideramos ni tratamos esta sangre en su auténtico sentido, se debe a la educación en la que hemos crecido desde nuestra más tierna infancia en cuanto a la observancia de las tradiciones e invenciones. El diablo conoce la debilidad de la carne, es decir, que no prestamos la consideración debida a la sangre de Cristo. Por tanto, si os hunde el peso de un gran pecado, consolaos con esta sangre de amor. Sin duda, el mundo entero no capta ni la más mínima sílaba de la declaración de que Dios es amor, ninguna religión humana puede sostenerse ante el advenimiento del día del juicio, la confianza sólo puede dárnosla la sangre de Cristo.

Pues como él es, así somos nosotros en este mundo. Esta frase va dirigida contra los fanáticos que dicen: «Cristo es un espíritu» aludiendo a un espíritu sin carne ni sangre. Juan lo niega. Del mismo modo que nosotros estamos en el mundo, Él también estuvo en el mundo. En esta vida nos rodean toda suerte de males. También le rodearon a Él. Pero nosotros tenemos a Cristo que nos libra de todo mal. Esta vida es la personificación de todos los males, pero la carne no nos permite darnos debida cuenta. Así vemos al hombre precipitarse en el crimen, el adulterio, el robo, etc. Si lo sospesáramos cuidadosamente, también pesaríamos la preciosidad de la sangre de Cristo, la sangre gracias a la cual no nos atenaza el terror del juicio de Dios y no tememos su ira ni a la muerte. Convierten a Cristo en un espíritu sin carne ni sangre a fin de minimizar el valor de su sangre ante nosotros. Pero su carne y su sangre siguen beneficiándonos porque Cristo está en nosotros en el espíritu, es decir, posee un cuerpo espiritual. Su carne ya ha dejado de ser física, ya carece de necesidades físicas, no come, no duerme, es espiritual como dice Pablo en 1 de Corintios 15:44: «Hay un cuerpo natural y hay un cuerpo

espiritual». Nosotros, los vivientes, tenemos pasiones mortales y corruptibles. Cristo no tiene ningún cuerpo de este tipo, ni lo tendremos nosotros, sino que es espiritual, es decir, incorruptible que no necesita ni alimento ni abrigo. En ello confiamos.

4:18
En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor.

Juan hace una distinción entre los cristianos. Algunos tiemblan y temen. Carecen de amor. Otros temen pero no tiemblan. En ellos reside el amor perfecto. Sin embargo, Juan habla del temor llamado temblor que quita las creencias al hombre. Todos han de poner a prueba su fe. Si cree en Cristo, tiene amor. Cuanto más firmemente crea, menos temblor sufrirá. Cuanto más débil sea su creencia, más temblará. Algunos apóstoles, incluso Pablo, fueron presa del temor. «De fuera conflictos, de dentro temores» como dice en 2 de Corintios 7:5. Todos los santos temieron a la muerte. Pablo, en cambio, se alegraba en las tribulaciones.

Los cristianos tienen dos tiempos: el tiempo de la guerra y el tiempo de la paz. En el primero, el cristiano resulta afectado de forma muy distinta a como lo es en el segundo, es decir, en el que no ha de poner a prueba su fe, y hay paz entre Dios y su conciencia. Acerca de ello, Pablo dice en Romanos 5:1: «Tenemos paz para con Dios». Es en tiempo de guerra cuando nuestra fe es sometida a prueba. Es difícil alegrarse con las tribulaciones, del mismo modo que Cristo no se alegró. Hay ocasiones en que el mal asalta nuestra confianza y nos quita la paz. Sucedió con Job y con Pablo. De ahí que éste diga que de fuera hubiera conflictos y de dentro temores. Juan se refiere a este tipo de guerra porque todo cuanto se teme se odia. Quien teme a Dios, le teme como a Juez y llega a odiarlo porque no desea ser juzgado, debido a la posibilidad de ser condenado. Juan habla de los cristianos falsos y de los verdaderos. Los hipócritas carecen de confianza y de amor. Los verdaderos cristianos poseen el amor que nace de su confianza. Yo no huyo de

lo que amo. Por tanto, si amo a Dios, no huiré de Él, sino que le acompañaré hacia el Padre. De ahí que igual que ocurre en la guerra, los sentimientos se mezclan, el temblor lucha con el amor, la impiedad con la fe y, en ocasiones, aquella parece vencer. Pero Dios es nuestro apoyo en la debilidad tal como hizo en el caso de Cristo, victorioso incluso en medio de la prueba. «¡Dios mío! ¡Dios mío!» exclama (Mt. 27:46) con una enorme confianza. «No se haga como yo quiero, sino como tú» dice en Mateo 26:39. Por tanto, pone su confianza en la voluntad de Dios.

Perfecto amor. Hay que confesar que también el amor siente temor, en cuyo caso no es sano ni puro ni perfecto. El amor perfecto, por otra parte, elimina el temor porque el amor puro y perfecto mana de la confianza que constantemente se tiene en Dios.

Porque el temor lleva en sí castigo. El temblor reúne en su seno el resumen de los castigos del infierno. Salmos 32:22: «Cuando a ti te clamaba», es decir, temblaba. David se refiere a un temblor violento porque estaba sumido en la desesperación. Es el mismo temblor que se produce cuando se teme el acercamiento de la muerte y del infierno. Sin embargo, no os angustiéis. Las más santas personas lo experimentan. Otros llaman a este juicio el espíritu de la blasfemia o la suspensión de la gracia. Juan se refiere a los cristianos negligentes que les tiene sin cuidado el amor, la muerte y el juicio y no se preocupan de persistir en la fe. Donde reina ésta, es imposible que no la acompañen la paz y la alegría. Conservar la alegría en tiempos de tribulación nace de la fe. Por tanto, los que carecen de una fe verdadera abandonan a sus esposas, renuncian a su fe, o vuelven a los conventos.

4:19
Nosotros le amamos a él, porque el nos amó primero.

En resumen, amemos a Dios, coloquemos el amor de Dios en el interior de nuestros corazones. Si creemos que Cristo es el Hijo de Dios que nos fue entregado, nuestros corazones estarán inflamados de amor por Él.

4:20
Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?

Nótese que los apóstoles consideraban necesario inculcar esta verdad, ya que muchos alardean falsamente de amor.

El que no ama a su hermano. Juan llama hermano a todo el que es digno de amor. Esta es una hermosa razón. Un cristiano ama a su prójimo como a un hermano, no hace distinciones entre personas o cosas, no piensa si a su hermano le servirá o no, si es sabio o ignorante. El mundo ama de modo muy distinto. «La gente juzga las amistades según su utilidad.» Nadie quiere asociarse con los sordos, débiles, ignorantes o ingratos. Cristo amó a todos sin distinción, incluso a sus enemigos. Por tanto, también nosotros debemos amar a nuestros hermanos, incluso a aquellos que no son dignos de amor.

4:21
Y nosotros tenemos este mandamiento de él. El que ama a Dios, ame también a su hermano.

Juan basa su enseñanza en la fe y el amor porque sabe que son los dos aspectos más atacados por Satanás. Por tanto insiste en lo que siempre se inculca, y repite una y otra vez lo que antecede. Concuerda con el estilo de Juan escribir y repetir lo mismo dos o tres veces lo más saludable y provechoso, es decir, que hemos de creer y amar sinceramente.

Capítulo cinco

5:1
Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él.

Como puede comprobarse, el apóstol vuelve una y otra vez al tema de la fe y del amor. A través de la necesidad, comprobó que muchos cristianos se tornaban indiferentes y que otros regresaban a las vanas doctrinas. Si se conservan la fe y el amor, Satanás habrá sido conquistado, en caso contrario, es el diablo quien conquista.

Que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios. Dado que los herejes son tantos y de tan distinta especie, Juan se les enfrenta de formas diferentes. Este pasaje se dirige en primer lugar a los judíos que aún esperan la venida de Cristo y niegan que haya llegado. Asimismo, los montanistas y otros, niegan que nosotros hayamos recibido el Espíritu Santo o quizá sólo los primeros frutos de éste, y que ellos, en cambio, han recibido su plenitud. Los que afirman tener la plenitud del Espíritu enseñan aspectos peores que los que aseguran lo contrario. Así, los montanistas y los papistas afirman repetidamente que han recibido la plenitud del Espíritu aplicándose[52] las palabras de Juan 16:12: «Aún tengo muchas cosas que deciros», cuando el Salvador se refería a la reunión de sus discípulos con ocasión de la llegada del Espíritu Santo el día de Pentecostés. Nuestros sacramentarios son gente de aquella especie. Enseñan que el pan es pan y es evidente que consideran este aserto mucho más cierto y sabio que lo que la unción enseñó a los apóstoles, es decir, que el cuerpo de Cristo está en el pan y su sangre en el vino.

También alardean de conocer los misterios y las cosas ocultas, es decir, lo que es el Tabernáculo de Moisés y el tipo de ropas sacerdotales de Aarón;[53] afirman que todo esto no se comunicó ni se reveló a los

apóstoles; opinan que el Espíritu Santo sólo se reveló en parte, no en toda su plenitud, sino que se lo reveló a ellos y que su Espíritu es muy superior a los de Wittenberg. Pero nosotros replicamos que nuestra salvación no descansa en estas cosas tanto si se las conoce como si no. Sin embargo, no saben nada, y sus escritos son testigos de ello, ni de lo que se ha revelado, ni de dónde se halla la suma y substancia del cristianismo. Son incapaces de discutir todo cuanto se refiera a la fe y al amor. En cambio, Cristo testifica en voz clara que se nos ha dado a conocer todo cuanto es necesario para la salvación. Por eso en Juan 15:26 se dirige a los suyos: «El Espíritu... dará testimonio acerca de mí», y en Juan 15:15: «Porque todas las cosas que le oí a mi Padre, os las he dado a conocer». Y en Hechos 20:20, 27 Pablo dice: «Y cómo no me retraje de anunciaros nada que fuese útil y de enseñaros públicamente y por las casas. Porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios». Con esta declaración, Pablo anuncia al mismo tiempo que todas las Escrituras se han cumplido.

De lo que se careció en aquel tiempo, también carecen los que hoy día afirman que el Evangelio aún no se ha cumplido. Carlstadt es uno de ellos. Afirma que aún no se ha revelado el tipo de vestimenta sacerdotal. Así no hace otra cosa que hablar tonterías e ignora la suma y substancia del cristianismo relativo a la fe y al amor. Hay que estar alerta en lo que se refiere al diablo y a sus espíritus, no hacerlo significa caer ciego en sus garras. El pecado desde el principio, o miente o mata, con lo primero elimina la fe y con lo otro el amor. Donde se le resisten en pro de la verdad, no reposa en su lucha. Donde halla una casa vacía sin fortificar con la protección de la Palabra de Dios, no descansa hasta que la ha conquistado. Sólo entonces reposa.

Y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él. Juan habla de Cristo con otras palabras que dicen lo mismo; y lo hace con el propósito de atacar a los que afirman: «Nosotros, como los arrianos, sólo buscamos la gloria de Dios». Pero es imposible amar al Padre si no se ama también al Hijo a quien engendró desde el principio de la eternidad. Quien niegue que el Hijo es Dios, ni siquiera tiene al Padre, como dice 1 de Juan 2:23. Así, los judíos tampoco honran al Padre porque niegan a Cristo y no le honran. Por ello tam-

bién ahora dicen los fanáticos: «Buscamos la gloria de Dios, vosotros mentís». Uno se pregunta qué quiere decir la gloria de Dios. Replican que Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre y que por esta razón no se halla en el pan. Esta respuesta significa establecer la gloria de Dios en base al juicio humano. ¿No fue por la gloria de Dios que Cristo colgó de la cruz y murió por todos nosotros, como se dice en Romanos 5:8? ¿Y no se evidencia la gloria de Dios en el hecho de que engendró un Hijo de la misma majestad y gloria, un Hijo del que leemos en Mateo 28:20 que está con nosotros hasta el fin del mundo?

5:2
En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos.

Aquí Juan distingue entre los herejes y los cristianos. Los primeros no aman a Dios porque no reconocen a Cristo y, al no creer en Él, no guardan sus mandamientos. Para Juan, guardar los mandamientos de Dios es creer, aparte de referirse a los mandamientos de los Evangelios que en modo alguno son gravosos. Pero los cristianos aman a Dios y cumplen con sus mandamientos. Así, dice, se confunde a los que, falsamente, se arrogan este nacimiento a ellos mismos, y se fortalecen nuestros corazones y aumenta nuestra confianza. Si creo en esto, no maldigo a nadie, no odio a nadie, simpatizo con los afligidos y angustiados y tenemos el testimonio de nuestra conciencia de que somos hijos de Dios.

5:3
Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos.

Es decir, el amor con el que Dios nos ama.

Que guardemos sus mandamientos. Esto es, si creemos en Cristo Jesús y amamos a nuestro prójimo. Quien sienta esto, se consuela y po-

see un buen testimonio. Si amáis a Cristo, no confiaréis en otra cosa que en sus méritos. Sin embargo, el diablo se esfuerza para privaros de este convencimiento. Yo sé perfectamente cuándo me muestro misericordioso o irritado, pero cuando llega el momento de la prueba, la confianza se me desvanece, pero la confianza en Cristo es la única que no desaparece. Es una Roca y quien se halle en ella, no será confundido.

Y sus mandamientos no son gravosos. Este pasaje ha sido causa de innumerables discusiones en las universidades arguyéndose sobre si la ley de Moisés resultaba más o menos gravosa. Por lo que concierne a la ley, es severa por ambas partes. Moisés dio la ley pero Cristo la explicó, la justificó y la cumplió a través de su obediencia. La severidad de la ley era tan enorme que llevó a Jesús a la cruz. Aquí, sin embargo, Juan habla del Nuevo Testamento y se refiere a los mandamientos del Evangelio que no son gravosos. Por esta razón Cristo dice en Mateo 11:28, 30: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados y yo os haré descansar... porque mi yugo es cómodo, y mi carga ligera». Ligera porque recibís a Cristo, esto es, al cordero que quita los pecados del mundo (Jn. 1:29) en la fe. Tener a Cristo es tener al cordero que quita nuestros pecados y nos envía al Espíritu Santo para que pueda darnos descanso y consuelo. Por tanto, busquemos a Cristo, creamos en Él. Todo está contenido en la palabra «creer». Creer es aferrarse a Cristo con todo el corazón y sin dudas.

Nuestros espíritus fanáticos no lo hacen. Por tanto, no tienen fe. Incluso en nuestro tiempo, hay algunos hombres, y no son de escasa importancia, que empiezan a dudar de que Jesús sea Cristo. Así, los hipócritas turcos han perdido a Cristo, impulsados por sus propias opiniones. Le han honrado como el mayor profeta equiparable a Mahoma, comparten la fe con los ebionitas y los arrianos y mantienen en parte el Antiguo y el Nuevo Testamento, además de conservar el lujo y las profecías de Mahoma y de todos sus profetas de los cuales disponen de un buen número. Pero esta fe es obra del diablo. Por ello, debemos cuidar con gran celo de no perder a Cristo en el cual lo tenemos todo y al mismo tiempo «en quienes están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» como se dice en Colosenses 2:3.

Y sigue diciendo: «Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad» (Col. 2:9). Quien ama al Hijo, ama al Padre. Lo que uno hace por el Padre, lo hace por el Hijo, porque ambos son uno. Pero los herejes siguen insistiendo en que buscan la gloria de Dios y utilizan este pretexto diciendo que aman a Dios a quien temen a despecho de negar a Cristo que reconcilió a Dios con nosotros. Quien no cree en el Hijo, deshonra al Padre y al Hijo en este y todos los puntos. También Maniqueo [Mani] decía que buscaba la gloria de Dios, declarando que era impropio de Dios sufrir en la cruz. No aceptaba el mandamiento del amor. Era el mismo hombre que negaba que el Hijo de Dios viniera en carne y que odiaba a los hermanos. Yo me limito a creer que Jesús es el Cristo y no odio a mi hermano, sino que le profeso un sincero amor. Por tanto, poseo en mí mismo la señal de que amo a Dios.

Pero en oposición a esta confianza, el diablo lucha con todas sus fuerzas y con gran inquina contra el don que nos ha sido dado. Pero es inútil discutir con él. Hemos de limitarnos a decirle: «¡Fuera!» como Cristo hizo en Mateo 4:20. Hay que vencerle con las Escrituras, no con la razón. Debéis acudir al nombre del Señor que es un «castillo fuerte», como dicen los Proverbios 18:10. Esto no satisfizo a Müntzer que quería oír una voz viva hablándole desde los cielos; de este modo escupía a Cristo porque, según él, no le enseñaba nada. Ignoraba la maldición que Pablo pronunció contra revelaciones nuevas en Gálatas 1:8. «Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar» dice en 2 de Timoteo 3:16. Y en Romanos 15:4 declara: «Las cosas que se escribieron... Para nuestra enseñanza se escribieron a fin de que por medio de la paciencia y de la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza».

5:4
Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo. Nuestra fe.

Aquí se describe la batalla contra la doctrina ya que a la doctrina de Dios nunca le faltan persecuciones, al contrario de la doctrina de los hombres. Nosotros lo hemos visto más claro que la luz en el caso del

supremo pontífice, las universidades y nuestras religiones, las cuales, cada vez que han estado en guerra, ya sea con los turcos o entre ellos mismos, la causa han sido los bienes temporales. En cambio en mil años no han sufrido ningún ataque relativo a su doctrina. Nos hallamos sumergidos en una batalla no contra un príncipe o el emperador, sino contra todo el mundo. En todas partes abundan las armas espirituales del mal con las cuales ataca a diestro y siniestro a los ministros de la Palabra. Por esta razón tenemos tantos adversarios, no sólo los fanáticos, sino los príncipes, los papas y los reyes de todo el mundo junto con sus partidarios. ¿Quién los vencerá? El que es nacido de Dios, dice Juan y se logra a través de la fe en Cristo que es la victoria. ¿Y cómo puede un vaso tan frágil vencer a Satanás, el dios del mundo? (2 Co. 4:4). Porque Dios es el más grande. Triunfa en nosotros a través de Cristo (2 Co. 2:14). De ahí que toda la gloria de la victoria se atribuya a Dios mismo, no a nosotros. Somos demasiado insignificantes para eso. Se requiere la Palabra de Dios, la Palabra que promete y extiende la gracia a todos los creyentes, de modo que aun cuando soporten pruebas tan duras y tantos y tan astutos espíritus los abatan, les da alientos para luchar y salir triunfantes. Ser nacido de Dios es creer en Jesucristo; quien cree en Él es un guerrero. «Vence», dice San Juan, no «es vencido». Seguimos luchando y seguimos con la posibilidad de salir victoriosos. Por ello Cristo nos exhorta a diario. «Sé fuerte en el Señor», dice, «y lucha contra la vieja serpiente», la serpiente que introduce las mentiras, las herejías y a todo cuanto mal asistimos en la actualidad. Así ha sido desde el principio. Dios nos ha puesto en medio de los lobos, en el mismo reino del diablo y como armas nos ha dado su Palabra y al Espíritu Santo, diciéndonos que nos comportemos como bravos luchadores bajo sus órdenes, como Príncipe que es Él mismo, poderoso y vencedor.

Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. Estas son nuestras principales armas, no esta o aquella vestimenta o adorno, ni la abstención de determinados alimentos, o ayunos frecuentes y ni siquiera hacer daño al cuerpo, aunque Jerónimo y Erasmo nos lo recomienden como cosas principales. Ellos dejaron de lado la fe que es fuente de victoria. ¿Qué clase de victoria demuestra la vida de Jerónimo, cuando después de ayunar dos o cuatro días, casi pierde el juicio imagi-

nando que tomaba parte en una danza de doncellas romanas? La experiencia nos ha enseñado los inconvenientes nacidos de los ayunos repetidos y el peligro de locura que ocasionan abstenciones demasiado prolongadas. Con ello, sin embargo, no abogamos por ningún exceso en comer o beber, sino que con el apóstol Juan, digo que no es la templanza sino la fe la que vence al diablo y al mundo y sólo quien es sobrio puede meditar fructíferamente en la Palabra de Dios. Quien come y bebe en exceso, difícilmente está preparado para recibir la fe o la posibilidad de ninguna victoria.

Las tentaciones son múltiples. Este hombre no puede creer en la inmortalidad del alma, otro que Jesús sea el Hijo de Dios y algún otro que haya un dios que quiera ser propicio. Esta fue la tentación con la que el diablo probó a Cristo cuando le dijo: «Si eres Hijo de Dios, échate abajo» (Mt. 4:6). La mayor tentación a la que se sometió a Cristo fue la de no creer que Dios estaría a su lado en los momentos de aflicción. Ya sabemos que las mayores tentaciones son las que implican la desconfianza o la desesperación, en cuyo caso, más bien deberían llamarse sufrimientos, no tentaciones. «Échate abajo», dijo el diablo, «demuestra qué Dios tan misericordioso tienes. Podría enviar un ángel inmediatamente pero no lo hará y, sin embargo, debería cuidar de ti». Así Satanás se burlaba de Cristo con la peor de las intenciones, pero Él poseía la Palabra, de otro modo, hubiera sido vencido. Y dijo: «No tentarás al Señor tu Dios» (Mt. 4:7). Y cuando luchó con aquella armadura fue cuando el diablo le dejó.

Por encima de todo, un cristiano ha de creer la misericordia y la bondad de Dios a través de Cristo, que de esta forma le defiende y le salva. Muchos se han destruido a sí mismos a través de la abstinencia y al mismo tiempo han perdido la vida y los miembros. Incluso nosotros lo hemos experimentado.[54] Hay que dar al cuerpo lo que éste necesita, nada superfluo, empero, y hay que luchar sin cesar, pero con la Palabra y la fe. Así hay que combatir al mal. Ninguna regla monástica enseña la fe aunque se den otros remedios con los que resistir al diablo. En Agustín encontramos muy poca fe, en Jerónimo ninguna. Ninguno de los antiguos doctores es sincero hasta el extremo de enseñar la fe pura. Suelen comentar las virtudes y las buenas obras pero muy raramente la fe.[55]

Hubo un tiempo en que yo también creía que los cuatro capítulos de la Epístola a los romanos no servían para enseñar y que sólo los siguientes que exhortan a practicar las virtudes eran eficaces. Pero fui iluminado por la gracia de Dios aprendiendo en los primeros capítulos de Pablo todo lo referente a la justicia de Cristo que nos hace cristianos y de los últimos capítulos aprendí cuáles son las señales y ornamentos de un cristiano.

5:5
¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

Se entiende por el mundo, el diablo y la carne y todo cuanto nace del mal.

Sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios. Vence la fe, no los esfuerzos, no vuestra vida, no huir del trato con mujeres. La mayoría de los que huyen de las mujeres y se refugian en el desierto, sufren grandes tentaciones, por lo que hubiera sido mucho mejor para ellos vivir con una mujer en el seno de un honorable matrimonio.

5:6
Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad.

Este pasaje parece algo oscuro. Ciertamente, Juan emplea este texto con el propósito de aclarar el modo como Cristo vino a nosotros para que pudiéramos creer en Él. Pero dijo que nuestra fe vence al mundo (v. 4). Además, la fe es la creencia en Cristo. Juan, sin embargo, va más allá y nos comunica la fuente y los medios a través de los cuales llegamos a tener la fe. De forma parecida, Pablo dice en Romanos 10:13: «Todo aquel que invoca el nombre del Señor, será salvo». Y sigue procediendo

paso a paso. «¿Cómo han de creer?», pregunta (v. 14) y finalmente se detiene en la Palabra, fuente de la fe. Se dirige contra nuestros fanáticos que tildan a la Palabra de insignificante. Nosotros, dice Juan, no venimos para ser los primeros en acercarnos a Él. Si Él no viene primero a nosotros, jamás podremos llegar a Él. Una oveja perdida no busca al pastor, un pecador por naturaleza obra del mismo modo. «Fui hallado por los que no me buscaban» se dice en Isaías 65:2 y en Romanos 10:20, a fin de que nadie pueda adjudicar la gloria a sus propios esfuerzos, sino aprender a conocer lo que es la misericordia de Dios. «El que vino», es decir, a nosotros. La pregunta es de qué manera.

Mediante agua y sangre. Se explica de varias maneras.[56] La mayoría de los intérpretes centran su atención en los dos sacramentos porque del costado de Cristo manó agua y sangre. Aunque esta explicación no me gusta, lo tomo como alusiva al bautismo siempre y cuando se aplique del modo debido, de forma que la sangre de Cristo nos salpique. También a la sangre se la toma de dos maneras. Primero es vertida físicamente y a continuación espiritualmente como dice Pedro en 1 de Pedro 1:2, en el caso de los santos con el rociado de la sangre de Cristo. Esta es su aplicación, el valor de lo que ha sido derramado. Él viene a mí a través de la Palabra y es recibido a través de esta y de la fe. Y así, la sangre rociada físicamente, me limpia y me lava espiritualmente. Este es el significado, es decir, que la sangre de Cristo se aplica y se distribuye con justicia. Pero Cristo no viene sólo a través del agua, sino del agua unida a la sangre, esto es, a través del bautismo teñido por la sangre. De otro modo, esta carece de valor a menos que creáis que se ha vertido por vosotros.

Porque Juan vino sólo por agua cuando bautizaba en el Cristo que había de venir. Aun así, él también vino por sangre, porque el agua del bautismo es santificado por la sangre de Cristo. Por tanto, no es únicamente agua corriente, sino teñida con la sangre de Cristo la que nos es dada a través de la Palabra, que trae con ella la sangre de Cristo. Por ello, se dice que somos bautizados en la sangre de Cristo y que somos limpiados de los pecados. El agua sola no lo hace. Con este texto, se condenan todos los esfuerzos y poderes humanos. El Anticristo viene con ellos, pero la sangre de Cristo no le aprovecha en absoluto. También los judíos vienen con sus ceremonias, pero la sangre de Cristo tampoco

les aprovecha. Pero los que le siguen, vienen a través del agua y de la sangre, esto es, a través del bautismo, con lo que entran en el reino de Cristo. Por tanto, los nuevos espíritus que ridiculizan el bautismo e inventan nuevos modos, están absolutamente sumidos en el error. Le llaman «un baño de perros»[57] lo cual no es sorprendente. Ellos sólo cuentan con agua, nosotros tenemos además la sangre.

Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad. Aquí el texto nuevamente variaba porque es posible que por un error en una traducción antigua se pusiera la palabra «Cristo» en lugar de «Espíritu». En verdad, Cristo viene a través de la sangre y del agua, pero hay que añadir una cosa, a saber, que independientemente del modo como se predique el Evangelio, no se acepta a menos que el Espíritu se halle presente. Por tanto, dice Juan: «Es el Espíritu el que da testimonio en nuestros corazones; porque el Espíritu es la verdad». El agua y la sangre están presentes. Nunca cesa su distribución; mientras el Evangelio se preserve, esta distribución dura, pero no se acepta sin la presencia del Espíritu. Esta proclamación sola y ninguna otra, es el vehículo del Espíritu. En verdad, se trata de la Palabra de gracia y salvación tal como se dice en Hechos 10:44: «El Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el mensaje».

Porque el Espíritu es la verdad. Por metonimia,[58] Juan llama a la Palabra Espíritu porque la Palabra procede del Espíritu Santo como dice en Juan 6:63, ya que no es un escrito común ni una palabra humana, sino que se halla henchida del Espíritu. Los fanáticos dicen: «La letra no beneficia, las cosas externas no concluyen nada». Juan habla contra éstos cuando llama «el Espíritu» a la Palabra. Por tanto, cuando esta, que nos ha redimido a través del bautismo y la sangre, se proclama en su forma pura, cuando se ha oído todo cuanto concierne a la misma, a la sangre y al agua, el Espíritu es testimonio de que la Palabra procede del Espíritu de la verdad y que ella misma es la verdad. Y cuando se ha recibido al Espíritu, el corazón posee la certidumbre y la confianza.

5:7

Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: El Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo; y estos tres son uno.

Los libros griegos no incluyen estas palabras, sino más bien parece que los católicos insertaron este verso a causa de los arrianos,[59] porque cuando Juan habla de testimonios, se refiere a los de la tierra, no a los celestiales.

5:8
Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; los tres concuerdan.

Según el texto griego, los tres testimonios «son uno». En alemán diríamos «y estos tres se pertenecen mutuamente» (*und die drey dinge gehören zu sammen*)**.** El agua y la sangre –y mucho menos el Espíritu– no son una misma cosa, sino «uno», se pertenecen mutuamente (*sie gehören zusammen*). Así Pablo dice en 1 de Corintios 3:8: «El que planta y el que riega son una misma cosa», trabajan juntos. Así el agua no puede ser proclamada sin la sangre, ni esta se da sin el agua del bautismo. Además, ambas no vienen a nosotros sino a instancias del Espíritu Santo que está en la Palabra. Por tanto, las tres no pueden separarse porque conforman una misma cosa.

Observad cuán miserablemente esos espíritus bajos mutilan este texto. Juan unifica los tres, ellos los separan. En el bautismo están la sangre y el Espíritu. Si sois bautizados con agua, la sangre de Cristo se rocía a través de la Palabra. Si sois bautizados en la sangre, al mismo tiempo sois lavados con el Espíritu Santo a través de la Palabra. Por tanto, los tres deben aceptarse como testimonios, ya que cada uno acompaña constantemente a los otros, y a través de la Palabra tiene lugar una inmersión diaria y un bautismo perpetuo, además de un perpetuo vertido de la sangre de Cristo y del Espíritu Santo, una limpieza continua de los pecados. Aunque sólo hayamos pasado la inmersión una sola vez, el bautismo tiene lugar a diario hasta habernos lavado por entero y ser presentados a Dios como una iglesia gloriosa, tal como dice Pablo en Efesios 5:25-27: «Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla habiéndola purificado con el lavamiento del agua por la palabra a fin de presentarla él a sí mismo como una iglesia gloriosa». Así hemos sido

lavados por el agua, la sangre y la Palabra del Espíritu y así hemos sido salvados.

En el último sermón[60] se nos ha explicado la forma en la cual la fe o el Espíritu de nuestra victoria viene a nosotros, es decir, a través del testimonio, o sea, del Evangelio o de la Palabra. Quien se proponga ser justo mediante cualquier otra cosa, se engaña a sí mismo. La Palabra se proclamó después de que los apóstoles hubieran sido enviados. No hicieron nada en el mundo ni testimoniaron nada que no fuera la Palabra. Así, actualmente, el Espíritu es testimonio únicamente a través de las palabras de los apóstoles. Según ello, Juan procede de este modo y nos exhorta a tener fe y a aferrarnos firmemente a ellas como testimonio al cual convergen todas las cosas.

5:9
Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo.

Aquí Juan argumenta de menor a mayor.[61] Dado que ya os he transmitido el modo de adquirir la fe, ahora debéis observarla. No hay nada que Satanás ataque más que este testimonio. A este apunta todo su armamento a fin de impedirnos su conocimiento. Aceptamos el testimonio de los hombres, es decir, creemos en hombres que testifican tal como establece la ley en Deuteronomio 17:6: «Por dicho de dos o de tres testigos». Pero ¿qué son todos los testimonios de los hombres al lado del testimonio de Dios? En cambio, no sólo aceptamos el testimonio de los hombres, sino que aceptamos incluso el de los herejes; creemos en los detractores, etc. En cuyo caso ¿por qué no aceptamos el divino? Aparece un argumento similar en Gálatas 3:15 donde leemos: «Un pacto aunque sea de hombre, una vez ratificado, nadie lo invalida».

Porque este es el testimonio de Dios. Juan habla del testimonio que os hemos anunciado.

Que Dios ha testificado acerca de su Hijo. La entera función de nuestra predicación es establecer este testimonio concerniente al Hijo de Dios en los corazones de los hombres. Pero Satanás emplea todas sus trampas para negar que Cristo sea el Hijo de Dios. Así lo niegan los fanáticos ya que también niegan sus palabras. Por ello, Juan hace hincapié sólo en este para que podamos creer que Cristo es el Hijo de Dios. Si yo lo creo, creeré que la Palabra de Dios es verdad y que no miente.

> *5:10*
> *El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo.*

Aquí, Juan deja claro que aceptar el testimonio es creer y quien acepta el testimonio de Dios, cree en el Hijo de Dios. Quien lo rechaza, no cree y no posee en sí mismo el testimonio concerniente al Hijo.

El que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso. El apóstol parece estar empleando un montón de palabras inútiles, sin embargo son necesarias. Establece el peligro que existe en no aceptar al Hijo, ya que quien lo hace, hace mentiroso a Dios, lo cual es terrible. Los fanáticos hacen a Dios mentiroso a fin de quedar ellos como veraces. Esto os muestra la naturaleza de su enseñanza. Es evidente que nos urgen a abandonarlo todo y profesar sólo al Espíritu, abandonando los elementos del mundo (Gá. 4:9) y dedicarnos a la piedad. Así, con palabras engañosas, descarrían a la gente. Además, estas palabras «éste es mi cuerpo» no son elementos del mundo. Hacer de Dios un mentiroso es privarle de su divinidad y en cuanto esto se ha conseguido, el camino está abierto para convertirle en el representante del mal. Atribuirse a uno mismo la verdad, es abrir el camino a hacerse uno mismo Dios. Terrible.

Aterrorizan al que no está seguro de enseñar temas divinos especialmente en lo que toca a la doctrina de la fe. En lo tocante a las obras, tropezar no es tan peligroso. Si las bases se mantienen sólidas, seréis

capaces de volveros a levantar. No creer en el Hijo es correr un gran peligro porque equivale a decir mentiroso al Padre en su misma cara. Negar la verdad de Dios, es negar su divinidad. No creer en el Hijo es lo mismo que no creer en el testimonio del Padre concerniente al Hijo, como hicieron los arrianos y Cerinto. «Tomad y comed» son unas espléndidas y sencillas palabras utilizadas por Cristo sin metáfora alguna. Y sin embargo, no lo creen y al hacerlo, niegan al Hijo; porque cuando yo digo «lo que decís no es cierto», estoy diciendo al mismo tiempo: «no es cierto que seáis Dios». Así tropiezan los herejes contra esta piedra.

Si dicen: «Estas palabras no son ciertas de acuerdo con la letra», yo respondo «el diablo ha hablado por ellos». Son gente maldita. ¡Ojalá Nuestro Señor los deje caer! ¡Ojalá proteja nuestro sendero para evitar nuestra caída! Si nos aferramos al fundamento y al testimonio, fácilmente podremos volver a levantarnos de todas las trampas del diablo. Los que pecan gravemente en otros aspectos, llegará un día en que lo reconocerán y hallarán el remedio, pero si no se tiene conocimiento del error ni del pecado, no hay remedio que valga. Este es el mayor peligro para el alma. ¡Cuidado!

5:11
Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo.

Este pasaje de exhortación tiene que ver con las ventajas, del mismo modo que el anterior tiene que ver con el peligro y el daño. Si aceptáis este testimonio, poseeréis la vida eterna. No es pretensión o hipocresía. Se trata de un asunto serio. No es un testimonio que alardee del propio esplendor ni que otorgue la vida eterna a quien crea en el testimonio del Padre concerniente el Hijo. Es de suma importancia que la divinidad de Cristo sea preservada y que nosotros alcancemos la vida eterna. Cada falso doctor o maestro intenta borrar la divinidad por medios maléficos y coloca al diablo en el lugar de Dios. Cada uno de ellos es causa de idolatría y de condenación eterna y logra alejar a Dios no porque logre

perjudicar la naturaleza de éste, sino porque consigue sacarlo de los corazones de los hombres. Por ello Pedro en 2 de Pedro 2:1, 10 dice de ellos que son atrevidos y que no vacilan en introducir sectas blasfemas. ¿Cómo da Dios la vida eterna? En su Hijo.

5:12
El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.

Por tanto, si deseáis la vida eterna, es necesario que tengáis al Hijo. Si deseáis al Hijo, es preciso que tengáis el testimonio del Padre concerniente al Hijo. Y así, nuestra vida entera, consiste en aferrarnos al testimonio del Padre concerniente al Hijo. Pero la verdad está en el Hijo, y si el Hijo es nuestra vida, es necesario que sea el verdadero Dios. Pero del mismo modo que los fanáticos inventan glosas inexistentes, así en una ocasión, los arrianos –en cierta epístola que tiene toda la apariencia de ser católica– lo atribuyeron todo al Hijo de Dios, pero negaron que fuera Dios en su esencia. Leed los libros de Hilario relativos a la Trinidad.[62] Quien recibe la vida de otro, ha de poseer su esencia ya que de él ha recibido la existencia. No se condena nadie por no creer en un hombre, pero el que no crea en el Hijo de Dios lo será y quien crea, se salvará. Por tanto, aquel en el cual creemos ha de ser el verdadero Dios. Dios sólo puede buscarse y conocerse a través del testimonio; no aceptar la manera en la que Dios desea ser hallado e imponer la propia, es hallar al diablo, no a Él. Hemos de cuidar la preservación de este testimonio ya que conocemos el peligro y el beneficio.

5:13
Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis la vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios.

Esto, dice Juan, pertenece a todas las doctrinas y exhortaciones a fin de que nuestra conciencia se persuada de que tenemos una vía segura que nos conducirá a la vida eterna. Pero como nuestro corazón es demasiado angosto, es incapaz de comprender estas bendiciones de Dios a menos que se ejercite y se le exhorte continuamente. En 1 de Corintios 2:9 se dice: «Cosas que el ojo no vio ni el oído oyó. Ni han subido al corazón del hombre. Son las que Dios ha preparado para los que le aman». Si apenas somos capaces de entender las cosas terrenales ¡cómo vamos a lograrlo con las celestiales![63] Por ello se nos ha dado al Espíritu a fin de ayudarnos a entender todo cuanto nos ha sido presentado por Dios y nada contribuye tanto a lograr su comprensión como la cruz y una práctica asidua.

Contrariamente al sentir de la mayoría de los hombres, yo estoy convencido de que viviré para siempre aunque hasta que llegue aquel día, vea que los gusanos me consumen. Debo creer y estar seguro no sólo de que tendré la vida eterna, sino de que la tengo ahora porque como dice Juan 3:16 «quien cree en mí tiene la vida eterna». Sin embargo, dada la dificultad de este misterio, hemos de pensar en él constantemente a fin de poder asumirlo y crecer en la fe. No es como la geometría que basta con entenderla, hay que estudiar constantemente, y es a través de las tribulaciones que ejercitaremos este aprendizaje. Así en Romanos 15:4, Pablo desea: «a fin de que por medio de la paciencia y de la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza». En nosotros habita el temor, el miedo y las tinieblas pero incluso sumidos en tanta oscuridad, hemos de creer que tenemos vida. Por ello, Juan desea que conozcamos y abandonemos la duda y el miedo y que poseamos la certeza de que vivimos y crecemos en la fe.

Y para que nadie nos engañe, Juan dice una vez más que escribe contra los fanáticos. Para ellos la carta es letra muerta sobre el papel. Juan dice: «os escribo a vosotros». Las Escrituras deben servir para evidenciar que esta epístola es un medio y un vehículo mediante el cual se llega a la fe y a la vida eterna. En el último capítulo de su evangelio, Juan habla como sigue: «Pero éstas se han escrito para que creáis» (Jn. 20:31). De ahí que debamos saber que el testimonio de Dios sólo nos viene a través de la Palabra hablada o de las Escrituras. «Toda Escritura es inspi-

rada por Dios y útil» se dice en 2 de Timoteo 3:16, y «desde la infancia sabes las Sagradas Escrituras las cuales te pueden hacer sabio para salvación por medio de la fe» (v. 15). De forma parecida en 1 de Timoteo 4:13: «Ocúpate en la lectura». Si la letra no sirviera para nada, no se hubieran molestado en elaborar y escribir libros, ni se hubieran propuesto instruir a nadie con sus escritos. Si afirman que el Espíritu viene antes que las Escrituras y que primero le reciben y luego escriben, no es cierto. De esta forma, las Escrituras no son otra cosa que una exposición. Escuchad a Cristo que dice en Juan 17:20: «Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por medio de la palabra de ellos». Ciertamente por medio de la Palabra hablada o escrita, no por la interna. De ahí que, por encima de todo, sea preciso escuchar y leerla ya que constituye el vehículo del Espíritu Santo. Cuando se lee la Palabra, el Espíritu Santo se halla presente y por ello es imposible leer o escuchar las Escrituras sin que se produzca un beneficio.

Y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios. No en nuestro nombre, sino en el del Hijo de Dios. Muchos creen en el nombre de Benedicto o de Francisco, pocos creen en el nombre de Cristo. Me refiero a los que sólo confían en las obras, no en los méritos de Cristo.

5:14
Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye.

Se trata de una exhortación a los cristianos a los que se ha enseñado cómo deben creer y amar, que la bendición procede de la Palabra proclamada, y que no existe otro modo de vivir que a través de la fe y el amor. Juan anticipa una pregunta: «¿Qué ocurre si tengo un corazón frío y siento que carezco de fe?» «El remedio –dice Juan– es orar, pide y Él te oirá.» Así dice Santiago 1:5: «Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, que la pida a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada». Por tanto, lo principal es que os dediquéis a la oración. Así Pablo dice en Filipenses 4:6: «Por nada os inquietéis, sino que sean presentadas vuestras peticiones delante de Dios mediante ora-

ción y ruego con acción de gracias»; y de forma parecida, Agustín: «Señor, danos lo que mandas y manda lo que quieras».[64]

Nosotros también deberíamos decir: «Señor, concedednos la capacidad de poder creer». Se trata de una exhortación a la oración descrita magistralmente por Juan. En primer lugar, procura la confianza que es el alma de la oración, a continuación describe el modo como hay que orar, es decir, que debéis pedir acorde con la voluntad de Dios. Ha de estar siempre presente la confianza de que seréis oídos. Por ello dice Santiago 1:7, 6: «Porque el que duda es semejante a la ola del mar. Pero pida con fe, no dudando nada». En consecuencia, el que desee orar debidamente, no debe hacerlo en las horas canónicas, sino con oraciones breves como hacían David y Jeremías y seguro que será oído. «Y antes que me llamen, responderé yo» dice Isaías 65:24. Entonces aceptemos sus promesas y oremos de acuerdo con su voluntad. Si siento que la aflicción me domina y que la concupiscencia me asalta, y si conozco su voluntad, oraré pidiendo que se me libre de estas y otras asechanzas parecidas. Cuando estamos seguros de orar de acuerdo con su voluntad, podremos tener la confianza y la certeza de que seremos oídos.

5:15
Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.

Si por esta confianza, estáis persuadidos de que sois oídos, os concederá lo que le pidáis. Cuando Salomón oraba según cuentan en 1 de Reyes 3:5-11, Dios dijo: «Pide lo que quieras que yo te dé» y Salomón dijo: «Da, pues, a tu siervo, corazón entendido». Esta oración agradó a Dios y por ello respondió: «He aquí que cumplo tu ruego». Como Salomón pidió de acuerdo con la voluntad de Dios, fue oído. Sin embargo, lo que Dios concede no está fijado en la forma ni en el tiempo. Así para Abraham, la Simiente prometida a través de un hijo suyo, Génesis 13:16; 15:5 y 18:10, tuvo lugar veinte años después de anunciada. Abraham esperó pacientemente e incluso Sara pensaba: «quizá no de mí sino de otra mujer».

De ahí que no debamos pretender poner límites de forma ni de tiempo a la concesión del objeto de nuestras plegarias. Hemos de esperar paciente y diligentemente, cosa que basta para un cristiano porque es feliz con sólo saber que agrada a Dios, persuadido de que su plegaria es oída, no desdeñada, y aceptada en confianza con la voluntad de Dios y como Juan dice anteriormente: «tenemos las peticiones que le hayamos hecho». En ocasiones, no obstante, no es evidente e incluso parece que se obtiene lo contrario. Sin embargo, el resultado demuestra que tenían fe y estaban en gracia. Cuando Dios determinó librar a los hijos de Israel del poder de los egipcios, primero permitió que sufrieran un sin fin de dificultades hasta el extremo de parecer que ante ellos no tenían otra cosa que la muerte y la destrucción. Su razón les decía: «¿No había sepulcros en Egipto?» (Éx. 14:11). Tienen la libertad pero no conocen ni el modo ni las personas. El mar se abre, pero sus corazones permanecen cerrados. Había otras mil maneras con las que el divino poder podía haberles liberado, quizá removiendo una montaña. Por ello, nosotros debemos decir: «Señor, tú decidirás el modo y el tiempo mucho mejor de lo que yo puedo comprender». No conocemos las vías de la liberación, pero podemos estar seguros de que seremos oídos. San Bernardo decía a sus hermanos: «Hermanos, no desdeñéis vuestras oraciones, porque lo que sale de vuestras bocas, es oído en los cielos. Estad seguros de que lo que habéis pedido os será concedido o, en caso contrario, porque no era beneficioso».[65] Del mismo modo, hemos de apreciar nosotros nuestras oraciones.

En el pasado, ocurrió que no sabíamos cómo orar, sino sólo charlar y leer plegarias a lo que Dios no presta atención alguna. Nadie piensa: «Señor, has ordenado orar. Señor, has prometido oír las oraciones», y sin embargo, ambas son necesarias. Más tarde, uno pedirá algo grande para la iglesia, para los ministros, para la Palabra y para el gobierno. Porque las oraciones que solicitan algo grande son agradables. Por ello, suelo orar como sigue: «Asiste al gobierno, habita en nuestros hermanos, recupera a los extraviados, fortalece y preserva a los que caminan por la vía recta. Esta, Señor, es mi oración y no tendría el coraje de orar si no lo hubieras ordenado y no hubieras prometido escuchar, etc.»

5:16
Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte, Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida.

Aquí subyace oculta una secreta objeción. Ya sé, querido hermano, que en la iglesia hay pecadores que pecan contra un hermano. «No te digo hasta siete veces, sino aun hasta setenta veces siete», como dice Mateo 18:22. Hay algunos pecados sin remisión, por tanto, se ora por ellos en vano. Sin embargo, de este texto se desprende una glosa que enseña que algunos pecados son veniales y otros mortales. Entiendo como mortal el pecado cometido por Coré, Datán y Abiram narrados en Números 16:15, donde Moisés ora contra ellos diciendo: «No mires a su ofrenda, ni aun un asno he tomado de ellos». Los pecados de esta especie son los cometidos bajo el disfraz del bien y no parecen serlo cuando, en verdad, lo son. Son los propios de los herejes, endurecidos por uno u otro rechazo. Por ello, en Tito 3:10, el apóstol ordena apartarse de ellos.

Por los otros pecados –los cometidos ocasionalmente o por alguna debilidad– oraré para que sean remitidos y no imputados; para los herejes, aunque no reconocen haber pecado, pediré a Dios que los redima antes de haberse endurecido demasiado, pero si se niegan, oraré: «Señor, No permitáis que esta gente sea justa, sino dales a conocer tu justicia». Por tanto, entiendo que la herejía con la que substituyen la verdad, es un pecado mortal. También lo es no arrepentirse después de habérseles exhortado una y otra vez.

A éstos, se les pueden sumar los que pecan desafiantes y tercos como Judas que fue avisado repetidamente, pero que por su tozudez y maldad no se corrigió. También Saúl murió en pecado porque no puso su esperanza en el Señor. La mayor obstinación se encuentra entre los que mantienen y defienden un error reconocido.

También hay el pecado contra el Espíritu, la obstinación en la maldad, el ataque contra la verdad reconocida y la impenitencia final de la cual habla Mateo 12:32.

Hay otros pecados no mortales, como por ejemplo el de Pablo del que habla en 1 de Timoteo 1:13 porque «lo hice por ignorancia en incredulidad». Tampoco fue mortal el de los encargados de la crucifixión. De ellos dice Pedro en Hechos 3:17: «Ahora bien, hermanos, ya sé que por ignorancia lo habéis hecho». «Porque si la hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de gloria», como dice en 1 de Corintios 2:8. Por otra parte, el pecado repetido y sostenido después de haber sido suficientemente revelado y conocido, es mortal porque se resiste a la gracia de Dios, a los medios de salvación y a la remisión de los pecados. Donde no hay reconocimiento no hay remisión. Esta se predica únicamente a los que sienten el pecado y buscan la gracia de Dios. Los escrúpulos de conciencia no alteran a los que no reconocen ni sienten su pecado.

5:17
Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte.

Dicha injusticia se refiere a pecar contra Dios y contra el prójimo, pero no toda es pecado mortal. Satanás nos angustia con pecados verdaderos e imaginarios. Cuando tropieza con uno verdadero, lo magnífica e introduce en nuestro interior la sensación de que la ira de Dios es mucho más terrible de lo que es en realidad a fin de eliminar la confianza que tenemos en Él. Si no existe ningún pecado, transforma todo aquello que es piadoso y surgido de un buen corazón, para convertirlo en un pecado real y más grande. Por ello, Juan parece decir: «Todo hombre injusto es pecador, pero hay pecados que no son mortales». No desesperemos por tanto, sino extendamos la mano uno al otro y cobremos ánimo.

5:18
Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecando, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca.

Este es el toque final y una breve recapitulación, cuya substancia es: Sabemos que todo nacido de Dios no peca, sino que se mantiene firme en este nacimiento de Dios, esto es, el hecho de ser nacido de Dios, o el nacimiento de la fe que tiene de Dios, le guarda.

Por tanto, hay un conflicto en haber nacido de Dios y pecar. Pero puede ocurrir que caiga ocasionalmente, en cuyo caso, los pecados no son del nacido de Dios, sino de un ser humano. Así, Pablo dice en Romanos 7:25: «Yo sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado». Un cristiano se divide en dos partes; hay ocasiones en que en una persona prevalece la carne y es incapaz de sostener dicho nacimiento con la Palabra de Dios y lleva a cabo algo que no haría en otras circunstancias; en otras, el Espíritu domina a las emociones y a la impiedad y así no hay lugar para el pecado.

Y el maligno no le toca. El maligno es Satanás o el mundo, pero ¿por qué no le tocará?, esto es, ¿por qué no hará lo que el maligno desea que haga? Porque mientras se sostenga en el nacimiento, puede ser tentado pero no vencido y no tardará en levantarse. Satanás le toca tentándolo, pero no venciéndolo. Por tanto, esforcémonos en permanecer en la fe y en el nacimiento de Dios. De esta forma seremos fortalecidos y no pecaremos.

5:19
Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.

Este es el título apropiado: el mundo es el reino de la injusticia y el maligno su señor. Quienes no creen, son ciudadanos del mundo sometidos a su regla, y junto con el resto del mundo yacen en poder del maligno. Pero hay quienes se arrancan del mundo, del reino del mal, y se juntan en el reino de la fe y de la salvación. De ahí que un cristiano no deba confiar en nadie, cada uno debe conducirse como si tratara con el mal en persona, con un enemigo, con un desagradecido y ha de esperar persecuciones y toda clase de ingratitudes como recompensan a sus bondades. Desean utilizar nuestras angustias para lanzarnos al infierno y

para que suframos toda clase de males. Por cada bondad, devuelven la más grande de las maldades. Este pasaje, por tanto, implica la práctica de la paciencia.

5:20
Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna.

Entendimiento, discernimiento, esto es, el mismo Espíritu Santo. Cuando entiendo, es decir, tengo el discernimiento de la venida de Cristo, poseo el Espíritu Santo. Entonces podemos gloriarnos de poseerle, porque nunca se ha alejado de su Palabra. Así, aprendemos a conocer al verdadero Dios.

Y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Hay muchos que creen que Cristo es el Hijo de Dios, pero no creen que sea el verdadero Hijo. Por ello, Juan añade que estamos en el verdadero Hijo de Dios, el suyo propio, el Hijo engendrado desde la eternidad.

Este es el verdadero Dios, y la vida eterna. Este es el resumen y la substancia. El compendio de la salvación con el cual la iglesia triunfa y exulta, es decir, que el hombre es el verdadero Dios y que en este Dios y hombre tenemos la vida eterna. Los arrianos conceden que Cristo sea Dios, pero no el verdadero Dios y aunque, en ocasiones, le llamen «verdadero», niegan que sea consubstancial con el Padre, con lo cual no reconocían ni al Padre ni al Hijo, ni tenían la vida eterna; «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a Jesucristo, a quien has enviado», dice Juan 17:3.

5:21
Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén.

Creo que esta parte se añadió para apoyo a los débiles porque en aquel tiempo en que, al ser encarcelados y sometidos a tortura, negaban al verdadero Dios, precisaban de aliento, no sólo para no adorar a los ídolos, sino para mantenerse apartados de ellos y que no se deshonraran adorándoles bajo ninguna forma.

Notas

1 y 2 de Pedro

1 Martín Lutero, *Breve enseñanza sobre lo que debe buscarse en los Evangelios y lo que debe esperarse de ellos*, pp. 83-87. *Antología*. Ediciones Pleroma, Barcelona 1983, 2ª ed.

2 José María Gómez-Heras, *Teología protestante*, p. 48. BAC, Madrid 1972.

3 Véase Gálatas 1:8: «Si nosotros o un ángel del cielo os anunciare otro evangelio del que os hemos anunciado, sea anatema».

4 Véase Lucas 10:16: «El que a vosotros oye, a mí oye; y el que a vosotros desecha, a mí desecha; y el que a mí desecha, desecha al que me envió».

5 Lutero se extiende sobre este tema en su obra *Sobre la voluntad determinada* o de *servo arbitrio*. Véase M. Lutero, *Obras*, vol. IV. Aurora, Bs. As. 1976.

6 Esta frase –y todo lo que sigue– excluye por sí sola la acusación de «extrinsecismo» de la doctrina luterana de la justificación. La gracia de Dios que declara inocente al culpable es la misma que transforma al pecador en santo, pues la santificación a imagen y semejanza del Hijo es la meta y objeto de la obra salvífica de Dios (cf Ro. 8:29), y es hecha efectiva por la *regeneración* del Espíritu.

7 Cf. Romanos 8:38-39: «Por lo cual estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro».

8 Cf. Romanos 8:17: «Y si hijos, también herederos; herederos de Dios, y coherederos de Cristo».

9 Hacía poco que Lutero había formulado sus puntos de vista acerca de la epístola de Santiago. Esta epístola tiene una larga historia de dudas e incertidumbre en el canon neotestamentario desde su mismo principio.

En los días de Lutero todavía no se había fijado su inclusión. La Iglesia de Roma concluyó la cuestión en el Concilio de Trento (año 1546), pero las Iglesias protestantes adoptaron una posición más ambivalente, a causa de los ataques de que fue objeto por parte de Lutero, que consideraba la carta de Santiago una obra secundaria.

10 Cf. Efesios 2:9-10: «No por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, criados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas».

11 Lutero está pensando especialmente en pasajes como el de Zacarías 13:9, Malaquías 3:2 y 1 de Corintios 3:13-15.

12 Lutero debe referirse a Marción y otros herejes de los primeros tiempos de la Iglesia que rechazaban la autoridad del Antiguo Testamento; sólo dos o tres años más tarde menciona explícitamente a «muchos... que consideran de escaso valor a Moisés y a todo el Antiguo Testamento y afirman sentirse satisfechos con la Buena Nueva del Evangelio», y debía tenerlos en mente al hablar así.

13 En estos y otros ejemplos, vemos que la ruptura de Lutero a la interpretación espiritual o alegórica del Antiguo Testamento no fue tan total como después se practicaría con escrupulosa superstición. Véase *Introducción a la Filosofía. Perspectiva cristiana*, caps. I-II, Alfonso Ropero (CLIE, Terrassa 1999).

14 Es posible que Lutero piense en pasajes como el de Salmos 38:7.

15 Para Lutero y la tradición exegeta, el significado de Génesis 49:10 es el de Cristo descendiente de Judá, pero la palabra «lomos» no aparece.

16 Lutero está pensando en pasajes como Jeremías 3:8-9, Oseas 2:1-5 y Colosenses 3:5.

17 Véase la «Vita prima» de Bernardo, *Patrología Serie Latina*, CLXXXV-1, 239, 240; Lutero se refiere repetidamente a ello en sus escritos.

18 Al parecer es una referencia a la declaración de Andreas Carlstadt acerca de liberarse de las reglas del ayuno.

19 Lutero se refiere a Romanos 1:5 y Romanos 16:19.

20 Lutero había tenido ocasión de hacer una larga reflexión sobre la obediencia; véase «Sobre los votos monásticos» (Obras, vol. III). Sobre la aplicación de 1 de Samuel 15-22-23 a este tema, véase Johann Cochlaeus. «Ein nötig und christlich bedencken auff des Luthers artickeln, die man gemeynsamen concilio fürtragen soll» (1538), ed. Hans Volz, «Corpus catholicorum», XVIII (Münster i, W., 1932), 57.

21 Alusión a la idea medieval expresada más familiarmente en el himno *Adoro te devote* de Tomás de Aquino según el cual «una gota (de la sangre de Cristo) puede salvar al mundo entero de todo crimen».

22 La única referencia explícita a «la última hora» parece ser 1 de Juan 2:18 en la que se basa el comentario de Lutero.

23 Jerónimo a Eusoquio, «Epístolas», XXII, 7, 1-2, *Patrología Serie Latina*, XXII, 398, 399.

24 Lutero piensa concretamente en Romanos 12:9-10 y 2 de Pedro 1:7.

25 Lutero, por ejemplo, citó 1 de Pedro 2:9 en apoyo de su doctrina del sacerdocio universal en *La libertad del cristiano*.

26 Esta distinción la había defendido Jerome Emser, antagonista de Lutero.

27 La palabra alemana para «espiritual» *(geistlich)* se usaba y aún se usa, como adjetivo tanto como substantivos aplicado a la clerecía.

28 Un «obispo de san Nicolás» era «un obispo elegido por los chicos del coro y sus compañeros de escuela la víspera de san Nicolás» (5 de diciembre).

29 Cf. 1 de Corintios 3:21-23: «Así que, ninguno se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro, sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir; todo es vuestro; y vosotros de Cristo; y Cristo de Dios».

30 Creemos que esta frase es digna de ser resaltada, como es consciente Lutero de su fecunda sencillez: «Ésta es la fe que nos salva. Es por el impulso del amor que nos damos al prójimo, ahora que hemos recibido suficiente. Es decir, la fe recibe de Dios, el amor da al prójimo».

31 En este punto también se diferencia la teología protestante de la católica, al enseñar aquella la permanencia de la concupiscencia en el regenerado, mientras que esta dice que con el bautismo se borra el pecado original y su concomitante concupiscencia.

32 Es decir, la Santa Cena o Comunión, a la que Lutero se refiere siempre con el sustantivo «sacramento».

33 Plinio, *Epístolas*, X, 96.

34 En otros tiempos, Lutero estableció el origen del gobierno en la creación de Dios en lugar de la caída del hombre.

35 En el prefacio de su tratado *En guerra contra el turco*, con fecha de 9 de octubre de 1528, Lutero dijo que la gente le había estado importunando «durante los últimos cinco años» para que escribiera algo acerca de la guerra contra los turcos («Alegato contra los turcos», *Obras*, vol. II. Publicaciones El Escudo, Bs. As. 1974). Es posible que aquí refleje el comienzo de tanta petición.

36 Este fue un fuerte argumento en las polémicas anticristianas; por ejemplo, el emperador Juliano preguntó: «¿Puede nadie admitir semejante enseñanza cuando, si se instaurara, ninguna ciudad, nación ni familia se mantendría unida?»

37 Esta doctrina de los «dos reinos» contradecía la enseñanza oficial de la Iglesia de Roma que señalaba a la Iglesia como la fuente única y exclusiva de toda autoridad humana. Lutero fundamenta el poder y el derecho seculares en la voluntad divina, que busca restringir a los malhechores y servir al pueblo gobernado guiados por la razón. La Iglesia, por su parte, debe ejercer el gobierno de aquellos que se someten a la Palabra de Dios, sin negar al Estado su esfera de autoridad y autonomía relativa al bien común.

38 Véase «La autoridad secular» (año 1523), Lutero, *Obras*, vol. II. Publicaciones El Escudo, Bs. As. 1974.

39 «Todas nuestras obras deben proceder de la alegría y del amor y dirigirse al servicio de nuestro prójimo ya que nosotros no necesitamos nada para alcanzar la piedad.» Expresiones como éstas

constituyen a Lutero en el primer predicador de la *gratuidad* de la ética cristiana, cuyo interés en el servicio al prójimo le aleja por igual de la moralidad considerada en sí mismo como de la moralina seudorreligiosa.

40 En este caso, no está claro los pasajes del Antiguo Testamento que Lutero tiene en mente; lo más cercano parece ser Daniel 2:46 en el cual, sin embargo, es el rey el que rinde homenaje al profeta.

41 Agustín, *Confesiones*, IX, 9.

42 Aquí Lutero expresa más las ideas de su tiempo que el significado de la Palabra de Dios, que no se refiere al carácter tímido o asustadizo de la mujer, sino a la mansedumbre y servicialidad en relación a su esposo, aunque Lutero aplique correctamente este pasaje a un mal de su época, o de cualquier otra.

43 Aunque el término griego usado aquí no aparece en parte alguna del Nuevo Testamento, el vocablo latino *unánimes* también aparece en Romanos 15:6 y en Filipenses 1:27 y 2:2.

44 Romanos 2:4; 2 de Corintios 6:6; Gálatas 5:22; Colosenses 3:12.

45 Tomás de Aquino, *Summa Teologica*, II-II, q. 184, a. 5.

46 Lutero parece estar pensando en Daniel 3:27 y ss., pero las palabras citadas corresponden a Daniel 9:5, 7, 14.

47 Anselmo de Canterbury, *Cur deus homo*, Libro I, cap. 1; sobre esta utilización de 1 de Pedro 3:15, ver también de Tomás de Aquino, la *Summa Teologica*, II-II, q. 2, a. 10.

48 Agustín, *De correctione Donatistarum*, cap. 3, par. 12.

49 Las vacilaciones de Lutero a la hora de comprometerse con la particular teoría del descenso a los infiernos, continuaron durante toda su vida, tal como evidencia su «Sermón de Torgau» del 16-17 de abril de 1533.

50 Algunas ediciones alteran este texto y dicen: «El texto no establece que descendió *de esta forma*, etc.», pero en el manuscrito no existe evidencia alguna que avale este cambio.

51 Por ejemplo: *el hombre por el género humano*.

52 Hablando de sus propio tiempo, naturalmente.

53 Este pasaje era tema recurrente en los debates de la Reforma, tal como indica su presencia en la Apología de la Confesión de Augsburgo, Art. IV, pars. 117-118. Aquí, Lutero puede referirse a Ambrosius Cataharinus Politus en la «Apologia pro veritate catolicae et apostolicae fidei ac doctrinae adversus impia ac valde pestifera Martin Lutheri dogmata» (1520), libro IV, Disp. XII ed. Josef Schweizer, «Corpus Catolicum», XXVII (Münster, W., 1956), 291.

54 En sus últimos escritos, Lutero se refiere con frecuencia a esta leyenda.

55 Sulpicio Severo, «Diálogos, I, Postumianus», cap. 4-5, *Patrología, Series Latina*, 186-187.

56 El haber olvidado estas enseñanzas, recayendo en un episcopado cuasi catolicorromano, ha hecho que cíclicamanente las Iglesias nacidas de la Reforma se vieran contestadas –y divididas– por aquellos que reivindicaban lo que aquí enseña Lutero, contra la «dictadura» de los obispos o de los pastores convertidos en clase privilegiada.

57 La palabra alemana es *Endchrist* (algunas veces *Endechrist*) las cuales, en este tratado y en otros, se usa en lugar de *Anticristo*.

58 Eusebio, *Historia Eclesiástica*, libro II, cap. 15, 2.

59 Prejuicio que ha perdurado incomprensiblemente hasta nuestros días, explicable sólo a la luz de la mala voluntad que se niega a conocer lo que combate.

60 Es evidente que aquí Lutero utiliza las palabras «rostro» y «espalda» en el sentido figurado de las expresiones del Antiguo Testamento.

61 Lutero se refiere a sus propias luchas acerca del problema de la elección divina.

62 En base a Isaías 42:3, se argumentó que bastaba tan solo una chispa de una «débil y ligera fe y esperanza... en la cruz y el conflicto».

63 Aunque Lutero usa la palabra *naturlich*, es evidente que se refiere a la luz «artificial».

64 Cf. Gálatas 4:14 y Apocalipsis 1:20.

65 Lutero parece referirse a los alegatos de la bula de Bonifacio VIII, *Unam sanctam* (18 de noviembre de 1302) que restablece la doctrina de las dos espadas.

66 Lutero parece estar pensando en Mateo 22:17-21 (que sin embargo no dice que Jesús pagara el tributo) o Mateo 17:24-27 (que describe el tributo pagado para el mantenimiento del templo judío).

67 Lutero se refiere al principio medieval del «beneficio de la clerecía» según la cual cualquier clérigo acusado ante la ley civil, sólo podía ser juzgado por un tribunal eclesiástico.

68 Lutero puede estar pensando en los pasajes de Isaías 49:10; Isaías 58:11; Salmos 84:6.

69 Tomás de Aquino, *Summa Teologica*, I, q. 108, a. 2.

70 Para entender la declaración de Tomás de Aquino, veáse «inter alia», *Summa Teologica*, II-II, Q.88, cuyos artículos versan extensamente sobre la teología de la profesión religiosa.

71 A finales de la Edad Media se hicieron muy populares unos libros acerca del Anticristo, pero no está muy claro si Lutero se refiere a ellos. Poco antes de este comentario, había editado *La pasión de Cristo y del Anticristo.*

72 Eusebio, *Historia Eclesiástica*, Libro III, cap. 3, 1.

Judas

1 Es probable que el escrito de Judas sea anterior a 2 de Pedro, que reproduce su contenido.

2 Lutero puede estar refiriéndose a la conocida carta de Jerónimo a Evangelos, *Epistolae*, CXLVI, *Patrología, Series Latina*, XXII, 1192-1195.

3 Es evidente que desde el principio de la proclamación del Evangelio, la gente, incluso muchos que creyeron en su mensaje, no supieron estar a la altura de oferta de gracia, cayendo en una inmoralidad que se excusaba en la gratuidad de la salvación, lo que llevó, por reacción, a un posterior énfasis en los aspectos legales del Evangelio, presentando a Cristo como un segundo legislador a modo de Moisés, Juez severo de vivos y muertos.

4 Este relato se contiene en el libro apócrifo *La asunción de Moisés*.

5 El título *In Coena domini* se dio a consecuencia de una serie de bulas de excomunión emitidas en tiempos de Lutero el Jueves Santo; en 1522 Lutero publicó un ataque sobre esta práctica.

6 Jerónimo, *De viris illustribus*, cap. 4. Aquí Judas cita el *Libro de Enoc*, que él parece considerar Escritura. Por todos estos motivos el libro de Judas fue de los últimos en entrar a formar parte del canon del Nuevo Testamento.

7 Judas está pensando en Levítico 13:47-52, donde se dice que la ropa que ha usado una persona contaminada por la lepra debe quemarse, aunque hay que salvar al enfermo, pero tomando todas las medidas antisépticas de una fe sana.

1 de Juan

1 Aunque Cerinto no viene mencionado por su nombre en ninguno de los escritos joánicos, Ireneo dice que: «Juan, el discípulo del Señor... busca mediante la proclamación del Evangelio, eliminar el error que Cerinto ha extendido entre los hombres» (*Contra las herejías*, Libro III, cap. 11). Eusebio de Cesarea recoge la tradición de la enemistad entre Juan y Cerinto (*Historia eclesiástica* 4:14, 6). Al parecer, Cerinto trazaba una distinción definida entre el Jesús humano y el Cristo divino. Decía que Jesús era un hombre nacido de manera natural, sobre el que descendió el Cristo en el momento del bautismo, el cual no sufrió en la cruz, sino que abandonó al Jesús humano en la hora de la cruz. Fue este Jesús el que murió, murió y resucitó, teoría que aparece en los evangelios gnósticos.

2 Aristóteles, *Retórica*, Libro I, cap. 9, sobre este recurso.

3 Lutero se refiere a la institución romana de las vestales.

4 Ver por ejemplo de Agustín: *Sobre la perfección y la justicia humanas*, cap. 18, a. 39; cap. 21, a. 44.

5 De las notas de Rörer parece que en este momento Lutero estaba pensando en las palabras favoritas de Bernardo: «He malgastado mi tiempo».

6 Alusión a la primera sección del Libro I de las *Instituciones* de Justiniano; 36.

7 Agustín lo aclaró diciendo «no sólo los pecados pasados» en «In epistolam Joannis ad Partos», Tratado I, a. 6, *Patrología, Series Latina*, XXXV, 1982.

8 Agustín, *La corrección de los Donatistas*, cap. 3, 12.

9 Agustín, *La corrección de los Donatistas*, cap. 2, 9.

10 Es decir, el 9 de septiembre.

11 Lutero escribió en otros lugares sobre la posibilidad de la fe entre los niños.

12 De las notas de Rörer es evidente que en este punto Lutero dijo: «Aquí veis que Juan habla con sencillez hasta el punto de hacer exclamar a Erasmo irritado: “Estropea a los que son naturalmente puros”».

13 Lutero ser refiere al prefacio de sus *Notas sobre el Eclesiastés*, entregadas en 1526 pero no publicadas hasta el 1532.

14 Horacio, *Sátiras*, I, 1, 12.

15 Véase la defensa de Lutero contra estas acusaciones, «Carta abierta respecto del riguroso panfleto contra los campesinos» (1525), Lutero, *Obras*, vol. II. El Escudo, Bs. As. 1974.

16 Parece que Lutero se encontró con Tomás Müntzer (1488-1525) en el Debate de Leipzig en 1519. Parece ser que Lutero causó muy buena impresión a Müntzer, hasta el punto de ganarle para la Reforma. Con la aprobación de Lutero recibió un llamado para predicar en Zwickau, donde entabló relaciones con un grupo radical considerados «profetas». En 1522, Müntzer fue a Wittenberg y disputó con Lutero.

17 El término *unctus* y *uncti* se usaba como sinónimo de sacerdocio por causa de la ordenación o de la unción.

18 Cf. Apocalipsis 1:5-6: «Nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos».

19 Probablemente se refiere a Matilde de Magdeburgo (aprox. 1210-1285).

20 Lutero parece referirse no al *Veni, Sancte Spiritus*, sino al *Veni, Creator Spiritus* que habla del Espíritu Santo como «la unción del alma desde arriba», *spiritalis unctio*.

21 Aquí Lutero repite la idea del pseudo-Tertuliano *Contra todas las herejías*, cap. 3, repetido por otros padres, según la cual la secta ebionita fue fundada por Ebion. La mayoría de los estudiosos afirman que el nombre se deriva de la palabra hebrea para designar «pobre», un título para la congregación cristiana de Jerusalén (Ro. 15:26; Gá. 2:10).

22 Erasmo había atacado el uso de pruebas y disputas en teología y en su carta al abad de los benedictinos Paul Volz, que formó parte de la introducción a su *Enquiridión*, decía: «Dejemos que este libro favorezca una vida teológica más que una disputa teológica».

23 Referencia a Zwinglio (1485-1531), enfrentado a Lutero en el Coloquio de Marburgo (1529) sobre la cuestión de la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

24 Aristóteles, *Analítica posterior,* libro II, caps. 16-17.

25 Al parecer Lutero se refiere a la idea pitagórica de la divinidad de todos los seres vivos que subyace en la teoría pitagórica de la transmigración de las almas.

26 Müntzer, por ejemplo, exigió, basado en Daniel 2, que los gobernantes emplearan la fuerza para establecer el Evangelio verdadero.

27 Los observantes aparecieron a finales del siglo XIV alegando que eran los únicos que observaban estrictatemente la regla de San Francisco.

28 Una idea corriente en los escritos de Agustín, por ej., *Contra los académicos*, Libro III, 43.

29 Ecolampadio (1482-1531) defendió la enseñanza eucarística de Zwinglio, al que le unía buena amistad.

30 Esta es una idea común en la escolástica, por ej., de Tomás de Aquino, la *Summa Teologica*, II-II, q. 44, a. 7.

31 En 357 Atanasio escribió la *Apología de su huida*, ed. H.G. Opitz, II-I, 68-86. Lutero parece conocerlo a partir de extractos de escritos posteriores.

32 Ya el 15 de marzo de 1520, se extendió un rumor de que Lutero había huido a Bohemia.

33 Recuérdese que Lutero predicó estos sermones mientras la ciudad estaba asolada por la peste.

34 Cicerón, *De finibus*, 1, 20, 69.

35 Al parecer Lutero expresa algunos de sus propios pensamientos a propósito de su abandono del voto monástico.

36 El latín *corruptores spiritus* puede significar o «espíritus (que son) corruptores» o «corruptores del Espíritu».

37 De las notas del sermón de Rörer es evidente que, con estas palabras, Lutero atacaba a Tomás Müntzer.

38 En 1525, Lutero atacó el punto de vista de Erasmo relativo a la ley en relación con Cristo y aquí parecer hacerse eco de dicho ataque (W, XVIII, 766-767).

39 Tertuliano, *Sobre la carne de Cristo*, cap. 1; también por ejemplo Agustín, *Réplica a Faustus el maniqueo*, libro XI, caps. 7-8.

40 El Dr. Martin Pollrich von Mellerstadt fue el primer rector de la Universidad de Wittenberg.

41 La palabra usada aquí para «sacerdote» es *sacrificulus*.

42 Lutero se refiere a la fórmula: *Si in tantam malignitatem venerit, ut in periculum animarum suarum obedire Pontifici neglexerint...*

43 Aquí, como en otras partes, en especial en sus obras en latín, Lutero utiliza la palabra «católico» en el sentido de «ortodoxo».

44 Josefo, *Antigüedades judaicas*, Libro I, cap. 2.

45 Aparentemente es una referencia a Pedro Lombardo, *Sententiarum libri quatuor*, libro III, Dist. 25, *Patrología, Series Latina*, CXCII, 809-811; Lutero citó este pasaje en su comentario a *Gálatas* de 1535.

46 Lutero probablemente se refiere al feroz ataque contra el sistema monástico del tratado de Wycliffe *De potestate Papae* escrito alrededor de 1379; también es posible que se refiera al conocimiento común que existía de este autor antes que a un escrito suyo en concreto.

47 «Creo que no debo dejar de mencionar la astuta treta con que el diablo quiso engañar a Martín en aquel período. Un día, anunciándose con un saludo, se presentó ante Martín que estaba rezando en su celda. Iba envuelto en una brillante luz roja... Y vestía un atuendo real y llevaba una corona con una diadema de piedras preciosas y oro.» Sulpicio Severo, *La vida de San Martín de Tours*, XXIV.

48 Bernardo de Claraval, *Sermones in cantica*, Sermón XX, *Patrología, Series Latina*, CLXXXIII, 867.

49 Lutero puede estar refiriéndose a las *Confesiones*, Libro VI, cap. 7, 12.

50 Puede ser una referencia al *Enquiridión* de Agustín, cap. 5, 7; con claras resonancias de Orígenes.

51 Parece ser una referencia al criticismo de la «reinterpretación» de Agustín por parte de la teología escolástica.

52 Cf. Tertuliano, *Sobre el velo de las vírgenes*, cap. 1; *Sobre la monogamia*, cap. 2.

53 De la lectura de las notas de Rörer se desprende que era Carlstadt quien alardeaba de aquel modo.

54 Evidentemente, se trata de una reminiscencia de la propia experiencia personal de Lutero en el convento.

55 Téngase en cuenta que estos comentarios críticos y negativos de los llamados Padres de la Iglesia, obedecen a una situación de decadencia teológica, en la que se utilizaban más que se comprendían los escritos antiguos. El abuso de las distinciones y sutilezas de la teología escolástica decadente, llevó a Lutero a rechazar toda la teología anterior a él en general, en nombre de la claridad e inmediatez aportada por la misma Escritura o Palabra de Dios. Por otra parte, Lutero no reivindica una interpretación infalible del Evangelio para sí mismo, sino un descubrimiento –hecho posible por Dios– de la centralidad de la fe en la salvación y vidas cristianas. Y esto nadie puede disputárselo.

56 Los gnósticos estaban de acuerdo en que el Cristo vino por *agua*, es decir, en el bautismo, pero negaban que viniera por *sangre*, es decir, la cruz, por eso decían que el Cristo divino había dejado al Jesús humano antes de su crucifixión. El agua es símbolo de creación, la sangre de redención. Cristo es el perfecto Creador nuestro y Redentor nuestro.

57 Declaración de un anabaptista de que el bautismo de los niños era un «baño de perros».

58 Figura del lenguaje por la que se designa una cosa con el nombre de otra tomando el efecto por la causa o viceversa, el signo por la cosa significada, etc.

59 El así llamado *Johannine Comma* se omitió en la primera edición del Nuevo Testamento griego de Erasmo; su aparición en las subsiguientes ediciones motiva su traducción en las versiones estándar, incluyendo la de Lutero.

El pasaje está ausente de todos los manuscritos griegos conocidos, excepto cuatro, que lo contienen como una traducción de la Vulgata latina. El pasaje no es mencionado por ninguno de los Padres griegos, quienes de haberlo sabido, ciertamente lo habrían empleado en las controversias trinitarias. La primera mención en griego es la versión latina de las actas del Concilio Lateranense en 1215. Está ausente en

los manuscritos de todas las versiones antiguas: Siria, Copta, Armenia, Etíope, Arabe y Eslavónica.

60 Este material parece haber sido entregado el 5 de noviembre; el «último sermón» parece haberlo sido el 30 de octubre.

61 Lutero se refiere al familiar sistema lógico de argumentación del *a minori ad maius*.

62 Hilario, *Sobre la Trinidad*, libro IV, 12-13.

63 Cf. Juan 3:12: «Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?»

64 Estas palabras de Agustín figuran de manera prominente en la controversia pelagiana; Agustín, *Del espíritu y de la letra*, cap. 22, y también en las *Confesiones*.

65 Esta era una cita favorita de Lutero.